







AÑOS DE MISERIA Y DE RISA

OBRAS COMPLETAS

DE

EDUARDO ZAMACOIS

I.—La alegria de andar. (*Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centroamérica y América del Sur.*)
II.—Europa se va... (*Novela.*)
III.—El otro. (*Idem.*)
IV.—Duelo a muerte. (*Idem.*)
V.—Memorias de una cortesana. (*Idem.*)
VI.—La opinion ajena. (*Idem.*)
VII.—Punto-Negro. (*Idem.*)
VIII.—El seductor. (*Idem.*)
IX.—Sobre el abismo. (*Idem.*)
X.—Confesiones de «un niño decente». (*Autobiografía.*)
XI.—Tik-Nay, «el payaso inimitable». (*Novela.*)
XII.—Memorias de un vagon de ferrocarril. (*Idem.*)
XIII.—El misterio de un hombre pequeñito. (*Idem.*)
XIV.—Para ti... (Libro I.) (*Novelas.*)
XV.—Para ti... (Libro II.) (*Idem.*)
XVI.—Una vida extraordinaria. (*Novela.*)
XVII.—Años de miseria y de risa. (*Autobiografía.*)

EN PRENSA:

Incesto. (*Novela.*)

EDUARDO ZAMACOIS

OBRAS COMPLETAS

XVII

AÑOS DE MISERIA Y DE RISA

AUTOBIOGRAFIA

1893-1916

Unica edición refundida por el autor.



RENACIMIENTO
SAN MARCOS, 42
MADRID

IMPRENTA LATINA - RODRÍGUEZ SAN PEDRO, 19 - TEL. 11-26 J.

A la memoria de aquellos Camaradas de miseria y de risa cuyas manos pródigas, que estreché tantas veces, hoy reposan bajo tierra desdeñosamente abiertas en ese gesto con que la Muerte parece decirle a la Vida que todo debe darse...

I

Unas palabras...

Pocos hombres habrán vivido tan sin enterarse de que vivían, esto es, «de que el tiempo filaba», como yo. La previsión es una desgracia harto frecuente. La mayoría de los individuos razonan sus actos demasiado; padecen una hipertrofia de la conciencia, que les condena a autoinspeccionarse excesivamente y les vuelve taciturnos.

—Debo hacer «esto»—discurren—, porque así obtendré «aquello». Me conviene cultivar el trato de don Mengano, que «en el día de mañana» puede favorecerme, y rehuir la amistad de don Perencejo...

Si realizan un bien, es por algo; si causan un daño, es también por algo; y tan rigurosa concatenación de ideas y de acciones, mientras aparentemente les rodea de comodidades, les satura de tedio por dentro. Un vivir ecuánime reflejo suele ser de un infinito aburrimiento interior: no es posible triunfar, a la vez, de los demás y de nosotros; la Lógica tiene siempre apoyado un pie—nada más que uno, pero con ese basta—sobre el Ensueño.

Este exceso de «lógica social»—llamémosla así—envejece a las personas prematuramente, las re-

dondea el vientre, las quiebra el color del rostro y hace de ellas «eso» que denominamos «un hombre serio», y es, en realidad, la caricatura dolorosa de un hombre.

Conocida nuestra incesante renovación material y moral, bien sé que «vivir» es estar despidiéndonos constantemente de nosotros mismos. Pero, afortunadamente, yo nunca medité «en que me iba»; jamás sentí que la vida es como un bolsillo roto lleno de moneditas de oro, y galopé desbridado y ufano por las mil rutas del Capricho sin percatarme de que el oro cantarín de mi vida se me escapaba. ¡No me pesa!... ¿Y por qué, si al cabo había de perderlo?... Escasas monedas van quedándome ya; pero, merced a mi imprevisión, son tan alegres y relucen tanto como las primeras. ¡Vaya, pues, al diablo el famoso Mañana, ya que todo él, no obstante su ilimitación y eternidad, cabe en las horas veinticuatro de un solo día feliz!...

Por eso mi pequeña biografía, aunque plagada de erratas, tal que un libro salido de la imprenta sin corregir, hállase impregnada de optimismo, y representa una lección de saludable conformidad, de tolerancia y de buen humor, que no es fácil hallar en otras vidas.

Inútilmente la Mala Suerte bailó su aquelarre triturador encima de mí; en vano muchas veces me faltó todo..., ¡todo, menos la Risa, mi noble hermana!

—Ya abonanzará el tiempo—pensaba.

Y reía; mas no en comediante, sino de corazón, pues todo aquello, evidentemente, era pintoresco y tenía cierta gracia. Por eso hallo ahora tanto de qué hablar apenas me recojo en mí mismo, y así, escribiendo mis andanzas, extraigo, como por

obra de maravilla, de mis antiguos días sin pan mi modesto bienestar presente.

Este libro de bohemia, al que mi segundo viaje a América pone un colofón halagüeño, es como una lente de color rosado abierta sobre mis veintitrés años más azarosos. Al componerlo me abstuve de narrar cronológicamente y punto por punto mi historia—en su conjunto monótona y gris como la de cuantas personas viven dentro y aun fuera del Código—, y únicamente elegí los episodios o capítulos que juzgué extravagantes: aquellos destinados a sorprender a esos ciudadanos isócronos y aburridos, que luego, al conocer al autor, suelen preguntarle, incrédulos:

—Dígame: ¿es cierto que le sucedió a usted «tal cosa»?...

Y que, aunque les respondamos afirmativamente, continúan dudando, porque en el aparato de relojería de su corazón lo Imprevisto no entra.

El resto de mi biografía—casi en su totalidad—aparece desperdigado en mis novelas y en mis libros de viajes.

Y añadiré, para concluir, que cuanto en estas páginas se refiere es absolutamente verídico, por muy inverosímiles que parezcan ciertos lances, y que si la mayoría de ellos son risueños o picantes es porque no quise hablar de los tristes, convencido de que tomarnos en broma es la única manera de conseguir que los avisados nos tomen en serio.

II

La butaca vacía.

El autor rasgó la nema del sobre y desdobló la carta. Olía a violetas. Era un anónimo, un dulce anónimo en el cual la admiración amorosa de una mujer le brindaba una cita.

«El sábado vaya usted al Trianón—decía el papel—y compre la butaca número ocho. Yo ocuparé la inmediata, y así nos conoceremos.»

¿Cuándo recibió «Don Juan» aviso más risueño?...

En el fastidio gris, horizontal, lento, de nuestros días, una cita es como una vela en el mar, como un campanario en la monotonía de una llanura. Todas las miradas, todos los pensamientos, a ella convergen placenteros, y a la hora en que ha de celebrarse se supeditan íntegramente nuestras acciones. Ella nos guía, y para llevarnos hacia su exquisito misterio nuestra impaciencia sabe aprovechar hasta los menores detalles y convertirlos en camino. Es la bandera; es el faro que parpadea en el silencio torvo de la noche. Además, de la mujer desconocida que nos llama, la imaginación, bruja divina mil veces más rica

que todas las magas orientales, se apodera en seguida y por ensalmo la cubre munificamente de perfecciones y de sedas. La mujer se trueca en diosa, y su cuerpo, hecho oro y mármol, rutila y abrasa.

«Será inteligente—pensamos—; será bella, será elegante; será melancólica sin pesimismo y alegre sin locura; y su alma, como su carne, temblará perpetuamente en esa fragante penumbra donde la risa y el llanto cambian un beso...»

Con esta seguridad, Don Juan, el pobre Don Juan, más veces burlado que burlador, acudió al Trianón. ¡Cómo latían sus sienes! ¡Con qué represado ímpetu tremaban sus nervios! Nunca, sobre su sombrero de hombre moderno, el penacho de Cyrano, símbolo de la fantasía juvenil, había tremolado con mayor sed de idealidad.

Ella, en cambio, la Deseada, la Esperada, la que en un billete perfumado citó a la Aventura, acaso por coquetería, acaso por miedo, no fué al Trianón... ¡Cuánto padeció el galán! ¡Cómo sintió, minuto tras minuto, clavársele en el pecho, semejante al dolor de una estocada, la elocuencia sin palabras de aquella butaca vacía! También ésta, con sus brazos abiertos, parecía aguardar. ¿A quién? No se sabe; nadie fué a ocuparla. En ella toda la noche, semejante a un espectador invisible, el Misterio estuvo sentado.

Este lance de galanía, que, por mucho que se repita, nunca será vulgar, traduce y retrata fielmente esa eterna y amarga inquietud que la observación descubre agazapada en el fondo de todas las vidas, aun de las más dichosas. Como el tiempo, ese malestar interior que algunos filó-

sofos achacan al presentimiento de la muerte, ni crece ni mengua. Por muy adelante que llevemos nuestros deseos victoriosos, por muchos tesoros y laureles que ganemos en la batalla, por muchos afectos que nos circunden, nuestro corazón, tonel sin fondo, nuestro deseo, que, como los ríos, se renueva sin renovarse y se va sin irse, preguntan:

«¿Y después?»...

Siempre igual infinito. Dante, como Newton, como Hegel, como Marconi, como Don Juan, despertando cada mañana entre los brazos de una mujer distinta, se interrogan:

«¿Y después?»...

El horizonte nunca se acerca, el camino nunca concluye, las horas se suceden... y siendo todas diferentes, todas son iguales. Algo poderoso, invisible y fatal nos ronda, nos zarandea, nos sujeta con un suspiro, nos despide con una carcajada, juega con nosotros. Y ese «Algo» es el drama, el espantoso drama mudo, del Trianón.

Respondan los ricos, los sabios, los favoritos del amor y del arte:

¿Cuál de ellos, diariamente, al despertar, no ve en el teatro de su vida una butaca vacía? Para los muy dichosos todas las butacas estarán ocupadas, todas... ¡menos una!... Y su soledad, su silencio, su enigma, irradiarán un dolor que llenará el escenario de nuestra alma. En medio de nuestros más grandes éxitos, los ojos, inconscientemente, se dirigen a ella y pensamos:

«Si se ocupase, yo sería feliz...»

Pero ese deseo nunca se cumple. En el transcurso de la vida, todos nosotros, comparsas tristes de la humana farándula, trabajamos precisamente para un espectador «que no está», y llegamos a

viejos y la representación concluye, y aquel espectador sin cara, sin edad y sin nombre, no ha ido.

¡Como en el Trianón!...

¡Ah! También en el variado espectáculo de mi vida hubo una butaca de donde cuantas personas se sentaron se levantaron en seguida...

III

Camino del Instituto.

Desde la calle de San Felipe—en Sevilla—al Instituto Provincial había, cuando yo cursaba segundo año de Bachillerato, diez minutos aproximadamente de camino. Hoy es posible que, sin haberse movido las cosas, haya para mí algunos más.

He querido retrotraerme al Pasado recorriendo esa ruta de niñez.

—Será — pensé — una excursión sembrada de emociones agridulces. La presencia de los objetos que entonces me eran familiares, seguramente arrojará una fuerte y rara luz evocativa sobre los estratos arcanos y más borrosos de mi memoria. Mis alegrías, mis menudas zozobras de entonces, renacerán; enredadas he de hallarlas, como muérdagos, a los balcones y a las esquinas, y así, sobre el caminante ingrato, al pasar, los pétalos de los viejos rosales de la infancia volverán a caer...

Para reconstituir la escena exactamente he entrado en la calle de San Felipe «por arriba», por la del Almirante Apodaca. He reconocido las aceras esquivas, las fachadas inciertas, llenas de recodos; los aleros umbrosos, los zaguanes re-

sonantes adonde, siendo niño, me asomaba para dar una voz. Unicamente la casa en que viví, la señalada con el número «doce», no es la misma. En su lugar levantaron otra más rica, que nada dice a mi corazón. La otra, «la mía», era más pequeña y tenía un patinillo modesto, solado de rojo y de blanco, que en las siestas estivales olía a humedad y a claveles.

Camino lentamente, impasible, bajo el furioso chaparrón que ha empezado a caer. El agua de los tejados desborda de los canalones y se precipita sobre las aceras con estruendo. La lluvia cae gárrula y a plomo. Estoy solo. Al llegar a la esquina de la calle de Feijóo me detengo para ver—en mi espíritu—el cierre de cristales desde donde mi madre, cotidianamente, al irme yo a clase, prolongaba sobre mi distraída personilla la autoridad de sus ojos vigilantes y coartatorios. Desde aquel sitio, yo, con mi trajecito marinero, mi sombrerito de paja derribado sobre la nuca, el andar mesurado y las dos manos cargadas de libros, volvía la cabeza, prudente e hipócrita.

—Adiós, mamá...

Un paso más y el cierre desaparecía tras de un recodo. Allí comenzaba mi libertad, allí empezaba a cantar mi corazón su «Marsellesa». Aquella era la frontera jocunda donde el «niño bueno», el «niño juicioso», el niño que miraba a los pilletes con cierta envidia, se vestía de máscara. Mi padre, que siempre iba conmigo a clase, asistía a esta inocente rebelión de mi espíritu sin regañarme. Yo era dueño de mí: podía quitarme el gabán, abollarme el sombrero o ponérmelo de otro modo; silbar, fumar, mirar al suelo, subirme a todos los guardacantones que fuésemos encontrando, dar puntapiés a las piedras...

Ahora, en este paseo sentimental, camina delante de mí un muchacho que va haciendo todo esto, y a cada momento se vuelve a observarme. Lleva un paquete de libros bajo el brazo y las pantorrillas al aire, como yo entonces. Canta, silba, mira descaradamente a los transeuntes; los charcos que formó la lluvia no los rodea; se mete en ellos o los brinca; su paraguas tropieza en todas las ventanas, en todos los faroles.

Yo pienso:

—Un día serás notario o médico; te casarás; sentirás sobre tus hombros la pesadumbre de la Vida y andarás despacio...

Por la ancha y solitaria calle de doña María Coronel llego a la de Gerona, espaciosa también y callada. A la derecha aparece el viejo convento del Espíritu Santo, con su monumental portalón oscuro, adornado por un crucifijo hecho de azulejos y alumbrado, noche y día, por un farol de aceite. Sobre la imagen santa campean estas tres palabras de ironía acerba: «Tibi soli peccavit».

Esta inscripción, a los alumnos de la clase de latín, nos preocupaba mucho. Ninguno de nosotros sabía traducirla... ¡y estábamos en el segundo curso!... Al cabo decidimos preguntárselo a don Aquilino Fuentes y Martín, nuestro profesor.

—Ve tú—me dijeron—, porque contigo, como eres el más adelantado, no se enfadará.

Fuí, en efecto. Don Aquilino era muy bueno, pero muy brusco, y al oir la simplicidad de la comisión que me llevaba a su presencia, sus cejas poderosísimas se contrajeron, brilláronle los ojos, arreboláronse sus mejillas, y entre sus labios, oscurecidos siempre por una espesísima bar-

ba, su rudo vozarrón tableteó semejante a un trueno:

—«Tibi»... ¿Qué quiere decir «tibi»? ¿Qué es «tibi»? ¿Es una alcachofa o un caso de la declinación?...

Yo, aturdido, no sabía qué decir; miraba al suelo, y, como a Galileo, me parecía que la tierra andaba.

El prosiguió:

—«Soli»... ¿Tampoco sabes lo que significa «soli»? Anda, en el Diccionario está; búscalo.

Me arrancó el Diccionario de un sobaco y me lo puso debajo de la nariz. Las calcomanías que exornaban sus páginas acrecentaron mi turbación.. Yo por ninguna parte hallaba la S.

Don Aquilino continuó, señalándome un sitio con su índice aporretado y velludo:

—Mira, aquí lo tienes: «soli». Ahora bien: «peccavit», ¿qué es?... ¿Es nombre, es artículo, verbo, participio?... ¡No te muerdas las uñas!...

Hube de decir algún desatino, porque a mi vocecita implorante él respondió con gritos de tempestad, y descargando fragorosos puñetazos sobre la mesa. Al fin me dió la traducción que yo pedía y me echó a la calle. Mis compañeros me rodearon.

—¿Qué te ha dicho?

Yo no supe contestarles: lo que don Aquilino acababa de explicarme, con el susto, se me había olvidado.

Ahora esa inscripción ha tenido para mi experiencia una significación nueva y profunda. Considerando cómo he vivido, comprendo que a nadie debo quejarme de hallarme donde estoy. Soy fatalista. ¿Contra quién revolverme, ni para qué? Cada cual lleva en sí mismo, desde que nace, la

razón de todo lo malo y de todo lo bueno que más tarde ha de sucederle. «Tibi soli peccavit», ha murmurado dentro de mí una voz...

Y, sin rencor, sin alegría, sin flaqueza, mi mano en la del Destino, he seguido adelante.

Pausadamente, con la devoción, el respeto y la templada melancolía que nos inspiran los camposantos, he pasado ante la parroquia de San Juan de la Palma; he cruzado la célebre calle de la Feria, llamada «del jueves», vulgarmente, a causa del mercado que allí, desde tiempo inmemorial, se celebra ese día; y por la de Viriato he llegado a la plazoleta de San Martín, a la que la antigua iglesia de este nombre impone su religiosidad y su silencio. Una fuente gotea en la quietud, al pie de un farol. Cubren el piso, de empedradillo, grandes manchas verdes de hierba y de musgo. Nadie. En un ángulo, atado a una reja, un borriquillo apesga la pensativa cabeza bajo el chaparrón.

La calle Morgado la encuentro asfaltada. Yo la dejé con losas movedizas, sobre las cuales era difícil pasar en los días lluviosos sin mancharse, porque, semejantes a manantiales, despedían de abajo a arriba chorros de fango contra el transeunte. Este inconveniente era para la chiquillería del Instituto motivo de sucio pasatiempo y risa. Además, en la calle Morgado había dos casas de lenocinio, cuyos misterios presentidos exasperaban nuestra curiosidad. Sus inquilinas, vestidas con batas de colores vivos y sentadas tras la cancela, siseaban a los hombres. Nosotros, al pasar, las mirábamos de reojo, con apetito, con vergüenza, con miedo, y luego echábamos a correr, llevándonos su pintarrajeada belleza en la memoria. En clase comentábamos y exagerábamos lo que habíamos

visto. Los mayorcitos aseguraban haber estado allí, y adoptaban aires de importancia y enigma. Cuando algún pequeño—yo era de los más chicos—se acercaba a oirles, cambiaban de conversación, como si lo que decían no pudiéramos saberlo nosotros. Su desprecio nos irritaba, y para animarnos a imitarles cambiábamos apuestas.

—¿A que no eres capaz de entrar en el zaguán y pedir que te abran la cancela?

—¿A que sí?

—¡Marica si no lo haces!...

....

Llego a la calle Amor de Dios, y enfrento el Instituto, que entonces se titulaba «Provincial», y ahora «General y Técnico»; que entonces se hallaba todo él revocado de ocre y ahora lo está de blanco. Es un edificio suntuario, al que preceden una larga escalera y un hermoso jardín.

En el atrio saludo a Francisco Ruiz, el conserje actual. Antes fué portero. Francisco Ruiz me reconoce y acude a mi encuentro. ¡Con qué emoción, con qué inefable y sencilla alegría pueril le doy la mano! ¡Y qué cordial, qué cerca de mí hallo a ese hombre bueno, que hace veintiocho años me parecía terrible!

Hablamos de los bedeles de entonces: de Caro, de Pablo, de Ortega...

—No queda ninguno—responde.

Casi todos mis profesores: don Aquilino Fuentes, don Gonzalo Blanco, don Francisco Rodríguez Zapata, don Rafael Zambrano, don Basilio Márquez... también se marcharon. De aquella generación de maestros sólo quedaban tres: don Juan Pérez López, don Gregorio García de Meneses y don Ricardo Iribarren.

Paco Ruiz me enseña las aulas donde asistía-

mos a las clases de Latín y de Historia, y se asombra de oirme recordar los sitios que mis compañeros ocupaban.

—Aquí—le digo—se sentaba Manolo Laraña; allí, los Alvarez Quintero; Paco Bravo, Vicente Gómez Zarzuela, Luque, Correa y Oñoro, se ponían de este lado...

....

Al salir del Instituto una indefinible laxitud me acompaña.

—He pasado—pienso.

«Pasar»... «Vivir»... ¿Qué es eso?... Todo lo que he visto está según yo lo dejé: las casas, las calles...; y, sin embargo, dentro de esa inmutabilidad, ni las casas son lo que eran, ni yo soy como fuí. Yo, siendo el mismo, soy diferente; los objetos no han variado y son distintos. ¿Cómo puede eternizarse tan atroz contrasentido?... ¿Cómo, sin cambiar, sin moverse, huyen las cosas de nosotros y nosotros de ellas?... ¿Cómo lo que está sujeto al suelo, por cimientos, puede irse?... ¡Tiempo maldito!... Yo, que antes te tenía todo entero, delante de mí, ¿cómo, poco a poco, empiezo a sentirte a mi espalda?...

IV

Madrid.

LA PRIMERA PESETA

Los biógrafos no perderían su tiempo dedicando un poco de atención a «la primera peseta» o «al duro», o a «los cinco primeros duros»—de todo hay—que cada artista ganó en su carrera; pues ese dinero, conquistado ingenuamente, es como un vaticinio o profecía del porvenir que nos está reservado. No olvidemos que, sin sospecharlo, cada hombre escribe en su juventud «el prólogo» de su vida.

Ese «primer dinero» tiene para los artistas un mérito comparable sólo a la emoción del primer beso; es algo que afectará paralelamente a su bienestar material y a su corazón. Para el comerciante, su profesión, reducida a su forma esquemática más simple, consiste en vender a «tres» o a «cuatro» lo comprado por «dos»; y lo mercado, como lo vendido, son cosas visibles, tangentes y sujetas al arancel. Mientras el artista son sus ideas, sus inspiraciones, la esencia más alta de su espíritu, lo que vende. Fueron una imagen, un trozo musical o un soneto; es decir, conceptos bellos vestidos de bellas formas, los que

por obra, gracia y hechicería de una maravillosa pirueta, salieron del pensamiento para metamorfosearse en dinero. ¡Oh, qué satisfacción! ¡Ya adquirimos la seguridad de valer algo, ya tenemos un precio, grande o pequeño, ¿qué importa?... ¡Pero un precio!...

Alguien dirá:

—Es muy triste vender su alma así; dar por un dinero mezquino lo que acaso obtenga la inmortalidad...

Sí, tal vez... Pero más triste que venderse, ¿no es para los artistas, avaros de gloria, llegar a viejos sin haber hallado un comprador?...

Esa «primera peseta» suscita en ellos un recuerdo acompañado generalmente de una sonrisa. Son remembranzas mojadas en el divino rocío de la juventud; recuerdos irónicos, recuerdos de aventura y bohemia, recuerdos de miseria, quizás..., y, sin embargo, ¡tan bonitos!... Interrogad a un artista por aquel primer dinero, y aunque vuestra pregunta le sorprenda en un instante de melancolía, no tardará en alegrarse. Apenas empiece a hablar, su espíritu se caldeará y ya no querrá que os marchéis. ¡Ah, los buenos tiempos!... ¿Por qué los años, cuando se van, parecen tan lindos?

«La primera peseta», es decir, «el primer duro» que he ganado, me lo dió Francisco Bueno, editor de una revista titulada *Demi-Monde*. La dirigía Luis París, y colaboraban en ella Eduardo de Palacio, Taboada, Navarro Gonzalvo, Lustonó y otros autores de donaire y prestigio.

Yo estudiaba entonces Filosofía y Letras, y tenía una amiga planchadora que bailaba muy bien. Los devotos de los salones de La Flor,

Norte y Costanilla de los Angeles, podrían certificarlo...

Una noche llegué a mi casa con las orejas muy coloradas. Mi madre me preguntó:

—¿De dónde vienes?

—De ganarme un duro. ¡Mira!

Y mostré los veinte reales, en una pieza. Después referí el origen de aquella fortuna y hablé de Francisco Bueno, como ahora lo haría de míster Carnegie. La autora de mis días, emocionada con mi relato, me abrazó, me besó, me anunció un porvenir brillante... y me quitó el duro.

—¡Pero, mamá!...

Yo me acordaba de la planchadora.

—Este duro—replicó mi madre, con aquella gravedad que tenía las noches en que yo me retiraba tarde—no se gasta; es sagrado. Este duro lo pongo yo en un cuadro.

En aquel momento la excelente señora pensaba sin duda en la posteridad, y con este ambicioso pensamiento se olvidó de darme «otro duro», que era lo natural y lo humano. Yo me quedé muy triste. ¡Hacer de algo tan movedizo y tan alegre como un duro, una momia! ¡Clavarlo así, tras un cristal! ¡Qué pena!

En resumidas cuentas: que aquel «primer duro», que por cierto no llegó a obtener el marco prometido, apenas lo ví cuando dejé de verlo; fué mío... y no fué mío...

Luego, diferentes veces, a lo largo de mi laboriosa vida, me he acordado de él. Porque yo he ganado mucho dinero; pero dineradas que no hicieron más que «pasar» por mis manos, y que después se llevó «un amigo».

Todos mis negocios se han parecido a aquel duro...

Y es que el pasado de los hombres se repite y se hace mañana.

HACE FALTA UN JOVEN...

En los periódicos solemos leer:

«Hace falta un joven, con buena letra, para oficina. Informarán calle de...»

La repetición frecuente de este anuncio ha desempolvado y puesto de pie en mi memoria un añejo recuerdo que ahora, después de seis lustros, muéstrase investido de cierta ingenua poesía juvenil. También yo, pecador, acudí una vez al reclamo de un aviso igual.

Era yo muy mozo aún, y andaba bien lejos de obtener el modesto crédito que por antigüedad, ya que no por mejores y más limpios merecimientos, he conquistado luego en nuestra amable y desbaratada «república de las letras». Es una aventura sencilla, un poco triste, envuelta en una ráfaga fragante de niñez; un lance digno de la «primera barba».

Como a todos los muchachos devotos de las Musas, la Realidad, cuando mi osadía quiso desafiar sus riesgos, púsome muy mala cara. Mi candor, mis fatuidades moceriles, la parvedad de mi bagaje mental, la misma apremiante necesidad de ganarme la vida, sembraban de asperezas mi ruta. En ninguna parte hallaba trabajo retribuído. Y entretanto, el problema de vivir en pie, la necesidad que todas las mañanas diluye su infinita amargura en la alegría rutilan-

te del sol: es el traje que se rompe, el alquiler que no se ha pagado, la cocina que a la una de la tarde aún no se ha encendido...

Nunca, con orgullo lo digo, fuí empleado, mérito verdaderamente excepcional en este país donde todos lo son, ni recibí jamás protección directa ni indirecta de ningún ministro. Aquella vez, por consiguiente, fué la única en que mi voluntad, flaca y acobardada, pensó echar por campos ajenos a la siempre muy noble, esclarecida y consoladora manía de escribir.

En un diario de la noche leí la noticia:

«Hace falta un joven con buena letra...»

Y mi inocencia pensó:

«Pues, si como todas las calamidades que me afligen parecen demostrar, no sirvo para escritor, aprovecharé para escribiente.»

Debajo, sin embargo, de esta humildad, mi vanidad, esa inflamada vanidad que lo mismo salva a los artistas que les pierde, susurraba:

«No aplaudo el paso que vas a dar, pero lo disculpo. ¡Hay que vivir! Luego, en cuanto el jefe de tu oficina hable contigo y descubra quién eres, te colmará de atenciones y reverencias, y ya no sabrá prescindir de ti.»

Empero, de esto no hablé con nadie, pues aquella claudicación, aquel renunciar, aunque fuese pasajeramente, a mi profesión de literato, me dolía y humillaba ante mí mismo. En vano recordé que muchísimos artistas ejemplares sufrieron angustias y padecieron necesidades infinitamente más crueles que las mías. Mi dolor era tan acerbo, tan hondo, que ni en las ajenas pesadumbres, supremo alivio de las propias, hallaba consuelo.

Cuando llegué a las señas que indicaba el anuncio, no eran aún las ocho de la mañana, y ví

asombrado que ya media docena de individuos, casi todos de más años que yo, habíanme tomado la delantera. ¡Bien despabila la necesidad! Y habiendo tanta en este bajo mundo, ¿cómo no aplicaron los médicos la baratísima droga del hambre a la enfermedad del sueño?...

Todos los allí presentes nos observábamos de reojo, con hostilidad, cual lobos reunidos en torno de la misma presa. El nombre de la calle donde este drama sucedía se ha escapado de mi memoria. Tal vez fué en la de Gravina... o en la de Pelayo... o en la de San Marcos; no sé; la imagen apenas se insinúa, palidece, se emborrona, huye... Sólo recuerdo, cual si lo tuviese delante, el escenario: la habitación donde un sujeto viejo, mal vestido y huraño—el portero de la oficina, sin duda—me introdujo. Era un aposento rectangular, de paredes estucadas, circundado por largos bancos sin respaldo. En el centro había un velador cubierto de polvo. El suelo era de ladrillo. Una luz gris, fría, soñolienta—luz de patio—bañaba la estancia.

Detrás de mí llegaron varias personas, pobrísimamente vestidas; yo examinaba sus botas sucias, sus pantalones desgobernados por espantosas rodilleras, sus corbatas miserables, sus camisas de algodón con puños y cuellos roídos y amarilleados por el uso. Todas iban sentándose, unas al lado de otras, guardando así en el espacio el número o lugar que les cupo en el tiempo. Nadie hablaba. Aquella reunión tenía algo de esa tristeza que campea en las consultas públicas de los hospitales. A intervalos, un pie impaciente que golpeaba el suelo, un banco que crujía bajo el peso y la inquietud de tantos cuerpos. Fuera, a cada instante, vibraba un timbre, el mismo timbre

que anunció mi llegada, y aparecía un nuevo necesitado, un nuevo opositor a la plaza de «joven con buena letra». ¿Pero es posible que la última plana de los diarios tenga tantos lectores?...

Mi elación pensaba:

«¡Y que descienda yo hasta aquí!»

Y luego, mirando a mis rivales compasivamente:

«Si supiesen quién soy y lo que valgo, se retirarían todos.»

Entretenida en estas sopladas imaginaciones andaba mi ánima, cuando, como por resorte, abrióse una puertecilla lateral, y una voz seca, breve, imperativa—voz de mando, voz de jefe—gritó desde la habitación contigua:

—¡Entre el primero!...

Se levantó un individuo y caminó con paso tímido hacia la puerta. La zozobra iluminó y cubrió de palidez todos los semblantes. Nos mirábamos cual si nos amenazase un peligro. A mí el corazón me latía fuertemente; tragué saliva, me estiré el chaleco, me miré las uñas. ¿A qué interrogatorio, a qué examen, me someterían?

La voz impertinente, la voz del «hombre que paga», volvió a sonar:

—¡Pase el número dos!

El llamado obedeció. Yo, atormentado siempre por la obsesión de «caer bien», discurría para tranquilizarme: «En último caso, si no me coloco, nada pierdo, porque esta pobre gente no me conoce y mi familia no sabe que estoy aquí.»

La voz del amo sonó de nuevo:

—¡El número tres!...

Y ya, sin interrupción, cada dos minutos la orden se repetía:

—¡El número cuatro!... ¡El número cinco!... ¡El número seis!...

Una pausa, que me pareció interminable, y durante la cual mis mejillas enrojecieron como si hubiesen recibido un golpe; y después:

—¡El número siete!...

Yo era «el número siete». Me levanté, y, según andaba, iba estrujando entre mis manos, puestas a la altura del pecho, en una actitud vergonzosa de seminarista, mi sombrero de fieltro. Comparecí ante una mesa, tras la cual bullía un hombrecillo cenceño, nervioso, impaciente. Vestía modestamente, y sobre su rostro, color de limón, espejeaban los cristales de unas gafas. Me alargó una cuartilla, y con el gesto me designó una pluma.

—Escriba usted ahí su nombre y las señas de su domicilio—dijo.

Obedecí sin chistar. A esto se reducía el temido examen. Inmediatamente le ofrecí el papel y esperé confiado, seguro ya de mí mismo. Era la primera vez que mi pobre firma, mi firma oscura, iba a valer dinero. El hombrecito color de limón examinó lo escrito, y su voz agria, estridente, inolvidable, gritó categórica:

—¡No me sirve usted!

Yo, desde muchacho, tengo la fea costumbre de torcer los renglones hacia arriba; es vicio del que ni mi padre, ni los «Cuadernos de Escritura» de Garnier, pudieron corregirme. Mis letras, además, aunque claras y firmes, son desiguales, inquietas, no se parecen unas a otras... Sin embargo, de esto a que no sirvan... ¡hay mucha distancia! Miré a mi interlocutor sorprendido, pidiéndole con los ojos una explicación. Comprendió:

—No, señor; yo necesito que mi empleado ten-

ga una letra bonita, tranquila; una letra «inglesa», que la entienda bien todo el mundo...

....

Y he aquí cómo un hombre que ni sirvió para escribiente, pudo más tarde ser escritor.

LA SEÑORA DEL TRANVIA

Una tarde el autor iba en la plataforma delantera de un tranvía, hacia la Puerta del Sol. El tranvía era de los «clásicos», de los «Chamberí por Hortaleza».

Desde la acera una viejecita esquelética, temblona, encorvada—tan encorvada que sus omoplatos alzábanse casi al nivel de su cabeza—hizo señas con su paraguas al conductor del vehículo de que parase. El tranvía se detuvo. La ancianita, el mento sobre el pecho, trémulo el paso, acercóse a la plataforma donde yo me hallaba, y trabajosamente puso en el estribo un pie; mas en vano hizo esfuerzos para subir, pues su otro pie continuó adherido al suelo, como si la tierra tirase de él. En auxilio de la viajera acudió el conductor, cogiéndola de un brazo. Yo también, a la vez, me incliné a favorecerla; pero en aquel instante un perfil olvidado resurgió en mi memoria. Dentro de mi conciencia, la voz del recuerdo acababa de susurrar un nombre:

«Dolores»...

Y entonces ya no pensé en socorrer a la viejecita en su ascensión, sino que me erguí cuanto pude, y echando la cabeza atrás miré bien a lo alto, con el propósito de que ella, si por

acaso me reconocía, creyese que yo no la había visto. Mi gesto fué una galantería, una piedad, una misericordia hacia la mujer que, siendo yo mozuelo y estudiante, conocí en los comienzos de un bello otoño caprichoso y sentimental.

«Ella se alegrará—pensé suspirando—de no ofrecerse a mis ojos tan caída y tan vieja...»

Y la dejé pasar, los ojos en el suelo, las manos apoyadas en la empuñadura del paraguas, el caminar incierto...

Pero la melancolía, sencilla y demasiado humana, de esta historia, necesita un prólogo.

....

Cuando conocí a doña Dolores—la doy tratamiento porque la edad merece siempre pleitesía y respeto—yo no había cumplido aún los diez y siete años, y ella se acercaba, si no tocaba ya, a los cuarenta. Acaso tuviese algunos más. Doña Dolores admitía huéspedes «en familia», y la suerte me llevó a su casa. Cursaba yo entonces Filosofía y Letras y Medicina, y adoraba con igual fervor las mozas, el baile, la música, el ajedrez y la literatura. Todo me interesaba: si me seducía la calle, también me atraían la ciencia y el arte, y hubiera querido ser, a la vez, Charcot y Don Juan. Mi espíritu, en plena efervescencia vernal, era como jugosísima tierra en que medrasen, simultáneamente, plantas de los más diversos climas. Y trasunto de mi alma era mi cuarto; parecía un cerebro, mi cuarto; de todo había en él: libros, ¡muchos libros!..., periódicos—que ya empezaba a tentarme el misterioso hechizo de la letra impresa—, minerales, un estuche de disección, un microscopio y un esqueleto...

Lo primero que un estudiante debe hacer, si su patrona es guapa, es enamorarse de ella; la

tradición lo ha decretado así, y eso hice yo. Doña Dolores tenía el carácter jovial; era de razonable estatura y muy proporcionada de formas, y sabía adornarse con trajes y sombreros llamativos. Mis insinuaciones la interesaron, y poco a poco sus ojos, deteniéndose en mí amorosamente, fueron saturando de impacientes esperanzas mi corazón. En la mesa redonda todos los huéspedes comíamos juntos, y doña Dolores con nosotros. Doña Dolores se sentaba a mi lado, y cuando yo, a los postres, la pisaba un pie, ella reía nerviosamente...

Nuestras relaciones duraron un año, quizás. Ella, que tenía dos hijos—uno mayor que yo—aportaba al amor tesoros de dulzura, de paciencia, de protección y de maternal tolerancia. Eran éstas la flores de su otoño. Yo, en cambio, alborotado y primaveral, era intemperante, callejero, vanidoso y arisco. Yo quería exhibirme: satisfecho de mi amada, y más aún, de los trajes y de los sombreros de mi amada, me gustaba que mis condiscípulos me viesen con ella. Quería llevarla a los bailes, pero doña Dolores se negaba... y hacía bien. Así todos los días andábamos de gresca, unas veces por incompatibilidad de gustos, otras por celos.

¡Cuánto la hice rabiar! Ella, bondadosa—traspuesta la cuarentena todas las mujeres lo son—me tomaba «en serio»; lo que a mí me movía a reir, a ella la hacía llorar... y como yo siempre estaba riendo, la pobre siempre andaba llorando.

Queriendo consolarme de aquel afecto monótono y plácido, que empezaba a aburrirme, me puse en relaciones con la cocinera de doña Dolores, y luego, con su peinadora. ¡Viva la vida!... Y pareciéndome poco aún, para distraerme y burlarme mejor, inventaba payaserías como ésta:

Todas las mañanas doña Dolores se sentaba a arreglarse los cabellos delante de un espejo, en su gabinete. La peinadora colocábase tras ella, de pie. Aquel gabinete hallábase separado del corredor por un delgado tabique. Yo utilicé esta circunstancia para decir a la peinadora:

—Mañana, cuando estés en el cuarto de la señora, yo pasaré por el corredor y daré con los nudillos, en la pared, algunos golpes. Ellos te recordarán que pienso en ti...

Lo mismo dije a doña Dolores.

Y sucedió lo que yo esperaba. Al siguiente día, al resonar los golpecitos reveladores, las dos mujeres, a la vez, se miraron en el espejo; y como ambas, con el secreto y pecado que llevaban en la conciencia, debieron mudar de color, simultáneamente cada cual juzgóse espiada y casi sorprendida en su amor por la otra. Luego, mis dos amadas me dieron igual queja:

Doña Dolores.—Lo que ayer hiciste fué una imprudencia. No la repitas. Mi peinadora, indudablemente, sospecha de nosotros.

La peinadora.—Doña Dolores sabe algo. Yo, al oirte, no podía reprimir la risa. ¡Pero como tenía el espejo delante!...

Después inventé otra farsa, en la que intervinieron mis tres devotas.

—Mañana—expliqué a doña Dolores—si antes de irme a la Universidad, me oyes tocar al piano aquel trozo de *El anillo de hierro*, que dice:

«Ven, Rodolfo,
ven por Dios,
no desdeñes
mi pasión...»

acude en seguida, porque ello será señal de que tengo algo urgente que comunicarte.

A la peinadora la di idéntico aviso.

Y a la cocinera...

Al día siguiente, y a la hora en que las tres estaban en casa, me fuí a la sala, abrí el piano, y, reventando de risa y poniendo en aquel llamamiento romántico toda la fuerza de mis dedos, comencé a tocar:

«Ven, Rodolfo,
ven por Dios,
no desdeñes
mi pasión...»

Hasta que «Ellas», temerosas y de puntillas, acudieron al reclamo: la cocinera, con el pretexto de sacudir los muebles; la peinadora, buscando a la señora; doña Dolores, socapa de averiguar lo que iba a hacer allí su criada... Y mientras todas se observaban desconfiadamente y balbuceaban palabras de justificación y excusa, yo, el gallo, el sultán, el tres veces dichoso y triunfante, salía de la casa dando un portazo y bajaba las escaleras a saltos para ir a contar, entre carcajadas, a mis compañeros de Universidad, lo sucedido... ¡Botarate!...

....

He aquí el proemio alegre de esta historia triste. Porque esa doña Dolores de mis días locos es la viejecita que, treinta años más tarde, vi subir a un tranvía y pasar ante mí trémula, muda, encorvada, como una sombra de dolor.

«Según me ves, has de verte tú»...—pareció decirme su silueta.

BECQUER EN LAS VENTAS DEL ESPIRITU SANTO

A las dos de la tarde salió de la plaza de Castelar—que entonces se titulaba de la Cibeles—, y a trote de mula, el tranvía «de las Ventas».

Hacia ellas íbamos con bonísimas ganas de almorzar y deseos apremiantes de jácara y retozo, mi camarada de travesuras estudiantiles Virgilio Colchero, su tío Amador y yo; más tres mozas a quienes apenas conocíamos, pero de cuyo desinterés huelga hablar pues que venían con nosotros, y que, según eran de desenvueltas y acogedoras, parecían decididas a suprimir del Decálogo aquel mandamiento que en tan feliz ocasión más podía estorbarnos.

Alto y moreno, largo de manos, gracioso, y, para mayor ornato de su persona, algo poeta, era Virgilio, con sus veintiún años, el héroe de la fiesta, y así pudo elegir de nuestras compañeras a la más bonita. Amador, que ya pasaba de los treinta, acercóse, lleno de buen sentido práctico, a la que consideró más fácil; y a mí, que no llegaba todavía a los diez y ocho, tío y sobrino me adjudicaron la más gorda, en lo cual ahora comprendo que no hicieron sacrificio. Para que ninguna verdad quede sin decir, añadiré que mi improvisada amiga andaba en meses mayores; mas esto no constituyó inconveniente para mí, que adoraba en las gordas y medía su belleza por el esfuerzo que me costase abrazarlas; y así aquella tarde mi amor hacia la joven embarazada desbordó y parecía extenderse a lo que de ella se esperaba. Pocas veces el porvenir me ha interesado tanto...

Componían las muy recordadas Ventas del Espíritu Santo—con las que no adivino qué relaciones haya la tercera persona de la Santísima Trinidad—una docena de ventiladísimos merenderos instalados en plebeyas barracas de madera, donde a los acordes canallescos de los pianillos de manubrio se comía mal y barato y se danzaba al aire libre. Nosotros fuimos al llamado «Los Andaluces», que tenía «comedores reservados» y de cuyo dueño éramos casi amigos, y con gran alborozo pedimos el almuerzo, que la modestia de nuestros recursos limitó a una «paella» «para seis» y a otro plato, «a elegir»...

Inmediatamente después, y mientras nos aderezaban la merendona, comenzamos a bailar.

De nosotros tres, el más interesante—por algo tenía más años—era Amador Colchero. Ya se fué. A través de los treinta años que pasaron desde entonces, yo evoco con cariño fraterno su figura pequeña y amable. Siempre le vi vestido de negro; tenía el cuello muy largo y los hombros muy caídos, y un cuerpo delgado lleno de urbanidad. Recuerdo su frontal descollado, sus grandes ojos pardos, muy sagaces; su nariz aguileña, fina y astuta, y en su rostro seco y cobrizo, de manchego, la gran alacridad de su risa sensual.

Demasiado pulido, si no en las intenciones, en las palabras, Amador brillaba menos que su sobrino, con quien no podía rivalizar ni en turbulencia moceril, ni en apostura, ni en desplantes graciosos; pero, dichosamente para él, en marrullerías le superaba, y con tretas solía remediarse y obtener victorias. Los constantes aliados de Amador eran los poetas; de buena tinta sabía cómo los versos aturden, más que la música, a las

mujeres, y para interesarlas con facilidad mayor a ellos apelaba. Pero no hallándose seguro de su memoria, en vez de recitarlos, los leía, por cuanto verle con un libro de Espronceda, de Bécquer o de Campoamor en el bolsillo, era indicio casi infalible de que acudía a una cita. Como otros, al irse de francachela, cogen una guitarra, Amador cogía un libro, que más tarde, a la hora nerviosa de la sobremesa, empezaba a hojear con aire absorto. Después, aprovechando el primer silencio, decía:

—Quiero leerles a ustedes...

Y comenzaba, arqueadas las cejas y poniendo en la voz una cadencia dolorida.

La tarde a que voy refiriéndome acaeció lo mismo. Luego de bailar tan estrechamente abrazados a nuestras compañeras cual si nunca hubiésemos de dejarlas, nos sentamos a almorzar; entre la «paella» y el segundo plato tornamos al baile, y así, danzando unas veces y comiendo otras, llegamos a la hora tolerante, grata a Eléusis, del anochecer. El vino, entretanto, no cesaba de correr, y los espíritus se ofuscabn.

Inesperadamente y avasallándonos con el prestigio de su edad, Amador exclamó:

—Quiero leerles a ustedes...

Se refería a las rimas de Bécquer. Virgilio y yo protestamos:

—¡Fuera, fuera!... ¡No queremos oir cosas tristes!...

En cambio, las mujeres, masoquistas por instinto, escaparon de nuestros brazos y alborozadamente rodearon al lector:

—¡Lee!—ordenó su coima.

Y las nuestras:

—Lea usted, don Amador; lea usted...

Aquel momento tenía para sus almas sencillas una emoción nueva; imaginaban hallarse en el teatro, y un instante Amador Colchero, merced al endolorido don Gustavo, fué protagonista.

Dió principio a su apesgadora tarea por la oncena rima, bien me acuerdo.

«Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión...»

Harto sabía el astuto lo que hacía, pues el cabello y los ojos de su compañera parecían de azabache. Luego, mirando a mi amiga, que era rubia, continuó:

«Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
puedo brindarte dichas sin fin...»

Y cuando «Ellas», no obstante el mucho Valdepeñas que iba nublándolas el entendimiento, supieron que a quien el poeta buscaba era a la mujer inhallable, a la ideal, a la inasequible... todas se enternecieron, sintiéndose inviolables, acaso por primera vez.

«Don Amador» tuvo un éxito.

A continuación, y para afianzar su triunfo, leyó con toda la melancolía de que fué capaz:

«Al ver mis horas de fiebre
e insomnio lentas pasar,
a la orilla de mi lecho,
¿quién se sentará?...»

De nuevo Virgilio y yo nos rebelamos, y por segunda vez el mujerío púsose estúpidamente de parte del lector. Pero, ¿a qué venía aquel sufrir rebuscado y aquel llorar traído por los cabellos?...

Nosotros no nos lo explicábamos; y en el silencio del comedor, alumbrado flojamente por una lámpara de petróleo, el poeta continuó devanando la jeremíaca letanía de sus meditaciones y de sus preguntas: quería saber quién, en el último trance, estrecharía su mano yerta; y lo que ocurriría cuando la muerte le vidriase los ojos. . . y la campana sonase en su fneral... y la tierra oprimiera sus restos. . . Inquiría, insaciable: «De que pasé por el mundo, ¿quién se acordará?»...

De pronto mi amiga rompió a llorar a moco y baba sobre su panza magnífica; las lágrimas inundaban a raudales sus mejillas, y a poco, con los tremendos suspirones que la estremecían, se la deshizo el moño.

—¿Por qué lloras?. .. ¿Qué tienes?. .. —averiguaban compungidas y acariciándola sus amigas. Ella, con los sollozos que la estrangulaban, tardó en balbucir entrecortadamente:

—Porque... me he... acordado... de... cuando... murió... mi madre...

¡Y lloraba, la gran borracha, como si acabara de quedarse huérfana!... Mientras Amador, cada vez más orgulloso de su triunfo, proseguía inflexible y sádico:

«Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos,
taparon su cara
con un blanco lienzo...»

—¡No hay derecho a amargarnos la tarde!— vociferábamos nosotros, que conservábamos «el vino alegre»—; eso lo lees en un establecimiento de Pompas Fúnebres!...

¡Trabajo inútil!... Fué preciso oir cómo a la

muerta se la llevaron al templo... y cómo una vieja acabó «sus últimos rezos»... y acompañar a la finada al cementerio y entrever la figura del sepulturero, que, la piqueta al hombro, «se pierde a lo lejos»...

Quejumbrosa y unisonante la voz del lector, agarrado al malhadado libro imitación, según veremos, de la caja de Pandora, repetía por tercera vez:

«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!...»

Esta reflexión exasperó el dolor filial de mi amiga:

—¡Madre mía... madrecita mía!...—gritaba—. ¡Yo quiero verte!...

¡Hija admirable!... Y siendo la pena contagiosa como la risa, como el bostezo, casi al mismo tiempo aquellas tres «mujeres alegres» comenzaron a hacer pucheritos. Esta se acordaba de su padre difunto; la otra pensaba en la tristeza de morir... Y nosotros no cesábamos de admirar los tesoros de sensibilidad escondidos en sus corazones.

—¡Madre de mi alma!—imploraba una.

Y la segunda:

—¡Padre mío... que te perdí cuando me eras más necesario!...

Y la tercera:

—¡Yo quiero morirme!... ¡Yo quiero morirme!...

Desgreñadas, lívidas y empañadas en llanto, comenzaron a prodigarse mutuamente frases de consuelo; de nosotros prescindían; dijérase que no estábamos allí. A la claridad del quinqué los rostros desmoralizados de las lloronas componían un retablo fantasmal.

—¡Calla, Anita!—suplicaba «la de Virgilio» a «la de Amador»—; no mientes a tu madre, porque me acuerdo de la mía. ¡Ay... ay... ay!...

Y «la mía», hecha otra plañidera:

—¡No puedo más!... ¡Me ahogo!... ¡Ay, Dios mío!...

Intentamos socorrerla aflojándola el corsé, para lo cual mis camaradas y yo hubimos de girar en torno suyo, como alrededor de un árbol. La infeliz mujer se desplomó sobre un diván. «La de Amador» lloraba de hinojos en el suelo, como ante una sepultura recién abierta; y «la de Virgilio» se pelaba las trenzas en una especie de arrebato furioso. El espíritu de Bécquer y el de las cepas valdepeñeras, al mezclarse, habían producido aquel drama abominable. Ni Virgilio, ni Amador, ni yo, sabíamos qué resolver; por todas partes y cada vez con mayor arrebato resonaban sollozos, ayes, gritos desgarradores de despedida...

La puerta del comedor se abrió bruscamente y apareció el camarero: llegaba asustado, como se entra en la habitación donde acaba de perpetrarse un crimen; su cara y su delantal eran del mismo color. Pero enseguida comprendió, y discreto, sin decir palabra, volvió a cerrar.

Segundos después le oíamos reir, a carcajadas, en el sosiego del jardín lleno de luna.

UNA ENTREVISTA EN UNA ESCALERA

Los jóvenes que al emprender ahora la lucha literaria se lamentan de no hallar dónde escribir,

no tienen razón. Para los inspirados y diligentes nunca el ambiente intelectual español fué más propicio. De día en día crece la divina afición a leer, y con ella el número de centros editoriales y de revistas literarias y científicas. En Barcelona, y más aún en Madrid, la producción intelectual se ha intensificado prodigiosamente, y esta intensificación, lejos de vulgarizarla, la ha ennoblecido. El tipo, que pudiéramos llamar «histórico», del antiguo editor ignorante, sucio y sórdido, desaparece merced a esa perentoria «necesidad de saber» que hormiguea en las almas y va disponiendo rápidamente los fundamentos de una nueva conciencia nacional. Actualmente nuestras grandes publicaciones hebdomadarias—dignas de competir desde ciertos puntos de vista con las mejores del extranjero—abonan, cuando menos, por una crónica o cuento de autor desconocido, de cuarenta a cincuenta pesetas, y las firmas en boga perciben por sus trabajos periodísticos de quince a treinta duros. Abundan asimismo ciertas revistas de gran tirada que cultivan exclusivamente la «novela corta», y ofrecen a los Dickens, a los Balzac y a los Pérez Galdós, de mañana, ocasiones excelentísimas de darse a conocer en pocas horas. Finalmente, la mayoría de las casas editoras no aspiran a desposeer a los escritores de la propiedad de sus obras, sino que les interesan en su venta, lo cual, y suponiendo que éstas conquisten el favor del público, constituye para aquéllos un manantial constante y cómodo de ingresos. Hogaño el libro no enriquece como la literatura teatral, pero permite vivir, y así el escritor laborioso y de cortas necesidades materiales—generalmente los artistas son sobrios, porque el Ensueño les ali-

menta—puede, sin padecer humillaciones, formarse una posición honrada y altiva.

En el momento actual, para decirlo de una vez, el escribir representa en nuestra patria «una profesión lucrativa».

Los literatos de mi generación tropezaron, de mozos, con un ambiente de cuya hostilidad y estrechez no es posible formarse ahora un concepto justo. La Prensa diaria era pobre, y limitadísimo, de consiguiente, el número de periodistas «a sueldo». Estos salarios, además, eran de una brevedad irrisoria. La colaboración apenas existía y los «maestros» de entonces cobraban de cinco a diez duros por un cuento. Tampoco había centros editoriales, fuera de «El Cosmos», que publicaba folletines de Montepín, de Richebourg, de Olmet y de Belot; y de otras casas, de aspecto polvoso y soñoliento, que vivían reimprimiendo, por entregas, las novelas de Fernández y González y de Pérez Escrich.

—¿Qué hace falta para cazar leones?—preguntaba un señor, que tiraba muy bien y era dueño de un rifle magnífico.

—Caballero—le contestó un humorista—, lo primero que necesita usted para cazar leones es... que haya leones.

Pues bien: en la España de entonces nadie, por notable talento que tuviese, podía dedicarse a escribir..., porque no había dónde escribir, ni público capaz de gastar dinero en libros. En aquella época, por menos inteligente seguramente más sanchopancesca que la actual, ser artista equivalía a ser inadaptado, perdulario, holgazán y hambrón, y a captarse el desdén, no siempre compasivo, de «la gente seria»; esas personas «serias»

que Darwin no clasificó, y de las que hubiera podido sacar tanto partido...

La incultura del ambiente a que aludo explica la aceda filosofía del episodio, por igual desgarrador y bufo, que voy a referir: una anécdota triste por dentro, hilarante por fuera, como la risa de un clown enfermo.

En la que fué calle de Jacometrezo, cerca de la Red de San Luis, la viuda del editor Serra continuaba publicando, aunque a intervalos espaciadísimos, unos tomitos de ciento y tantas páginas, y de un formato poco mayor que el de los librillos de papel de fumar. Imposible editar nada más pequeño.

Un día miserable de invierno, uno de esos días de total abandono, que, por eufemismo, llamamos «malos», no sabiendo qué hacer para proporcionarme algún dinero elegí entre mis cuentos—unos publicados, otros inéditos—hasta doce de aquellos que consideré mejores; escribí sobre la primera cuartilla un título cualquiera, y a buen andar, porque lloviznaba y hacía frío, me encaminé en busca de la «Viuda de Serra».

Serían las cinco de la tarde cuando llegué a su casa. Vivía en un cuarto piso, y recuerdo bien—lo desagradable siempre lo recordamos bien—que la escalera, de peldaños crujientes, olía a humedad y estaba casi a oscuras.

Llamé, y al escandaloso repiqueteo del timbre nadie acudió; me pareció que la casa sonaba a vacía.

—¿No habrá nadie?—suspiré.

Y, de rebato, la duda que me sobrecogió el ánimo agravó el frío de mis pies. También pensé en que dentro de mi gabán mojado, y con mi manus-

crito debajo del brazo, mi figura no debía de ser airosa.

Volví a llamar, sin embargo...

Esta vez la puerta se abrió y me hallé delante de una doncella bien vestida, joven, bonita y con no sé qué fueros de «secretaria» en sus réplicas y desembarazadas actitudes. Su aplomo y la mirada inteligente en que me envolvió me turbaron un poco.

—¿Está la señora?...

—No, señor; ha salido.

En estos casos a la respuesta negativa, inflexible como sentencia condenatoria, sigue siempre un silencio.

—¿Cree usted que volverá pronto?

—No puedo decírselo; ella se va y... ¡claro!...

—¡Qué contrariedad!... Porque si supiésemos que no había de tardar en volver, la esperaría.

—Pues... ¡no lo sé!...

Se encogía de hombros. Otro silencio.

—¿Qué hora es la mejor para visitarla?

—La señora no tiene horas fijas para recibir. Algunas mañanas no sale... otras sí... Como nadie manda en ella...

Muy erguida sobre sus tacones, las manos apoyadas, una en el batiente de la puerta y la otra en el marco, mi interlocutora aparecía como atravesada en el camino, harto inseguro, de mi esperanza. El diálogo continuó, y porque todas mis palabras eran interrogantes parecían envolver un acento de súplica. Yo lo sentía, y esto iba produciéndome una irritación íntima.

Mis vacilaciones, mi silueta, hubieron de revelar a la despabilada doncella la intención de mi visita.

—¿Usted es escritor, verdad? — se atrevió a decir.

Yo, verdaderamente, no estaba muy seguro de serlo, pues apenas escribía; pero contesté:

—Sí, soy escritor.

—Me lo había «figurao»—exclamó risueña—, porque a esta casa vienen muchos como usted.

—¿Muchos?...

—Sí, señor.

Con aquel «muchos» la muy desenvuelta quería significar «muchos tan desamparados y raídos como usted». Y agregó con su recortada pronunciación madrileña y soltando la risa:

—¡Como que el día que no vienen diez vienen quince!...

Me hallé derrotado y herido en mi amor propio. Ella añadió entonadamente:

—La señora no está, que si estuviese pasaría usted en seguida; pero, vamos, que eso no le importe a usted. Hágase cargo de lo que voy a decirle: hablar conmigo es... hablar con ella.

Yo, efectivamente, comenzaba a «hacerme cargo».

La pícara continuó, mirando el paquete que yo oprimía con un sobaco:

—¿Usted quería publicar algo en «nuestra» biblioteca, verdad?...

—Sí... sí... quería publicar algo.,,

—¿Una novela?

—Un manojo de cuentos...

—Tanto peor, porque los libros de artículos se venden mal. De todas maneras... ¡usted haga lo que guste!... Pero creo que no debe molestarse en volver.

—A usted le parece que...

—La señora le dirá lo que yo: «Tenemos en cartera demasiados originales...»

Su acento de copartícipe me convenció, y me marché. Nunca conocí a la Viuda de Serra. Pero ese libro ofrecido por mí y rechazado por una criada en una escalera, dará idea al lector de cómo vivían—de cómo agonizaban, mejor dicho—los escritores españoles hace veinticinco años.

V

París

EN CASA GARNIER

¿Quién se acuerda ya de aquel hombre bueno, embustero y amable, que se llamó Rafael Balsa de la Vega?

¡Pobre compañero! ¡Y cuántos reveses y cuántas fatigas tuvo la Vida para ti!...

Era alto, seco, peliblanco, correcto en sus modales y palabras, y su complexión enfermiza y su aguda miopía obligábanle a caminar ligeramente inclinado hacia adelante; creyérase que padecía del estómago. Esto acentuaba su natural expresión de bondad. Flaco y ceremonioso, parecía un personaje de comedia antigua. Yo me le imaginaba siempre de chupa y calzón corto, oliendo rapé y llevando en las enguantadas manos un bastón de concha.

A Balsa le conocí en una tertulia literaria del café de Levante. Yo empezaba a escribir, y los autores en boga me inspiraban una especie de unción. A mi respeto, Balsa de la Vega correspondió con su simpatía: me hablaba pintorescamente de sus viajes por Suiza, me ayudaba a comprender al Greco, y me regaló un

ejemplar de su libro «Los bucólicos»: un volúmen parvo y discreto como un devocionario.

Con una carta de recomendación que este hombre excelente me dió para Luis Bonafoux, aquel invierno, a fines de noviembre, me marché a París. No llevaba otro guía ni otro apoyo. Es decir... llevaba mucho más: iban conmigo el frenesí optimista de mis veinte años y la ufanía de cinco o seis mil reales en billetes de Banco. Billetes, ¡ay!, que, al ser «traducidos» al francés, perdieron el treinta o el cuarenta por ciento de su belleza, pues esto ocurría a poco de terminar la guerra de Cuba.

Las primeras semanas vividas en París fueron de bordonería y despilfarro. ¿Cómo embridar la imaginación? ¿Cómo ponerle cerrojos al ensueño? Las Bibliotecas, los Museos y las encrucijadas de Montmartre, fascinaban por igual mi curiosidad andariega. Los libros de Víctor Hugo y Mürger habían llenado mi espíritu de lugares y de nombres: quería visitar la tumba de Musset, conocer las calles citadas por Balzac, oir el eco de mis pasos bajo los soportales famosos del Odeón y tener en el Barrio Latino un amor con cabellos cortos y rútilos, y ojos de violeta. ¿Quién, en mi caso, no hubiera apetecido lo mismo?... Todo me atraía: los comercios del «boulevard», la Venus de Milo, Cléo de Mérode, el Museo Grévin, el entierro de Daudet, que acababa de morir...; y no comprendo aún cómo, llevando los sentidos tan despabilados y alerta, pude asimilar y hacer la digestión plateresca de tantas impresiones.

Mientras, mi raído peculio se derretía con rapidez aterradora, y mis esfuerzos para atajar el daño eran baldíos: solicitadas por el anhelo de ir a un teatro, de subir a un coche o de com-

prar un libro, las manos registraban, imprevisoras y alegres, en los bolsillos de mi chaleco; los billetes se convertían en luises, los luises en francos, y éstos, reducidos a calderilla ruin, se desmenuzaban y desvanecían como la niebla bajo el sol.

Hasta que mi baúl, de donde la necesidad se había llevado la mitad de la ropa, no guardó para mí otra riqueza, ni mejor amparo, que la carta de Balsa de la Vega. Verdaderamente, la tal cartita no me insuiraba confianza, porque, al dármela, Balsa me había dicho candorosamente:

—No sé si Bonafoux se acordará de mí...

Duda que, como es lógico, prestaba escasos visos de eficacia a la recomendación. Yo quería relacionarme con Bonafoux para que él, a su vez, me ayudase a obtener trabajo en la famosa Casa Editorial de Garnier, durante muchos años asilo o refugio de españoles emigrados. Pero ni en su domicilio de Bois-Colombes, ni en cierto café inmediato a la *gare Saint-Lazare*, adonde acostumbraba a ir por las tardes, mi ahinco pudo hallarle.

Cansado de aquellas correrías, hechas a pie, bajo la lluvia, y con ese grave desaliento que la mucha pobreza suele deslizar en las voluntades, renuncié a ver a Bonafoux y decidí escribirle saludándole y enviándole con mi carta la de Balsa.

Transcurrieron varios días que, francamente, en la estrechez de mi cuartito, me parecieron interminables.

Una mañana, muy temprano, llamaron a mi habitación. Yo todavía estaba acostado. No me conmoví.

—A estas horas—pensé—no puede ser ningún español.

Y grité, incorporándome un poco:

—¡Adelante!...

Apareció un caballero de mediana estatura, cenceño y nervioso. Llevaba un gabán azul con cuello de terciopelo y un sombrero de copa, de ala plana. Aladares largos y negrísimos defendían las sienes, y sobre la nariz aguileña temblaban unos lentes de oro. Un bigotillo cortaba el rostro cobreño, extraordinariamente expresivo y delgado, terminado en un mento agudo, de suprema aristocracia intelectual. Era Luis Bonafoux.

El célebre cronista era un verdadero «maestro de simpatía». Su conversación turbulenta, copiosa, irizada de vaivenes y de embestidoras paradojas, excitaba a vivir. Yo le escuchaba encantado; ¡ni siquiera me acordaba de Garnier!...

Bonafoux se instaló sobre mi baúl y comenzó a interrogarme. ¿Qué proyectos me animaban? ¿Por qué había ido a París? ¿Tenía dinero?... Sus pies finos, calzados con botas de charol, no llegaban al suelo.

Comencé a explicar mi situación torpemente, como ruborizándome de mi audacia. Confieso que el arisco portorriqueño, en aquella ocasión, hizo muy bien si me juzgó muy mal. Al enterarse de mi penuria se levantó, y, con el sombrero ladeado sobre una oreja y los brazos en alto, comenzó a dar grandes voces proféticas y conminativas:

—¡Vuélvase usted en seguida a España!—decía—. Márchese esta misma tarde; yo le ayudaré a hacer el equipaje y le acompañaré a la estación. Huya usted; es un consejo de hermano. Aquí no hará usted nada; París es la ruina, la muerte; los días de hambre en París son peores que los de ninguna otra parte del mundo...

Prosiguió:

—En Garnier no debemos pensar. Yo he re-

ñido con él. Pero si persiste usted en la idea de suicidarse, busque otro camino. ¿Conoce usted a Gómez Carrillo?

—No, señor.

—¿Y a López Lapuya?

—Tampoco.

—¿Y a...?

Le interrumpí con amargura:

—Yo no conozco a nadie, señor Bonafoux.

Hizo un gesto, por el cual comprendí que me desahuciaba; volvió a exhortarme a tomar el tren, me dió la mano y salió. Una intensa emoción de silencio y de frío quedó tras él...

Pronto, sin embargo, mi vanidad y mi orgullo reaccionaron; me sentí mejor. ¿Por qué no triunfar?... En la vida no hay vencido que antes no lo haya estado dentro de sí mismo...

Aquella tarde, solo, a través de la ciudad inmensa y nubosa, me encaminé a casa de Garnier. Yo vivía en Montmartre, y la célebre casa editorial estaba—está aún—en la calle de Saints-Pêres, al otro lado del río. Intactas perduran en mi espíritu las duras emociones de descaecimiento y rebeldía que alternativamente zarandearon mi alma durante el amarguísimo filar de aquellas horas. El frío, la lluvia, la negra cerrazón de mi horizonte, el lujo que pasaba a mi lado, la fatiga de las calles inacabables... contribuían a entintarme el magín. A los veinte años el sucidio no asusta, es casi una coquetería; y yo pensé en él cuando por el puente de las Artes crucé el Sena, el río sucio donde las charadas de tantas vidas hallaron solución.

Llegué a la Casa de Garnier y resueltamente empujé una puerta de cristales; luego otra. En una habitación rodeada de estantes con libros

y ante un pupitre, un hombre alto y fornido escribía números. Aquel hombre, ya viejo, tenía el bigote blanco, una mirada autoritaria y en la frente una honda cicatriz. Luego supe su nombre: era Mr. León Décou. Ya ha muerto.

—¿El señor director?

Mr. Décou clavó en mi juvenil persona la dureza militar de sus ojos.

—¿Qué deseaba usted?

—Venía buscando trabajo; yo soy español, periodista...

Callé porque no tenía otros títulos en qué fundamentar mi pretensión. Mr. León Décou me inspeccionaba con tenacidad irritante. Casi me sentí despedido. Afortunadamente, mi extrema mocedad, en vez de desacreditarme, acaso me recomendó y sostuvo.

—Pase usted por aquí y espere; el señor director, Mr. Elías Zérolo, vendrá en seguida.

Volvió a sus números y no me miró más, como si yo no existiera.

Penetré en el despacho del señor director: una habitación pequeña, circundada de altas librerías y con el piso de madera. Desde mi asiento, por la puerta abierta veía las anchas espaldas de Mr. Décou y su cabeza blanca, inclinada sobre el pupitre. El aposento donde me hallaba tenía una ventana enrejada a la calle de Saints-Pêres; sus cristales, que nadie limpiaba, estaban turbios y salpicados de barro por los coches, y la luz gris de la tarde los llenaba de melancolía. Todo a mi alrededor era quietud, humedad, y de los elevados techos parecía caer el silencio, semejante a un polvillo sutil. A intervalos, los grandes ómnibus Magdalena-Odeón, hermanos de aquellos de Magdalena-Bastilla que un atrevimiento de la

duquesita de Berry puso en moda, pasaban con formidable estrépito—tableteo de herraduras, crujido de muelles, reir de cristales—y lanzaban dentro del despacho una rápida sombra triste. Con la sombra se iba el ruido. Los sólidos muros de la habitación retemblaban.

¡Y Zérolo sin venir! ¡También ha muerto, el pobre!...

Poco a poco el valor—hiperestesia nerviosa—que allí me había llevado, iba apaciguándose. Aquel recogimiento claustral me acobardaba, me entumecía. Una pereza sigilosa, que era cobardía, sueño, desconfianza de mí mismo, oscurecía el curso de mis ideas y arruinaba mi voluntad. ¿Qué sería de mí si Mr. Zérolo me rechazaba? Tuve terror, frío; frío de cuerpo, frío de alma; aquel despachito acababa de ofrecérseme, sencillamente, como la antesala de toda mi vida.

Transcurrió otro cuarto de hora; ¡oh, con qué lentitud!...

Mis ojos se habían detenido en los enormes volúmenes de un *Diccionario Enciclopédico*, y el recuerdo de mi tío Eduardo, el pintor, acudió a mi memoria. Aquel gran artista, competidor de Fortuny, que obtuvo una Primera Medalla con su cuadro *La educación de un príncipe*, llegó a París desamparado, como yo, y para comer necesitó pintar tablitas, que luego él mismo vendía por los cafés...

—Debe estar ahí—pensé.

Cogí el tomo a que correspondía la zeda. Allí estaba, efectivamente, el pobre tío. Su biógrafo se había limitado a decir:

«Eduardo Zamacois, célebre pintor español. Nació en Bilbao, en 1840. Murió en París, en 1870.»

¿Cómo reflejar la emoción que en tan supre-

mos momentos de espera y de angustia traspasó mi espíritu?... Me parecía haber muerto. Mis sensaciones eran las del finado que lee su epitafio. Allí aparecían mi nombre, mi apellido; allí estaba yo... ¡Yo!... ¡Aquella era mi lápida!... Todo cuanto restaría de mí si alguna vez llegaba con la pluma adonde mi pariente llegó con su pincel. Tres líneas... ¡Nada más!... ¿Era creíble que de tantos sufrimientos, de tantas zozobras, de tantos honores, de todos los días de pelea, de gloria y de hambre, que caben en una vida, sólo quedase aquello?

En mis profundos una voz pusilánime empezó a murmurar:

«Pasarás ignorado, como una sombra..., como la sombra que una nube deja en el mar; y si triunfases... ¡ya ves cuán pequeño será tu rincón en la inmortalidad!..»

Tuve miedo, un miedo horrible, a que Zérolo llegase y me sorprendiera en aquel estado de ánimo. No podía hablar, me ahogaba; Zérolo se hubiese reído de mí. Era mejor aplazar mi asunto para otro día...

Restituí el volumen a su sitio, y, como quien huye, salí del despacho. Mr. Décou levantó la cabeza y la cicatriz de su frente me pareció más profunda: amenazaba.

—¿No espera usted a Mr. Zérolo?

—No puedo; es tarde...

Mi angustia, mi palidez, debieron de interesarle. Recuerdo que se levantó:

—Mr. Zérolo ya no puede tardar...

Yo balbuceé:

—Mañana... Volveré mañana...

....

Este fué el primer dolor que me dió París.

EL ESPEJO

A los pocos días de llegar a París, una carta venida de España me puso en relaciones con el señor Ferrer. Tanto la preocupación de hallarme expatriado—entonces la palabra «extranjero» envolvía para mis veintidós años una melancolía absurda—, como la impresionabilidad de mi carácter, me hicieron sentir rápidamente la energía dulce, el temperamento afectuoso, pero firmísimo, de aquel individuo cuarentón, parco en el hablar, bajito y de recias espaldas, a quien siempre veo en la penumbra de mis recuerdos entre un gabán de paño azul, con cuello de terciopelo, y un sombrero de copa.

Cuanto en sucintas palabras me manifestó el señor Ferrer estaba impregnado de buen sentido y revelaba un perfecto conocimiento del ambiente que nos circundaba y un fraternal deseo de servirme. Antes de conocerme aquel hombre, todo corazón, había ordenado la parte fundamental de mi vida entre los límites de la más juiciosa economía.

—En el «Hotel Paris-Nice»—me dijo—he retenido para usted, por treinta francos mensuales, una habitación. Como le supongo a usted frugal, le recomiendo el «restaurant Senselme», donde por «un franco veinte», se almuerza pasaderamente. Abonándose a treinta comidas obtendrá usted en cada servicio una rebaja de cinco céntimos. Yo le presentaré al dueño, que es amigo mío...

La llana cordialidad de sus palabras, y algo muy noble que emanaba de él, me interesaron en seguida. Aquel hombre, de traza vulgar, tenía una

barbita canosa, tallada en punta, y el aire ausente. Algo, que «nunca era aquello de que hablábamos», parecía preocuparle. Me dijo que daba lecciones de español, y soslayadamente, como quien teme aventurarse en explicaciones, me habló de su mujer y de sus hijas. Unicamente cuando la conversación giraba hacia «los de abajo», hacia los hambrientos de pan y de justicia, sus ojos, habitualmente mortecinos, se encendían, abrasados por una extraña y poderosa hoguera recóndita. En aquellos instantes el señor Ferrer, que indudablemente batallaba por no descubrirme algo muy ardiente que llevaba consigo, se transfiguraba; sus labios palidecían y comenzaba a temblar; algo divino le estremecía y bajo sus cabellos cortos y erectos, su frente adquiría el extraño livor de los iluminados. Irradiaba inquietud y había en él una fuerza turbadora y contagiosa. Su cuerpo vibraba, sus manos se crispaban sobre algo invisible: era como si estuviese sentado sobre un trípode brujo...

Por todo esto, yo, que adivinaba un misterio en su sencillo oficio de profesor de idiomas, le respetaba y le quería.

Una tarde vino a despedirse.

—Mañana embarcaré en Marsella para Filipinas. Volveré pronto...

No le pregunté la intención de tan largo viaje, ni él me la dijo, y cuando regresó de nuevo sentí a mi lado su voluntad que se envolvía en silencio.

Un día triste solicité su ayuda, y me dió un luis. En otra ocasión torné a molestarle y de nuevo me socorrió con efusión fraternal. Luego le perdí de vista. Trece años después supe que aquel «señor Ferrer» era el mismo Francisco Ferrer Guardia, fusilado injustamente en los fosos

de Montjuich el 13 de octubre—día de San Eduardo—de 1909.

Aquella habitación del «Hotel Paris-Nice», en la que había de vivir mucho tiempo, hecha me pareció a mi medida, pues era larga y estrecha como yo mismo. Su techo bajito, casi al alcance de mis manos, producía una emoción refleja de ahogo, de angustia. Cubría las paredes un papel que el polvo y el humo de los cigarrillos oscurecieron, y una alfombra raída, constelada de manchas inclasificables, disimulaba la vejez del suelo. ¿Muebles?... Los absolutamente indispensables: un vetusto lecho de madera, angosto y crujiente, como lleno de dolores; un velador que aproveché para escribir, si bien, en realidad, para nada servía; una cómoda con piedra de mármol en la que se alineaban mis enseres de tocador, y sobre la que campaba un gran espejo, probablemente centenario; y entre la cómoda y la cama mi maleta, cerrada por un cordel que evocaba la libertadora posibilidad de ahorcarse. A la cabecera del lecho, y como adornando la mesilla de noche, había una vela—la luz eléctrica no regocijaba aún los aposentos humildes—, cuyo pábilo negro se doblaba con un dolor de sauce. Aquella vela, símbolo exacto de nuestras vidas, que más brillan cuanto con mayor fervor se consumen, me acompañaba y colaboraba conmigo; la sentía palpitar. De día, fría y blanca, estaba como muerta; pero de noche, en la oscuridad de la habitación, señalaba un rumbo y parecía un faro...

Para escribir situaba el velador delante de la cómoda y junto a la ventana, abierta sobre el húmedo aburrimiento de un patio. En aquel cuarto, donde la perenne agitación callejera levantaba un ininterrumpido y lejano rumor de mar, traduje

más de veinte volúmenes, y con crónicas y cuentos compuse un libro cuya edición, empalagosas modestias aparte, quisiera recoger.

Un gesto que inconscientemente repiten mucho cuantas personas realizan una concentrada labor mental, es el de apartar los ojos de lo que hacen y dirigirlos al espacio, cual si allí estuviese la materialización del pensamiento o de la frase que las preocupa.

Sucedió, pues, que una tarde, al levantar la cabeza, vi asomada al ras del mármol de la cómoda, y en el espejo, una cabeza juvenil, lampiña y de alborotados cabellos—la mía—que me observaba. Su mirada brillante y distraída, no obstante su fijeza, me traspasó, me hizo daño: era la de un loco; pero en el acto volví a inclinarme sobre el velador y la imagen se hundió. Este hecho trivial se produjo muchas veces por minuto, y, como empecé a meditar en él, consiguió preocuparme. Mi «alter ego» silenciosamente me imitaba, me espiaba, parodiaba mis ademanes uno a uno. Me puse de pie y le vi erguirse en el cristal; me dejé caer en la silla y todo su cuerpo pareció agazaparse detrás de la cómoda; momentos después, yo, astutamente, levantaba la cabeza, y él, empleando precauciones idénticas, hizo lo mismo. La copia igualaba al original, y llegué a no saber si en aquel juego era yo el espía o el espiado...

En tales cábalas, cuyo origen y desarrollo malsano atribuyo a mi soledad y a la eremítica modestia de mi alimentación, perdí varias horas; el crepúsculo iba colgando de los aleros sus gasas negras y yo no quería moverme, temeroso de enfrentarme nuevamente con «mi otro yo». Un temblor de superstición me apremiaba; a mi alre-

dedor los objetos parecían adquirir vida propia y sobre el patio, lleno de sombras, la ventana, bañada en una claridad lechosa y quieta, muy débil, tenía la expresión de un ojo agonizante. Lo que comenzó en burla, se convertía en drama. Yo empezaba a creer que dentro de aquel espejo añoso, frío y pálido como el rostro de un viejo aristócrata, vivía un embrujado. Para no verle me deslicé al suelo y, caminando agachado, llegué a la mesilla de noche, donde, repentinamente serenado, me enderecé y prendí la vela.

Mi tranquilidad sólo duró segundos. «El»—le llamaré así—debió de advertir mi huída y me acompañó en ella; y cuando yo encendí mi vela, El, en su misteriosa habitación, hizo lo propio. Imposible dudar de esto, porque yo, desde el sitio en que el terror me había inmovilizado, veía su sombra, quieta sobre el muro. Así permanecí mucho tiempo; el corazón me palpitaba aceleradamente. Consideré:

—No sabe dónde estoy...

Recordando aquella singular escena, no dudo de que, en tal momento, la Locura pasó muy cerca de mí.

—Desde el lugar en que se halla—continué meditando—no puede verme...

Mas apenas insinué un leve movimiento, comprendí que él me acechaba, pues hizo otro igual. Era el modo de demostrarme que me había visto.

Desde aquella tarde aciaga, mi vida fué un tormento: me hallaba víctima de un sortilegio; «mi otro yo» me vigilaba y conocía todos mis secretos; yo le pertenecía.

Esta convicción enloquecedora fué creciendo. Como el espejo era tan grande y tan exigua la habitación, El me seguía a todas partes: al levan-

tarme, al acostarme, mientras trabajaba, cuando, a intervalos, me paseaba para desentumecer las piernas... le veía levantarse, acostarse, trabajar o ir y venir copiando mis actos con ritmo desesperante. De noche, la ficción cobraba mayor intensidad. ¿Qué adelantaba yo desnudándome de espaldas al espejo, si con la luz tenue de la bujía las paredes se cubrían de sombras?... Eran brazos gigantescos que se quebraban en los ángulos de la estancia; manos enormes que corrían, cual cangrejos monstruosos, por el techo, y luego iban a esconderse en la oscuridad de la alfombra; cráneos absurdos, torsos y perfiles quiméricos... y yo pensaba que era El quien, desde el espejo, realizaba aquellos visajes.

A aumentar la ópima cosecha de mis inquietudes contribuía el hecho de hallarse el espejo colocado precisamente frente a la puerta; de modo que, al salir yo de la habitación, «lo último» que veía era a mi «alter ego» que salía en dirección opuesta, a través del muro, abrochándose el gabán o poniéndose el sombrero y con el rostro vuelto hacia mí, para mirarme; y de noche, al regresar, en el instante preciso de abrir la puerta y merced al claror sutil que había en la escalera, quien primero acudía a mi encuentro era El: yo le veía surgir borrosamente en la entraña turbia del cristal y adelantarse hacia mí como si me hubiese estado aguardando.

Aquellas citas, a las que ambos asistíamos con exactitud alucinante, me desesperaban, me rompían los nervios. A veces, esperando sorprenderle descuidado o ausente, subía la escalera de puntillas y, cautelosamente, entreabría mi puerta. En el acto, sobre el espejo se dibujaba una línea vagarosa de luz. En cierta ocasión esta

raya fué tan delgada, tan débil, que mis ojos nada vieron en ella. El espejo negro estaba vacío. ¿Sería posible que mi enemigo se hubiese ido?... Pero apenas empujé la puerta un poco más, El, semejante a los muñecos de las cajas de sorpresa, resurgió; y entonces comprendí que, a su vez, sin que yo lo advirtiese, desde aquella rayita me había estado observando.

¡Malditos espejos!... ¿Fué el Malo quien os inventó?... El espejo es la representación plástica de la conciencia; es la conciencia del cuerpo, como el sentido íntimo es el espejo del espíritu...

Yo estaba enfermo, comprendía que los diablejos de la neurastenia jugaban conmigo, y no me decidía a referirle a nadie mi situación; el temor a que mis oyentes se mofasen de mí sellaba mis labios. Pero mi mal iba agravándose, y, al fin, cansado de luchar con él, se lo confesé a mi amigo más íntimo. Mi declaración la principié así:

—Ha de saber usted que me muero de miedo...

Hablé con apasionamiento, con elocuencia vibrante; procuraba emocionar a mi camarada y deslizar en sus mejillas una palidez. Pero él era un hombre alegre, que tenía amigas y comía bien.

—En nada de eso—exclamó—hallo asomo de sentido común; dígale usted a su hotelero que el espejo que tiene usted en su habitación le molesta; que se lo lleve... ¡Y ya está usted curado!...

. . . .

Mi amigo acertó.

Fué la suya una lección preciosa, una receta sencilla y radical que he utilizado diferentes veces, y a la que debo muchos años de paz. Nada es más fuerte que nosotros.

Lector: cuando una cosa te estorbe, no te apures: haz que se la lleven.

LA SEÑORITA MAURICIA

La tarde de aquel día veinticuatro de diciembre la pasé traduciendo para Bouret; uno de los tres editores que amparaban en París el destierro de los periodistas españoles. Hasta mi cuarto, angosta habitación interior situada en el piso quinto de un vastísimo hotel, el rodar de los coches sobre el asfalto llegaba como el vagido de un trueno continuo, lejano y sin modulaciones. Desde mi mesita de trabajo veía un retal de cielo plomizo, del cual la nieve fluía silenciosamente en copos incontables; la luz dudosa del crepúsculo palidecía sobre el viejo papel de la habitación, de un color azul oscuro. Cuando el resplandor diurno faltó completamente, encendí una vela y seguí escribiendo.

A la hora de costumbre salí del hotel, dirigiéndome por la calle de Montmartre hacia mi modesto *restaurant*. Era éste un largo salón rectangular, con mesas de pino colocadas simétricamente a ambos lados de la crujía o carrejo abierto desde la puerta de entrada a las cocinas. Tras el mostrador, una señorita rubia, hija del dueño, acariciaba a los parroquianos con una sonrisa automática.

Permanecí indeciso, eligiendo un lugar simpático donde acomodarme; había poca gente y ésta cenaba deprisa y callando, como viajeros que aguardasen la salida de un tren. Al cabo me dirigí a una mesa donde acababa de instalarse una muchacha como de diez y ocho a veinte años. Vestía humildemente. No me pareció bonita; tampoco fea... Al coger la silla para sentarme, murmuré:

—¿Me permite usted, señorita?

—Sí, señor.

Empezamos a comer soplando cada cual sobre las cucharadas de una sopa, demasiado caliente, que acababan de servirnos. A poco la conversación comenzó.

—¿Va usted a la Misa del Gallo?...

—Seguramente.

—¿Dónde?

—¡Muy lejos de aquí! A la iglesia de Santa Margarita; al otro lado del Sena.

Añadí, curioseando en su intimidad:

—¿Irá usted con su amigo?

—Yo no tengo amigo.

—¿Con su familia, entonces?

—Mi familia no vive en París.

Esta respuesta, impregnada de vaga melancolía, me acercó suavemente a mi interlocutora: era pobre como yo, y como yo estaba sola en la inmensa ciudad cosmopolita. Maliciando que la peregrinación a la lejana parroquia de Santa Margarita fuese un ardid para tentarme con las emociones de un dilatado paseo, reconté mentalmente el dinero que me quedaría, luego de pagar nuestras cenas: calculé unos tres francos... ¿Cómo ir con cantidad tan exigua a ninguna parte?... Ella, mientras, me observaba de hito en hito desde la penumbra que vertía sobre su rostro el ala de su sombrero.

Aquellas miradas, comprometedoras como súplicas, vencieron mis escrúpulos.

—Si usted aceptase mi compañía—dije—iríamos juntos.

—¿Por qué no?... Muchas gracias; la conversación acorta los caminos.

Resuelto aquel punto sobre que había de girar

todo el programa de la noche, hablamos con esa despreocupación patrimonio excelente de los pobres. Se llamaba Mauricia y era alsaciana; acababa de salir de un hospital...

—Todavía—agregó—me duele el estómago de resultas de las muchas hambres que he sufrido.

—¿Y por qué estuvo usted en el hospital?

—¡Oh!...

Hizo un gesto y siguió comiendo; no insistí; la evocación de aquellos recuerdos había echado sobre su rostro el paño amarillento de las grandes amarguras. Entonces hablé de mí; confesé mi penuria...

—¡Ah!... ¿Usted tampoco tiene dinero?

Miró a su alrededor, reparando en los hombres que cenaban solos.

—Bien—suspiró, resignándose—; si es usted pobre, *tant pis!*.

Salimos a la calle; yo la había disuadido fácilmente de visitar Santa Margarita; era mejor ir a mi hotel; nevaba; ella tenía el calzado roto.

—Con el dinero que nos queda—dije—podemos pasar una buena noche.

Mauricia vacilaba, no atreviéndose a preguntarme a cuánto ascendía mi fortuna.

—Antes de ir a tu hotel—insinuó—, quisiera comprar algunos juguetes para un sobrino mío.

Consideré amenazados de muerte todos mis planes.

—¡Buena ocurrencia! Echarse por ahí a buscar juguetes. Déjalo para mañana...

Mas se obstinó en su gusto, y tuve que ceder. En los bulevares la multitud se apiñaba ante los puestos de juguetes y bajo una movediza bóveda de paraguas abiertos; la nieve caía silenciosa extendiendo sobre el techo de las

barracas su manto de armiño. En pie, tras improvisados mostradorcitos de madera, los vendedores pregonaban su alegre mercancía, encanto de los niños: los polichinelas, de cuerpos grotescos y grandes bocazas burlonas; los pianillos maravillosos; las muñecas de ojos inocentes; los sables brillantes; las cajas repletas de borregos, pastores y casitas de verdes persianas...

Mauricia no sabía qué comprar; su espíritu infantil fluctuaba... Esta duda la arrastraba de puesto en puesto, insensible al frío y al molesto vagar de la muchedumbre.

—Decídete pronto—exclamé impaciente—; a los chicos todo les divierte.

Ella había reparado en un piano.

—¿Cuánto vale?

—Veinte francos—repuso el vendedor.

Mauricia me miró.

—¿Te gusta?

—Sí, pero es muy caro.

—¡Es caro!...

Su voz fué desmayada, como el eco de las llanuras. Siguió mirando, abandonando sus ojos a la atracción de los juguetes más lindos: un clown valía quince francos,..; otro, más pequeño, nueve...

—Todo es caro—repetía advirtiendo mis movimientos negativos—; todo. ¡Qué lástima!...

Repentinamente exclamó, regocijada, creyendo haber logrado el raro maridaje de lo bonito con lo barato:

—Mira... aquel acordeón es precioso... cinco francos...

Nuevamente padecí la vergüenza horrible de ser pobre.

—No puedo—repuse—; nos quedaríamos sin dinero...

Ella se alzó de hombros. ¡Qué triste estaba!... Extendí la mano hacia un montón de muñecas que costaban a un franco cincuenta.

—Aquí hay algunas bonitas: escoge...

—¿Para qué?... Me es indiferente una u otra. Sin duda no quería ser responsable de aquella compra infame. Yo, deseoso de concluir, elegí la muñeca.

—Toma—dije.

Y añadí, recelando una negativa:

—¿Y ahora?

—Ahora...—repuso dócil—vamos donde quieras. Me duele el estómago...

Este sombrío dolor de entrañas era la voz de la miseria pasada. En la esquina de la calle Richer me detuve.

—Ahí tienes tres francos y algunos céntimos con qué comprar queso y dos botellas de vino; en mi habitación hay pan tierno.

Mauricia parecía distraída.

—Aquella es mi casa—proseguí indicando un portal—; vivo en el piso quinto, cuarto número... ¿Te acordarás? No te acompaño a la tienda porque en todos estos comercios tengo cuentecillas atrasadas...

Mauricia repitió:

—¿Dices que compre queso y dos botellas de vino?

—Sí... y en seguida ve a buscarme; yo prefiero entrar solo para no llamar la atención del portero.

Al llegar a mi habitación encendí una vela; la puerta la dejé entornada.

Transcurrieron cuatro minutos, cinco, seis... y Mauricia no venía. La espera acicateaba mi impaciencia.

Salí al rellano de la escalera: la oscuridad y el sosiego eran completos; los ronquidos del portero, que dormía en una especie de garita, subieron irónicos, graves y pasimoniosos, hasta mí... Regresé a mi cuarto y me dejé caer en la cama, vestido. De repente comprendí.

—¡Esa no viene! ¡Me ha engañado! ¡Bonita Nochebuena!...

Una cólera grotesca me estremeció; luego, nuevamente un rayo de esperanza volvió a consolarme; tal vez vendría... Esperé; el ruido de los coches resonaba en el dormitorio como el eco de un torrente lejano; la nieve derretida caía en goterones sobre el zinc de mi ventana.

Esperando me quedé dormido..................

....

Pocos días después la casualidad me puso delante de Mauricia; al verme, palideció y quiso huir. La detuve.

—¿Por qué me engañaste?

Reconociéndose perdida, fué franca.

—El sobrinito de que hablé a usted—dijo—es hijo mío. Aquella noche él no había comido y me aguardaba... ¿Comprende usted?... Ya era tarde para buscar dinero; la muñeca, los tres francos y los céntimos que usted me dió, eran la cena de mi hijo, eran su Nochebuena... y la mía... viéndole contento y sin hambre. Por eso le engañé a usted: ¿hice mal?...

Esta historia de dolor, tierna y sencilla, me conmovió, y bendije la pérdida de mis tres francos, pues era imposible causar con menos dinero un mayor bien.

—Todo eso—repuse—da ganas de llorar.

Y nos dimos las manos.

LA SEÑORITA ELISABETH

La primera juventud es la edad petulante y divina en que nos consideramos indispensables; y así el mozalbete que emprende un viaje, cree ir dejando tras sí una emoción de vacío, una estela de sombras.

—¡Qué tristes se habrán quedado mi novia, mis amigos, mis padres!—piensa—; ¡cuánto me echarán de menos, y con qué impaciencia aguardarán mi regreso!...

Tales meditaciones le afligen, le persiguen como remordimientos, le enflaquecen y arruinan el ánimo: hállase seguro de que le recuerdan, de que lloran su ausencia, cuando realmente es él quien recuerda y quien llora, y esta convicción, fruto de su inocencia y de su vanidad, le vence al cabo y le trae al redil.

Así era yo de fatuo y de inexperto, a los veinte años. Ocho o diez meses hacía que residía en París, y ya mi destierro, unido a mi penuria, comenzaba a parecerme insoportable. Sin advertirlo se me estropeó el humor y empecé a caminar despacio; busqué la soledad, y las alegres músicas de los cafés-conciertos de Clichy me dejaban triste; las novelas sentimentales me torturaban, y sobre la última página de «Safo», de Daudet, lloré varios días.

—«¡Madrid!... ¿Cómo estará Madrid?...»—se interrogaba bobamente mi corazón.

Y la imagen de la vieja ciudad aparecía en mi espíritu con un plebeyo rumor de merenderos y de pianillos de manubrio, y un revuelo alucinante de mantones y de capas bordadas.

Estas fantasías agravaban mi pena, y al cabo es-

cribí a mi familia solicitando su ayuda—una ayuda de doscientos francos—«para volver a España». La respuesta a mi carta llegó en seguida, y con ella el dinero. Era por la mañana: una de esas mañanas que luego, durante toda nuestra vida, la memoria ha de ver bañada en sol, quizás porque siempre que somos felices nos parece que en las calles hay sol...

Inmediatamente fuí a la estación del Quai D'Orsay a comprar un billete «de tercera» hasta Irún —el miedo a perder mi dinero o a disiparlo tontamente me hacía previsor—, y de regreso al hotel, con el corazón palpitante, las manos febriles y una canción en los labios, púseme a disponer mi equipaje. ¡Pintoresco bagaje, digno del más desarrapado azotacalles!... Enseres de tocador, un diccionario, tres o cuatro novelas, otros tantos pares de calcetines y de puños..., un cuello, una camisa..., un calzoncillo, tal vez... todo lo cual cabía—y aun bailaba—en una usadísima maleta, sin cerradura, que yo cerraba con auxilio de una correílla. Hecho esto, dediqué mentalmente algunas frases emocionadas de despedida a mi cuarto, que en aquella ocasión me pareció menos triste, y salí a almorzar. El almuerzo, más generoso y mejor regado de vino que otros, me llenó el alma de confianza y de ideas rientes, y finalmente una taza de café puro, un buen tabaco y varias copitas de coñac bebidas en el curso de una espaciosa sobremesa, acabaron por infundirme un elevado concepto de mí mismo. Cuando regresé a mi habitación, después de liquidar cuentas con el hotelero, me quedaban unos cuarenta francos, que, dada la depreciación que sufría entonces la peseta, bastaban a pagarme un billete de «tercera», y acaso de «segunda», desde la frontera a Madrid.

¡Qué alegría!... Tras muchos meses de incertidumbre, el porvenir mostrábase fácil, plácido, tibio; y el horizonte era en mi espíritu algo blanco y animador, como una inmensa carcajada. A media tarde cogí mi maleta, repartí algunas propinas prudentes entre las camareras que me desearon «buen viaje» y bajé al zaguán.

Un rato permanecí allí, la cabeza erguida, las piernas abiertas y sin soltar mi liviano equipaje, en la actitud de un hombre feliz que se va...

Muy cerca de la puerta, y sentadas en la «terrasse» de un café, había dos muchachas. A la más bonita yo la conocía «de vista», por haberme cruzado con ella diferentes veces, y sabía que se llamaba Elisabeth, y que formaba parte del «rebaño galante» de «Folies Bergéres», lo cual, dentro de su oficio, implicaba cierta jerarquía. Era pequeñita, elegante, alegre, y en su rostro de porcelana, enmarcado por cabellos castaños, los grandes ojos oscuros y los labios bermejos, reían sin cesar, descarados, provocadores... Yo nunca osé hablarla, porque sus abrigos lujosos y sus sombreros teatrales me cohibieron; a los veinte años estos pudores cómicos son frecuentes; pero en aquella ocasión los efectos reconfortadores del almuerzo, y, más aún, la felicidad que me rebosaba, me hicieron atrevido.

—Señorita Elisabeth—exclamé—; ¿puedo permitirme el honor de invitarlas, a usted y a su amiga, a beber un «bock»?...

Ellas, acaso sin sed—¡oh, fuerza de la costumbre!—aceptaron mi proposición, y a Elisabeth la sorprendió gratamente oirse llamar por su nombre.

—Me lo dijo un camarada—repuse—; se lo pregunté una tarde en que pasó usted cerca de nos-

otros. Usted tiene una de las caras más lindas de Montmartre, y por eso, porque lo bello escasea mucho, verla a usted una vez es recordarla siempre.

Con estas y otras amabilidades del mismo humilde jaez, expuestas en un francés mediocre, pero con comunicativo ardimiento meridional, parecióme que suavemente el fácil corazón de la señorita Elisabeth se acercaba a escucharme. Ella también recordaba haberme visto, aunque no sabía dónde...

Sus ojos bailarines se detuvieron en mi maleta.

—¿Va usted de viaje?

—Sí, señorita; esta tarde me marcho.

—¿Muy lejos?

—A España.

Este nombre, que la espada de los conquistadores y las hogueras de la Santa Inquisición han teñido de negro y de rojo, estremeció a la muchacha. Desde el éxito de Bizet, Iberia es para los extranjeros la pasión, el folletín, el rapto, acaso la muerte... Elisabeth comenzó a mirarme de un modo deslumbrado y sumiso, que penetraba muy dentro de mí. Yo había dicho: «Soy español»... con énfasis, como hubiera podido decir: «Soy duque... o soy rey»..., y esta declaración había echado sobre mis hombros la capa encendida de la leyenda. ¿Cómo calcular los entusiasmos instintivos que en nosotros despiertan de una parte las patrañas históricas y de otra la escasez de nuestros conocimientos geográficos?...

La señorita Elisabeth se volvió hacia su amiga:

—¿A ti te gustaría tener un amante español, verdad?...

La interrogada asintió, en tanto me inspeccionaba sorprendida, devotamente, como hubiera po-

dido admirar un kimono o un rincón de Venecia. Todo cuanto aquellas dos ignorantes criaturas supiesen, por lecturas o de oídas, respecto de España—novelas, fotografías, panderetas iluminadas de las que venden los comerciantes del Pasaje Jouffroy—resurgía a sus ojos encarnado en mí: yo era un símbolo; yo era la Giralda, la Alhambra, la Mezquita; yo era las corridas de toros, y la reja florida donde, a la luz de la luna, «Carmen», encelada, espera al amor... Como a Anteo, la tierra, «mi tierra», me daba la victoria.

—¿Por qué no me lleva usted consigo?—exclamó Elisabeth.

Sus palabras hicieron de mí en aquel instante el hombre más desgraciado del mundo; y debí de poner una cara tan triste, tan lacia, que mi admiradora se echó a reir, con una de las risas más jocundas, más endiabladas, de que guardo memoria.

—¿Cómo llevarla a usted—suspiré—si no tengo dinero?...

La enseñé mi billete hasta Irún, y mi capital de cuarenta francos; y a cada nueva declaración mía, ella reía mejor. Excitaban su hilaridad mi aire inconsolable, mi penuria, mi billete de «tercera», mi maleta sin cerradura colocada así, humildemente, sobre la acera...

Cogió el billete para mostrárselo a su amiga.

—¿Ves?... ¡Es cierto!... Se marcha en «tercera»... ¡Qué gracia!... ¡A mí me gustaría viajar en «tercera»!...

Sus carcajadas continuaban, y había en aquel regocijo frívolo un sortilegio alucinante. Estando grave, la señorita Elisabeth parecía una mujer; pero mientras reía, con su risa púrpura y blanca, volvía a ser niña. Serios, sus labios

húmedos tenían diez años más; risueños, diez años menos; dijérase que por ellos el tiempo subía o bajaba, como el mercurio en las columnas termométricas. Aturdida, nerviosa, instintiva, gorjeadora, la hilaridad de la señorita Elisabeth era la risa de oro de París.

La tarde había cerrado, lloviznosa y fría, y para no separarme de mis amigas tan pronto, las rogué acompañarme a la estación. Sin esfuerzo, consintieron. Entonces llamé a un coche, donde, con algazara juvenil, nos zambullimos los cuatro: Elisabeth, su amiga, mi maleta y yo. La maleta, puesta en el suelo, servía de escabel a nuestros pies. Muy pronto dentro del vehículo, que rodaba por la calle de Richelieu, a través de la niebla, el ambiente fué cálido y olió a mujer. Junto a mí, la señorita Elisabeth reía y vibraba nerviosamente bajo su abrigo de terciopelo, y con sus cabellos despeinados y su cabeza, que a cada momento echaba hacia atrás, como para que la garganta riese mejor, estaba más apetecible que nunca. Hasta mi cuerpo penetraba el calor del suyo, carnoso y elástico, y una voluptuosa turbación iba desentumeciéndome la voluntad. Súbitamente mis deseos, horas antes tan perentorios, de regresar a España, se alfeñicaron, palidecieron... y la silueta de Madrid se desdibujó en una mancha gris. Mi decisión omnímoda de irme se tambaleó; vientos terribles de duda me agitaron; vacilé, y el temor de cometer un gravísimo dislate llenóme como por ensalmo el alma de frío. Me hallé indeciso, desorientado, perdido en una enorme tiniebla, cual si acabara de romperse la brújula que guió mis pasos hasta allí.

«¿Para qué te marchas—musitaba dentro de mí una voz maravillosa—, si tienes a tu lado

la felicidad?... La mujer que deseaste tanto tiempo el Azar te la dió. ¿Dónde hallarás una boca que ría como la suya?»...

Bruscamente me volví hacia Elisabeth, y mirándola bien a los ojos:

—Puesto que no puedo llevarla a usted conmigo—exclamé—, ¿quiere usted que me quede en París?

—¿Cómo?—replicó sorprendida.

—Pues... ¡quedándome!...

—¿Y su billete?

—Lo rompo... lo pierdo...

—¿Sería usted capaz?...

—¿Por qué no, si por su belleza acabo de perder el juicio?...

Ella, de nuevo y con redoblado gusto, empezó a reir. Yo había sacado el billete y se lo mostraba sujetándolo por mitad, entre los índices y los pulgares de mis dos manos unidas, prontas a despedazarlo a la primera señal. Cerciorada de mi resolución, la joven reía, encantada de la aventura. Ibamos cruzando el puente Royal, sobre el Sena; yo me impacientaba; algo que había de ejercer una larga influencia en mi vida flotaba sobre mí. Entretanto, la estación del Quai D'Orsay se acercaba, y tuve miedo de ver su reloj, cuya esfera iluminada, semejante a un ojo implacable, minutos después había de clavarse en mi conciencia.

—¿Qué hago, Elisabeth?—repetí ansioso.

Su amiga intervino, ajuiciada y prudente, como quien conoce el peso de las responsabilidades:

—No le aconsejes nada: déjale.

Pero la señorita Elisabeth, siempre risueña, no apartaba de mí sus magníficos ojos, y yo leía en ellos su deseo de retenerme; lo leí claramente... «lo oí»...

—Pues... ¡me quedo!...—grité.

Hice trizas el billete, y seguidamente, borracho de alegría, de juventud, libre al fin de aquellos dulces recuerdos familiares que desde el otro lado de los Pirineos tiraban de mí, cogí mi bagaje y por una portezuela lo lancé al espacio en una loca explosión de alegría. Al chocar contra el asfalto la violencia del golpe rompió la vieja correílla, y la maleta se abrió de par en par, como en un bostezo; y allí rodaron entre el barro, y bochornosamente manchadas, todas las prendas de mi mezquino ajuar. Sobre el piso enlodado, negro, mi pobre maleta blanca parecía un libro abierto.

Ufano de mi rasgo miré a Elisabeth, y cogiéndola de los brazos y sacudiéndola:

—¿Estás contenta?—exclamé—. ¡Habla!... ¿Qué más quieres que haga por ti?...

Ella reía... reía... y rió tanto y tan graciosamente, que me quedé en París... ¡cuatro años más!...

¿Hice mal?... ¿Hice bien?...

Ahora que el tiempo me blanqueó los cabellos, creo sinceramente que hice bien, pues a la Alegría no se la busca ni se la persigue, porque es inútil, sino que debemos tomarla cuando pase a nuestro lado: si pasa...

Lectores viejos, lectores tristes, para quienes la vida es rutina y compás, y lo futuro copia aburrida de lo pretérito; mujeres y hombres que vegetáis al margen del divino Imprevisto; hermanos todos en el dolor de no esperar las visitas de la musa Sorpresa... ¡quién pudiera, siquiera una vez al año, como en aquella inolvidable tarde de París, volver a tirar su maleta por la ventanilla de un coche!...

A ESCOTE

Es incalculable la bondadosa influencia de París, aun sobre aquellas necesidades más apremiantes y crueles.

La debilidad de comer, verbigracia...

Inútilmente procuro representarme el espanto mortal, el horror de lentitud y silencio, que para cualquiera de nosotros tendría un día sin pan en una vieja ciudad de Castilla: desiertos los callejones tortuosos, las casas cerradas, el Casino vacío y dormido tras la penumbra de sus persianas... ¿Dónde buscar la invención risueña que, ofreciéndose de súbito a nuestro paso, ha de salvarnos?... ¡Oh, no! No acechemos nada; allí no existe la sorpresa, y, de consiguiente, de nadie esperemos auxilio. Será la nuestra una muerte adusta, terrible como el paisaje; la agonía de la planta que desfallece de sed sobre un muro. En esos pueblos cuyos vecinos tienen, a lo largo de los años, el mismo traje, las mismas conversaciones y la misma sonrisa, los cascabeles de lo Imprevisto no suenan nunca.

En cambio, en Lutecia, para nosotros, los devotos del arte, el hambre no existe. Allí «las ganas de comer» se aristocratizan y constituyen un deseo de tomar «vermouth» en un café del «boulevard» para ver mujeres bonitas; cuando más, son una laxitud física y una suave indiferencia espiritual. Pero apenas esta sensación comienza a molestar, cuando los donaires de un cinematógrafo al aire libre, o la suprema elegancia de una aventurera que al apearse de su automóvil pasó a nuestro lado, nos devuelven la inconsciencia y la

risa. ¿Qué tiene la Ciudad-Sol, que todo en ella, hasta sus propios dolores, al rodar sobre el limpio asfalto de sus aceras, se hacen ufanía?

Yo creo que este contento nace del Azar. París es la ciudad de lo heteróclito, de lo arbitrario; París es encantador, porque es ligero y no comprende que pueda haber dos horas iguales. Por la urbe inmensa, de día y de noche, para alivio de desheredados, la madre Casualidad, divinidad excelsa, pasea su sonrisa...

. . . .

He olvidado tu nombre, mujer; pero te llamases Alicia, Berta, Margarita o Elisa... ¿qué importa?... Recuerdo que eras alta y joven, y que cuando nos conocimos llevabas un abrigo de paño rojo que casi te cubría la fimbria del vestido, y sobre el oro de tus cabellos una gorrita blanca. Esta imagen basta a mi corazón y florece en mi ingrata memoria con un perfume de jazmines, tu aroma predilecto. ¿Ves cómo evoco y preciso detalles? De todo me acuerdo: de la belleza, pulida por la ociosidad, de tus manos; de la tristeza de tus ojos azules; de tu voz..., pero no de tu nombre. ¿Cómo mis labios perdieron la costumbre de llamarte?

¿Eras Ivonne?... ¿Susana, quizás?...

Tú, probablemnte, tampoco habrás olvidado aquella mañana—vernal debía de ser—en que una pirueta de la Suerte decretó que almorzásemos juntos.

¡Almuerzo excelente, porque entre plato y plato todas fueron risas!...

Yo vivía entonces solo, en un sotabanco. Mis modestos asuntos marchaban desmayadamente; en las casas de Bouret y de Garnier escaseaban las traducciones, y, como todavía era bisoño en esta

amadísima y anárquica república de las letras, los periódicos españoles se acordaban poco de mí. Confesado esto, a nadie extrañará que todas las mañanas la primera atribuladora interrogación que mi necesidad sometía a mi conciencia fuese la siguiente:

«¿Qué empeñaré hoy?»...

Camino del Monte de Piedad mis prendas mejores—excepción hecha de las personales, que nadie quería—se habían marchado: un gabán, un alfiler de corbata, dos sortijas... ¡hasta un traje de «smoking», flamante!... Ni la curiosidad de acabar el libro que empecé a leer, ni la inquietud dolorosa de la página que la víspera dejé a medio escribir, bastaban a sujetar mi atención, y el problema ineluctable, angustioso, del día que empezaba, servía de potro a mi pensamiento:

«¿Qué empeñaré hoy?»...

El objeto destinado aquella mañana al sacrificio—yo lo había resuelto de antemano, y por eso dormí tranquilo—era el reloj.

Vosotros, los pobres, los hijastros de la Suerte, que por individual experiencia conocéis estos menudos dolores, ¿no es cierto que la pignoración de un reloj cuesta mucho trabajo?... Es decir... Si vamos por la calle con amigos, y se trata de allegar recursos para proseguir una fiesta, entonces ocurre al revés: lo primero que empeñamos es el reloj, como si enajenándolo quisiéramos olvidar que las horas dichosas en que estamos finarán pronto.

Cuando estamos en nuestra casa sucede lo contrario. El reloj se niega a salir, protesta, alega razones, y su resistencia nos somete a perplejidades atroces. El reloj es la voz del hogar, el corazón del hogar. El sigiloso avance de sus ma-

necillas nos acompaña, e indudablemente nos guía. Cuando la miseria se lleve el reloj, nuestra casa se habrá quedado muerta.

Pues... a pesar de estos persuasivos matices sentimentales, y de cuanto mi pobre reloj se resistió a divorciar su suerte de la mía, lo llevé a empeñar.

Serían las once de la mañana, o poco más, y el júbilo de las calles soleadas y el buen humor estomacal que me inspiraba la proximidad de un copioso almuerzo, poníanme alas de golondrina en los pies.

Por la calle Provence enderecé mis pasos hacia la Chausseé d'Antin, donde el Monte de Piedad tenía una Sucursal. La Chausseé d'Antin es una de las vías más limpias, lindas y transitadas, de París: el suelo de asfalto, los comercios de primer orden y a lo lejos, sirviendo de término y placer a los ojos, el rincón verde de la plaza de la Trinidad.

Ya iba a entrar en la Sucursal, cuando vi una joven, alta, rubia, metida en un largo gabán rojo, que avanzaba hacia mí. Sobre el fondo negro y bruñido de la acera, por donde en aquel momento discurrían contadas personas, su figura grácil, a la vez lánguida y alegre, su elegancia cansada, se recortaban graciosamente. Un brusco y noble sentimiento de orgullo me detuvo al enfrontar la puerta de la casa de préstamos:

—No quiero—pensé—que una mujer así sepa que voy a empeñar...

Y seguí adelante. Nos cruzamos, y pasamos tan cerca el uno del otro, que sentí en mi brazo el contacto del suyo. Era bonita: tenía la nariz respingueña, las pupilas azules, misericordiosa y triste la línea de los labios; y cubriendo los cabellos

rútilos, casi bermejos, semejante a un copo de nieve caída sobre una hoguera, una boina blanca. Casi inmediatamente miré hacia atrás, y vi, con sorpresa y agrado, que la bella desconocida también volvía la cabeza; pero sorprendida por mi movimiento, apenas me miró. Seguí caminando, deteniéndome ante los escaparates de los comercios. Luego pensé:

«Ya puedo retroceder; ya se habrá ido»...

Di media vuelta y torné a verla. Se acercaba. Lo que yo había hecho acababa de repetirlo ella exactamente; y ahora, que la examinaba mejor, me pareció más interesante. Nos cruzamos, y al mirarnos, ya más confiadamente, yo me reí con los labios y ella con los ojos.

Este curioso vaivén se repitió otra vez, y otras; muchas...

—Estará esperando a alguien—discurría yo.

Según la escena se prolongaba, mayor decisión y empeño ponía mi vanidad en no descubrir a la gentil muchacha mi miseria. La Sucursal se cerraba a la una; eran las doce. Miré a la desconocida con rencor: aquella mujer significaba un obstáculo para mí, una especie de prohibición; un espionaje.

«Bien podía haber citado a su amante en otro lado»—pensé.

Y luego:

«Tendría gracia que viniese a pignorar y se tuviera aguardando a que yo me fuese.»

Rato hacía que ambos medíamos el trozo de acera comprendido entre el cruce de la calle La Fayette con el boulevard Haussmann, y la calle Provence. Ella paseaba lentamente, con el aire taciturno de quien sabe que ha de esperar mucho tiempo; yo había adoptado igual actitud. Ya

no nos sonreíamos, y como nos estorbábamos, llegamos a mirarnos hostilmente. La probable simpatía de los primeros momentos evolucionaba hacia el odio. Ninguno de los dos cedería. Paciencia contra paciencia, y a una coquetería, otra. Yo reflexionaba:

«¡Dichosa mujercita!»

Y ella, según supe después:

«¡Qué hombre tan inoportuno!»

Luego, en aquel aborrecimiento mutuo, asomó una ironía.

«Me parece—mascullaba yo—que si de ese individuo a quien esperas depende tu almuerzo, te quedas en ayunas.»

Y la desconocida, ya semiconocida:

«Es usted antipático; le detesto a usted; la mujer a quien seguramente aguarda hará muy bien en no venir.»

En uno de estos vaivenes coincidimos los dos delante, precisamente, de la Sucursal del Monte de Piedad. Esta casualidad y la impaciencia que abrillantaba los ojos azules de la joven, me exasperaron; no pude contenerme.

—Señorita...

—Caballero...

—¿A quién espera usted?

—¿Y usted?—repuso vivamente.

—Yo, a que usted se marche.

—¿Sí?... ¡Qué casualidad! Yo necesitaba también que usted se fuese.

Creí que se burlaba. Sin embargo, por su rostro resbaló una tristeza, una melancolía femenina tan elocuente de soledad, de penuria, de hambre, tal vez, que me humanicé. Vi claro y fuí leal.

—Yo iba a empeñar mi reloj, señorita—murmuré.

—¿Es posible? Y a mí que me daba vergüenza...

—¿Pensaba usted pignorar algo?

—Esta sortija...

Rompimos a reir los dos y cogidos del brazo, como si nos conociéramos de toda la vida, entramos en el zaguán. Eramos hermanos; hermanos en la dura religión del No Tener, de la Casualidad y del Dolor.

....

....

Alma gemela, mujercita de la capa roja y de la boina blanca, tú, como yo, no habrás olvidado aquel almuerzo, el mejor de nuestra vida, tal vez, que a los postres, entre carcajadas de veinte años, pagamos a escote...

LA TAZA DE CAFE

Personajes: Ella y Yo.

Edad de los personajes: *Ella*, veintidós o veintitrés años. *Yo*, la que ustedes gusten; no discutamos. Pero, desde luego, muy joven. Escenario, París.

La acción comienza en la calle Faubourg Montmartre y termina en la de Châteaudun.

Hora: las siete y media de la tarde, de un día de agosto.

Yo.—(*A la entrada del hotel París-Niza, con las piernas un poco abiertas y los pulgares en los bolsillos del chaleco, pienso*): ¡Puf! ¡Qué calor hace!

(Miro al espacio que el polvo de la gran ciudad mancha de gris). ¿Dónde iré esta noche?

Ella *(Al pasar, sonríe)*.

Yo.—*(Miro)*.

Ella.—*(Vuelve a sonreir)*.

Yo.—*(Vuelvo a mirar)*.

Ella.—*(Se detiene ante el escaparate de un comercio; algo parece interesarla. Pero, no; aquello es un pretexto. Inmediatamente gira la cabeza hacia donde yo estoy. Tercera sonrisa)*.

Yo.—*(Tercera mirada)*.

Pausa. Aunque «Ella» sonríe en francés y yo miro en castellano, cada cual traduce de corrido lo que el otro quiere decir. «Mi colocutora» —puedo llamarla así—es de buen talle, bonita de rostro, pinturera y graciosa de ademanes, y su traje de una sobria elegancia estival. La aventura seduce. Voy a emprenderla cuando recuerdo que no llevo dinero encima. Todo mi capital—quince o veinte francos, a lo sumo—lo tenía arriba, en mi cuarto, a más de cien peldaños sobre el nivel de la calle. Esta consideración me detiene y me enfría. ¿Qué hacer? Si subo a mi habitación, mientras voy y vuelvo, mi gentilísima semiconocida puede marcharse. Por otra parte, acercarse al Amor con la bolsa vacía es de tan mal gusto como chuparse los dedos en la mesa.

Ella.—*(Prosigue su camino. La media vuelta, un poco desdeñosa, que acaba de dar, ha sido la última frase del diálogo)*.

Yo *(mentalmente)*.—¡Alea jacta est!...

¡Lo que Julio César sufriría antes de decidirse a cruzar el Rubicón! Dejo, pues, mi observatorio y taconeo sobre la acera; me parece que voy por el cauce de un río y que el agua me llega a la cintura. «Ella» no ha visto mi gesto galán, pero

seguro estoy de que lo ha presentido: su manera de pisar me lo dice; todas las mujeres presienten esas cosas. Mi timidez regula mi andar, y si procuro no rezagarme también cuido de no aproximarme tanto que sea inevitable la conversación. Si «Ella» acelera su paso, yo apresuro el mío; si lo acorta, yo la imito. Al fin se detiene y clava en mi acobardada persona sus ojos azules; estamos ya tan cerca el uno del otro, que los distingo perfectamente: son azules. Ella, un instante, mira a otra parte; después torna a mirarme. Yo he seguido avanzando, y ya el abordaje es forzoso.

Yo (*que nunca me ha gustado cortejar en la calle a las mujeres*).—Señorita...

Ella.—Caballero...

Yo (*hecho un taco*).—Perdone usted mi atrevimiento, pero se trata...

Ella.—Usted dirá.

Yo.—Hace un ratito que la vengo siguiendo a usted...

Ella.—¡Ah! ¿Sí?... (*Con donaire y viveza*). ¿Es usted de la Policía?

Yo.—No, señorita; soy un hombre que aspira al honor de ser amigo de usted, porque es usted muy linda... (*Un poco aturrullado, cometo la tontería de querer explicar el origen de mi pasión*). Yo me hallaba en la puerta del hotel París-Niza cuando usted pasó...

Ella (*zumbona*).—¡Es curioso!

Yo (*hecho un mentecato*).—¿No había usted reparado en mí?

Ella.—En la calle nunca miro a los hombres. ¿Es usted extranjero?

Yo.—Sí, señorita; ¿se me conoce en el acento?

Ella.—Lo suficiente para comprender que no ha nacido usted en Montmartre.

Yo (*resuelto a justificar, cueste lo que cueste, mi presencia allí*).—Pues, sí; me hallaba en la puerta del hotel París-Niza cuando usted pasó...

Ella (*que evidentemente no tiene ganas de oír historias*).—¿Acaba usted de cenar?

Yo.—Sí, señorita; justamente terminaba de cenar, y...

Ella.—Yo también acabo de cenar.

Yo (*con alegría, cual si el sincronismo de nuestras funciones digestivas nos acercase*).—¡Qué casualidad!

Ella.—¿Por qué? ¿Usted no come todos los días?

Yo (*exagerando un poco*).—Todos los días.

Ella.—Yo, lo mismo. Entonces, ¿qué hay de raro en que, dada la hora que es, hayamos comido los dos...? (*Breve pausa*). ¿Me invita usted a café?

Yo (*de mil colores*).—Con mucho gusto.

Ella.—Adoro el café.

Yo.—¡Ah!... ¡El café!

Ella.—Una taza de café alimenta más que un solomillo, y es, desde luego, más elegante, más *chic*... Yo prefiero beber café y no cenar, a cenar sin café.

Yo (*pensando seriamente en arrojarme bajo las ruedas de un automóvil*).—¡Ah!... ¡Yo, lo mismo!...

Ella (*tocándome en un brazo, como insinuando el gesto de apoyarse en mí*).—Supongo que usted tampoco habrá tomado café...

Yo.—No, señorita.

Ella.—¿Y pensaba usted tomarlo?

Yo.—¡Oh, naturalmente! Pensaba... ¡Claro!...

Ella (*advirtiendo mi turbación*).—¿Qué le sucede a usted? ¿Tenía usted algo urgente que hacer?

YO.—No, nada... (*Vamos cruzando la calle La Fayette y el tráfago de coches nos obliga a mirar a un lado y otro*).

ELLA.—Con toda franqueza: por mí no se detenga usted.

YO.—Muchas gracias. No es eso. Es... verá usted: (*Disponiéndome por tercera vez a explicar la causa de nuestras relaciones*). Yo, como decía a usted, me hallaba en la puerta del hotel Paris-Niza, cuando usted pasó...

ELLA (*interrumpiéndome*).—Bien, sí; ¿y qué?

YO.—Que como no pensaba salir aún... como bajé al comedor vestido así, de trapillo... el dinero me lo dejé en mi cuarto, en el otro chaleco...

ELLA (*sonríe, indulgente*).—Comprendido; casi lo había adivinado.

YO (*notablemente aliviado con la confesión*).—¿Sí?... ¿Lo había usted adivinado? ¿Quiere usted esperarme aquí un momento? En dos brincos voy a mi habitación y vuelvo.

ELLA (*irónica*).—Cuántos peldaños necesita usted subir?

YO.—Ciento siete.

ELLA.—¿Los tiene usted contados?

YO.—Muchas veces.

ELLA.—¿Y por un franco va usted a realizar una ascensión tan penosa? La cantidad no lo merece. ¡Ea; yo le convido a usted a café!

YO.—¡Señorita! (*Con dignidad ofendida*).

ELLA.—No hablemos más; le invito a usted.

YO.—(*Hechizado, porque ya no dudo de que aquella mujer, que ni siquiera me ha dicho su nombre, acaba de volverse loca por mí. ¡Son las francesas —según cuentan en España—tan caprichosas!*)—

Pero, señorita... Lo que usted me propone, francamente, no está bien. Yo no debo consentir...

ELLA (*impaciente*).—No discutamos eso; sería ridículo.

YO.—Así, tan de pronto... sin conocernos apenas... ¿Qué va a pensar usted de mí?

ELLA.—Nada.

YO (*sintiéndome vagamente apache de película*).—Bien; como usted guste.

ELLA.—Aquí, a la entrada de la calle Châteaudun, hay un café.

YO (*me dejo llevar*).

Un rato caminamos en silencio; parecemos amantes. Al llegar al café, «Ella», disimuladamente, saca de su portamonedas un franco.

ELLA.—Tome usted. Es mejor que usted pague.

YO (*echándome el franco en el bolsillo de la americana*).—¡Bueno!...

Nos sentamos. Pocos parroquianos. Un mozo nos sirve el café.

ELLA (*con delicia*).—¡Qué rico está!

YO (*que acabo de abrasarme los labios y con los ojos anegados en llanto*).—¡Cuidado, va usted a quemarse!

ELLA.—No importa. ¡Qué rico está!

Pausa. El mozo nos observa a intervalos desde detrás de un periódico que ha empezado a leer. «Ella» acaba de apurar su taza con delectación, con frenesí, y detiene en mí la serenidad de sus pupilas azules.

YO (*animándome*).—¿Pero, es cierto que va usted a amarme?

ELLA.—¿Por qué cree usted eso?

YO.—¿Eh?... Después de la confianza, de la simpatía... que acaba usted de demostrarme...

ELLA.—¿Tomar café con una mujer tiene importancia en España?

YO.—¡Evidentemente!

ELLA.—Aquí, en París, no. Yo, al menos, no concedo a ese incidente valor ninguno.

YO.—Pero, en fin, ¿es que la disgusto a usted?

ELLA.—No he meditado en eso; me parece usted un hombre correcto, y nada más.

YO.—¡Canastos... no la entiendo! Al pasar por delante del hotel París-Niza usted me ha mirado varias veces; usted me ha dado un franco...

ELLA.—¿Y qué? Todo eso no significa nada. Voy a explicarle a usted lo ocurrido. Yo, que según he dicho, no puedo vivir sin beber café después de las comidas, tengo una amiga con quien lo tomo todas las tardes: un día lo paga ella, otro día lo pago yo... Hoy, luego de cenar, fuí, como siempre, en busca de mi «copine», y no la encontré: había tenido que hacer y se había marchado... Mi apuro era grande, pues yo precisaba beber café, y me molesta muchísimo entrar en los cafés sola; me parece que todo el mundo me atisba y que me juzga lo que no soy. En esto iba meditando cuando le vi a usted. Usted me miraba con agrado y pensé en el acto: «Este es el hombre que necesito; el hombre que va a acompañarme al café.» Así ha sido. Si usted hubiera llevado dinero, me habría dejado invitar, sin creer por ello que su invitación le autorizaba a nada; como usted no tenía dinero, he invitado yo. En esto no existe el menor perfume amoroso, porque... ¡no se ofenda usted!... no es su simpatía, sino su compañía, lo que yo he pagado.

YO (*aturdido como si acabase de caerme a la calle desde un quinto piso*).—Entonces... ¿no volveremos a vernos?

ELLA.—No es fácil.

YO.—¿Por qué? ¡Oh, sea usted buena! Nos veremos...

ELLA.—Imposible. Mañana salgo de aquí para Suiza.

YO.—¿Por mucho tiempo?

ELLA.—No lo sé.

YO.—¿Ama usted a alguien?

ELLA.—Sí. (*Su rostro se oscurece. Pausa. Luego, con cierta brusquedad*). Y si no le quiero, precisamente, le sigo: es mi deber. (*Transición*). Ahora pague usted y vámonos.

YO.—Un momento... (*Suplicante*).

ELLA.—A no ser que tenga usted gusto en quedarse; pero no estaría bien dejarme marchar sola...

Llamo al mozo y tiro el franco... «su franco»... sobre la mesa, y en el tintineo de la moneda sobre el mármol hay como una ironía. Después «Ella» y yo nos levantamos y lentamente atravesamos el local. Llegamos a la puerta.

ELLA.—Aquí nos despedimos.

YO (*suspirando*).—Como usted guste.

ELLA.—Sí, porque podrían vernos. Adiós.

YO.—Adiós.

ELLA.—Y... muchas gracias.

YO (*casi patético*).—¡Buen viaje!

Ella saluda y se marcha. ¡Qué extraña aventura! ¡Aquella mujer que no he vuelto a ver! ¡Aquella moneda que oigo reir aún!... ¿Verdad, lector, que estos lances raros son exclusivamente «cosas de París»?

¡EL POBRE SEÑOR!...

Fué en París también; hace años.. ¡no me preguntéis cuántos!...

Ella había sido actriz, compañera oscura de la Réjane y de Cecilia Sorel, y, aunque ya pasaba de los cuarenta, sus ojos meridionales eran vivaces, y su cuerpo ondulante guardaba todavía, como un perfume, la elegancia de los buenos trajes que había vestido, y sus labios, que recitaban de memoria trozos de Moliére, conservaban aún la gracia de las frases galantes y traviesas. ¡Pobre Margot!... Todo aquel remoto pasado de terciopelos y de sedas, de luces y de aplausos, embellecido por algunas migajitas de gloria, había muerto. Ahora su vida era muy diferente: por las noches estaba de «acomodadora» en el Vaudeville; ¡siempre el teatro!... De día llevaba la contabilidad en un hotel.

Allí nos conocimos. A fuerza de tropezarnos unas veces en la escalera, o en los corredores, o en el ascensor, trabamos amistad. Yo tenía quince años menos que Margot; y ella, que conocía la brevedad ingrata de los amores juveniles, y había leído a Coppée, me llamaba *Le passant.*

—Usted no puede ser constante—repetía—y eso me hace sufrir. Ya sé que una mañana, tarde o temprano, el portero me dirá: «El señor del 38—el número de mi cuarto—se ha ido...» Y no volveremos a vernos.

Quiso presentarme a su marido: las mujeres, cuando llegan a cierta edad, gustan del peligro y de la aventura más que del amante.

Porfiaba:

—Tanto le he hablado de usted, que desea conocerle. Mi esposo es un santo; ya le verá usted; no tiene más voluntad que la mía. ¡El pobre señor!...

Accedí y aquella misma tarde nos presentó en el «bureau» del hotel.

—Mi esposo... M. Zannetto...

Me había bautizado así, *Zannetto*, acordándose del personaje alegre y triste—triste porque era errante, porque se iba—del dulce poema de Coppée.

Luego fuése á sus quehaceres, prometiéndonos volver en seguida. ¡El pobre señor!... Era un sexagenario de ojos inteligentes y dulces, y bigote blanco; fofas las mejillas, el vientre redondo, la respiración y los brazos cortos, las manos trémulas. Hablaba discretamente y de todo entendía. A poco comencé a dar señales de impaciencia; quería marcharme. El, blandamente, me retuvo:

—Si se va usted, mi señora se disgustará; creerá que no he sabido... o no he querido... entretenerle a usted; me llamará «torpe»...

Hice un signo de obediencia y sonreí; ¡el pobre señor!...

Continuamos charlando: me refirió su historia a trazos sobrios. Había sido, cuando joven, viajante de una importante casa comercial: conocía Italia, España y la costa norte de Africa. También había recorrido América: en Buenos Aires vivió mucho tiempo. De regreso a París, y siendo ya viejo, se casó.

—Mi señora—agregó—es buena para mí; nunca reñimos; es una especie de madre o de hermana...

Por momentos hablaba con mayor lentitud, cual si alguna recóndita pesadumbre le oprimie-

se la garganta, y cada vez me parecía más exangüe, más triste.

De las ventanas caía la pesadumbre gris de las tardes de invierno. ¡Y Margot sin venir!...

Fatigado, me puse de pie. Mi resolución era irrevocable.

—Me voy.

—¿Tan pronto?—repuso—. ¿Se aburre usted conmigo?

—No, no es eso; es... que me esperan; necesito escribir.

Hubo otra pausa, y una expresión de infinita, de intraducible amargura, cubrió el semblante de mi interlocutor.

—Sí—dijo—se aburre usted..., y es natural... ¡Como *ella* no está!...

No supe responder.

¡Oh, la frase admirable! ¡Y qué elocuente y qué triste resonó entre los fríos labios de aquella vieja boca!...

«Como ella no está»...

Era una lágrima; era una despedida; también eran una ironía y un perdón...

¡El pobre señor!...

En verdad que estas cuatro palabras servirían para desenlazar magistralmente el primer acto de una comedia.

VI

Nuevos días de París

ANTECEDENTES

La escena en un vagón de tercera clase. Son las cuatro de la tarde, y un momento, a la derecha mano, se han destacado las casas de Sitjes sobre el telón inmenso, quieto y cerúleo, del mar. El tren llegará a Barcelona a las cinco y minutos.

Personajes principales: Yo, Juan Aleu y el Representante de un hotel barcelonés, que ha subido al coche en Villanueva y Geltrú.

REPRESENTANTE (*pequeño y rechoncho, saca una cajetilla, de las baratas, y ofrece cigarrillos a los viajeros. Dirigiéndose a mí*).—¿Va usted a Barcelona?

YO.—Sí, señor.

REPRESENTANTE.—¿Por mucho tiempo?

YO.—Psch...

REPRESENTANTE.—¿No lo sabe usted?... ¡Esa es buena!... ¿Cómo no lo sabe usted? ¿Eh?... Vamos... porque todos tenemos, poco más o menos, idea de lo que pensamos hacer...

YO (*no respondo y le miro melancólicamente,*

con esa gran tristeza que me inspiran los hombres muy brutos).

(*Pausa*).

REPRESENTANTE.—¿Lleva usted mucho equipaje, y usted dispense?

YO (*dirijo los ojos hacia mi maleta—¡mi pobre maleta, sin cerradura!—metida en una funda gris. Mi interlocutor sigue aquel movimiento y no parece satisfecho*).

(*Segunda pausa*).

REPRESENTANTE.—¿No lleva usted nada facturado?

YO.—Nada.

REPRESENTANTE.—De todos modos (*¿cómo negar que éste «de todos modos», es altamente ofensivo para mí?...*) voy a darle a usted las señas del hotel que represento. Estará usted allí muy bien. (*Me ofrece una tarjeta*).

YO.—Gracias.

REPRESENTANTE.—No es porque ese Hotel sea el que «trabaja» servidor; pero servidor le asegura que es la mejor casa de Barcelona: buena cocina, buenas habitaciones..., y, en cuanto al dueño... un caballero; lo que se llama «un caballero»; deseando servir a todo el mundo.

YO (*un gesto, que no compromete a nada*).

REPRESENTANTE (*sin dejarme admirar el paisaje*).—¿Irá usted?

YO.—¿A dónde?

REPRESENTANTE.—Al Hotel que le digo. ¿Usted conoce Barcelona?

YO.—No.

REPRESENTANTE.—¡Caramba! Pues si no conoce usted Barcelona, ni le han recomendado allí ninguna casa, véngase a la mía. Servidor no le engaña: buenas camas, todo muy limpio, las ra-

ciones abundantes, que puede uno comer hasta hartarse... Quedamos en que se vendrá usted conmigo...

Yo.—Hombre... ya veremos.

Representante.—No; usted se viene conmigo. Yo le llevaré la maleta. Ya verá usted; usted no tiene que preocuparse de nada.

Aleu (*seco, nervioso, con perilla y bigotes blancos y caídos; tipo quijotesco*).—El señor no se marcha con usted; el señor se viene conmigo... ¡Qué pucheta! ¡Tanta conversación!

Representante (*algo desconcertado*).—¿Pero, quién se ha metido con usted?

Aleu (*la barbilla temblante de cólera*). — ¿Pero me meto yo con usted!... Hace media hora que está usted fastidiando al señor: «Que si va a Barcelona por mucho tiempo, que si lleva o no lleva mucho equipaje...» ¡Tanta curiosidad y tanta pucheta!

Yo (*intento, sin éxito, un ademán conciliador. Los viajeros observan el lance, divertidos*).

Aleu (*cada vez más dispuesto a hacer del asunto de mi hospedaje una cuestión personal*).—El señor es un periodista madrileño (*aquí mi nombre*) que va a Barcelona, de paso para París, y yo me marcho a París con él. Yo soy maestro de obras. El señor y yo nos hemos conocido aquí, en el tren; somos amigos desde hace media hora, pero es lo suficiente para que yo no tolere que nadie le engañe. ¡Qué pucheta!...

Representante.—¡Cómo no sea usted quien trate de engañarle!

Aleu (*echando «puchetas» por los ojos*).—¿Yo?

Representante (*con sorna*).—¿Podemos saber a qué Hotel de «primera clase» quiere usted llevar al señor?

ALEU.—No es hotel; yo soy más español que todo eso. ¡Qué hoteles ni qué puchetas! A donde el señor irá es fonda.

REPRESENTANTE.—Bien, diga...

ALEU.—La fonda de San Antonio.

REPRESENTANTE.—¿Cuál? ¿La del «carré de San Pau»?

ALEU.—Esa.

REPRESENTANTE.—¿La del número siete?

ALEU.—La misma.

REPRESENTANTE.—«¡Voto va a Deu!...» (*A mí*) Mire, señor, si va ahí le matarán de hambre; crea a servidor. Vea...

ALEU (*poniéndose de pie y con los puños apretados*).—¿Qué dices tú, «lladre»?

REPRESENTANTE (*levantándose también*).—¿Yo «lladre»?...

Los viajeros se interponen entre ambos y les separan. Los dos se miran con ojos baladrones, y mascullan palabras de ofensa y rencor. Transcurren unos minutos y el tren llega a Sans.

UNA VOZ (*desde el andén*). — ¡Sans!... ¡Un minuto!...

REPRESENTANTE.—Buen viaje, señores. (*Desaparece*).

ALEU (*vencedor y satisfecho, y abalanzándose a la ventanilla*).—¡Vaya usted a la pucheta!...

(*Risa general*).

*

* *

En Barcelona, una mañana, el excelente Aleu me llevó a su casa y me presentó a su familia. Vivía en «el ensanche», y de aquel hogar, solado

de mármol blanco, conservo una impresión de limpieza y de claridad.

Con Adriana, la hija de mi amigo, platiqué unos momentos. Contaría veinte años. Era gruesa y de gentilísima presencia, y tenía los ojos y los cabellos negros de la reina Artemisa. Su rostro, redondo, tranquilo y de veneciana palidez, irradiaba bondad. Estaba casada.

ADRIANA.—Papá me ha dicho que se marcha a París con usted.

YO.—Sí, señora.

ADRIANA.—¿Y qué quiere hacer allí? ¿Trabajar?

YO.—Creo que sí.

ADRIANA.—¡Pero si papá no sabe francés!...

YO (*un gesto*).

ADRIANA.—Le aconsejo que no le haga a papá mucho caso. Es peor que un niño.

YO.—¿...?

ADRIANA.—Yo creo que papá, desde que se cayó de una chimenea, allá en Madrid, no está bien de la cabeza.

(*Pausa corta*).

Miro a mi interlocutora, y ella aparenta distraerse, examinándose las uñas.

ADRIANA.—¿Volverá usted a Barcelona?

YO (*ligeramente cursi*).—Sí; por verla a usted... aunque hubiese de regresar andando...

*
* *

Otro día—la víspera del viaje—Adriana y su padre fueron a visitarme a la fonda. Aleu llevaba sus ropas y sus herramientas de albañil en un ancho pañuelo de color. Yo iba y venía por la habitación, mientras arreglaba mi maleta. Char-

lamos poco. Aquella visita tenía el silencio y la pesadumbre de las despedidas.

ADRIANA (*un suspiro*).

ALEU.—¿Mañana, a estas horas, estaremos en la frontera?

YO.—Sí.

ADRIANA (*otro suspirito*).

ALEU.—¡Qué pucheta, tanto suspirar!

ADRIANA.—Yo estoy tranquila, porque sé que papá va con usted, y que usted no ha de abandonarle.

YO.—Nunca, señora.

ADRIANA (*acariciándome con el terciopelo—luminoso como una noche tropical—de sus pupilas*). —Confío en usted...

YO (*sudando abnegación*).—Quede usted tranquila; a mi lado nada malo le sucederá.

ALEU (*a su hija*).—¿Pero es que soy un chiquillo?... ¡Tanta recomendación y tanta pucheta!...

Los ojos negros, los ojos magos, continuaban mirándome atentos, afectuosos, prometedores, humildes...

¡Ah! ¡Si no hubiera sido por la virtud de aquellos ojos negros!...

YO HE TENIDO EN MI MANO LA VIDA DE UN HOMBRE

Hace rato que Cerbére, la primera estación de Francia, quedó atrás. Vuela el tren por entre campos que el rigor de los últimos días de octubre matiza de amarillo, el color elocuente de la melancolía. Lugar de la acción, un vagón de ter-

cera. Juan Aleu y yo vamos junto a una ventanilla, y él de cara a la máquina, o, lo que es lo mismo, de cara al viento. Los demás viajeros de nuestro departamento son mujeres: mujeres que no quieren ser confundidas con el bajo pueblo; mujeres encorsetadas, ensombreradas, perfumadas, limpias; mujeres en quienes el deseo de parecer bien y el prurito de las actitudes elegantes es obsesión; mujeres de Francia...

Despreciando el otoño, Aleu viste de un modo pintoresco y estival: sombrero blanco de fieltro, matiz castaño; pantalón, americana y chaleco, de color café con leche—bastante más leche que café—; alpargatas blancas, y, asomando por debajo del chaleco, una faja azul. Creeríase que el Diablo, inagotable enredador, le sirvió de sastre.

Mi amigo permanece quieto y como encogido, y en su pecho angosto hay un anhelo. Aleu no lleva corbata; del cuello a la marinera de su camisa, el pescuezo emerge avellanado, fibroso y cobrizo, y en el comedio de la garganta, la nuez, aguda y movible, parece una pirueta. Tiene mi compañero la frente descollada, la nariz corva, los ojos zarcos, curiosos y pequeños, los pómulos salientes y las mejillas chupadas y rugosas. Una barbilla rucia vibra nerviosamente sobre su mento, tajante y desafiador como una proa.

Comprendiéndole así, tan bueno, tan rodadizo, tan viejo, tan flaco y tan loco, pienso:

«Don Quijote»...

Y luego, considerando su anhelo juvenil, su primaveral voluntad de correr tierras y aventuras, añado mentalmente, sonriendo:

«Capítulo II: que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quijote...»

Advierto que, de cuando en cuando, pasan por

su semblante contracciones extrañas. A intervalos, sus ojuelos se reviran hacia lo alto, suplicantes. Si fuese andaluz, creería que tararea mentalmente alguna tonadilla «honda»... Pero Aleu es catalán. ¿Qué le sucede, entonces? ¿Es que impetra el auxilio del Todopoderoso? ¿Es que quiere cerciorarse de que el atadijo de sus enseres y mi maleta van salvos en la redecilla de los equipajes?

Yo.—¿Se le ha olvidado a usted algo en Barcelona?

Aleu.—No.

(*Silencio*).

Rápidamente su rostro va palideciendo, sus facciones se descomponen; diríase que en ellas ha entrando la Muerte: la nariz se afila, las mejillas se enflaquecen, en las cuencas los ojos se hunden, se apagan. Corren por sus labios y su frente singulares visajes.

Pienso: «Serán el viento y el frío los que le arrancan esas muecas».

Yo.—¿Quiere usted que subamos el cristal?

Aleu (*un gruñido*).

De pronto se mete los puños en el vientre y recoge las rodillas; hunde la cabeza entre los hombros; hace un gesto de desesperación, de angustia; frunce las cejas; bajo su barbilla rala y canosa, su cara se ha llenado de surcos verticales y hondos... como si agonizase, como si riese...

Aleu.—Hijo mío, yo estoy enfermo...

Yo.—¿Qué le sucede a usted?

Aleu (*tuteándome, paternal*).—¡Ay! ¿En este coche no hay retrete, verdad? Di...

Yo.—No

En aquella época la mayoría de los vagones de

tercera clase ni eran de corredor ni llevaban retrete.

ALEU.—¡Ay, ay!...

YO.—Caramba...

ALEU.—¿Este tren maldito no para en ninguna parte?

YO (*me encojo de hombros*).

ALEU (*dándose golpes en el vientre*).—Pucheta!... ¡Repucheta!...

Quiere incorporarse y no puede.

VIAJERA 1.ª—«Qu'est-ce qu'il à encore?»

VIAJERA 2.ª (*en francés, naturalmente*).—Parece que está envenenado.

OTRA VIAJERA.—He leído que ahora, en España, hay mucho tifus.

ALEU.—¡Pucheta! ¡Ya te dije que el café que nos dieron en Cerbére era una porquería!

VIAJERA 1.ª (*A mí*).—¿Qué tiene su amigo?

YO.—¿No lo adivina usted? (*Sonrío*).

VIAJERA 1.ª—«Oh c'est pas chic.»

VIAJERA 2.ª—«C'est pas chic, du tout.»

OTRA VIAJERA (*como si yo tuviese la culpa de que Aleu hubiera tomado café en Cerbere*).—Puede usted asegurar que su amigo no es un hombre *chic*.

ALEU.—¿Qué dicen esas tías?

YO (*me echo a reir*).

ALEU (*comprendiendo*).—Bueno; me es igual... me tiene sin cuidado... ¡Repucheta!... ¡No puedo más!... ¡No aguanto más!...

Se levanta, se desabotona el chaleco y comienza a desceñirse su faja azul. En pocos minutos el suplicio de sus entrañas le ha enflaquecido el rostro y empapado la frente en sudor nazareno.

LAS VIAJERAS (*a coro*).—«¡Oh!... ¡C'est ignoble!... ¡C'est ignoble!...»

ALEU.—¡Pucheta!... Ya pueden decir lo que quieran. Yo me muero... (*Deja el sombrero sobre el asiento*).

LAS VIAJERAS (*alzando la voz y pensando, quizás, en agarrarse al timbre de alarma*).—¡Es demasiado!... ¿Pero su amigo se dispone a desnudarse aquí?

YO (*muerto de risa*).—Parece que sí.

Aleu, fatal y sombrío como un héroe de Esquilo, permite con una impudicia digna de la edad lacustre que los calzones se le resbalen cintura abajo.

LAS VIAJERAS (*mirando a otro lado*).—¡Es intolerable! Presentaremos una queja contra este abuso en la primera estación.

Aleu abre la portezuela y desciende al estribo. Con una mano flaca, desesperada y amarilla, se agarra adonde puede; la otra mano me la entrega a mí para que yo le sostenga. Por la portezuela, instantáneamente, penetra rabiosa una furibunda ráfaga de aire.

LAS VIAJERAS (*a mí*).—Puesto que su amigo no sabe francés, usted tendrá que responder de este atropello. ¡Puf!...

ALEU (*desde el abismo*).—¡Pucheta, qué frío hace aquí!... Ma va a dar una pulmonía. Hijo mío, no me sueltes... no me sueltes, porque me mataría.

¿A cuántos kilómetros por hora corría el tren? ¿A ochenta? ¿A noventa? Yo me desternillaba de risa. En aquella actitud, la figura de Aleu ofrecía una insuperable comicidad: los pantalones caídos alrededor de los pies; el rostro sin color y suplicante, vuelto hacia arriba; los brazos en alto. Y para mayor donaire, el viento, que le le-

vantaba la camisa hasta media espalda, y el trasero, que el frío iba coloreando rápidamente como una mejilla.

Cuando Aleu, ya más tranquilo, reapareció en el vagón, estaba cadavérico y anonadado, cual si volviese del centro de la tierra.

Yo.—Parece que los calzones se le han quedado a usted grandes.

Aleu (*desfalleciendo*).—¡Ay!... ¡Ay!...

Lentamente concluye de ajustarse alrededor de la cintura su faja azul; se abrocha el chaleco; se pone el sombrero; se sienta... Trabajo perdido: minutos después sus terribles ansias se reanudan.

Aleu.—¡Ay, ay!... Hijo mío, yo me muero; no me dejes... Esto es el cólera. (*Se incorpora y comienza a quitarse la faja*).

Las viajeras (*escandalizadas*).—¡No es posible! ¿Otra vez?

Aleu.—Que digan lo que quieran... ¡Perras!...

Desciende al estribo y su mano yerta, espectral y sudorosa, se aferra a la mía; de nuevo el aire le levanta la camisa, y su trasero en pompa desafía al paisaje.

Viajera 1.ª—¡Está usted divertido!

Yo (*suspiro*).

Viajera 2.ª—¿Van ustedes a París?

Yo.—Sí, señora.

Viajera 1.ª—Le espera a usted una buena noche.

No contesto; tampoco me río; de pronto la desgracia de Juan Aleu ha dejado de hacerme gracia. ¿Quién me obligaba a recorrer el mundo con un pobre hombre que, por lo visto, tenía los intestinos tan desgobernados como la cabeza? Las viajeras adivinan mi descaecimiento, mi fastidio,

y esto las pone de mi parte. Cesan de serme hostiles y comienzan a mirarme compasivamente, como a una víctima. El dolor nos acerca, y en aquellas pupilas leo una insinuación criminal: «Si usted le soltase, él descansaría de una vez y todos quedaríamos tranquilos. Nosotras, por nuestra parte, sabríamos guardarle a usted el secreto...»

Esto es lo que sus ojos, con espantable unanimidad, querían decirme. Aleu volvió a sentarse, y pasado un cuarto de hora comenzó a renovar sus visajes; y así otra vez... y otra... y siempre reaparecía más escuálido, más consumido. Yo estaba furioso; ganas me daban de abalanzarme a su cuello y estrangularle. Enjuto, arrugado, amarillo, parecía una hoja seca. Pero ¿cómo no acababa de llevárselo el aire?...

Nuevamente Aleu descendió al estribo, y su voz expirante había balbuceado:

«Hijo... no me sueltes...»

Decía bien, porque la salud de sus huesos dependía en tales instantes absolutamente de mi voluntad. Yo he tenido en mi mano la vida de un hombre. ¡Oh, qué extraña emoción, por igual agria y dulce!... ¡Emoción profunda, removedora, que únicamente saborean los tiranos!... Ser amo de una existencia; poder decir: «Si quiero, vive; si quiero, la destruyo...» ¡Ah! Es difícil, si no se ha experimentado, saber lo que es eso... De sujetar a Aleu, tenía el brazo rendido.

«¡Si yo abriese la mano!»—pensaba.

Pero al par que esta idea, semejante a un murciélago de agorería, me rozaba la frente, los ojos negros y buenos de Adriana se clavaban en mí desde la sombra del recuerdo, y en lugar de abrir la mano la cerraba mejor.

Con este trajín, abriendo y cerrando la portezuela, ayudando a Juan Aleu unas veces a bajar y otras a subir, transcurrió la noche, y comenzaron a florecer en Oriente las primeras rosas de la mañana. A esa hora, Aleu se quedó dormido. Yo le miraba con odio; de bonísima gana le hubiese pegado. ¿Por qué no le maté?...

¡Ah, el magnetismo irresistible de unos ojos negros!...

LA SEÑORITA LUISA

En el último piso del hotel de la Paix—rue des Petites Ecuries—alquilé, por quince francos mensuales, una buhardilla.

—El señor—dijo la hostelera—querrá otra habitación...

«El señor» era Juan Aleu.

—No—repuse—, el señor vivirá conmigo tres o cuatro días, hasta que halle trabajo.

Ya en nuestro cuarto, cerramos la puerta. Componían el moblaje un lavabo que, en caso necesario, podía servir de mesa; una silla de anea y una camita, tan estrecha, que para descansar en ella era casi indispensable acostarse de lado. Un espejito. Una percha. En un ángulo, un jarro con agua y un cubo. No había más. Del techo, inclinado paralelamente al declive rapidísimo del tejado, y que parecía suspender sobre nosotros una amenaza, bajaba la luz de una ventana cuyo único cristal, con auxilio de un pequeño soporte de hierro, se abría hacia arriba.

Juan Aleu se acomodó en la silla, y yo a su

lado, en la cama; y no digo «al borde de la cama», porque en lecho tan brevísimo todo era «borde», extremo u orilla. En aquel malhadado viaje, mi compañero seguramente había perdido varios kilos: estaba pajizo y caído, como si acabasen de darle de palos.

—Lo primero—exclamé—es saber los recursos de que disponemos. Así, pues, procedamos a un arqueo. Pero ¡sin mentir!...

—¡Pucheta, sin mentir!—repitió Aleu.

Yo, noblemente, con la gran nobleza de mi juventud, enseñé a mi compañero todo mi capital: unos cien francos, o poco menos. Aleu, parado sobre sus alpargatas blancas, comenzó a registrarse las faltriqueras y de todas ellas sus manos requeridoras salían vacías. Una secreta angustia iba poseyéndome. Al cabo, de un bolsillo de su chaleco sacó una moneda.

—Diez céntimos—dijo.

—¿No tiene usted más?

—Nada más; porque en mi casa... en fin... ya te explicaré...

Calló, avergonzado quizás de su propia frescura. Unos instantes le miré con odio, mientras meditaba: «¿Por qué, cuando ibas en el estribo, no abrí un poquito la mano?...» Luego me eché a reir, pareciéndome que ir a París «porque sí», con un maestro de obras viejo, que no sabía francés y sin dinero, era una originalidad de muchísima gracia. Y así, cuando fué llegada la hora, nos marchamos a almorzar con el mejor apetito y el mejor humor.

Aquella noche, y las siguientes, nos arreglamos como pudimos: yo dormía en la cama, sobre el «sommier», y Aleu en el suelo, sobre el colchón. Por las mañanas salíamos a pasear, y

allí donde veíamos una casa o edificio en construcción, entrábamos, y yo preguntaba por el director de las obras, y con muy corteses palabras le presentaba a mi compañero como un albañil excelentísimo, desterrado de España por sus ideas políticas, y capaz, aunque no supiese francés, de entenderse perfectamente por ademanes con sus camaradas de trabajo. Llegué a decir que Aleu había tomado parte activísima en la construcción de la Alhambra... Y añadía, casi enternecido al calor de mi discurso:

—¡Oh! En España, un hombre de opiniones avanzadas no puede vivir...

Luego detenía en Juan Aleu una larga mirada de afecto, de admiración y de tristeza: una mirada que quería decir:

«Un país que no se preocupa de que hombres como éste emigren, es un país perdido»...

A estas consideraciones de matiz político recurría con frecuencia, pues advertí que los arquitectos y contratistas de obras a quienes me dirigía las tomaban muy en serio. Al fin conseguí que Aleu trabajase en Saint-Cloud, con un jornal de cinco o seis francos, y a Saint-Cloud se marchó a vivir. ¡Colocar a Aleu así, sin recomendación de nadie!... Personas conozco que, por haber realizado empresas mucho más fáciles, tienen una cruz.

Una vez solo, mis costumbres recobraron su laboriosa normalidad. Los días los pasaba en mi cuarto, escribiendo «Tik-Nay»; una novela que la casa Bouret, de la rue Visconti, se comprometió a editarme, y que no había de publicarse hasta dos años después, en Barcelona. Por las noches, a la luz de una vela, reanudaba mi trabajo;

y siempre ¡con qué fe tan robusta, tan alegre, tan sana, tan moza!...

Mi habitación hallábase en un séptimo piso, en aquella región que Campoamor denominó poéticamente «el mundo de las cosas puras», y desde la cual casi había motivos para dudar de la atracción terrestre. Hasta el sexto piso del hotel de la Paix podía subirse con facilidad relativa; luego, de súbito, la escalera se estrechaba y convertía en empinadísimo caracol: retorcida sobre sí misma, parecía un rizo. En el piso último sólo había un angosto y prolongadísimo corredor, flanqueado por las puertecillas de una serie de desvanes que la codicia y buena industria de la hostelera convirtieron en cuartos «habitables», digámoslo así. A tan gallarda altura, los ruidos callejeros llegaban apenas; vivir allí equivalía a vivir en el remate de una chimenea, y cuando llovía las gotas redoblaban sobre el cristal de las lucernas su dulce canción de ensueño y de llanto.

Una noche, a eso de las nueve, oí pasos de mujer en el silencio del caracol oscuro, resonante y folletinesco.

«Será mi vecinita del cuarto de al lado»—pensé.

Y seguí escribiendo. Efectivamente, era ella. Pasó ante mi puerta, que yo dejaba siempre entornada, y, a tientas, abrió su habitación. La sentí suspirar, tropezar con algún mueble y mascullar frases de dolor y de rabia. Buscaba algo, sin duda. Después volvió al pasillo; yo levanté la cabeza para verla, mas no pude, por hallarme en la luz y ella en la sombra. Sus pasos se alejaron por el carrejo trágico, y, asomándose al hueco de la escalera, llamó:

—¡*Garçon!*... ¡*Garçon!*...

Dejó transcurrir medio minuto, y tornó a llamar:

—¡*Garçon!*...

Furiosa, comenzó a musitar palabras de protesta. «¡Valiente hotel! ¡Qué asco de servicio!...» Y repitió:

—¡*Garçon!*... ¡*Garçon!*...

Una pausa. Un suspiro.

—¡Oh, mon Dieu!...

Otra pausa.

Yo pensaba:

«Como no le llames a tiros»...

Mi vecinita volvió sobre sus pasos, y con los nudillos, delicamente, llamó a mi habitación.

—Adelante—exclamé.

Tiró de la puerta, que se abría hacia afuera, y su figura juvenil, carnosa y blanca, se recortó sobre la honda tiniebla del pasillo. Iba vestida sencillamente y lucía una gorrita adornada con un lazo y un puñado de viejas flores. Era pelinegra, redonda de seno y de ancas, y, en conjunto, de muy agradable presencia. Un poco mofletuda, quizás...

Mi vecinita llevaba en la mano una vela.

—Caballero, ¿tiene usted cerillas?

—Sí, señorita.

Encendemos la vela. La joven examina mi zaquizamí con ojos pueriles y curiosos. Yo me acuerdo de Müger...

Ella.—Muchas gracias. Usted sabrá perdonarme este atrevimiento; pero... ya ve usted. Estoy a oscuras, y el maldito *garçon*, o no me oye, o no quiere oirme, que es peor.

Yo.—Mucho peor; en España un refrán ase-

gura que no hay peor sordo que el que no quiere oir.

ELLA.—¿Es usted español?

YO (*un gesto afirmativo*).

ELLA.—¡Tendrá usted navaja! (*con alegría*).

YO (*por no causarla una decepción y mirando a mi maleta, como si mi navaja estuviese allí*). —¡Naturalmente!...

ELLA.—En España todo el mundo usa navaja.

YO (*«haciendo patria»*).—Desde los doce años en adelante. Es obligatorio.

ELLA.—¿Y las mujeres?

YO.—Lo mismo.

ELLA (*riendo feliz*).—¡Ay!... ¡A mí me gustaría tener una navaja!

YO.—La tendrá usted. Yo se la regalo.

ELLA (*por momentos más risueña y más dichosa*).—¿Y la llevaré en la liga?

YO.—Como *Carmen*. Pero, señorita, creo que debía usted apagar su vela y sentarse. ¿El nombre de usted?

ELLA.—Luisa.

YO.—¿Y el apellido?

LUISA.—Côme.

YO.—¿Côme?

LUISA.—Sí, señor; con acento circunflejo sobre la o.

YO.—Muy bien: Luisa... y Côme—con acento circunflejo—; eso suena perfectamente...; hay en esas cuatro sílabas cierta armonía... (*Declino mi nombre*). Y, ahora, que estamos presentados, siéntese usted y descanse.

Me instalo a los pies de la cama. Luisa apaga su vela y ocupa la silla donde estuvo Aleu la mañana en que llegamos a París. Pero ¡qué diferencia entre esta cara y aquella!... Sobre la blan-

cura de la pared, el rostro colorado y redondo de la moza parece un globo infantil.

Luisa.—Usted, cuando llegó aquí, venía con un amigo.

Yo.—Sí, señorita.

Luisa.—Yo les vi a ustedes un día; un señor viejo... ¿Qué ha hecho usted de él?

Me dan ganas de responder: «Le he matado». Pero temo que mi interlocutora me crea, y prefiero decir la verdad.

Luisa.—El cuarto de usted es como el mío.

Yo.—Todas las miserias se parecen.

Ella sonríe.

Luisa.—¡Bah! Siempre tendrá usted más dinero que yo, que estoy empleada en un almacén de sombreros con dos francos diarios, y trabajo desde las ocho de la mañana a las siete de la tarde.

Yo (*suspiro y pongo una cara muy triste*).

Luisa.—¿Y usted qué hace?

Yo.—¡Psch!... Traduzco libros al español, escribo alguna crónica...

Luisa.—¡Ah! ¿Es usted periodista?

Yo (*que todavía no era nada, me ruborizo un poco*).

Luisa.—¡Periodista! ¡C'est chic, ça!...

Yo (*considerando los sueldos de los periodistas españoles*): «Esta chiquilla se admira de todo; nunca tendrá un real.»

Seguimos charlando.

Luisa (*levantándose*).—¿Me da usted otra cerilla?

Yo.—¿Se marcha usted ya?

Luisa.—He de madrugar. (*Enciende la vela*). Voy a pedir dinero adelantado a mi jefe para arreglar mi paraguas que se me ha roto hoy.

Yo (*jovial*).—¡Consuélese usted! A mí las botas se me han roto hace quince días.

Se echa a reir y abre la puerta. Yo la sigo y, de repente, a traición, la doy un abrazo. Ella se defiende sin enfadarse.

Luisa.—Buenas noches, *Mr. Edouard.*

Yo.—Hasta mañana, señorita Luisa.

LA SEÑORITA LUISA TIENE PIEDAD DE MI

Aunque separadas nuestras habitaciones por un tabique, era éste tan sutil y permeable a los ruidos, que puede decirse—sin ofender mucho a la verdad—que la señorita Côme y yo vivíamos juntos. Todo se oía: si suspirábamos, si tarareábamos entre dientes, si vertíamos agua en la palangana...

Por las mañanas, al marcharse a su obrador, ella daba algunos golpes precipitados en mi puerta.

—¡Me voy corriendo!—gritaba—; las ocho... ¡Adiós!

Vertiginosamente, como rodando, empezaba a descender la terible escalera. Poco a poco el rumor de sus pasos desfallecía. Yo la sentía bajar... bajar... sin acabar nunca.

«Ahora está en el piso quinto—pensaba—ahora en el cuarto, ahora en el tercero, ahora en el segundo... Era como esas piedras que los turistas arrojan a los abismos para calcular su profundidad. Entonces yo daba media vuelta y cerraba los párpados; generalmente antes de que Luisa, la pobre, llegase a la calle, ya estaba yo dormi-

do. Por las noches, entre nueve y diez, cuando regresaba del trabajo, teníamos otro rato de amable palique. Insensiblemente íbamos conociéndonos. La muchacha me describía minuciosamente la vida de su obrador y el pequeño «restaurant» donde ella y sus compañeras almorzaban: era un salón oscuro, sembrado de mesitas cubiertas por manteles de blancura dudosa. La clientela la formaba gente obrera, que comía deprisa, metiendo rudamente sus cucharas en los platos de potaje y con el sombrero puesto. Las amigas de Luisa llegaban en tropel, y la tumultuosa alegría de sus voces y de sus cabellos dorados—como llenos de sol—estremecía el local. Todas se instalaban alrededor de una larga mesa y a la vez rompían a charlar. ¡Qué juegos, qué risas, qué primaveral algarabía de pajarera!... Algunas citaban allí a sus amantes, que las pasaban un brazo alrededor del cuello a la hora del café, bajo la atmósfera que azulaba el humo de las pipas. Unicamente los domingos aquel local estaba triste; ese día el ansia de libertad dispersaba a las obrerillas, que corrían tras su contento: unas al campo, otras al baile. Luisa Côme, que no tenía amante ni amigas predilectas, debía de resignarse con el melancólico «Salón de Lectura» de su tía Beatriz.

—Quiero que conozca usted a mi tía y que almuerce usted conmigo una tarde.

Luisa procuraba acercarme a su intimidad, enseñarme su vida. Yo, deseoso a mi vez de enseñarla algo, la presenté a Aleu, que había ido a verme. Esa noche cenamos los tres juntos y tuve un éxito. La señorita Côme quedó maravillada de que aquel hombre, a pesar de su edad y de los rigores del invierno, anduviese con alpargatas y vestido de verano. Cuando Aleu se fué, la seño-

rita Côme hizo una observación de gran lógica:

—Su amigo—dijo—debe de padecer mucho frío, porque al hablar le tiembla la barba, está muy amarillo y tiene la nariz muy colorada.

Yo contesté que la cara de mi amigo estaba aderezada con pimientos y salsa mayonesa, y la señorita Luisa se rió hasta derramar lágrimas. Gracias a esta gran risa, o lo que igual es, gracias a Aleu, mi vecinita me permitió que aquella noche, antes de separarnos, yo la diese muchos besos en los carrillos y en la nuca. ¡Ah, los mofletes, suaves, pomposos y cálidos, semejantes a senos virginales!... Y entre ambos mofletes, los labios delgados, recogidos herméticamente, daban la impresión de que la señorita Luisa tenía en la boca un buche de agua.

Un sábado, por la noche, Luisa llegó a mi cuarto de muy mal humor; llovía a cántaros y traía la gorrilla en la mano.

—¡Mire usted cómo vengo!

Yo, al pronto, creí que se había caído al Sena. ¡La pobre! Abrazarla en aquellas circunstancias era exprimirla; era verme obligado a cambiar inmediatamente hasta de ropa interior.

—Lo que más siento—prosiguió—es que mañana domingo las tiendas están cerradas. Yo necesitaba comprarme un «canotier».

—Lo compraremos el lunes—exclamé magnánimo—; saldremos juntos a comprarlo; yo se lo regalo a usted.

El semblante de la señorita Luisa comenzó a iluminarse.

—Yo quería un «canotier» rojo.

—¡Pues rojo! ¡No faltaba más!... Mi amigo Aleu vendrá con nosotros, y de este modo usted pue-

de decirle a la sombrerera: «Yo quiero un «canotier» del color de la nariz de este caballero».

¡Cómo reía la ingenua! ¡Y qué dichoso, qué noblemente dichoso, me sentía yo viéndola reir así!...

Al otro día, cogidos del brazo, cual si ya fuésemos amantes, nos marchamos a almorzar a *Le Rocher*, un «restaurant» ridículo del Pasaje Jouffroy. Después nos dirigimos hacia los «boulevares», que invadía una multitud exasperada por la temeraria campaña de Emilio Zola en favor de Dreyfus.

Esto ocurría—según diría un historiador—a fines del año 1898.

Nadie, ni aun el mismo prodigioso pintor de «Germinal», sabría copiar el formidable incendio de intereses, de odios, de ambiciones políticas, que abrasaba a París en aquella época. Los judíos, acobardados ante la brutal injusticia de los poderes gobernantes, tuvieron en los comienzos de aquel drama un movimiento de indecisión, de fuga; y Francia, satisfecha de salvar lo que el partido imperialista denominaba «el honor del ejército», fué olvidando a Dreyfus, el inocente que agonizaba, cubierto de oprobio, en la Isla del Diablo.

Hasta que Zola arrojó a la cabeza del Presidente de la República su implacable «¡J'accuse!...»; monumento de honradez, de elocuencia y de valor cívico.

La voz del gran artista es el clarín que empuja a la batalla: los semitas, reanimados súbitamente, se buscan, se agrupan, se estrechan las manos, juran vaciar el oro de sus arcas para devolver al hermano infeliz la libertad, y *L'Aurore* les sirve de tribuna. Con ellos están también los ácratas, los socialistas, los republicanos de buena

cepa, enemigos de la teocracia. Pero frente a esta decidida y apretada hueste congrégase otra multitud infinitamente mayor y mejor armada: son los antisemitas, es la aristocracia, el clero, el ejército; es la juventud educada en el rutinarismo imbécil de los centros oficiales; es la Prensa.

Casi todos los periódicos abrazan la causa antidreyfusista; los caricaturistas ridiculizan a Zola presentándole en momentos y actitudes innobles, y estas caricaturas se venden por millares; Rochefort y Drumont concitan sobre la noble cabeza que concibió a *Teresa Raquin*, una tempestad de odios. Montmartre le vuelve la espalda; la burguesía del «faubourg» Saint-Germain abomina del «miserable crapuloso» que surge inopinadamente a turbar con un alarde justiciero la paz engordadora de sus digestiones, y hasta los estudiantes del Barrio Latino se unen bajo la bandera de la reacción para gritar:

«¡Conspuez, Zola!»

París es una hoguera; día y noche el pueblo ruje enfurecido, apalea a los judíos en las calles, se arremolina ante los negros muros del Palacio de Justicia y arroja piedras contra el coche de Zola.

Leo en *L'Intransigeant*:

«Mr. Zola, protegido por algunos policías, dirígese hacia la salida del Palacio. La muchedumbre, que logró romper el cordón de guardias, le persigue injuriándole. Zola, macilento, desfallecido, es casi arrastrado por su abogado Labori al franquear la verja. Por todas partes resuenan gritos terribles de «¡Conspuez Zola!...» La policía carga para disolver a los manifestantes; el gentío procura acercarse a Zola, enseñándole los puños. Un hombre avanza, y dándole un golpe en la na-

riz, grita: «¡Crapuloso! ¡Miserable! ¡A muerte!...» Y la multiud repite: «¡A muerte, a muerte!... ¡Al agua!...»

Otro día supimos que Labori había sido herido de una puñalada.

. . . .

Cuando Luisa y yo llegamos a La Magdalena, el grito sempiterno, el grito odioso, el grito cobarde: «¡Conspuez Zola!...», volvió a nuestros oídos. Una imponente manifestación se acercaba, y los transeuntes pacíficos empezaron a refugiarse en los portales. Los agentes de la autoridad acudieron y, sable en mano, cargaron contra los revoltosos: el choque fué enconado; hubo pedradas, tiros; las turbas, dispersadas momentáneamente, huyeron para reunirse más lejos, y en la melancolía nubosa de la tarde las voces de «¡Abajo Zola!... ¡Abajo Dreyfus!... ¡Mueran los judíos!... ¡Viva el ejército!...» adquirían una plasticidad extraña y tremolaban como banderas.

Luisa no conocía exactamente las causas del motín; ella no leía periódicos y hasta su obrador, perdido en la encrucijada de dos viejas calles, no llegaba el rumor de la vida. Por lo mismo su inquietud era mayor. Tampoco yo iba tranquilo; sabía que en aquellos momentos bastaba que alguien exclamase, señalándonos con un gesto: «¡Esos son judíos!...» para que la muchedumbre cerrase contra nosotros.

Llegamos a los Campos Elíseos, y proseguimos hacia el Arco de Triunfo nuestro paseo.

Un numeroso grupo antidreyfusista se aproximaba en actitud hostil. De repente un hombre echó a correr, perseguido por la multitud; y tras su rostro lívido, espantosamente lívido, otros semblantes rojos o pálidos de cólera, surgieron.

—¡A ese!... ¡Al judío!... ¡Matadle ahí!...—rugían centenares de gargantas.

Despavorida, la señorita Luisa escapó. El acosado, ciego de terror, corría hacia mí derechamente: había perdido el sombrero y tenía los labios blancos y los cabellos empapados en sangre: sus ojos, abiertos desmesuradamente por el espanto, parecían dirigirme una súplica: la súplica de no ayudar a sus agresores, de no lastimarle, de no atajarle en su huída... Yo, en lugar de estarme quieto, intenté defenderle, y entonces sus perseguidores me acometieron. Pegué, me pegaron, me tiraron al suelo... ¡Cómo me pusieron la cara!... Y lo más lamentable, por ser lo más ridículo... ¡Cómo me dejaron la nariz!... Luego, cuando la policía vino a librarme de aquellos energúmenos y se me fué el susto, tuve una sonrisa; me acordaba de Aleu...

En una fuente de Las Tullerías la señorita Luisa me lavó la cara, me frotó y limpió el traje lo mejor que pudo, y me dió muchos besos. Comprendí que mi sacrificio había interesado su corazón.

Por otra parte, el «canotier» ofrecido...

Aquella noche la señorita Luisa tuvo piedad de mí.

MI PRIMERA LEVITA Y MI PRIMER SOMBRERO DE COPA

Al salir del Hotel, la patrona me presentó el recibo del alquiler de mi habitación: quince francos.

—Además—agregó—adeuda usted... (aquí una

cantidad que no recuerdo) por el lavado y planchado de su ropa.

—Bien—repuse—ya arreglaremos cuentas otro día

Y me fuí. La hostelera se quedó refunfuñando. Aquella noche cené solo en el «Restaurant Sensélme». Delante del restaurant un «pobre diablo», con sombrero de copa, voceaba *La Patrie, La Presse, Paris-Sport*, y otros periódicos de la tarde.

Mientras comía me dirigí varias veces la siguiente pregunta:

«¿Y si yo me comprase un sombrero de copa?»

Esta proposición, aunque absurda, mi conciencia la juzgó razonable. No era justo que un vendedor de periódicos llevase sombrero de copa y yo, periodista, no. Por añadidura hacía mucho tiempo, años, que yo, secretamente, esto es, que yo, sin habérselo dicho a nadie, me veía con sombrero de copa. Empecé a sostener con la que había de ser «mi chistera» un diálogo reñidísimo. Me parecía tenerla delante de mí, al otro lado de la mesa, como un amigo.

Yo.—De bonísima gana te compraba.

La Chistera.—¿Por que no lo haces?

Yo.—No... si... no... ¿Y el dinero? ¡Me queda muy poco dinero!

La Chistera.—¿Qué importa el dinero? ¿Y la satisfacción de que la señorita Luisa te vea hecho un aristócrata?

Yo (*mordiéndome un labio*).—Es verdad.

La Chistera.—¿Tú sabes lo guapo que vas a parecer cuando andemos juntos?

Renuncié a defenderme; estaba extasiado, vencido; aquel sombrero de copa era una sirena. Al salir del «restaurat» el vendedor «de la chistera» se desgañitaba pregonando *La Patrie, L'Intransi-*

geant, Paris-Sport, La Presse... Este último golpe anonadó todos mis escrúpulos, y con juvenil regocijo de pies y de corazón me encaminé a una sombrerería de la calle Vivienne, donde había visto sombreros a precios de baratura inverosímil. Acababan de sonar las ocho y los empleados del establecimiento se disponían a cerrar. Abrí la puerta con la violencia de un ciclón y me abalancé anhelante al mostrador, como se piden de noche, en las farmacias, las medicinas de extrema urgencia.

—Yo deseaba un sombrero de copa.

—Muy bien. ¿De qué precio?... Los hay desde cuatro francos en adelante.

—Y... esos de cuatro francos... ¿son buenos?

—¡Excelentes, señor! ¡La especialidad de la casa!... Y garantizados. ¡Ah, eso sí!... Todos los artículos de la casa están garantizados.

Me pusieron en las manos un sombrero que pesaba, lo menos, dos kilos.

Yo sonreía, feliz; aquel sombrero, como los grandes generales, poseía el don de convencer, de entusiasmar, de llevar al corazón de sus oyentes la emoción de la fe. Para colmo de venturas, la «chistera» donde acababa de meter la cabeza me sentaba muy bien.

—¡Diríase que estaba aguardándole a usted!—exclamó jovialmente el vendedor.

Sus palabras me parecieron trascendentes y hondas; hay predestinaciones, hay «cosas escritas»; aquella y no otra era «mi chistera», la chistera sirena con quien yo, momentos antes, había estado departiendo mano a mano en el «restaurant».

—¿Quiere usted que se la enviemos a su casa?

—No; la llevaré puesta.

¡Todo menos separarme de «ella»!..

—¿Y el otro sombrero?

—Envuélvalo en un papel y démelo; no me incomoda. Buenas noches...

Y salí, triunfante y magnífico, ante los dependientes que me saludaban ceremoniosos y burlones:

—«Bonsoir, monsieur».

—«Bonsoir, monsieur».

—«Bonsoir, monsieur».

Cuando Luisa Côme me vió aparecer lanzó un «¡Oh!» prolongado, intraductible, de amor, de alegría, de vanidad, de orgullo; un «¡Oh!» que significaba: «Indiscutiblemente mi amante es un hombre de mérito; un hombre nacido para usar toda su vida sombrero de copa».

Yo.—¿Qué, te gusto?

Ella.—Estás muy bien.

Nos sentamos, y, para justificar el gasto que acababa de hacer, comencé a describir la antigüedad de mi deseo de poseer un sombrero de copa; llegué a decir que este deseo insatisfecho había deslizado en mi carácter una indefinible melancolía... También hablé de aquel hombre que vendía *La Presse* a la puerta del «restaurant», y ante el cual, de pronto, me sentí humillado. Yo, en suma, quería hacer de la chistera de la calle Vivienne algo fatal, digno del teatro de Shakespeare; y como el precio era insignificante...

—¡Has hecho bien!—interrumpió Luisa—; me gusta verte así; es «chic»... También yo estoy muy contenta con mi «canotier».

Aquel «canotier» ocupaba, efectivamente, en su vida, lugar excelso; lo llevaba en la cabeza tal que si fuese un cántaro; lo cepillaba suave y amorosamente varias veces al día, y por las no-

ches, hasta la hora de acostarse, lo dejaba reposar en el centro del lecho como si se tratase de una fuente de dulces. De pronto el semblante ingenuo de la señorita Luisa se anubló:

—No es correcto que lleves americana y sombrero de copa. Necesitas una levita.

—¿Tú crees?...

—¿Cómo que si creo? Estoy segura. No quiero que la gente se ría de ti: necesitas una levita.

Me dejé convencer y echamos cuentas: a mí, del dinero que traje de España, aún me restaban cuarenta o cincuenta francos.

—Entonces no debemos apurarnos—concluyó Luisa—; por treinta francos puedes comprar una levita «três chic» en cualquier Bazar de «ropas hechas». Un periodista debe andar bien vestido. Después... ¡ya veremos el modo de comer!...

Efectivamente, me compré una levita. ¡Seis duros costó! Era de las antiguas, de las ribeteadas con trencilla, y como me estaba algo estrecha, no me cruzaba bien; los faldones tampoco cerraban. ¡En fin!... Así vestido yo debía asemejarme bastante a esas figuras enlevitadas y con sombrero de copa que campean en las ilustraciones de las novelas por entregas. Pero de esto, ni la señorita Luisa ni yo nos percatábamos, y cuando salíamos a la calle aliñados y compuestos según queda descrito, éramos dichosos.

Una noche Juan Aleu fué a visitarnos. Iba renegando de la lluvia y de mi patrona, con quien acababa de tener una pelotera. Casi llegaron al cuerpo a cuerpo.

—¡Pucheta! ¡La tía no quería dejarme subir!...

La presencia de Aleu nos había llenado a Luisa y a mí de infantil regocijo; sentíamos deseos irrefrenables de burlarnos de él. Aleu, calado y ves-

tido de blanco, parecía una miga mojada. Pero el buen viejo no estaba para bromas.

—Se conoce que no pagas el hotel.

—Ha acertado usted: debo cuatro semanas, si no son cinco... y «aindamais» la ropa... Bueno, sepamos: ¿a qué viene usted? ¿Se ha quedado usted sin trabajo?

Y parodiando su estilo:

—Hable el hombre: ¿qué pucheta quiere usted de nosotros?

—No, no es que me hayan dejado sin trabajo—repuso Aleu—; allí, en Saint-Cloud, los jefes de la obra están muy satisfechos conmigo; es que no puedo trabajar. ¡Mirad!

Y nos enseñó sus manos laboriosas y honradas, abrasadas por la cal, acuchilladas horriblemente por el aire frío y el agua; sus pobres manos tumefactas y sangrantes, sin uñas, sin piel... Tanto dolor nos conmovió.

—Bien—exclamé—, quédese usted a vivir con nosotros y comeremos de lo que haya.

LUISA (*en francés*).—Infórmate de si trae dinero.

YO.—Pregunta mi amiga si tiene usted dinero.

ALEU.—¿Yo?... ¡Si supieras cómo roban en la hospedería donde he estado parando!... Seis o siete francos me quedarán...

Aquella noche Aleu durmió en mi habitación y yo en la de Luisa; y como al pobre, con la mojadura sufrida, la castañeteaban los dientes, para ayudarle a entrar en calor me quité la levita y se la eché sobre la cama.

Hora tras hora las dificultades para resolver el problema del indispensable condumio diario crecían y llegaron a ser insuperables. Se agotó el último franco, se agotó el reducidísimo crédito que disfrutábamos en algunas panaderías y tabernas del barrio; se agotó el tabaco...

«Menos mal—discurría yo—que esta horrorosa miseria me ha sorprendido de levita y sombrero de copa.»

Aquella levita, estrecha y con trencilla, era para mí la toga de César.

La señorita Luisa, temerosa quizás de que Aleu y yo, hallándonos hambrientos y solos en nuestra habitación, nos acometiésemos y devorásemos sabrosamente el uno al otro, dejó de ir a su «restaurant» y todas las noches, al salir del taller, empleaba un franco y cincuenta céntimos en vino, queso, huevos y pan. Lo que sobraba de la cena—que nunca era mucho—servía de desayuno al día siguiente. Pero... ¡cuántos donaires, cuántas risas, sazonaban aquellos ágapes absurdos!... ¡Qué trío delicioso componían las alpargatas blancas de Aleu, mi sombrero de copa y los diez y ocho años de la señorita Côme!... Luisa, flor de bohemia, alma de pájaro, voluntad alegre, generosa y sencilla, que así partiste tu pan con nosotros, ¿qué ha sido de ti? ¿Habrás llegado a casarte, según merecías, con un millonario? Y ahora, cuando alguna vez, a solas, mires hacia atrás, ¿no es cierto que dedicarás, como yo, a nuestro desván del Hotel de la Paix una sonrisa, un suspiro y un encogimiento de hombros?...

Al ver las vituallas de que nuestra excelente amiga era portadora, el semblante pajizo y quijotesco de Aleu se remozaba; relucían sus ojuelos azules, se encendía su nariz, se frotaba las manos.

—¡Pucheta!—exclamaba—. Mientras haya queso y pan que roer, nadie se muere.

Yo le decía:

—Lo gracioso es que con esta alimentación exclusivamente ratonil, que padecemos, van a crecerle a usted las orejas.

Oyéndome disparatar, la señorita Luisa reventaba de risa, la dolía el estómago y tenía que irse al pasillo a aflojarse el corsé.

Una tarde, al cruzar por delante del *bureau* del hotel, mi patrona me interpeló:

—¿Cuándo me paga usted?

Estas cuatro palabras verticales, conminatorias y terribles, disparadas así, tan a boca de jarro, me turbaron y pusieron en riesgo de perder el equilibrio. Con el estremecimiento debió de ladeárseme en la cabeza mi sombrero de copa.

La hostelera prosiguió:

—Los otros días me contestó usted: «Ya arreglaremos cuentas». Eso no es decir nada. Yo necesito que me pague usted hoy mismo.

—¡Hoy mismo!...—repetí—. Pero, señora... ¿Por qué no me pide usted traer aquí, a su casa, el Arco de Triunfo?...

Su exigencia me pareció tan irrealizable, tan monstruosa, que me eché a reir. Mi hilaridad indignó a la pobre mujer, que comenzó a lanzar gritos estridentes y a levantar los brazos en alto, cual si «citase» a banderillas. Para apaciguarla —yo sabía que había en ella un buen corazón— me compuse una cara de arrepentimiento y me-

lancolía, y hablé de *Tik-Nay*, la novela que estaba concluyendo para Mr. Bouret, el editor de la calle Visconti.

—¡Déjeme usted de historias! ¡Yo necesito dinero... dinero... dinero!... ¿Ha comprendido usted?... ¡Dinero, y menos palabras bonitas!

El patrón, un hombre amable, pequeño, colorado y redondo, que acompañaba a beber a todos sus clientes, intervino conciliador en la contienda:

—Bien, mujer, espera; puesto que el señor dice que, transcurridos unos días, podrá pagarnos...

Y volviéndose a mí:

—«Ah, les femmes!...» Le invito a usted a una copa de vino.

La actitud pacifista del marido suavizó la cólera de la esposa.

—Realmente—exclamó—lo que más me molesta no es que el señor se retrase en el pago, sino su amigo. ¡Ese viejo, vestido de claro! ¿De dónde ha sacado usted ese viejo absurdo?... ¿Qué hace ese viejo, que no se muere con el frío que hace?...

Yo callé. ¿Cómo explicar a mi hostelera la historia de los «ojos negros» que vi en Barcelona?... De pronto mi interlocutora me miró de un modo singular, detallándome; yo creo que hasta entonces nunca había reparado bien en mí.

—Ahora advierto—prosiguió—que usted debe de tener dinero, porque esa levita y ese sombrero son nuevos.

Yo.—¿Estoy mal vestido?

La patrona (*destilando veneno*).—En un entierro estaría usted muy bien.

No respondí y me lancé a la calle furioso. Iba furioso porque acababa de comprender que mi patrona tenía razón. Fué una luz súbita, una cla-

ridad implacable. Yo, así trajeado, estaba ridículo; yo no debía permanecer vestido de aquel modo ni un segundo más; yo debía tirar mi «chistera» y quedarme inmediatamente en mangas de camisa.

Frente a Folies Bergêres me encontré con Julio Rodríguez, conocido mío de Madrid. Al verme, Rodríguez se echó en mis brazos con gran alborozo y me tuteó, lo que nunca había hecho.

«Este no debe de tener un céntimo»—pensé.

Le acompañaban su señora, que llevaba en brazos una niña recién nacida; su suegra y dos tías políticas, una de ellas—según supe después—sorda como una sepultura. Todas estas personas caminaban lentamente, iban vestidas de negro y tenían cara de hambre. Inmediatamente se estableció entre nosotros una corriente de simpatía fraternal. Me sentí mejor; ante aquel concierto de rostros apagados y amarillos, mi levita y mi sombrero de copa adquirían una extraña oportunidad.

RODRIGUEZ (*después de una pausa y mirando a su mujer*).—¿Le decimos la verdad?

YO.—¿Qué nueva verdad?

RODRIGUEZ (*dirigiéndose siempre a su mujer*).—¿Eh?...

LA SEÑORA DE RODRIGUEZ.—Dísela.

RODRIGUEZ.—¿Sí?

LA SUEGRA DE RODRIGUEZ.—Sí, hombre; habla de una vez... (*A mí*). Es que... donde usted nos ve... no tenemos casa... ni sitio en qué caernos muertos. La dueña del hotel donde estábamos parando no quiso darnos anoche de cenar, y hoy, apenas fué de día, nos echó a la calle; de suerte que, desde ayer a mediodía no probamos bocado... Yo lo siento principalmente por mi hija, que

está criando, porque si se la retira la leche se muere la niña.

Yo.—¿Y a dónde iban ustedes ahora?

Rodriguez.—A ningún lado. Caminábamos sin rumbo, como los pájaros.

Toda la familia hace signos de asentimiento; aquella es la fría, la horrible, la desoladora verdad. Unicamente «la parienta sorda», como no se ha enterado de nada, permanece impasible; su sordera la confiere una expresión inquietante de estatua; es una mujer que se muere en silencio. Hay una gran pausa, solemne.

La niña de Rodriguez (*llorando en francés*).—
—Hi... hi... hi...

La señora de Rodriguez.—La pobrecita tiene hambre. ¡Preciosa!... ¡Maravilla de su madre!... Mira a papá... oye lo que dice papá...

La criaturita continúa berreando; no quiere molestarse en ver a su padre, y yo aplaudo su conducta: es la actitud de una chiquilla inteligente.

Rodríguez, entre tanto, a largos trazos me describe su «calle de amargura». Hace varios meses que su padre no le envía dinero; de Trouville, donde estuvieron veraneando, salieron «con lo puesto», porque el dueño del hotel, como no le pagaron, no les dejó sacar ni siquiera una maleta. A París llegaron hacía tres o cuatro semanas, y ya no les quedaba nada que llevar al empeño.

Rodriguez (*patético*).—¡Figúrate qué situación la mía! Con cuatro mujeres y una niña.... ¡Y sin un real! ¡Y sin saber apenas el francés! (*Silencio*). ¡Si tú pudieses recomendarnos en tu hotel!...

Yo (*muy triste*).—El caso es... que yo debo dinero en mi hotel.

Mi declaración regocija a las señoras en vez de entristecerlas, que sería lo lógico.

TODAS.—Usted no puede abandonarnos.

YO.—Sí... pero...

LA SEÑORA DE RODRIGUEZ.—Ayúdenos usted... si no por nosotras, por la niña... ¿verdad? Por la niña lo hará usted. ¡Sí!...

Para que mame la chiquilla, la señora de Rodríguez acaba de descubrir un seno blanco y juvenil, lo que no deja de enternecerme. Yo pienso: «Soy un miserable». Además, la señora de Rodríguez es rubia, elegante y tiene unos lindos ojos azules que por conquetería y costumbre, o acaso por la debilidad del mal comer, miran lánguidamente.

YO (*magnánimo*).—Bien, vengan ustedes conmigo, que luego ya iremos todos a la cárcel. (*Dirigiéndome a Rodríguez*). Cuando ya estéis instalados, deberás llamar aparte a mi patrona y preguntarla si yo la debo algo, y como contestará afirmativamente, tú, echándotelas de hombre rico, ordenarás que incluya mi deuda en tu cuenta; dices que tu lo pagarás todo. A ti te es igual...

Ya de acuerdo, nos encaminamos al Hotel de la Paix, «la tierra prometida».

La hostelera, viendo entrársele por las puertas todas aquellas personas tristes y vestidas con severa elegancia, tan diferentes de las obrerillas y señoritas «de la casa llana», que ella solía tratar, puso buena cara. Verdaderamente la familia de Rodríguez tenía un aspecto burgués y tranquilo que predisponía a la confianza. El mismo Rodríguez, empalidecido por el ayuno, estaba muy bien.

Hablé con mi patrona.

—Se trata de una familia española, recién llegada de Trouville. Nos queremos como hermanos. Iban por el «boulevard» buscando un hotel con-

fortable, y yo les he persuadido de que aquí estarían contentos. Yo debía odiarla a usted por sus exigencias de hace un momento... pero, no; no soy rencoroso; ya ve usted que me intereso por la casa.

LA PATRONA (*hallando, de pronto, que la levita y el sombrero de copa me adornan perfectamente*). —¡Oh!... ¡Usted es un caballero excesivamente amable! (*Con inquietud repentina*). ¿Esos señores no tienen equipaje?

YO.—Nada más que nueve baúles; deben haber salido hoy de Trouville en «pequeña velocidad» y llegarán a París dentro de un par de días.

LA PATRONA.—¡Nueve baúles!... «¡Ah, mon Dieu!» Tendremos que ponerlos en los pasillos.

YO (*lleno de transigencia*).—No se preocupe usted de eso. Lo esencial son las habitaciones en que mis amigos han de instalarse. ¡Sin engañarme! ¿Tiene usted buenas habitaciones. dos buenas habitaciones? ¿Sí o no?...

LA PATRONA.—En el primer piso hay desalquilados, desde ayer. una alcoba muy hermosa y un «salón rojo» con dos balcones a la calle.

YO.—¿Los muebles son modernos?

LA PATRONA.—Los armarios, las camas, el diván... todo nuevecito. ¡Ah! Pero se lo advierto a usted: esas comodidades deben pagarse.

YO.—Se pagarán.

LA PATRONA (*confidencial*).—Se trata, pues, de una familia rica...

YO.—¡Chist! Mis amigos van a comprender que no está usted acostumbrada a recibir gente principal. Esos tienen dinero, esos no son como yo. (*Volviéndome a Rodríguez*). Todo quedó arreglado; creo que estarán ustedes aquí muy bien.

RODRIGUEZ (*incurriendo en delito de «imprudencia temeraria»*).—Dile si podemos ya almorzar.

LA SEÑORA DE RODRIGUEZ.—Eso: si podemos almorzar.

LA SUEGRA DE RODRIGUEZ.—Porque ya comprenderá usted...

LA TIA QUE OYE (*en voz baja y como si acariciase una ilusión perdida*).—¿Es cierto que podremos almorzar?

LA TIA QUE NO OYE (*pero a quien no engaña el corazón*).—¿Es que vamos a almorzar?

LA PATRONA.—¿Qué dicen?

YO.—Como vienen fatigados del viaje, quieren almorzar en seguida para luego descansar.

LA PATRONA.—Cuando gusten; dígales si prefieren comer en su habitación.

YO (*temiendo que los Rodríguez se abalancen sobre los manjares con un apetito que ponga a la hostelera en camino de descubrir la triste verdad*). Ha tenido usted una idea «chic»; mejor será llevarles la comida a su habitación.

Por la noche, después de cenar. visité a mis amigos. ¡Qué admirable escena! Hallábanse los cinco sentados alrededor de una mesa, y bajo la dulce claridad lechosa de la lámpara; y todos callados, mustios, enteleridos, pálidos, trágicamente pálidos, sobre el fondo rojo del salón. Julio Rodríguez, que sufría de jaqueca, se había atado alrededor de la cabeza un pañuelo blanco.

Eran cinco cabezas maestras; cinco cabezas inolvidables, dignas de Valdés Leal, el pintor iluminado de los místicos y de los muertos.

UN PENDIENTE, UN JUDIO Y UN RELOJ

Los seis o siete días que tardó la hostelera en perder la fe en los nueve baúles de Rodríguez, fueron para todos nosotros de regocijo y abundancia.

Cumpliendo indicaciones mías, Julio había dicho a nuestra patrona que añadiese mi deuda a la suya, generosidad que dió a su figura un relieve magnífico. Abusando de su ventajosa situación los cinco Rodríguez, además de comer por diez, fortalecían los frugales tenteempiés de Luisa con pastas, entremeses, botellas de vino y suculentas lonchas de jamón, que yo transportaba sigilosamente desde «el salón rojo» a las alturas aquilíferas de nuestro desván; y si consideramos que la señorita Luisa, Aleu y yo, tras la flaca nutrición de aquellos últimos días, éramos capaces de comer por seis, deben calcularse no en ocho, sino en diez y seis, las personas que la dueña del Hotel de la Paix estaba alimentando. Merced a ella, Luisa pudo proveernos de tabaco. Era lo que decía Aleu:

—¡Pucheta! Esto ya es otra cosa. Vivir así da gusto.

Después de cenar, él y yo bajábamos a visitar a los Rodríguez. Mi amiga, vergonzosa y prudente, no quiso nunca acompañarnos. Mejor. Sentados en el diván, callados, enlutados, alimonados, quietos, los Rodríguez componían un lienzo digno de la mejor época de la escuela española. Sus rostros recordaban, esperaban, oraban... tenían, en fin, una extraordinaria vida interior. La suegra

de Rodríguez era «un Pantoja»; «la tía que no oye», rostrilarga y enmelada, «un Greco»; la señora de Rodríguez, con su cuello grácil y sus ojos azules, recordaba a Velázquez, al maravilloso Velázquez de las princesitas rubias; en cuanto a Rodríguez, paliducho y con la frente vendada, era «un Ribera».

Estas tertulias no solían distinguirse por la fertilidad de las conversaciones. Las mujeres, a quienes asustaba lo sufrido y lo que habrían de sufrir, no despegaban los labios. Julio, mientras su padre no le enviase dinero, no podía hacer nada; Aleu, con las manos enfermas, tampoco. Yo era, de consiguiente, el único que hacía algo; sólo que el precio de mi trabajo no lo cobraría hasta transcurridos tres o cuatro meses. ¡Se había lucido con nosotros la propietaria del Hotel de la Paix!...

Véase, sin embargo, cómo la juguetona y entretenidísima Casualidad hizo de modo que yo ganase algún dinero.

Una noche quise ir a ver *La niña boba*, obra con que «debutaba» la compañía Guerrero-Mendoza en el teatro de la Porte Saint-Martin. Informados de mi propósito, Aleu y Rodríguez decidieron acompañarme. Yo me encrespé. Olvidando la ridiculez de mi levita ribeteada, comencé a gritar:

—¡No es posible!... ¿Cómo vais a venir conmigo así, hechos dos adefesios?...

Para desenojarme, Rodríguez prometió desentrapajarse la cabeza y peinarse las barbas. Aleu se mostró irreductible.

—¡Repucheta!... ¿Voy a quitarme las alpargatas? ¿Quieres que salga a la calle descalzo?...

A poco nos pegamos, y con el ruido de la trifulca las mujeres salieron de su somnolencia y la chiquilla despertó.

LA NIÑA DE RODRIGUEZ (*en francés*).—Hí... hi... hi...

ALEU (*en catalán*).—¡Pucheta, señora!... ¡Dele usted teta a esa criatura para que no nos vuelva locos!...

Fuimos los tres al teatro, y el señor Ruiz de Velasco, representante de la compañía Guerrero-Mendoza, nos dejó entrar. ¡Muy mal hecho, querido Ruiz de Velasco!... Usted no debió jamás permitirles la entrada en el coliseo de la Porte Saint-Martin ni a Rodríguez ni a Aleu. Pero, en fin... Allí saludamos a Constantino Román y Salamero, a López Lapuya y a otros amigos, y todos hallábanse maravillados y suspensos de verme en tal compañía. ¡Aleu, especialmente! ¡Oh! Porque era innegable que sobre la masa negra de los smokings y de los fracs, el pintoresco viejo, con el traje manchado de yeso, el semblante del color del yodo y la nariz amoratada por el frío, colgaba triunfal una «nota de color». Roja y gualda, como la bandera de Castilla, la cara de Aleu estimulaba en nosotros el amor a la patria. A mí me producía la impresión de «La Marcha de Cádiz».

Al pie de la escalerilla de los palcos plateas, pisé algo que llamó mi atención. Era un arete. Me agaché a recogerlo con gran disimulo y diligencia, y luego, en un rincón, lo mostré a mis camaradas.

—¿Qué os parece esto que acabo de encontrar?

RODRIGUEZ (*con aire suficiente*).—Trae; déjame a mí; yo entiendo mucho de joyas. (*Sin vacilar*). ¡Bah!... No vale nada; puedes tirarlo; la perla, lo único que no está roto, es falsa.

LOPEZ LAPUYA (*doctoral*).—Es falsa.

CONSTANTINO ROMAN Y SALAMERO (*ídem*).—Es falsa.

YO (*poseído de santa fe*).—Os equivocáis. No es verosímil que una señora que paga cien o ciento cincuenta francos por un palco, lleve aretes de similor.

LOS TRES (*implacables*).—No te hagas ilusiones; ese arete es falso; tíralo.

Al cabo me convencieron. Yo, sin embargo, me guardé el arete, y olvidado lo llevé en el bolsillo varios días. Una mañana, paseando por el «boulevar» con Juan Aleu y con Rodríguez, quise cerciorarme de su mérito y entré en una joyería.

Acudió a recibirme el dueño: alto, delgado, ya viejo, judío por el mirar, la nariz y el apellido: se llamaba Strauss.

YO.—¿Sería usted tan amable que me dijese si este pendiente es bueno o no?

MR. STRAUSS (*hace un gesto servicial y coge la joya. El examen dura segundos*).—Es bueno.

YO (*creyendo soñar*).—¿No se equivocará usted?

MR. STRAUSS (*«asomándose»—digámoslo así—a un cristal de aumento y tras unos intantes de inspección tenaz*).—Puede usted decir en todas partes, bajo mi responsabilidad, que este arete es bueno.

YO.—¿Cuánto puede valer?

MR. STRAUSS.—Mil francos.

YO.—Se lo vendo a usted.

MR. STRAUSS (*me mira y sonríe finamente. Acaba de olfatear un negocio*).—Su precio exacto son mil francos, pero un joyero, como lo compraría para revenderlo, no daría por él arriba de quinientos o seiscientos francos.

YO (*aturdido por la elocuencia de tantos ceros*). Bien, conformes... lo que usted quiera.

MR. STRAUSS (*sonriendo otra vez*).—Veamos: este

arete se lo ha encontrado usted en la calle o en algún teatro...

Yo.—No, señor; este arete es un recuerdo de mujer. Usted comprende, ¿eh?... (*Suspiro y advierto que acabo de ponerme realmente triste*). Yo nunca me hubiese desprendido de él... pero... ¡la necesidad!

Mr. Strauss (*después de informarse discretamente de mi nombre, profesión, domicilio, etc.*)—Yo pagaría por este pendiente, es decir, por la perla que tiene, y es lo único intacto, trescientos francos... (*Cambia con sus dependientes una mirada alegre y brillante—la mirada del mercader que está engañando a alguien—y prosigue*). Mas como la ley prohibe a los joyeros comprar joyas así... procedentes nadie sabe de dónde...

Yo (*ofendiéndome un poco*).—¡Caballero!

Mr. Strauss (*«hombre de mundo»*).—Perdone usted: se trata de un recuerdo de amor, conformes: usted lo ha dicho así y yo le creo. Pero yo no puedo comprarle a usted esa joya.

Yo.—¿Eh?

Mr. Strauss.—No puedo dar por ella ni un franco.

Yo.—¡Ah! (*Expirante*).

Mr. Strauss (*importándole un bledo que yo, con las emociones a que me somete, enferme del corazón*). Lo que haría es cambiarle ese pendiente por un reloj, o por una sortija, o por un alfiler—lo que usted elija—y cuyo precio no exceda, naturalmente, de trescientos francos.

Yo (*consolado y acordándome de que, según el refrán, «oro es lo que oro vale»*).—Prefiero un reloj.

Cerrado el trato, Mr. Strauss, satisfechísimo de haberme engañado, me dió un reloj y una fac-

tura, en la que declaraba haber recibido de mí trescientos francos por un reloj—aquí el nombre del fabricante—garantizado por cinco años, etcétera, etcétera.

¿Necesitaré decir que al conocer el feliz éxito de «la operación» Aleu y Rodríguez me abrazaron, me besaron y hasta quisieron tomarme en brazos?...

Inmediatamente nos encaminamos los tres al Monte de Piedad, donde el reloj quedó empeñado en cincuenta francos—no lo estimó en más el tasador—; yo le dí medio luis a Rodríguez para que se cortase el pelo y me dejase en paz, y quise marcharme a almorzar con Luisa. Pero Juan Aleu no consintió en separarse de mí.

—Me voy con vosotros—dijo—; yo no os estorbo; además no os entiendo; como habláis en francés...

Cedí. ¡Implacable Aleu! Era el hombre «adjetivo», el hombre «sello», nacido para vivir pegado a mí. Su existencia parodiaba la del musgo. Tenía la fuerza del papel tapsia; se agarraba, se adhería... quitárselo de encima era arrancarse la piel.

Cuando por la noche regresé al Hotel, mi patrona me entregó una tarjeta del señor Strauss.

—Ha dicho que volverá mañana.

Este anuncio, que podía envolver una amenaza, no dejó de inquietarme. Al día siguiente, minutos después de marcharse Luisa a su trabajo, llegó Mr. Strauss, con gabán de pieles y sombrero de copa «ocho reflejos». Yo le recibí en la cama.

Mr. Strauss (*agitadísimo, afligidísimo y sin detenerse a darme los «buenos días»*).—¿Y el reloj.

Yo.—Lo he vendido.

Mr. Strauss.—¡No!..

Yo.—Sí.

Mr. Strauss.—Usted no lo ha vendido; usted lo ha empeñado. ¡Deme usted la papeleta!

Yo (*con mucha flema*).—Lo he vendido en cincuenta francos.

Mr. Strauss (*dejándose caer en una silla, en «la única silla»*).—¡Qué atrocidad!... ¡Qué desgracia!... He perdido con usted trescientos francos; le he regalado a usted trescientos francos. ¿Oye usted?

Yo.—Perfectamente.

Mr. Strauss.—¡Trescientos francos!... Porque la perla que le he comprado a usted es falsa.

Yo (*con muchas ganas de reir*).—¡No!

Mr. Strauss.—¡Falsa!... ¡Oh!... ¿En qué estaba yo pensando cuando la examinaba? ¿Dónde tenía los ojos? Es la primera vez, se lo juro, que en mis treinta años de joyero me sucede un chasco igual. ¿Habrán pasado por mis manos en ese tiempo millares de perlas? Pues no me he equivocado nunca. ¡Nunca! Y ahora... ¡Regalarle a usted trescientos francos!... ¡Hombre, no se ría usted!...

Yo (*revolcándome*).—¡Ja, ja, ja!...

Después procuro consolarle. Todos estamos sujetos a error. Además, trescientos francos es una suma bufa; ¿qué significan trescientos francos para un joyero tan rico como él?

—¡Bah!—concluyo—. Más pierde el hombre que se casa con una mujer que le engaña.

(*Silencio*).

Mr. Strauss.—Si al menos me diese usted la papeleta...

Yo.—¿No le he dicho que no hubo empeño, sino venta?

Mr. Strauss.—¿De verdad?

Yo.—De verdad.

Mr. Strauss (*echándose en brazos de la religión*). ¡Júrelo usted!

Yo (*jugándome la salvación perdurable*).—Lo juro.

(*Otra pausa*).

Mr. Strauss me ofrece un cigarrillo y trata de sondear mi corazón. Saca el arete origen del litigio.

—¿Es cierto que se lo dió a usted una mujer?

Yo.—Es cierto.

Mr. Strauss.—¿La quiso usted mucho?

Yo (*entornando los ojos*).—¡Ah!

Mr. Strauss.—Entonces cómpremelo usted; deme usted por él lo que pueda, lo que quiera: cien francos, por ejemplo.

Yo (*luchando inútilmente contra la risa*).—¿Para qué? ¡Psch!...

Mr. Strauss.—¿Este arete no le dice nada a su corazón?

Yo (*adoptando una expresión desengañada*).—¡Nada! Aquella mujer fué muy mala para mí. ¡No la nombro nunca!

Mr. Strauss se levanta desolado.

—¡Le he regalado a usted trescientos francos! —repite—. Porque el pendiente de usted no vale ni medio luis, ni cinco céntimos... ¡Nada!

Marchóse dando un portazo y yo empecé a reir. Rato hacía, sin duda, que Mr. Strauss llegó al portal y yo todavía estaba riendo. Mi risa fué más larga que la escalera del Hotel de la Paix; con lo que dicho queda que nadie tuvo nunca una risa mayor.

LAS CENAS DEL HOTEL CASTILLA Y LAS NOCHES DEL HOTEL DE LA PAIX

Cuando nuestra patrona llegó a convencerse de que los tan anunciados «nueve baúles» de Rodríguez pertenecían absolutamente al mundo de las cosas soñadas, las venenosas iras de su corazón desbordaron y penetró en el «salón rojo» como un soplo exterminador.

Según me contaron, su acometida fué terrible. La pobre mujer «lo sabía todo». Esto es: sabía que Rodríguez no había pagado a su hostelero de Trouville, y que no tenía oficio, ni bagajes, ni otro capital que su mucha frescura. Inútilmente trató de resistir el pobre Rodríguez: su enemiga gritaba más y tenía más fuerza que él, y a cada momento le ponía los puños delante de la nariz.

—¡Fuera de aquí!—vociferaba la encendida señora, señalando a la puerta—. ¡Fuera de aquí, bigardón!... ¡Ah! Crea usted que si no tuviese usted una hija, todos ustedes dormían esta noche en la cárcel...

Había llegado el momento del «¡Sálvese quien pueda!», y el cabeza de familia volvióse hacia las cuatro mujeres, acorraladas, cual medrosas gallinas, detrás de él.

—Vámonos—dijo sobriamente.

Luego, echando sobre la dueña una mirada altiva, agregó:

—No perderá usted su dinero; yo se lo juro a usted...

Y como, desgraciadamente, no tenía nada que

recoger, con las manos en los bolsillos dirigióse hacia la calle. Tras él iban su esposa, con la niña en brazos; después, su suegra, y en pos de ésta, la tía que oía y la que no oía... Caminaban todas despacio y mirando al suelo, ni más ni menos que si acompañasen el cadáver de Rodríguez. De pronto la niña comenzó a llorar:

—¡Hi... hi... hi...!

Y su llanto fué como la marcha fúnebre, desolada, patética, de aquel desfile de sombras negras.

Precisamente en tan desdichado momento llegaba yo al portal. Rodríguez tenía un perfil de Ahasvêrus. Al pasar cerca de mí, murmuró:

—Nos vamos al Hotel Castilla, *rue* Cambon... Ve por allí esta tarde.

Las mujeres se despedían de mí con una sonrisa blanca, de infinita tristeza, y me miraban tiernamente, piadosamente, con aquella dulce solidaridad que tejía entre nosotros la pobreza. Ya se habían marchado; ya la puerta, sin misericordia, del zaguán habíase cerrado tras la tía sorda, la última persona de la caravana, y, allá en la calle, bajo el frío y la niebla, el llanto de la niña resonaba aún:

—¡Hi... hi... hi...

Envanecida por esta primera victoria, la patrona me alcanzó al pie de la escalera:

—Y usted, ¿cuándo paga?

Yo.—Señora, ya hablaremos...

La patrona.—No, señor. Hoy hago liquidación de huéspedes malos; o me paga usted, o ahora mismo se marcha usted a la calle.

Yo (*intentando llevar el diálogo al terreno cómico*).—Señora, ¿qué ha hecho usted de su cora-

zón? ¿Cómo lo tiene usted tan duro? ¿Lo ha dado usted a planchar?...

LA PATRONA (*muy sobre sí*).—Demasiado buena soy que no le quito a usted la maleta. Ya lo sabe usted. (*Suspirando*). ¡Y que se vaya con usted es viejo vestido de claro!... ¡Ah! ¡Mentira va a parecerme perderle de vista!...

LUISA (*que vuelve de su obrador*).—Buenos días.

LA PATRONA (*cordial*).—Buenos días, señorita Luisa.

YO.—Buenos días.

La señorita Luisa ha comenzado a subir la escalera. Yo la miro con complacencia.

LA PATRONA (*que ignora nuestras relaciones*).—¿En qué está usted pensando?... Bien podía usted tomar ejemplo de esa muchacha; es una joven formal, que no me debe un céntimo...

YO.—Hay circunstancias que nos impiden ser formales. En fin, señora; voy a recoger mis ropas y a marcharme, puesto que usted se empeña.

Luisa y Aleu están aguardándome para almorzar.

—Os traigo el postre—exclamé—; nuestra patrona me echa de mi cuarto.

—Te vienes al mío—replicó Luisa.

Aleu se alborotó.

—¡Pucheta!... Vosotros, muy bien, no os apuráis por nada... Pero ¿y yo?... ¿Qué repucheta va a ser de mí?...

—Usted—repuse—si Luisa no se opone, dormirá en nuestro cuarto.

Esta proposición afligió a nuestra generosa compañera.

—Nosotros—la dije—dormiremos en la cama, y a Aleu le pondremos en el suelo. ¡Mujer!... ¿Va-

mos a abandonarle? Para esto deberíamos tener la caridad de enseñarle antes el camino del Sena.

La señorita Luisa transigió, y Aleu, contento de seguir nuestra vida, tomó la nueva situación a broma:

—¡Pucheta!... Voy a divertirme...

Terminado el almuerzo—huevos, pan, queso y fruta—Luisa y Aleu descendieron conmigo al *bureau*. Querían ver cómo recibía nuestra patrona la noticia de mi traslado.

Yo (*acordándome de Boabdil, cuando rindió a Granada*).—Señora, aquí tiene usted la llave de mi habitación.

La patrona.—Muchas gracias. ¿Ha sacado usted la maleta?

Yo.—Sí, señora.

La patrona (*buscando con los ojos*).—¿Dónde está?

Yo.—En el cuarto de la señorita Luisa.

La señorita Luisa sonríe y sus magníficas mejillas se empurpuran ligeramente; baja los ojos.

La patrona (*comprendiendo de súbito*).—¡Ah!... ¡Es posible!... Usted y ella... ¿Eh?...

Yo (*modesto*).—Sí, señora.

La patrona.—«¡Ah, mon Dieu!...»

Yo.—Sí, señora; la juventud de un lado, y de otro, la soledad del último piso, su frío, su silencio... y como el tabique que separa nuestras habitaciones es tan delgado... pues, naturalmente... todo se oía... y... ¿qué quería usted que hiciésemos?

La patrona (*profética*).—¡Señorita Luisa, está usted loca!

Luisa.—(*Sonríe*).

La patrona (*por Aleu*).—¿Y ese hombre?

Yo.—El pobre se quedará con nosotros unos

cuantos días más. No puede trabajar. Vea usted cómo tiene las manos... vea usted cómo tiene la nariz... Es preciso apiadarse de los viejos y de los débiles...

Así, pulsando alternativamente la nota cómica y la sentimental, obtuve de nuestra enemiga la promesa de no molestarnos. No fué poco.

—Pero ese maldito viejo—exclamó—¿dónde va a dormir? ¡Es lo que yo no entiendo!...

Yo.—Dormirá en el suelo.

Luisa.—Dormirá en el suelo...

La patrona (*sibilina*).—Señorita Côme, acuérdese usted de lo que en este momento la digo: usted va a ser muy desgraciada.

Y no se habló más.

Por la noche fuí a ver a los Rodríguez y les hallé instalados en dos suntuosas habitaciones del Hotel Castilla. Ninguno charlaba ni se movía.

—¿Estáis aguardando la llegada de «los nuevos baúles»?...—pregunté.

Ellos se echaron a reir: eran felices; habían cenado bien; la chimenea estaba encendida y les esperaba una buena cena.

—¡Aquí se come mejor que en el Hotel de la Paix—afirmó Rodríguez.

—¡Naturalmente! Pero ¿cuánto pagáis?

Julio tuvo una frase feliz de humorismo.

—No me he preocupado de eso; supongo que pagaremos lo mismo que allí.

Después me puso entre las manos una botella de Jerez y envuelto en papeles un gran puñado de pastas finas.

—Toma, para que obsequies a tu amiga y a Aleu. Aquí, como ves, no nos privamos de nada.

Este rasgo determinó en nosotros «los mártires de la calle Petites-Ecuries», un vehementí-

simo entusiasmo estomacal, tanto más agudo cuanto mayor era la parvedad de nuestro yantar cotidiano. Para remediarnos un poco todas las noches, a la hora de la cena, Luisa me acompañaba al Hotel Castilla, y se quedaba al abrigo de una puerta mientras yo subía a buscar «la ración» que Rodríguez—con la largueza del hombre que no piensa pagar—me tenía reservada. Los criados del Hotel, ignorando la razón de mis visitas, se inclinaban ante mí respetuosos.

Al reunirme con Luisa, ella me preguntaba:

—¿Qué te han dado?

—No lo sé.

Entonces la señorita Côme acercaba su nariz al paquete; y unas veces decía:

—Hoy traes langostinos.

O bien:

—Hoy traes jamón...

Diligentes, cogidos del brazo y bien apretados el uno contra el otro para darnos calor, emprendíamos el regreso a nuestra buhardilla, donde Juan Aleu, a la luz de una vela, nos aguardaba para cenar. Desde la calle Cambon a la de Petites-Ecuries hay mucha distancia, y nosotros, a pesar del frío, de la nieve o de la lluvia, íbamos deteniéndonos ante los escaparates de todas las joyerías, pues aunque la señorita Luisa no era codiciosa, adoraba las joyas. Así, cuando llegábamos al Hotel de la Paix, temíamos que Aleu, cansado de esperarnos, se hubiese muerto, y siempre abríamos la puerta del desván con cierta inquietud.

Terminada la somera colación, Aleu y yo nos salíamos al pasillo para que la señorita Côme pudiera hacer libremente su «toilette de nuit»

y acostarse. Después me encamaba yo, y en seguida apagaba la luz para que la muchacha no viese al viejo Aleu en calzoncillos. Este, de consiguiente, estaba forzado a desnudarse a oscuras, o como si dijésemos, «de memoria». El pobre hombre se orientaba mal en las tinieblas, y a cada momento tropezaba con mi maleta o con la silla o con el lavabo. Tantos sinsabores le ponían furioso, y nosotros, oyéndole renegar, nos desencuadernábamos de risa.

—¡No os burléis, pucheta—gritaba—; de mí no hay quien se burle! Un día voy a romperle los dientes a la puchetera madre que me parió.

Cuando yo comprendía que estaba acostado, encendía la vela, y con la luz nos volvía a todos el buen humor. Imposible aprovechar mejor un cuartito que no mediría más de tres metros de largo por dos y medio de ancho; puede asegurarse que no había un palmo de suelo que no estuviese ocupado. Delante de nuestra cama, y colocado paralelamente a nosotros, dormía Aleu; a mí me causaba el efecto de un felpudo.

—Siempre que le veo a usted ahí—le decía—me dan ganas de limpiarme las botas.

Una noche el frío apretó de un modo horroroso; sobre nosotros el cristal de la lucerna, cubierto de nieve, semejaba una losa tumbal. Luisa y yo tiritábamos; un frío extraño parecía venir de abajo, del «sommier», y metérsenos en los huesos: poco a poco habíamos vuelto a vestirnos, pero seguíamos castañeteando los dientes. A los pies de la cama, mi levita, puesta allí a modo de edredón, parecía abrazarnos entre sus mangas vacías. De pronto, en la oscuridad, Aleu comenzó a quejarse.

—¿Qué le sucede a usted?

—¡Pucheta—replicó—que por debajo de la puerta entra un vientecillo terrible, y se me está helando la cabeza!

—Póngase usted un pañuelo.

—Ya me lo he puesto, ¡pucheta! y no basta.

Comencé a dar en los turgentes mofletes de mi amiga muchos besos sonoros.

Yo.—¿Oye usted, Aleu?

Aleu.—Sí.

Yo.—¿Y no reacciona usted? ¿No cree usted que por este procedimiento musical entrará usted en calor?

Aleu.—¡No estoy para puchetas! Lo que os digo es que el aire que se cuela por debajo de la puerta, corta como un cuchillo y que va a darme reúma en el cerebro.

Encendí la luz, brinqué fuera del lecho, y, cogiendo mi chistera, se la puse a Aleu, necesitando para esto luchar con él a brazo partido; y como tenía la cabeza muy chiquita, metió dentro de ella hasta las orejas. La señorita Côme lloraba de risa.

Aleu.—¿Te has vuelto loco?

Yo.—¿Pero no está usted así más abrigado? ¡Diga la verdad!

Aleu (*cediendo*).—Parece que sí.

Yo (*zambulléndome de nuevo en la cama*).—¿Se convence usted?

Aquella noche, Juan Aleu durmió con sombrero de copa. Quien le hubiera visto así, hubiese creído que volvió borracho de un baile de máscaras.

LA TRAICION

Curado ya de las manos, Aleu volvió a Saint-Cloud y a su trabajo, y yo determiné regresar a Barcelona, donde Ramón Sopena me esperaba para fundar *Vida Galante*, y donde... ¿por qué no decirlo todo?... yo soñaba con reveer unos ojos negros.

¡Pobre Luisa Côme!...

Una tarde, después de almorzar, arreglé mi maleta. Luisa, inocente de todo, debía esperarme, al salir de su obrador, bajo los arcos de la Porte Saint-Martin, para irnos a comer.

¡Cuánto llovió aquella noche! ¡Con qué furia! ¿Te acuerdas, Luisa?... ¿O es que no te acuerdas?... Era como si el cielo llorase contigo; como si llorase sobre tu dolor... y sobre el mío también...

Porque yo, que huía, que te abandonaba así; yo, dentro del coche que me llevaba a la estación, iba tan triste y era casi tan desgraciado como tú misma. Eso tú no lo habrías comprendido entonces, ¿verdad?... El candor rectilíneo de la primera juventud no comprende que dejemos lo que amamos para correr tras de lo que no nos importa. Pero ahora sí lo comprendes—¡pobre Luisa!—y me perdonas... porque tienes treinta años...

*
* *

En Barcelona:

ADRIANA.—¿Y papá?

YO.—Bueno.

ADRIANA.—No nos escribe. ¿Dónde le dejó usted?

YO.—En Saint-Cloud.

ADRIANA (*que no pertenece a ninguna Sociedad Geográfica*).—¿Qué es eso? ¿Algún Hotel?

YO.—Sí... un hotel... en construcción.

....

Meses después Juan Aleu reapareció en Barcelona, vestido de claro y sin corbata, según se marchó.

Nunca tuve la curiosidad de preguntarle cómo hizo el viaje.

Supongo que a pie.

VII

Madrid otra vez

EL ULTIMO EXITO AMOROSO
DE MANUEL PASO

Siendo yo estudiante de Filosofía y Letras, un librero ambulante vendía a la puerta de la Universidad Central—echados sobre una manta tendida en el suelo—las *Nieblas*, de Manuel Paso.

Aquellos ejemplares, malbaratados por su autor en mometos de adusta miseria, se agotaron pronto: la musa sentimental del delicadísimo cantor granadino había llamado a nuestros juveniles corazones con emoción simpática; todos le comprendimos. A ratos su inspiración, fértil y brillante, era excéptica como la de Heine; a veces desgarrada como la de Musset, el llorado ruiseñor de los amores mozos. Era un artista. En su espíritu flotaba algo inconcluído que daba a sus versos la languidez de los crepúsculos otoñales; por eso su canción, como la canción fugitiva de las hojas y de las olas, hería y acariciaba.

A Manuel Paso le conocí a mediados de 1897, en la redacción de aquel semanario *Germinal*, que Ernesto Bark, Francisco Maceín y yo fundamos, y que luego, bajo la dirección de Joaquín

Dicenta, había de reunir alrededor de la misma mesa trece escritores jóvenes, de los cuales algunos ganaron más tarde la celebridad. Me presentó a Paso, Rafael Delorme: era un hombre de mediana estatura, rostrilargo y pálido, metido en un gabán azul. Un bigote rubio cortaba su cara inteligente y simpática; los ojos claros, al fruncirse ligeramente para mirar, adquirían la expresión, deliciosamente afectuosa, de la pregunta; las orejas transparentes y exangües, se apartaban del cráneo; el semblante enjuto parecía aplastarse bajo la frente noble, desembarazada y luminosa. Hablaba en voz baja, interrumpiéndose frecuentemente para destoser; su verbo era frívolo, copioso y agudo; el gesto, sobrio; sus labios buenos, aunque amargados por los pertinaces reveses de la suerte, rieron hasta un momento antes de quedarse fríos...

Los enfermizos descaecimientos y femeniles desmayos de aquel carácter, se reflejan en *Nieblas*. Desde muy joven Paso renunció al combate: apenas lanzado a la pelea, su voluntad rota le abandonó sin timón ni brújula, en el mar de la vida.

«¡Vano es luchar, las olas van y vienen,
y venimos y vamos con las olas!
Unas a nuestros pies derraman perlas,
y la garganta nos oprimen otras.
Si alguna humilde nos besó la planta,
esa misma se crece y nos azota.
La que al amparo de los vientos corre,
con espuma los vientos la coronan;
las débiles expiran en la playa
y las grandes se rompen en las rocas.

....

El que buscare amor, gloria y fortuna,
que se entregue a los vientos y a las ondas.
¡Vano es luchar, las olas van y vienen,
y vamos y venimos con las olas!...»

Y en otra página del mismo libro:

«¡Ya me es igual la vida que la muerte!
¡Es inútil luchar!
¿El por qué no me mato no adivinas?
Pues... porque me es igual.»

¿Cómo sería de abúlico y desgobernado el vivir de Manuel Paso cuando la amistad de Joaquín Dicenta, que nunca fué un «primer premio de virtud», dió a las quebrantadas energías del poeta un nuevo y saludable cauce?... Pues, sí... Merced al autor de «Juan José», Paso adquirió hábitos de trabajo y triunfó en el teatro y pudo luchar con la pobreza, en vez de sufrir, como hasta allí, bajo las uñas de la miseria.

Mas si en este concepto el cariño fraternal de su compañero le fué utilísimo, desde el punto de vista higiénico le aceleró la muerte. La vida de Joaquín Dicenta—entonces más que nunca—era vendaval desatado: el Escándalo guiaba sus pasos; todo le seducía; sobre sus noches y sus días, el dios Desorden tenía encendidas sus lámparas rojas.

La blandengue constitución de Paso no pudo resistir el embravecido trajín de aquel torbellino: el alcohol le requemó las entrañas, el placer le sacó las fuentes de la vida; sus pobres nervios, perdida toda electricidad, flotaron entre la urdimbre de los músculos como cuerdas rotas. Medio año antes de morir, Manolito Paso

habría cambiado una mujer por una botella de vino.

No obstante, las *caprichosas* que leen y solicitan la amistad de los artistas, solían buscarle atraídas por el hechizo doliente de sus versos, y muchas le escribieron brindándole una cita entre los pliegues de un billete perfumado.

El último éxito amoroso de Manuel Paso ofrece una triste originalidad.

Habíamos cenado en una tienda de vinos de la calle de Felipe III varios amigos, entre los que recuerdo a Manuel Carretero y Enrique García Alvarez.

Al salir del establecimiento, ya en la calle, nos despedimos unos de otros levantando la voz y sin estrecharnos las manos, como buenos camaradas que andan siempre juntos. Amanecía. En el silencio nuestros nombres resonaron:

—Adiós, Enrique.

—Adiós, Manolo.

—Adiós, Paso...

Cada cual siguió su camino. En tal sazón, pasaban dos mujeres. Una de ellas, joven y bonita, volvió la cabeza para clavar los verdes y habladores ojos, con curiosidad y agradable sorpresa, en Manuel Carretero.

—¿Es usted Manuel Paso?—preguntó.

Carretero, aprovechando la dichosa ocasión de una aventura galante, contestó sin vacilar:

—Sí, señorita, yo soy.

—¿El autor de *Nieblas*?

—El mismo.

—¡Ah, cuánto celebro conocerle! ¡Hace años que repito sus versos de memoria!

Se comprendieron, y ella, la adorable caprichosa, fué muy feliz creyendo abandonar su ca-

beza despeinada sobre el pecho de aquel artista, pastor de ilusiones, que tantas veces la remontó con su canción hacia el hadado jardín del Ensueño.

Semanas más tarde Carretero y su amiga riñeron, y ella quedó en el error, a la vez dulce y cómico, de haber tenido amores con Manuel Paso.

Al mes siguiente, Paso escribía a la redacción de «Vida Galante»:

«Querido Zamacois: Ahí va un articulito titulado «Turrón de Jijona».

»Le mando a usted el recibo en blanco. Yo, como usted sabrá, lo menos que cobro son veinticinco pesetas: pero, en fin, usted puede hacer lo que le dé la gana. ¡Todo, menos quince pesetas! Es la cifra fatal de mis días de hambre. Le suplico me lo mande con el *visto bueno* para cobrarlo mañana, pues hace mucho frío. Usted comprenderá que estoy en el último verso del himno de Riego...»

Estas líneas ingenuas y tristes, escritas bajo un cobertor, me impresionaron intensamente. A poco, Joaquín Dicenta me enviaba una carta que empezaba así:

«Escribo a usted desde casa de Manolo Paso, donde me he metido hace cinco días y de la que no saldré hasta que él muera, lo que, desgraciada e inevitablemente, ocurrirá pronto».

Terminando estaba yo de leer estos renglones cuando llegó a la redacción Pepe Cuéllar, «el eterno tísico», como le llamábamos quienes conocíamos la original apuesta entre él y Manolito Paso entablada acerca de cuál de ambos moriría primero. Cuéllar venía de Barcelona, huyendo de un proceso por delitos de imprenta.

Su brusca aparición la consideré de malísimo augurio.

—¡Qué coincidencia!—exclamé—. ¿Será posible? ¿Vienes a enterrar a Manolo?

—¿Cómo?—repuso—. ¿Está enfermo?... ¡Nada sabía!...

—Creo—añadí suspirando—que has perdido la apuesta.

Aquella noche, bajo el copioso aguacero que encharcaba las calles, fuí a casa de Manuel Paso. Allí estaban su hermano Antonio, su hermana y su madre, García Alvarez y Dicenta, que distraía el tiempo escribiendo las primeras escenas de su drama *Aurora*. Joaquín me acompañó a la alcoba del enfermo: un dormitorio donde ya comenzaba a respirarse el aire denso de los ataúdes. En un hueco de la almohada yacía inerte la cabeza de Manuel: una cabeza de Greco, enjuta y larga, con la frente bruñida y el mento afilado por la muerte, apoyado sobre el embozo de las mantas.

—Eso—murmuró Dicenta— ya es tierra.

Paso abrió los ojos lentamente, sus labios sonrieron y me alargó la mano; una mano seca que daba frío, no obstante estar ardiendo, y sus dedos se crisparon afianzándose a los míos, invitándome a retenerle entre nosotros... a no dejarle marchar aún...

Cuando Dicenta y yo regresábamos al comedor, llamaron a la puerta de la escalera. Antonio salió a abrir y le oímos cuchichear. Volvió diciendo:

—Es esa muchacha que todas las noches viene a preguntar cómo sigue Manolo.

—¿Quién es? ¿La conoces?...

—No sé; una...

Al día siguiente ocurrió lo mismo; y al otro... y al otro también... Era *Ella*, la soñadora que se

dió a Manuel Carretero creyendo darse a Manuel Paso, y guardaba del poeta moribundo imborrables recuerdos. Y mientras *Ella* preguntaba ansiosamente por un hombre que nunca fué suyo, *El* agonizaba sin conocer a la que tres días después—el martes 22 de enero de 1901—había de acompañarle al cementerio llevando a su tumba una corona de encina y laurel.

La vida es cáos: cuando me hablan de sus incongruencias, de sus cabriolas, de sus ironías, siempre recuerdo el último éxito amoroso de Manuel Paso.

EL SEDUCTOR (HISTORIA DE MIS LIBROS)

Después de *Punto-Negro*, la más afortunada de las novelas de mi «primera época» es *El Seductor*. Escrita en cartas, su argumento y juvenil estilo interesaron, apasionaron; de ella, en poco más de diez y nueve años, muchos millares de ejemplares se han vendido.

Como la mayoría de los libros, *El Seductor* tiene su historia.

Una de las tiples entonces más en boga era Isabel Brú. Varias temporadas su arrogante hermosura valenciana triunfó sobre el escenario de Apolo. ¿Os acordáis de «La Revoltosa», de «El puñao de rosas», de «El santo de la Isidra»?... ¡Noches memorables! Cuando la Brú aparecía, desde las primeras filas de butacas al paraíso corría un estremecimiento sensual.

Nadie, de consiguiente, extrañará que cierto

estudiante extremeño recién llegado a Madrid, y al cual mi amigo Joaquín Segura servía de mentor a través de la pecadora vida cortesana, se enamorase perdidamente de Isabel Brú, a la que declaró su cariño en una dulcísima misiva cuyo borrador compuso Segura. Esta ambiciosa epístola quedó sin respuesta, mas ello no evitó que el deshambrido de amor continuase transcribiendo con igual fin otras muchas cartas que su «director», por prurito literario o por servicial y complaciente amistad, continuó dictándole. Sucedíanse los meses, y ni la adorada mostraba curiosidad en conocer al autor de tantas páginas respetuosas y encendidas, ni por nada éste se hubiera atrevido a descubrirse. Al cabo, desalentado, el tímido cortejador renunció al asedio. Lo más peregrino fué que Joaquín Segura, en fuerza de celebrar los méritos de la artista, su discreción, su hermosura, y, sobre todo, su gracia plebeya y bravía, llegó a enamorarse también de Isabel Brú.

Pero ésta—como diría Rudyard Kipling—«es otra historia».

La fábula del hombre feo que ayuda con las luces de su avisadísimo ingenio y de su experiencia, a un tonto hermoso, sedujo de diversos modos a Goethe y a Rostrand; es el argumento de *Fausto* y de *Cyrano*. Teófilo Gautier compuso algo semejante en la más deliciosa de sus novelas. Sin embargo, el lance precitado ofrece una novedad evidente: Mefistófeles derrota el recato de Margarita, como el verbo de Bergerac, cantando musical entre los labios de Cristián, roba a Roxana un beso; mientras aquí era el alma—únicamente el alma—la que aspiraba a vencer, pues Isabel Brú

no conocía a su adorador, que podía ser tuerto, desnarigado, canijo o jiboso...

Este incidente, no obstante, se habría perdido en el inmenso vertedero de lo olvidado, sin una carta que recibí poco tiempo después. Su autor, tras de celebrar amablemente mi agudeza y pericia en cuestiones de psicología femenina, sometía a mi consideración el siguiente problema:

El adoraba en una mujer de quien, a su vez, había recibido pruebas inconcusas de amor. Ella, sin embargo, le burlaba, y no por interés, sino por curiosidad y ligereza del corazón; lo cual parece implicar contradicción, pues querer a un hombre es preferirle a los demás, y si se le prefiere, ¿cómo, simultáneamente, se le pospone?

Lo grave de esta consulta no era que mi comunicante, ingenua y bondadosamente, me permitiese leer «aperto libro» en su corazón, sino la solución, el desenlace, que exigía de mí.

«¿Qué hago — concluía —. ¿Me suicido o la mato, o mato a mis rivales?...»

Esta carta, ejecutoria de un carácter fantaseador y arrebatado, trajo a mi memoria el recuerdo de aquellos amores, casi místicos, que Joaquín Segura dedicó a Isabel Brú, y de los cuales me habló tantas veces. Ambas historias se aliaron, para interesarme y decidirme a la acción.

¿Por qué no contestar a mi correspondiente?

Cada novelista dispone de un cierto número de lectores que, por afinidades morales, sienten y discurren como él. Tal compenetración alcanza extremos increíbles. El autor que empezó deleitando llega a vivir íntimamente en el ánimo de sus devotos. Nadie, a juicio de éstos, se emociona ni se expresa mejor, ni bucea más hondo en las pasiones. En virtud de un fenómeno que pudiera creer-

se telepático, aquel hombre representativo escribe siempre lo que sus admiradores hubiesen querido decir o escribir; imposible imaginar una fusión más absoluta ni más arcana, y así no hay hipérbole en sostener que cada novelista o dramaturgo es «la voz» que, día tras día, traduce la vida de una colectividad. Por esto el novelista se halla, en cierto modo, obligado a responder a cuantas consultas le dirigen sus adeptos: porque esas personas que le siguen y admiran, son las más vecinas de su corazón, y nadie en mejores condiciones que él para orientarlas y aliviarlas en sus dolores. Un novelista es como un médico de almas, y en tal sentido su misión recuerda mucho la del sacerdote.

Con este criterio escribí a mi consultante, explicándole que, si bien mi deseo de complacerle era grande, no podía resolver terminantemente y de sopetón sus dudas; pues era el suyo asunto de tal riesgo que de su resolución dependía, cuando menos, el porvenir de tres personas. Para aventurarme por tan difíciles caminos, yo debía conocer el temperamento, profesión y costumbres de mi cliente, y también el carácter de la mujer amada; su edad, educación, estado, clase social a que pertenecía, antecedentes de familia y otros muchos pormenores y detalles que tanto interesan al médico como al psicólogo. Asimismo necesitaba saber el color de sus ojos y de sus cabellos, su estatura, el metal de su voz, sus aficiones predilectas...

De esta carta nació «El Seductor», cuya primera edición aparecía en mayo de 1902.

¡Y qué lejos me hallaba yo de sospechar que, mientras yo escribía mi libro en Madrid, una mu-

jer «vivía» su acción en París, casi completamente!...

Porque así es. El diario *Le Matin*, en su número del 9 de agosto de 1904 — esta fijación de fechas me parece oportuna — publicaba un artículo sin firma acerca de cierta Mme. Verlaine — prima del gran poeta — que muchos años ejerció, como un apostolado, el oficio de memorialista. Estas terribles cartas líricas que leemos temblándonos las manos, fueron su especialidad, y sus clientes después las copiaban y daban como suyas; de este modo sostuvo relaciones espirituales, durante catorce años consecutivos, con un hombre a quien no conocía. Trabajó mucho. Finalmente, agradecida a sus servicios, la duquesa de Uzés la señaló una pensión.

La historia de esa Mme. Verlaine, unida a la realidad de los episodios que suavemente habían ido vertiendo gota a gota en mi espíritu el argumento de «El Seductor», prueban que esta novela —contra la opinión de algunos críticos—es un libro veraz, vinculado fuertemente a las más románticas y nobles aspiraciones del alma; libro de poeta, pero también libro «de carne y hueso», cuya fábula principal vivieron y volverán a vivir millares de personas.

Por eso nada más, y no es poco, porque «es humano»—ya que no por literarios méritos—«El Seductor» ha suscitado entusiasmos vehementes.

*
* *

Cierta mañana recibí la visita de un joven sim-

pático y elegantemente vestido. Recuerdo su apellido: Guimerá. Aquel hombre atravesaba un momento indescriptible de excitación. Apenas me saludó; tenía las manos yertas y los labios secos, trémulos y blancos.

—Desearía conversar con usted a solas un rato —me dijo suplicante—; perdone usted; se ventila algo muy urgente para mí.

Me levanté y cerré las puertas.

—Puede usted hablar sin temor ninguno.

—¿No nos oirá nadie?

—Nadie. Tranquilícese usted. Descanse usted.

El pobre mozo se ahogaba: la emoción se le había anudado a la garganta como un dogal y no le dejaba echar las palabras del cuerpo. Procuró inútilmente fumar; el nervioso temblor de sus manos era tal que los cigarrillos se le rompían entre los dedos. Para serenarse dejaba escapar a intervalos hondos y entrecortados suspiros; daba pena...

Al fin, aunque tartamudeando, se explicó:

—Estoy enamorado de una mujer; ella, al principio, correspondió a mi afecto; luego, se cansó de mí. Su ingratitud me enloquece y muchas veces he pensado darme un tiro. El deseo de vivir me trae aquí: usted es mi última esperanza. Yo he leído «El Seductor»; yo quiero que sea usted para mí lo que en su novela fué «Don Plácido Bilbao» para el «Vizconde de San Bartolomé»... ¡Usted solo puede devolverme esa mujer!...

Era una escena violenta y artística; una escena «de teatro». Mi primer ademán, no obstante, fué de negación y defensa; la perspectiva de escribir mi novela «otra vez» me aterraba. Pero Guimerá, ya desentumecido al calor de sus propias pala-

bras, continuó enumerándome sus dolores y la confianza, la ciega fe, que tenía en mi ayuda.

Cedí. En puridad de verdad—bueno es decirlo todo—esta complacencia mía no era altruísmo solamente; a mi filantropía, una ilusión perversa se mezclaba: la esperanza egoísta de interesar a la mujer a quien iba a escribir—según en la novela sucede—y de ganarla para mí algún día. ¡Si fuesen visibles las ideas!...

Emocionadísimo Guimerá me abrazó y ratificó su agradecimiento imperecedero, empleando para ello mil frases elocuentes y amables. Al marcharse, con el gesto discreto del enfermo que paga una consulta, dejó sobre mi mesa de trabajo un duro. Yo fuí a indignarme, pero me detuve. ¿Para qué protestar? Todo aquello tenía gracia y era original. Además, me hacía falta el duro...

Durante varias semanas y casi a diario, Guimerá continuó visitándome. Cambiábamos impresiones, discutíamos. El mostrábase animadísimo.

—¿Ha recibido usted carta de ella?—era mi primera pregunta.

—No; todavía no...

Luego, aterrado ante la idea de quedarse solo otra vez,

—No se canse usted—me rogaba—; yo estoy cierto de que saldremos triunfantes.

Fortificados por este hermoso optimismo, yo le entregaba otra carta y él me daba otro duro.

Inopinadamente desapareció, y como ignoraba su domicilio nada pude hacer para verle. Queriendo tranquilizarme, pensé:

«Se habrá muerto».

Esta reflexión, impregnada de cachaza y de filosofía, serenó mis dudas. Meses después dijeron los periódicos que en un pueblecillo de las in-

mediaciones de Valencia—Guimerá era valenciano—un individuo de ese apellido se había suicidado.

Yo estoy cierto de que era él...

*
* *

Este otro lance me sucedió catorce años más tarde, en el Gran Hotel de Mérida de Yucatán. Después de almorzar subí a mis habitaciones; la ciudad dormía en el profundísimo silencio de las horas de brasa de la siesta; el aire quemaba como el sol. Me aligeré de ropa y, sentado delante de un balcón, me dispuse a leer.

Oí que llamaban a mi cuarto.

—Adelante—grité.

Y en el acto la puerta se abrió y bajo el dintel, lleno de luz, surgió la figura de un joven alto, bien vestido y gentil de ademanes, que luego de saludarme con notable desenvoltura y testimoniarme brevemente cuánto se holgaba de que habitásemos en el mismo hotel, añadió:

—Usted sin duda quería descansar. y para no molestarle me retiro. En otra ocasión hablaremos. Yo he venido únicamente a tener el honor de estrechar su mano, y regalarle esta sortija, que es suya.

Rápidamente se quitó de un dedo una sortija de mujer, y me la ofreció. Agradecí su generosidad con sorprendidas y corteses palabras, y asegurándole que la joya estaba mejor en sus manos que en las mías, rehusé el regalo.

Con gran decisión y vehemencia, replicó:

—Se equivoca usted: no se trata de un regalo, sino de una restitución. Esta sortija le pertenece

porque usted la ha ganado, aunque no lo sepa. De consiguiente, yo no «se la doy», se la «devuelvo»...

La urbanidad del desconocido, su simpatía y aquel novelesco misterio en que su obsequio aparecía envuelto, encendieron mi curiosidad, y así le invité a tomar asiento y a explicarse, lo que hizo en seguida.

—Yo—dijo—me llamo Jaime Borrelli y represento una importantísima fábrica de calzado de New Orleans. Nací en España, pero muy niño emigré a los Estados Unidos, de suerte que el inglés lo hablo como el castellano, o acaso mejor. Obligado a ganarme el pan desde muy joven, mi educación artística es harto rudimentaria; he leído poco; no tuve tiempo de estudiar; el combate por la vida me ha otorgado treguas muy cortas. En cambio, conozco todos los deportes y me considero maestro en algunos: yo sé bailar, patinar, boxear, monto a caballo como un jockey, manejo muy bien las armas y he tomado parte en carreras de automóviles. Mi educación física es completa.

Hace seis años conocí en New-York a una joven encantadora; bella, con esa belleza ágil y saludable de las mujeres yanquis; elegante, graciosa y culta. Había viajado por Europa, y conocía todos los Museos de Italia y de España. Su espíritu, de consiguiente, era más armónico y hallábase incalculablemente mejor adornado que el mío.

Simpatizamos. Mejor dicho: yo perdí el juicio por ella, mientras ella se acercaba a mí únicamente «a ratos». Yo la sentía cautivada cuando bailaba conmigo, por ejemplo, o si me veía patinar... o jinetear sobre un buen caballo... Entonces mis gallardías ganaban su admiración, y su corazón me entreabría sus puertas. Pero estas

victorias duraban poco: luego hablábamos de la «última Exposición» o del «último estreno» o del «último libro», y como yo no acertaba a seguirla en sus divagaciones, nuestras almas perdían en seguida su contacto y el divino amor se escapaba. Yo lo advertía en la repentina sombra de desencanto que apagaba sus ojos, en el cansado mohín que bruscamente cerraba sus labios, en la frialdad con que su brazo, que durante largo rato se apoyó blandamente en el mío, se retiraba...

Unas veces estaba muy cerca de mí; otras muy lejos... Yo me desesperaba; de despecho me hubiera suicidado. ¿Qué hacer para conquistarla de una vez? ¿Por qué una frase oportuna me la traía, y, de pronto, otra frase indiscreta, sin yo saberlo, me la quitaba?...

—«No lee usted bastante»—solía decirme—; si quiere usted que lleguemos a ser buenos amigos tiene usted que aprender muchas cosas. Las ideas le impresionan poco, y es porque su sensibilidad no está cultivada. Educar nuestra sensibilidad es ponernos en condiciones de acercarnos al amor ideal, hecho de carne y de espíritu a la vez...»

Tras una breve pausa, Jaime Borrelli, con una sonrisa de triunfo bajo el bigote mosquetero, prosiguió:

—Esta situación indecisa persistió hasta que un invierno mis negocios me llevaron a Chicago. Allí, en una noche de insomnio, leí *El Seductor*, de usted, que me turbó hondamente, pues me vi retratado en el «Vizconde de San Bartolomé». Al siguiente día traduje al inglés una de aquellas cartas con que el viejo «Don Plácido» trastorna el corazón de la inteligente «Marquesita de Górgoles»; hice en ella ciertas modificaciones indis-

pensables para acoplarla debidamente a mi situación, y se la envié a mi adorada «como mía».

La respuesta no se hizo esperar. Empezaba diciendo: «Nunca le hubiera creído a usted capaz de escribir una carta así...»

Nuestra correspondencia continuó, cada vez más seguida y ardiente, y antes de acabar de traducir el libro comprendí que, al fin, el dulce veneno literario había surtido su efecto, y que a mi loca pasión otra gran pasión lírica respondía. Cuando regresé a New-York el divino milagro estaba hecho.

Hubo otro silencio. Mi colocutor, momentáneamente olvidado de mí, había cerrado los ojos y parecía respirar la felicidad. En su corazón, lleno de rosas encendidas, el ruiseñor de los dulces recuerdos había roto a cantar...

—Pronto hará tres años—concluyó Borrelli—que dura mi idilio; un idilio que es obra de usted. Al separarme de Ella para emprender este viaje, la pedí un recuerdo, y me dió esa sortija que ruego a usted acepte en memoria de nuestra entrevista; nadie más acreedor a ella que usted; yo se la debía, como le debo mi ventura...

....

....

Al despedirnos, pregunté a Borrelli:

—Si alguna vez quisiera escribir una crónica con lo que hemos hablado, ¿me autoriza usted a declarar su nombre?

—Con mucho gusto.

—¿No teme usted que Ella descubra el pequeño engaño?

Jaime Borrelli se echó a reir.

—No—dijo—, porque Ella no sabe el español, y

yo no he de ser tan sandio como aquel vizconde de su novela, que dijo la verdad...

Así nos despedimos, y yo me quedé pensando que «todo está en todo»: porque si es innegable que de la realidad podemos sacar novelas, también es cierto que muchas veces las novelas pueden convertirse en historias.

UN VIEJO RECUERDO

Hace años que resisto a la tentación de escribir este capítulo. Porque las presentes cuartillas son un episodio íntimo, una breve historia sentimental que el tiempo, altísimo poeta, ha sabido exornar con dejos agridulces y suaves medias tintas de melancolía; un viejo recuerdo que ya empieza a tener los cabellos blancos...

Dirigía yo por aquella época el semanario *Vida Galante*; era una revista alegre, abierta a las osadías de la juventud que entonces empezaba a escribir. Tuvo una historia brillante: en sus páginas locas, arbitrarias como fantasía carnavalesca, nuestros principales autores dejaron su nombre, y ellas recogieron también el gesto cómico o trágico de los grandes comediantes, muchos de ellos ya desaparecidos, que ilustraron sus cuentos.

Cuando no había actores empleábamos «modelos»: muchachas bonitas, elegantes, que habían adquirido en los estudios de pintores y escultores la costumbre de «poner». Una de ellas, Pepita Manso, a quien ya se llevó la Muerte, me habló de cierta amiguita suya que deseaba ser modelo.

La infeliz atravesaba una situación dificilísima; tenía diez y siete años y era huérfana de madre; su padre ganaba un jornal exiguo y bebía mucho; la pobrecita no hallaba trabajo; estaba desesperada, medio desnuda; probablemente más de una noche se acostó sin comer...

Confieso que aquella historia de miseria y virtud me interesó poco.

—¿Es bonita tu amiga?—pregunté,

—Muy bonita.

—Tráela entonces.

Al día siguiente Pepita Manso llegó a la redacción acompañada de una joven pobrísimamente vestida. Tenía los ojos grandes, apicarados, llenos de luz y muy lindos; pero la miseria había ajado cruelmente sus facciones: la nariz era afilada, la boca pálida y sin risas, los cabellos despeinados, el rostro flaco y triste. No me gustó, y tras un berve diálogo la despedí con palabras vagas y corteses.

—Ten la seguridad de que no olvidaré tu deseo; tan pronto como haya ocasión serás complacida. Pepita te avisará.

Ni siquiera la pregunté su nombre. Transcurridos varios días la joven tornó a visitarme; temía que yo la hubiese olvidado, y como la pobreza apremia tanto... Volví a consolarla recurriendo al aborrecible repertorio de esas frases galantes y traidoras con que los hombres correctos disimulan la sequedad de su corazón.

Ella me miraba de hito en hito, mostrando una noble impasibilidad que debió interesarme y que seguramente me hubiese emocionado, a no ser yo tan joven. Luego se despidió, siempre fría, bellamente estoica bajo la raída pobreza del mantoncito que abrigaba sus hombros;

y al marcharse leí en sus ojos la convicción aheleada, lancinante, desgarradora para el natural orgullo de toda mujer, «de no haber gustado».

Aún fué a verme, sin embargo, otras dos o tres veces; también nos encontramos en la calle. Sin darme la mano, como si reconociese su inferioridad, inquiría:

—¿No hay nada aún?

—Nada, hija mía.

—Paciencia...

Sonreía tristemente y continuaba su camino, y al despedirse de mí con los ojos, yo leía en ellos la pena y el rencor que en su ánimo altivo producía la injusticia de no ser estimada.

Pasó el invierno; los carnavales habían quedado muy atrás. Una tarde, Manuel Carretero, que también ha muerto, y yo, subíamos la calle de Fuencarral: volvíamos de almorzar y estábamos contentos; llovía a cántaros. Delante de la fotografía de Compañy—otro que se fué—, impasible bajo la lluvia como una estatua, vimos a la recomendada de Pepita Manso. La interpelé familiarmente:

—¿Qué haces aquí?

Observóme tranquila, con una mirada taladrante de desdeñosa ironía.

—Ya lo ve usted; mirar los retratos...

Y la sencillez de su respuesta, dicha con un acento madrileño muy marcado, dió relieve a la indiscreción y tontería de mi pregunta. Sus cabellos, mojados por la lluvia, se adherían a su frente; tenía la falda y el mantón empapados; sus pies, mal calzados, cubiertos estaban de barro; sus manos flacas, exangües, parecían las de una muerta. La multitud iba y venía, tropezándola a cada momento, molestándola con las puntas de los para-

guas chorreantes bajo el chaparrón; y ella permanecía indiferente, con una indiferencia de suicida, cual si se hallase lejos de sí misma. Su abandono me conmovió. ¡Pobre criatura! ¡Qué frío tendría!... Nunca me pareció tan delgada, y ¿por qué no decirlo?, nunca tampoco me pareció menos apetecible. Sin embargo, recordé que a tal hora en la redacción no había nadie...

—¿Quieres acompañarnos—propuse—y tomaremos café?

Volvió a mirarme atenta y su femenil sagacidad leyó en mi cara la torpeza de mi intención. Por otra parte, ¡la vergüenza de ir tan mal vestida!...

—No, señor; muchas gracias.

Sentí que toda la autoridad que creía ejercer sobre ella se bamboleaba.

—¿Por qué, chiquilla?

—Porque no debe ser.

Carretero me tiraba de un brazo, impaciente, dándome a entender que malgastaba conversación. ¿Por qué le hice caso?...

—Entonces, ¿otro día será?

—Sí, señor; otro día.

No fué más al periódico, ni la reví en parte ninguna.

Transcurrieron dos años.

Cierta noche fuí al teatro Romea; había «varietés», y un público bullicioso, distinguido y alegre invadía la sala. Todas las bellezas y danzarinas célebres de la época estaban allí: las hermanas Olivares, María Castillo, Elisa Romero, Pilar Monterde, Pilar Cohen, la Chelito, la Imperio... También había muchos escritores y periodistas. Gabriel España, que me acompañaba, quitóse el sombrero para saludar con señalado agasajo y

reverencia a una joven delgada, exquisitamente elegante, que acababa de ocupar una platea: vestía de negro, y sobre las amplias alas chambergas de su sombrero tremolaba airosamente una amazona blanca; cascada de piedras preciosas ardían en los lóbulos rosados de sus orejas y en los dedos de sus manos menudas y pulidas. Era un tipo interesante, novelesco, exótico...

—¿Quién es?—pregunté.

—¡Cómo!—replicó España, asombrado.—¿No ha oído usted hablar de Consuelo Vello, *La Fornarina?*

—Mucho oí hablar de ella, pero no la trato.

—Voy a presentarle a usted inmediatamente. ¡Parece mentira! ¡Es usted el único madrileño que no la conoce!...

Y nos presentó.

¡Era «Ella»!... Ahora, nimbada por el aristocrático prestigio de las joyas y de las sedas, la fina hermosura de la niña que yo conocí pobre, resplandecía en todo su esplendor. Los cabellos castaños y ondulantes, la nariz fina, las suavidades aterciopeladas de la garganta, las manos, los hombros lapidarios y redondos, la espalda blanquísima, donde un lunar negro invitaba a poner los labios..., formaban un conjunto de impecable armonía. ¿Cómo no reparé a tiempo en la gracia bruja de aquellos labios? ¿Cómo no llegó antes a mi alma distraída la luminosidad sin rival de aquellos ojos?... ¿Por qué no vi la rara distinción de aquel espíritu que en tan brevísimo tiempo había sabido escamondarse de toda plebeya levadura?...

Y mientras en mi ánimo se devanaban estos pensamientos, Consuelo tuvo para mi sorpresa

una sonrisa amable y fría, una cruel sonrisa de triunfo y de venganza.

—Sí—dijo—, hace tiempo que el señor y yo nos conocemos bien...

¿Comprendéis? La aventura perdida, la ocasión irremisiblemente frustrada, la alegría que pudo ser nuestra y no lo fué, que no lo será nunca; la canción que pasó a nuestro lado y no supimos oir...

Esta es la breve historia que mi vanidad no ha olvidado; la historia triste que, como un remordimiento, llevo enroscada al corazón...

EL BATEO

Los escritores que conocieron la juventud de Luisa Campos, las «últimas noches» de Julián Gayarre y la capa azul de *Frascuelo;* quiero decir: aquellos cuya edad oscila entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años, no habrán olvidado la redacción de «Vida Galante». Por la influencia que ejerció sobre las orientaciones literarias de entonces y por la sincera camaradería de sus redactores, bien merece el inefable honor del recuerdo. En la calle de Ruiz estuvieron establecidas las oficinas, y aquella casa, ante la cual se detenían los landós de las más célebres y más caras bellezas de la época, al mismo tiempo que lugar de trabajo fué hostal generoso de bohemios sin domicilio.

Desde las tres de la tarde la campanilla de la puerta de entrada comenzaba a sonar, y nunca faltaban acreedores exigentes, ni damas a quie-

nes el amor del mismo galán hacía rivales. Entonces en la penumbra de los corredores producíase un murmullo de conversaciones airadas, un callado trajín de pies descalzos que huían de puntillas, un inquietante gemir de puertas abiertas y cerradas sigilosamente...

¡Oh, los risueños y calientes años saturnalescos! De día siempre andaban a nuestro alrededor unas cuantas burguesitas—casadas o solteras—que no podían salir de noche; y de noche, después de los teatros, las «desnudables» que duermen de día, iban a cenar.

Estas colaciones fraternales se pagaban a escote, y generalmente eran amenizadas por un cuarteto de músicos ciegos. A los postres, se bailaba. Vicente Tur, Rojas y Navarrete, hacían nuestras caricaturas. Los poetas improvisaban brindis. A veces, también, surgían disputas y nos pegábamos, aunque sin rencor; toda la sangre allí derramada no hubiese bastado a empapar un pañuelo. A la mañana siguiente, la casa, completamente a oscuras, descansaba con esa sabrosa fatiga de que parecen impregnados los comedores donde hubo una bacanal.

Para designar de cierto modo nuestras citas, habíamos clasificado a nuestras amigas por la hora en que iban a visitarnos. Había amigas de «mañana»; eran las más sencillas. Amigas «de tarde», mucho más elegantes, más complicadas; como sus trajes, exactamente. Había, en fin, mujeres anárquicas, mujeres-pájaros, mujeres-nubes, que llegaban sin anunciarse, arrancadas de sus hogares por un latigazo de alegría o de «spleen».

Entre mis amigas mañaneras estaba Pepita. ¡Excelente criatura! Quizás su nariz fuese un poquito larga, y su boca, al reir, demasiado ingenua;

pero, en compensación, tenía diez y siete años, unos ojos y unos cabellos castaños muy lindos, y en el rosado terciopelo de sus mejillas y en todas las actitudes de su cohibida y humilde persona, una candidez monjil por todo extremo atrayente. Mi ingrato corazón no recuerda dónde la conoció; sólo evoca—y ya es bastante—su figura y su silencio. Pepita era dulce, callada, sumisa. Pepita era capaz de permanecer sentda dos horas seguidas sin mover las rodillas ni levantar de la alfombra sus ojos corderos; Pepita sonreía siempre, y jamás se hubiese atrevido a mirarle la cara a un hombre. Aquella amable criatura padecía de alogia y de abulia; ni sabía pedir, ni en su breve vida aprendió a negar. Analizando su carácter, muchas veces me he preguntado si llegó a quererme realmente, o si estaba a mi lado porque un día se me ocurrió decirla: «No te vayas». ¡La pobre!... En un vitraje gótico, colocada de perfil, vestida de blanco y olisqueando una rosa mística, hubiese estado muy bien.

Manuel Carretero, grande, retozón, bullicioso y sensual, reparó en ella; y usando de la larguísima liberalidad de costumbres que había entre nosotros, la cortejaba delante de mí. Madrugaba por verla, y mientras yo escribía, al otro lado de la mesa charlaban los dos. En el confuso bisbiseo de la conversación, a cada momento la voz pedigüeña de Carretero repetía:

—¿Eh?... ¿Eh?... ¿Por qué no?...

Sonreía ella dócilmente y me observaba, como pidiéndome autorización para pecar. Luego, complacida, miraba a Carretero; parecía decirle:

«No es a mí, sino a «él», a quien debe usted explicarle eso; lo que él disponga...»

Manuel comprendió.

—Oye... ¿por qué no me cedes a Pepita?

Sentí que de amante me convertía en padre o tutor. La escena era de una amoralidad encantadora. Discutimos, quise imponer condiciones y al cabo se la entregué, renunciando completamente a mis derechos. A partir de aquel día, Pepita fué para todos nosotros «la de Carretero».

Durante algunas semanas Pepita y yo nos creímos hermanos: ni una caricia, ni una frase, ni una alusión a nuestra cálida intimidad de otros tiempos: esto era bonito, era nuevo, era limpio. Muchas mañanas iba a la redacción y entraba en mi despacho:

—¿Ha venido Manuel?

—Todavía no.

—Le esperaré un poquito.

—Como gustes; ahí tienes periódicos.

Yo seguía escribiendo; ella se sentaba delante del balcón, las manos dentro del manguito, los pies muy juntos y recogidos debajo de la silla, y sin hablar, sin estremecerse, mirando a la calle, pasaba el tiempo. Para toser se llevaba el pañuelo a los labios; si cambiaba de actitud, lo hacía suavemente; aquella criatura tímida y dulce tenía la preocupación de no hacer ruido.

Una mañana interrumpí mi trabajo para examinarla. ¿Por qué había renunciado a ella? ¿Amaría a Manuel? ¿Me amaría a mí?... ¿Qué misterio sentimental escondía aquella alma de esclava—alma de harén—dócil y hermética? Razoné mis sentimientos lentamente, con el desapasionamiento alambicador de un profesional de la novela: Pepita era modosa, era linda, era buena; y, sobre tantas perfecciones físicas y morales, tenía la indiscutible selección «de no ser mía». Hí-

cela señas para que se acercase, y ella obedeció un tanto sorprendida del misterio y silencio de mi ademán. De todas las salsas de la cocina del Pecado, ¿no es el engaño la mejor?... Cuando estuvo a mi lado la cogí por el talle suavemente:

—¿Si burlásemos a Manolo?...

Ella vaciló, sonrió...

—¿Y si se entera...?

—¿Cómo ha de enterarse, si estamos solos y tú no has de decírselo?...

De todas estas andanzas, la dulce Pepita resultó embarazada. Al saberse la noticia, la redacción se estremeció, vibró de júbilo; el amor comenzaba a producir sus frutos y todos—yo el primero, claro es—felicitamos a Manuel. Según iban llegando, Teodoro Gascón, *Karikato*, Chíes, Soriano, Mariano Arveras..., Asensio Más, le daban a Carretero un irónico y afectuoso golpecito en la espalda:

—Ya me han contado la novedad. ¡Caramba! Sea enhorabuena...

El excelente Carretero, que era un niño grande, enrojecía y procuraba mostrarse furioso. En el fondo, yo juraría que estaba encantado; porque el cariño a los hijos—que en las mujeres, desde el primer momento, es instinto invencible y pasión—en los hombres empieza siendo *snobismo* y curiosidad.

Una tarde, a «la hora de las confesiones», es decir, de dos a tres, cuando en la redacción aún no había nadie, Carretero fué a verme. Parecía seriamente contrariado: Pepita había dado a luz una niña, y su madre y sus hermanas, con amenazas unas veces y otras con dulzuras y razones, querían obligarle a reconocer a la chiquilla.

—¿Qué me aconsejas?—exclamó;—Pepita llora,

sus hermanas lloran; «la abuela», con las emociones, parece que va a morirse. Estoy loco; aquella casa es un infierno. A ratos me dan ganas de reconocer a la niña; pero... ¡diablos!... luego reflexiono: yo, el día de mañana, puedo casarme bien; ¿y voy a llevar al matrimonio un grillete así?...

Tardé en contestar. «Si la criatura—pensé—es hija suya, debe reconocerla; y si es hija mía, bien merece que Carretero la sirva de padre.»

—Te aburguesas, Manolo—repuse—; eres un egoísta; pareces joven y no lo eres, porque tu vieja alma hace números. Si esa niña es tuya, estás obligado a darla tu nombre.

—¿Y si no lo fuese?—interrumpió.

—Si no lo fuese—afirmé dando a mis palabras solemnidad sacerdotal—también, pues que quieres a la madre y la madre adora en tí.

La alquitarada filantropía y dulzura de mi argumento no convenció a Carretero. Los razonamientos de otros amigos que, por molestarle, le aconsejaron como yo, también fracasaron. Manuel hubiese querido realizar aquella noble acción, pero no se atrevía. En esta horrible duda, hablando de las gracias de la chiquilla unas veces, y renegando otras de la hora en que conoció a la madre, perdió varios días. Entretanto, el nudo del conflicto se apretaba. Pepita lloraba sin consuelo y su familia oprimía con renovadas súplicas al burlador. ¿Qué le impedía corregir su yerro? ¿No era suya la niña, no le habían dicho mil veces que tenía sus ojos? Aquel asunto debía resolverse en seguida. ¡Canastos! ¡No estaba bien que la criatura fuese por su pie a bautizarse!

Pepita, en cuanto pudo salir a la calle, acudió

a verme. ¡Cómo estaba la pobrecita! Vestida de negro, flaca, las mejillas sin color, sin luz los bellos ojos humildes, las manos esqueléticas... Yo me acordaba de esas figuras dolientes—mendigas, casi siempre—que en la primera entrega de las novelas de Pérez Escrich o de Luis de Val, caminan por un campo nevado y con un niño en los brazos...

—Es indispensable—me dijo—que Manolo reconozca a la niña; convéncele. No es por mí; es por mi madre, que ni vive de pena ni me deja vivir. Manolo es bueno; háblale tú...

—Sí, mujer, descuida; yo le hablaré...

Una alegría infame me retozaba por el cuerpo.

—Oye, Pepita; aquí, en confianza: ¿tú crees, efectivamente, que Manolo...?

—No hablemos de eso; yo nada sé. Pero... ¿no es lo mismo?...

Sí, tenía razón la muchacha: «era lo mismo». La prometí mi cooperación, y así lo hice. Yo asistía a las peripecias de aquel enredo sosegadamente; mi tranquilidad era la del autor que estrena con pseudónimo.

Por la noche busqué a Carretero, a quien hallé más resuelto que nunca a desentenderse de la chiquilla.

—En tal caso—dije—debemos buscarle un padre a tu hija.

—¿Podrá ser eso?

—Lo intentaremos; desde luego, elegiremos un hombre bueno, agradable, inteligente...

—¿Y Pepita?

—Pepita procuraremos que no sepa nada. Vamos a razonarlo todo bien: la vida conviene pensarse como se piensa una crónica.

En estas cábalas andábamos cuando llegó Pedro Barrantes.

Por aquella época el admirable bohemio no se había afeitado aún. Era alto, seco—de una sequedad quijotesca—y su ancha calva reluciente, su barba puntiaguda, su voz lenta, grave y profunda, y el reposo y señoril prestancia de sus actitudes, hacíanle respetable y atrayente. Era «un maravilloso» de la conversación. Dueño siempre de sí, entre sus labios lo trivial adquiría interés. Yo achaco buena parte del secreto de aquel amenísimo charlar a sus dientes postizos, pues por miedo a que se le cayesen hablaba despacio, y así tenía tiempo de elegir las palabras, articularlas bien y subrayar cada frase adecuadamente. Nosotros le llamábamos «el poeta de color castaña», por ser éste el matiz del desdichado «macferlán» que cierta tabernera de la calle del Tesoro le había regalado. Pero este remoquete no envolvía hacia Barrantes resquicio de desconsideración ni menosprecio, y él lo sabía y de su propia indumentaria graciosamente sacaba burla.

Al verle aparecer, hícele a Carretero un guiño; aquel hombre que desdeñaba a las mujeres, pero que hubiese sido capaz de subir al Etna por un vaso de vino, era «nuestro hombre». En un santiamén le explicamos el asunto:

—Se trata—dije—de darle a la hija de Manuel un padre: ¿quieres serlo tú?...

Barrantes, que, según costumbre, iba entre dos copas de Valdepeñas, tomó el asunto en serio. Con deliciosa amoralidad observó:

—Todo es cuestión de precio, sí, señor; todo es cuestión de precio, y os creo dispuestos a gratificar largamente el favor que solicitáis de mí.

Sí, compañeros míos... hermanos míos... hablemos... antes de que venga gente inoportuna...

Carretero llamó a Panchito, el ordenanza que teníamos, y le mandó traer dos reales de aceitunas negras y un frasco de vino. «El poeta de color castaña», escueto y fantasmal, se frotaba las manos.

—Sí, sí; muy bien—repetía—muy bien; dadme vino... el vino sagrado que prepara y arregla los negocios. El vino es para las almas lo que para los engranajes de las máquinas el aceite. ¡Dadme vino, hermanos!...

Después...

—Bueno; yo necesito saber primeramente de quién es la criatura... esa preciosa criatura que piensan ustedes adjudicarme, y a la que me parece que empiezo ya a querer. Porque si la niña tiene los ojos negros, es tuya, Carretero, porque los tuyos son negros como las moras... como las penas... Pero si la chiquilla los tiene verdes, entonces llámate a engaño... ¡porque es de éste!...

Me señalaba a mí. El hablar de su lengua, algo entorpecida por el alcohol, era insolente, sarcástico. Tales reticencias mortificaban a Carretero; él no quería declararse «oficialmente» padre de la niña, pero tampoco toleraba que su paternidad fuese discutida. Para ocultar su enojo, reía; pero reía a medias, reía «amarillo», como dicen los franceses. Hubo un momento en que creí que todo el negocio iba a echarse a perder. Con el vino, «el poeta de color castaña» volvíase machacón y pesado.

—No, no... porque no—insistía—; aquí hay gato encerrado, aquí huele a traición... ¡y no!... Yo debo, yo necesito, yo exijo... ¡eso es!... yo exijo saber de quién es la sangre de esa niña a quien

voy a dar mi apellido. Decidme, además, su nombre; ¿cómo va a llamarse?

—Pepita.

—¿Pepita?... ¡Está bien!... Me es igual. Pepita... ¡Qué mona!... Pepita... Pepita Barrantes... está bien... ¡Hola! pero aún no me habéis dicho el precio... la cantidad... que vais a darme por mi apellido y por mi silencio. ¡A ver, concretemos!... ¡Seamos prácticos!...

Nosotros le ofrecimos veintinco pesetas.

—¿Veinticinco pesetas?

Pedro Barrantes se indignó. Nuestras palabras le parecieron una bofetada al sentido común. Al principio su cólera no era real; luego, sí. ¿Pero habíamos perdido la conciencia? ¿Es que no sabíamos lo que vale un hijo?...

—¡Miserables!—repetía—; ¿vuestro corazón de padre no os dice nada?...

Mi generosidad terció en el debate; tuve «un gesto». Si Carretero daba veinticinco pesetas, yo daba otras veinticinco; total, cincuenta: diez duros.

—¿Eh?... Poeta... ¿qué te parece? Diez duros. ¡Eso ya es otra cosa!... ¿Verdad?

Efectivamente, Pedro Barrantes lo reconoció así; aquel aumento habíale desconcertado. Mentalmente, «el poeta de color castaña» reducía, sin duda, a vino, el dinero ofrecido. Era sencillo el cálculo: si una botella valía cuarenta céntimos, con cincuenta pesetas, ¿cuántas botellas podían comprarse?

—Bueno, de acuerdo—replicó—; ¿y qué tengo que hacer?

—¿Tú? Nada. Ir con nosotros a la iglesia, estarte callado y firmar donde te digan.

—Perfectamente. ¿Y el dinero?

—Lo recibirás apenas firmes.

—Conformes.

Sin perder momento, Carretero y yo salimos a la calle y nos encaminamos a la parroquia donde el bateo debía celebrarse. Eran las siete de la tarde. Llegamos a la vieja sacristía de paredes oscuras y resonantes. Un hombrecillo, como de cuarenta años, afeitado y de ojos solapados y astutos—ojos de lacayo—escribía detrás de una mesa. Tenía las manos delgadas, las cejas fuertes y el semblante pálido, de una palidez ascética, clásicamente española.

——Es usted el sacristán?

—Servidor de ustedes.

Rápidamente le expusimos la misión que allí nos llevaba. Se trataba de una «pequeña superchería»...; nosotros la calificamos así.

—Usted—dijimos para adularle—es un hombre de mundo, y por su profesión comprende mejor que nadie lo que son estas cosas.

Carretero continuó:

—Deseamos inscribir en el Registro de Nacimientos a una hija mía.

—¿Hija natural?

—Sí, señor. La madre asistirá al acto, pues la he prometido reconocer a la criatura; pero como no pienso hacerlo, necesito que usted me ayude a salir del compromiso poniendo, al consignar el nombre del padre, no mi nombre, sino el de un amigo mío. Yo figuraré como padrino.

Lo justo, lo hidalgo, es que el hombre de quien se solicitaba tan sucia tercería nos hubiese arrojado un tintero a la cabeza y hubiera llamado luego a los guardias. Pero no; ni una emoción, ni un guiño, estremecieron la palidez de su rostro aburrido. Se limitó a decir:

—¿Vendrá con ustedes la persona que reconoce a la niña?

—Sí, señor.

—Porque necesita firmar...

—Ya lo sé...

Sosegado, casi displicente, el sacristán requirió una pluma y una hoja de papel.

—Dígame usted los nombres—agregó—para que luego no haya confusiones.

Carretero y yo estábamos asombrados; la zancadilla que imaginábamos de una extraordinaria novedad, aquel hombre, con su cachaza, demostraba conocerla; lo que para nosotros era «estreno», era para él obra de «repertorio». Carretero empezó a dictar:

—Cuando usted pregunte: «¿Quién es el padre?», yo responderé: «Manuel Carretero»; pero usted escribirá «Pedro Barrantes». Luego, al decir usted: «¿Quién es el padrino?», yo contestaré «Pedro Barrantes», y usted pondrá «Manuel Carretero».

El sacristán tomó nota de todo. Después se levantó y, apoyándose con ambas manos sobre la mesa e inclinándose ligeramente hacia adelante, tuvo una sonrisa: una sonrisa de inferior, pedigüeña como una mano abierta.

—¿Ha comprendido usted bien?—insistió Carretero—. ¿Eh?... ¡Porque una equivocación sería horrible!

—No pase usted cuidado.

—Nosotros vendremos mañana por la tarde, de seis a siete...

—Cuando ustedes gusten; yo no me muevo de aquí.

Mientras Carretero le estrechaba la mano, yo dejé una moneda de cinco pesetas sobre la mesa.

El sacristán sonrió, miró el duro, me miró a mí; volvió a sonreir...

—Hasta mañana, señores...

El miserable, por veinte reales, se prestaba así, sin un gesto de rebelión, a cambiar el nombre, y con el nombre, el rumbo, todo el rumbo de una vida

Al siguiente día, a presencia de Pepita y de sus familiares, y con notable concurrencia de invitados, celebróse la farsa. La madre de Pepita, las hermanas de ésta y la madrina, hallábanse sentadas, como en adoración, alrededor de la recién nacida. Los hombres permanecían en pie. «El poeta de color castaña», ya un poco embriagado, mostraba la actitud reservada y austera del hombre que, a costa de un incalculable sacrificio, se decide a reparar una grave falta. Todas las figuras estaban en la penumbra, excepto el sacristán, ensotanado y amarillo, que se movía bajo la zona luminosa del quinqué puesto sobre la mesa.

Lenta, profunda, con no sé qué de definitivo, su voz interrogó:

—¡Nombre del padre!...

Pausa. ¡Ah! ¡Cómo el ingenuo corazón de Pepita latiría en aquellos momentos! Con paso seguro, Manuel se adelantó:

—El padre, Manuel Carretero.

Pepita vertía abundantes lágrimas de purísimo gozo; las mujeres la felicitaban, la abrazaban, la besuqeaban las mejillas.

—¿Ves, hija—decían—cómo al fin Dios sabe llevar a los hombres por el buen sendero?... Levántate, porque ahora te llamarán...

Volvió a oirse la voz sobria, levemente imperativa, del sacristán:

—¿Quién es el padrino?

Entre un ligero musiteo de sonrisas, digno, rígido, preocupado por el equilibirio de su cuerpo, el poeta avanzó.

—Pedro Barrantes—declaró, campanudo.

Su prosopopeya era triste, cómica, deliciosa, absurda. Y fué aquella niña, tasada en diez duros, la única hija que a Pedro Barrantes le dió la vida.

Llegó luego el momento de firmar. El sacristán, de pie, iba señalando con un índice de uña sucia y cuadrada el sitio donde los firmantes debían escribir.

—Usted, aquí—murmuraba.

Pedro Barrantes firmó en el lugar que correspondía a Manuel Carretero; Manuel Carretero dejó su firma donde debió poner la suya Pedro Barrantes, y la pícara suplantación quedó consumada. Luego... ¡a cenar todos!

¡Noche orgiástica!... Página memorable, página loca de juventud; página feliz de la mocedad desaprensiva, que hasta de lo más sagrado se burla: de la religión, de los hijos, de las pobres mujeres, siempre niñas, que cándidamente siguieron al trovero que de pasada enredó a sus ventanas una canción...

Todos los amigos, hermanos de entonces, han muerto: Félix Limendoux, Félix Méndez, Joaquín Segura, Alberto Lozano, Luis Falcato, Pepe Riquelme, Enrique López Marín, Arveras...

Murió Pepita; murió la niña.

Manuel Carretero y Pedro Barrantes también se marcharon.

De aquel bateo, por consiguiente, yo sólo puedo hablar; y el sacristán, tal vez... ¡si se acuerda!

EL «DIVINO» ALEJANDRO

...También, y recordando la singular teatralidad de sus gustos, acciones y palabras, solíamos llamarle Alejandro «el Magnífico» o «el Excelso».

Hablo de Alejandro Sawa...

El autor de «Noche», de «La mujer de todo el mundo», de «Iluminaciones en la sombra» y de otros libros notoriamente influenciados por el «naturalismo» entonces prepotente, fué un temperamento excepcional. Aunque exiguo y afeado de continuo por giros exóticos, su léxico había una inexplicable elegancia, una musicalidad enfática y sencilla a la vez, enteramente «suya»; adjetivaba de manera desconcertante, y todos sus personajes aparecían impregnados de solemnidad. En Sawa, lírico fastuoso y grandilocuente, «el hombre» avasallaba al escritor; comparados con él, sus novelas eran mezquinas migajitas caídas de la mesa del gran banquete bizantino de su alma inflamada, y he aquí por qué el recuerdo de su figura ha sobrevivido a la huella de su obra.

Ni aun en París, donde la «pose» sirvió de cimiento momentáneo a tantas reputaciones de bazar, conocí tipos capaces de emular al autor de «Carne de nobles» en egolatría, énfasis y prestancia. Este culto a sí mismo fué su personalidad. Ni la miseria, que le acosó implacable, ni tampoco la ceguera cruel de sus últimos años, abatieron su soberbia ni empañaron la eurítmia helénica de sus actitudes. Nació «gran señor», y hasta cuando solicitaba algo parecía mandar. Tenía el rostro y los ademanes tranquilos, y reposada y afectuosa la voz; en sus pies, aristocráticos por lo reducidos

y la nerviosidad de su andar, las viejas botas adquirían prestigios de coturno y aunque fuese vestido de andrajos, en toda ocasión su figura descollaba y resplandecía como la de un rey.

Era de vulgar estatura, erguido y bien proporcionado. Llevaba los cabellos, que fueron negrísimos y ondulados, a media melena y partidos en crenchas iguales, y el pálido rostro, de perfil judaico, enmarcado por una barba nazarena. Se parecía a Daudet. Y reafirmaba la expresión desdeñosa, más que altiva, de su hermosa cabeza meridional, la miopía que le afligió desde mozo y le obligaba a retreparse con orgulloso estiramiento ante sus interlocutores y a mirarles un poco de arriba a abajo. Entonado, ajeno a cuanto sucediese a su alrededor, superhombre y ecuánime, «el divino Alejandro» había sabido hacer de la humildad de la tierra un pedestal.

En París, donde vivió muchos años la bohemia artística de Montmartre y del barrio Latino, olvidó su hablar nativo—Sawa era andaluz—y regresó con un acento marcadamente exótico, que convertía las «erres» en «ges»; una enorme pipa, regalo de Verlanie; una corbata flotante, un recio bastón en forma de cayado y un perro magnífico. ¡Todo grande!... El perro, la corbata, el bastón y la pipa. Poseía aquel hombre como nadie el secreto de lo decorativo, la ciencia de «obtener efectos» y de dar proporciones ingentes a lo infinitesimal. La hipérbole le acompañaba, le envolvia radiosa, semejante a una luz cenital, y sus manos blancas, elocuentes y pulidas, en las que cada dedo representaba una elegancia, parecían jugar con lo Extraordinario. Los que no le conocían, al cruzarse con él en la calle, sentían la fuerza subyugadora de su personalidad y maquinalmente se

volvían para observarle. En el arte difícil de «llamar la atención» era un maestro, un príncipe, y él lo sabía y abusaba de ello.

Al entrar en un café, por ejemplo, aunque fuese aquel café a donde concurría a diario, «el divino Alejandro», en el instante de destacarse del vano de la puerta, solía dejar caer el bastón y escapar el perro. Con un gesto vago de ciego miraba a su alrededor, y sin moverse extendía una mano buscando su bastón, que siempre algún espectador compasivo se aceleraba a ofrecerle. Entonces gritaba con voz tonante al perro:

—«¡Viens içi!»...

El can, como si supiese lo que debía hacer, ladraba, brincaba, y sacudiendo ruidosamente su cadena acercábase a su amo. Al sentirle sumiso, Sawa repetía:

—«¡Viens içi!»...

Y, llevándole cogido por la carlanca, cruzaba despacio y triunfal el salón, bajo la mirada expectante del público.

*

* *

Una noche, Alberto Lozano, otros dos amigos y yo, nos tropezamos en el cruce de las calles del Pez y San Bernardo con Alejandro Sawa. Venía hacia nosotros pausado y señoril, cual haciendo de la desnuda acera un salón alfombrado, y muy tieso, entre su perro y el bastón que pendiente traía del antebrazo izquierdo. Las grandes alas chambergas de su sombrero negro, echado hacia atrás, mejoraban la autoridad de su melena, que los años irreverentes coomenzaban a platear, y sobre el amplio lazo de su corbata se dibujaba su

barba partida de rabí. Aquella corbata tremolante era todo el verbo frondoso del «divino Alejandro».

Al vernos manifestóse colmado de alegría; nos llamó «atenienses», dedicó un recuerdo rápido a las noches de su juventud, a su noches «de Pagís», como él decía, y con gentil vehemencia nos invitó a beber un trago de vino en «casa de Manolo». Aceptamos todos la oferta y penetramos en la taberna, situada a cortos pasos de allí, por este orden: primero el perro, después Sawa y luego nosotros. El establecimiento estaba vacío.

—Amigo Manuel—exclamó el novelista con aquella inflexión de voz «suyísima», en la que se confundían el ruego y la orden—, tendrá usted la bondad de servir vino a estos señores, todos ilustres sacerdotes del Arte, y de prestarme un duro.

La cara soñolienta del interpelado se anubló, encolerizáronsele las cejas y las mejillas se le acarminaron. Tardó en responder:

—Serviré las copas de vino—pudo decir—, pues no quiero desairar a nadie; pero esas cinco pesetas no se las doy a usted, don Alejandro, porque me debe usted muchas... ¡y de mí nadie abusa!...

Sus palabras resonaron violentas, insultantes, en el silencio de la tienda, y todos nos sentimos cohibidos. Unicamente Sawa, «el Excelso», pareció no oirlas. Vuelto orgullosamente de espaldas al mostrador y dueño absoluto de sí mismo, nos hablaba de «Víctor Hugooó» (ortografía suya).

—«Dose» años tenía yo—explicaba—cuando me «aserqué al dios», y todavía el recuerdo de su mirada fulgurante me hace temblar...

Manuel, entretanto, había sacado de un cajón un trozo de papel mugriento, escrito con lápiz, y leía:

—Aquí está la relación de lo que usted me debe. Hace tres meses le dí a usted un duro... luego, dos pesetas... Otra noche vino usted a cenar, con un amigo, y tampoco pagó. Los otros días me pidió usted diez pesetas, prometiendo devolvérmelas enseguida... ¡y hasta hoy!... ¡Eso no se hace!...

Alejandro «el Magnífico» prosiguió impávido, sordo, admirablemente inaccesible a las groserías de su enemigo.

—«Víctor Hugooó» me acarició los cabellos. «Que la «felisidad»—exclamó profético—deshoje sobre tu «cabesa lag grosas» fragantes del Amor y del Exito...» Y me besó en la frente. ¿Queréis creer que, no obstante ser yo un niño, desde aquel día y «paga» mejor conservar el beso «del dios», me negué en absoluto a lavarme la frente?... Hasta que luego supe que mi hermano Miguel, que vivía conmigo y es una vulgaridad—«¡pobresito!»—, me la limpiaba por las noches, cuando yo «dorgmía», con una esponja húmeda...

Nosotros reíamos. ¡Divino Sawa!... ¡Ah, qué libros imperecederos hubiese escrito de saber llevar a las cuartillas el hechizo triunfal de su conversación!...

De pronto el tabernero, que también le admiraba, debió de comprender el enorme desnivel mental que le separaba de su cliente, y tuvo vergüenza de su tacañería y plebeyez, por cuanto declaró de súbito:

—Bueno, don Alejandro, no hablemos más; tome usted sus cinco pesetas... pues ni con ellas ni sin ellas he de salir de pobre.

Entonces, reposado y cortés «el Magnífico», volvióse hacia Manolo, y presentándole por encima del mostrador la palma de su diestra, suave y

blanca, dejó caer estas palabras, dignas de un griego del siglo de Pericles:

—Pues si al fin y al cabo había de darme usted el duro, señor tabernero, ¿por qué no dármelo con una «songrisa»?...

*

* *

Alejandro Sawa murió ciego y miserable en un cuarto de la calle del Conde Duque. Empero hasta el postrer instante, su espíritu superior, su elegancia y las gracias de su conversación, le acompañaron.

Cuando algunos amigos iban a visitarle, él se adelataba a recibirles, golpeando el solado desnudo con su bastón, y majestuosamente, poniendo siempre algo de maestro en el ademán, les acogía entre sus brazos. Hacíase leer los periódicos y hablaba férvidamente de «Paagís», cuyo recuerdo brillaba en su alma como un foco de luz.

—Ahora—decía—les enseñaré a ustedes mi Museo.

Adornaban las paredes de la estancia un pequeño retrato de Víctor Hugo, un autógrafo de Verlaine, metido en un marco; una pipa que fué de Moréas...

Las manos delgadas de Sawa palpaban el muro buscando aquellos recuerdos.

—¡Esta es la efigie «del dios»!...—exclamaba, conmovido—; esta es la letra del «pobre Lelián»...—y devotamente cogía los cuadritos y los besaba.

Murió Sawa «en belleza», sin una contracción en el hermoso semblante, sin una frase torpe ni un gesto feo. Dentro del ataúd, colocado en el

suelo y a la luz de los cirios, parecía una estatua.

Detalle calofriante:

Un clavo, mal puesto, de la caja, le había arañado una sien, y de la herida salió un hilito de sangre, que cuajó en seguida.

Ese clavo, sobre el que apoyaste tu frente para dormir el último sueño—¡infeliz hermano!—es el símbolo despiadado de tu historia triste.

LA EXTRAORDINARIA MUERTE DE ALBERTO LOZANO

En la calle de las Minas, esquina a la del Tesoro, hubo cierta taberna donde todo un invierno, cotidianamente, los poetas Pedro Barrantes y Alberto Lozano se reunían a beber vino de Valdepeñas. A las seis de la tarde llegaban cada cual por un rumbo y con andar inseguro casi siempre; y transcurridas dos horas salían trabados del brazo, apoyádose fraternalmente el uno en el otro, maquinal y vacilante el paso y medio apagadas las claridades del espíritu, a la husma de una colación que no todas las noches se dejaba alcanzar.

La propietaria del establecimiento se llamaba Agustina: los años la habían embarnecido armoniosamente, y el mirar experto de sus hermosos ojos negros, las coqueterías de su tocado, el pulimento de sus manos, sus trajes y los muchos dijes y brazaletes que tintineaban sobre la apetecible blancura de sus antebrazos, hablaban en ella de un pasado galante. Era de cortas palabras, sin embargo, y trataba a su humilde clientela con rigu-

rosa seriedad, lo que añadido a otros indicios, daba a comprender que el corazón de la rolliza tabernera estaba alquilado.

Por razones económicas Agustina encendía las luces de su comercio muy tarde, y en aquel local umbroso, circundado por un alto friso de madera de color caoba, el crepúsculo agonizaba interminablemente. Poco a poco se desvanecían los contornos de los veladores y de la estantería, cargada de botellas, y a la débil claridad callejera, que tamizaban las cortinillas rojas del escaparate y de la puerta, el zinc del mostrador fulgía en la oscuridad siniestramente, tal que la hoja ensangrentada de un cuchillo.

Sentados en un rincón y ante una mesa donde campaba, semejante a un minarete, una botella medio vacía, Lozano y Barrantes platicaban. Eran ambos de pobrísimas carnes y de muy aventajada estatura, y sobre el zócalo tenebroso sus semblantes descoloridos y sus manos descarnadas tenían al moverse una emoción de aguafuerte. Sus voces resonaban con elocuencia monótona en el silencioso local, y Agustina les atendía, distraída y risueña, los codos apoyados en el reborde del mostrador. Pedro Barrantes era más alto y diez años mayor que su camarada; iba completamente rasurado y tenía la tez morena y el cráneo anguloso, calvo y enérgico. Alberto Lozano, alfeñicado, encorvado, con el rostro seco y las orejas transparentes, llegaba al último grado de la tuberculosis. Vestía un gabán, harto usado, de color claro, y cubría sus cabellos rubios un chambergo negro de amplias alas. Un bigote dorado y frondoso le cortaba el semblante, blanco y muy distinguido. Parecía un D'Artagnan joven.

Todas las tardes, al principio, los dos poetas dis-

creteaban afectuosamente. Luego las libaciones producían en ellos efectos opuestos. Barrantes, tan ecuánime siempre, se exaltaba, complacíase en torturar a Lozano explayando ante su apocado espíritu visiones espeluznantes, y su voz solemne vibraba honda, conminadora y profética. Un deseo cruel de «hacer daño» le enardecía; Lozano trataba de resistir, pretendía hablar, tosía, manchaba de sangre su pañuelo y al cabo sus ojos azules se arrasaban en llanto. Con complacencia insana el autor de «Delirium trémens» mofábase cáusticamente de la gloria y de la vida, y anunciaba a su camarada su próximo fin. Como víboras los vaticinios más horripilantes se retorcían venenosos sobre sus labios delgados, renegridos por el humo y el alcohol. Pálido, el mirar errático, Barrantes dejaba caer en el local tenebroso, ecóico y mudo, palabras terribles.

—Pronto finarás tu vida, miserable Lozano—decía—, y el rumor de tus pasos desfallecerá en el eterno silencio. ¡Nadie te llorará, infeliz, y la tierra fría, al mismo tiempo que tu carroña, cubrirá tu nombre de olvido!...

Estas frases, enunciadas apausadamente, parecían flotar en el aire.

La voz empavorecida y débil de Lozano replicaba, balbuciente:

—Tú también morirás, Pedro... y el desdén de todos caminará invisible detrás de tu cadáver...

—¡Ciertamente—rugía entonces apocalíptico su interlocutor—; pero yo no soy como tú! A mí la gloria no me interesa, y a ti, sí. Eres tan mentecato, que te preocupa lo que de tu grotesca insignificancia pueda decir el prójimo. Y lo más gracioso... ¡ja... ja... ja!...—continuaba riendo sardónico—es que el mundo nunca se ocupó de ti... ni

siquiera sabe que vives. ¡Coplero vil... cerebro orgulloso y vacío!... ¿A título de qué pretendes escalar las cumbres de diamante del Triunfo?

Alberto Lozano no contestaba; se lo impedía el dolor con que, sabiamente, Barrantes iba oprimiéndole la garganta; sus párpados aún estaban secos, pero las lágrimas agolpadas tras ellos los enrojecía, y bajo el bigote mosquetero, románticamente altivo sobre las arruinadas mejillas, el labio inferior pendía mustio, blanco...

El hablar lento, inclemente y cavernoso de Barrantes proseguía, empavorecedor:

—Yo soy fuerte porque la celebridad no me interesa; la desprecio. ¿Ves?... Yo escupo sobre ella—y escupía, soberbio y teatral.—Pero tú, no... ¡pobre reptil!... y esclavo misérrimo, te prosternas ante la gran liviana y besas sus pies. Te odio, Alberto Lozano... o, mejor dicho, te desprecio con asco profundo—agregaba, descargando en la mesa una palmada resonante y ahuecando el robusto vozarrón flagelador—, y ganas me dan de escupir sobre tu cabeza también; porque eres cobarde... porque no tienes alma... y cuanto parece vivir en ti está podrido ya.

Acobardada, desmoralizada, la víctima de aquellas cóleras inocentes y repentinas, suplicaba:

—Pedro... calla, Pedro... ¿Por qué me atormentas así?

—¡Bebe, mujerzuela!—ordenaba Barrantes dándole el ejemplo—; no te defiendas contra el vicio que roe tus entrañas y te lleva, como de la mano, hacia el estercolero común donde Rafael Delorme, Alfonso Tovar y tantos otros hermanos nos esperan. Los gusanos que les devoraron nos aguardan también a ti y a mí. ¡Pronto te picarán en los ojos... y los sentirás correr por tu piel...

y bullir en tu vientre, moviendo las colitas, así... así!...

Ya borracho y poseído de una absurda necrofilia, Barrantes reía, mientras Lozano, vencido, se echaba a llorar.

—¿Lloras, menguado?—continuaba aquél—. ¿Y por qué?... ¡Morir!... ¡Bueno!... ¿Qué te asombra, qué te asusta?... ¿Hay nada más natural que morir?... ¡Bebe, imbécil!... Busca en la ruin escoria de tu corazón un poco de dignidad, y brinda conmigo... ¡Levanta tu vaso!... Brindemos, Alberto, por la fosa común; tengo ansia de ella; yo la quiero, la deseo, como pudiera desear a una mujer. La fosa anónima adonde tú irás antes que yo, es el lecho seguro de los que nunca tuvimos lecho; el refugio cierto de los malditos expulsados de todas partes por la miseria...

Lozano, automáticamente, se llevaba su vaso a los labios, lloraba, tosía, y el vino, a juzgar por los visajes que hacía al tragarlo, debía de saberle a hieles.

A veces, Agustina interrumpía el fúnebre diálogo, horrorizada:

—¡Calle usted ya, don Pedro!... ¡No haga usted sufrir más a su amigo!...

—¡Es malo, señora—gemía Lozano llevándose su pañuelo a los ojos—; este hombre es malo!...

Pero don Pedro replicaba, inflexible y campanudo:

—No se apiade usted de él, señora Agustina; déjele usted llorar... Esas lágrimas que ahora vierte serán las únicas... ¡las únicas!... que han de caer sobre el silencio de su fosa.

Después, humanizado repentinamente, Pedro Barrantes decía a su amigo algunas frases de consuelo, Lozano enjugaba sus lágrimas, y cogidos

del brazo, para sostenerse mutuamente, a la vez bufos y trágicos, se marchaban los dos.

*
* *

Una tarde Barrantes llegó a la taberna de Agustina preguntando por Lozano.

—No ha venido—le respondieron.

—¡Es extraño!—exclamó el poeta con aire reflexivo—; dos días hace que no le veo. ¿Dónde puede esconderse?... ¡Es muy extraño!

Barrantes echaba de menos a su víctima.

—Acaso huya de usted. Como le hace usted pasar tan malos ratos...

—No, no es eso—afirmó don Pedro—; a él le gusta que yo le mortifique; se ha acostumbrado.

Pidió una botella de vino, y sin prisa, como quien espera, comenzó a beber. A intervalos, desde la oscuridad que le envolvía, se le oía murmurar:

—¿Dónde andará ese desgraciado?

Aquella noche Pedro Barrantes se emborrachó solo.

Al siguiente día sucedió lo mismo; y al otro... Agustina y don Pedro se miraban consternados; nunca hubieran creído que el lugar que Lozano ocupaba en la taberna fuese tan grande.

—Debe de estar enfermo—declaró ella.

—Tal vez—replicó Barrantes—, porque yo fuí ayer a su casa de huéspedes, y la patrona me dijo que ya no habitaba allí; por falta de pago le había despedido...

Transcurrieron dos días más, y Barrantes soñó que Alberto Lozano había muerto. Los detalles de lugar y de hora que daban verosimilitud a su pe-

sadilla, y que recordaba clarísimamente al despertar, le emocionaron hasta sugestionarle. Este sueño, minucioso y preciso como una realidad, ocupaba su espíritu y, arrepentido quizás de sus crueldades para con Lozano, no hablaba de otra cosa.

—Soñé—me decía—que Alberto Lozano caminaba solo por la calle de Alcalá. Veo, como ahora te veo a ti, su silueta flaca, de hombros enfermos; su gabancillo de color claro, su sombrero negro, de alas caídas; y también me figuro oir el andar suave, tímido, de sus pies.' Era de noche y hacía un frío intenso; debía de helar. El reloj de La Equitativa señalaba las dos. Cerca de la esquina de Fornos Lozano saludó a un señor, desconocido para mí. Alberto, que tosía y estaba palidísimo, le dijo: «Estoy muriéndome; no he cenado y no tengo dónde dormir». El otro contestó: «Vámonos a comer.» Aquel individuo, de facciones borrosas y enlutado, no parecía de este mundo y me causaba miedo. Caminaron los dos, ya sin hablar, por la calle de Sevilla, y entraron en la de la Cruz. Pasada la de Espoz y Mina subintraron en una taberna, tomaron asiento ante un velador y pidieron dos copas de aguardiente. Apenas bebió la suya, Lozano, con ambas manos se tapó los ojos, cual si la luz le molestase; un instante permaneció así. Luego sus codos resbalaron sobre la mesa, y sin un quejido cayó de bruces, muerto...

El relato de Barrantes—que hablaba y accionaba muy bien—nos calofriaba, y para aliviarle de su obsesión todos le prometiamos «buscar a Lozano», que sin duda estaba enfermo.

Un día Pedro Barrantes, que gustaba de lanzar noticias sensacionales y truculentas, dió por reales y sucedidas todas las peripecias de su ensue-

ño a Miguel Sawa, redactor a la sazón de «El País». Miguel Sawa, estupefacto y asustado, publicó la noticia, dedicando a la desaparición del poeta malogrado un bello artículo.

Semanas después Sawa y Alberto Lozano se encontraban en la Puerta del Sol. El asombro del primero fué indescriptible. Los dos se abrazaron.

—¡Barrantes me aseguró que habías muerto!—exclamó Sawa—, y, a propósito de ti, despidiéndote, escribí una crónica. ¡Perdóname!...

Refirióle el sueño de Barrantes, y Lozano rompió a llorar.

—¡Pedro es un criminal!—balbucía—; ¡Pedro quiere verme enterrado!... Cuando yo acabe, di que él fué mi asesino...

Esta emoción, ¿agravaría la dolencia letal del poeta?... ¿No le sugestionaría, no gravitaría sobre su mezquina voluntad, como una orden?

*

* *

Aquel mismo invierno, una noche, a las dos —la hora de agorería en que cantan los gallos—, Alberto Lozano, a quien la fiebre infundía energías, las manos en los bolsillos del endeble gabán, el sombrero derribado sobre una oreja, los azules ojos brillando como brasas en el cérico livor del semblante, paseaba su desamparo por la calle de Alcalá. Frente a Fornos saludó a un amigo, vestido de negro como aquel misterioso personaje que encargó a Mozart una misa de «Réquiem»...

—Estoy muriéndome—confesó Lozano—; apenas puedo sostenerme de pie; no me he desayunado aún y no tengo dónde dormir.

El otro repuso:

—Vámonos a cenar...

Por la rúa de Sevilla enderezaron sus pasos hacia la de la Cruz; y fué allí, ante el velador de una taberna—de la misma taberna que soñó Pedro Barrantes—, donde Alberto Lozano cayó muerto.

EL DRAMA DE LA CALLE DE MESONERO ROMANOS

Con su pavimento de empedradillo y sus aceras estrechísimas, fué la calle del Carbón, que luego había de titularse de Mesonero Romanos, una vía típica del viejo Madrid, retorcida, pendiente, fétida, bullanguera y chulona. La sombreaban fachadas de cuatro y cinco pisos, la emplebeyecían las ropas íntimas puestas a secar en las ventanas y el platicar de las vecinas de balcón a balcón, y las garrulerías de los pianillos de manubrio la llenaban de ruido. Abundaban las tabernas, los talleres de planchado, los «salones de peinar», las casas de huéspedes, las casas de malvivir, las de préstamos... que también son casas de malvivir... las ropavejerías y las librerías de lance.

Allí, en una casuca saliente, angulosa y como abollada, que arrasó ya la piqueta municipal, tenía su abrigo el editor Gregorio Pueyo.

Era un tabuco sórdido, oscuro y tan bajo de techo, que sus visitantes insinuaban instintivamente el ademán de humillar la cabeza. Por todas partes había libros, y los volúmenes, vestidos de polvo, que no hubieron colocación en los plúteos de las estanterías, se apilaban en el suelo. Un mostra-

dor, especie de trinchera o de fielato, respaldado por un tabique de tablas, dividía en dos partes el local. Al fondo, tras una mesa, se encastillaba Gregorio Pueyo. En la inmediata a la calle campaba Ramón, su cuñado.

Estos dos hombres, unidos por vínculos de parentesco y de profesión, repetían la leyenda de «Marta y María»; a Pueyo, que en sus lejanas mocedades fué un poco poeta, le gustaban el café y la música; bajo su duro caparazón de editor escondía un alma lírica, accesible al dolor; y cuando algún muchacho, aprendiz de escritor y necesitado, le ofrecía unos versos, Pueyo se los compraba por cinco pesetas, o por diez... que nunca su generosidad se atrevió a ir más lejos. En cambio, Ramón—bien lo sabíamos todos—era refractario al enternecimiento; en su corazón sin poros no se filtraba la piedad. Taciturno, callado, las cejas fruncidas, Ramón poseía el don de adivinar a cuantos iban a su tienda a buscar dinero, y les cerraba el paso con una firmeza de mastín. No conocía la sonrisa ni la evasiva dulce; no hablaba, mordía; era seco, duro; a conocerle Ovidio, le hubiese convertido en roca.

Gregorio Pueyo era el corresponsal, en Madrid, de Ramón Sopena, mi editor, cuyo apellido parecía aludir graciosamente a la condenación o fatiga que sobre mí pesaba escribiendo para él.

Cierto día de absoluto desamparo, hermano gemelo de otros muchos—de las cosas malas el Destino hizo siempre grandes ediciones—, mi editor me escribió notificándome que Pueyo tenía orden de entregarme cincuenta pesetas.

Esta buena noticia la recibí en presencia del ya muy olvidado poeta Pedro Barrantes, mi camarada fraternal—de quien tanto se habla en este

libro—y apenas tuvimos de ella conocimiento nos dirigimos ambos a la tienda de Pueyo. Llevábamos el andar ágil y el espíritu en fiesta. Cenaríamos bien, beberíamos proporcionadamente, y luego...

Alto, flaco, perdido en las amplitudes de su «macferland», con algo de espantapájaros en su alaciada y larguísima traza, Barrantes, que en su devoción al vino y al aguardiente llegaba al misticismo, repetía a mi lado con voz trémula y fervorosa:

—Sí, cenaremos, desgraciado; cenaremos y después libaremos; para esto último, sobre todo, me tienes completamente a tu disposición. ¡Sí—proseguía como en un monólogo aquel hombre entretenidísimo, campanudo y funambulesco—, libaremos!... Yo, al menos, trasegaré hasta caer. El vino es el único hermano que no traiciona, que no nos estafa; el único amigo que siempre está con nosotros...

Llegamos a la librería, donde, parapetado tras el mostrador, Ramón nos recibió.

—¿Está Pueyo?

—Se ha marchado a almorzar.

—¿Qué tardará en volver?

—Un par de horas.

Expuse al cancerbero mi deseo de cobrar en seguida las cincuenta pesetas que su cuñado tenía para mí; le mostré la carta de Sopena...

—Eso—replicó con su hostilidad característica—se lo cuenta usted a Gregorio; yo nada sé.

Nos fuimos; Barrantes iba contento.

—No te enfades—decía—, porque lo importante es que haya dinero para nosotros. Esperar... ¿qué importa esperar?... En el caso presente de-

clararé que la espera me complace, pues cuanto más larga sea, mayor será luego la sed...

A media tarde volvimos a la librería. Ramón estaba solo.

—Gregorio acaba de irse.

Habló con cierta jovialidad; parecía regocijarle nuestra mala fortuna.

—¿Cuándo podré verle?...

Se encogió de hombros.

—Usted no sabe aproximadamente...

Hizo con la cabeza otro gesto desasido. Reposado y ceremonioso Pedro Barrantes intervino, y en la covacha lóbrega sus palabras lentas, precisas, perfectamente articuladas, resonaron llenas de buen sentido:

—No creo que la presencia de Pueyo sea indispensable; informado el señor Ramón de las cincuenta pesetas que su cuñado te adeuda, no tendrá inconveniente en adelantarnos, a cuenta, un par de duros.

—Yo nada doy—interrumpió Ramón con una sequedad que le agravó a Barrantes la sed—; yo en esos asuntos no intervengo. Entiéndanse ustedes con Gregorio.

¿Qué hacer sino rendirse?... Aquel hombre era lo inexorable, el arrecife contra el cual la nave se estrella...

Anochecido reaparecimos.

—¿Y Pueyo?...

—A poco de irse ustedes vino a recoger unas cartas que dejó olvidadas, y se fué corriendo.

—¿Cree usted que debemos esperarle?

—Sería inútil, porque seguramente ya no volverá.

—Hasta mañana, entonces...

Al siguiente día ocurrió lo mismo; y al otro

también... y al otro... Gregorio Pueyo era inhallable; unas veces llegábamos a su casa minutos después de él marcharse, y otras, apenas no habíamos ido, aparecía él. Sin intención jugábamos al escondite. Ya, perdida la esperanza de alcanzarle, preguntábamos desde la puerta:

—¿Ha venido?

No queríamos molestarnos en pasar del dintel; y la respuesta de Ramón era siempre la misma:

—No ha venido.

Y añadía con una satisfacción que su rudeza no intentaba disimular.

—¿Qué quieren ustedes que yo haga?...

Dicho esto tornaba a su mutismo, cerraba los labios, adormecía los ojos y bajo su frente estrecha su rostro se apagaba. Yo, a no ser por respeto a la Guardia Civil, le hubiese machacado el cráneo con un martillo. Pedro Barrantes, a pesar de su flema, llegó a comprender mi cólera, y convenimos en que ver a Ramón era mucho más desagradable que no ver a Pueyo. Llegamos a sentir la inquietud de lo sobrenatural que suele atormentar a los jugadores desafortunados; indudablemente a nuestro alrededor se cernía una «jettatura». Para evitarla suspendimos nuestro acoso durante cuarenta y ocho horas, y al reanudarlo volvimos a fracasar. ¿Qué significaba esto?...

Transcurrió una semana.

—Ese dinero—empezó a decir Barrantes, que era un poquito supersticioso—envuelve un maleficio; ese dinero te traerá la desgracia. Acaso sirva para enterrarte. ¿No lo sientes, infeliz? Tú lo persigues y creeríase que tu ángel bueno te salva arrancándotelo de las manos. ¿Ves cuán grande es nuestra necesidad?... Pues, sin embrgo, yo, en tu lugar, renunciaba a él.

Una tarde, tibia, azul, vestida de sol; una tarde dominguera que debía de ser de abril o de mayo, porque había toros, Barrantes y yo, ambulando distraídos de unas calles en otras llegamos a la de Mesonero Romanos. Lo que nuestra voluntad no hizo lo hicieron los pies, dóciles al imperio de la costumbre.

Al pasar ante la librería nos asombró y regocijó ver la puerta entornada. ¿Era posible? ¿No mentían nuestros ojos?... Nuestros corazones empezaron a latir con el presentimiento de que no era Ramón, sino su cuñado, quien estaba allí.

Acerqué un ojo investigador a la rendija abierta entre los batientes mal cerrados, y ví luz, a la vez que por la nariz se me entraba una tufarada a humedad y a papel viejo.

—¡Pueyo!—grité.

—¡Adelante!—respondió su voz desde las profundidades del tabuco.

Avanzamos en la penumbra, guiados por la claridad de la lámpara que iluminaba la vieja mesa, cubierta de papeles, desde donde Pueyo—buen timonel—dirigía los destinos de su casa.

—Sé por Ramón—dijo—que ha venido usted a buscarme varias veces. Siento mucho haberle molestado. Aquí, desde hace días, tengo cincuenta pesetas para usted.

Me las dió en un billete. Gregorio Pueyo estaba de risueño humor; yo, que le conocía bien, lo comprendí en seguida, y mi contento halló estímulo en el suyo.

—¿Iba usted a salir?—indagué.

—En este momento.

—Pues les invito a usted y «al poeta»—a Pedro Barrantes siempre le llamábamos así—a tomar un bocadillo.

Trató Pueyo de eludir la proposición; tenía que hacer; pero insistimos nosotros y él cedió.

Muy alegres entramos los tres en una taberna de cierta distinción, situada frente a la librería, y que acababan de tomar en traspaso dos mozas de esas, tan caritativas, que no tienen nada que no sea de todos. Ante el mostrador de zinc y en pie, para entretenernos menos, comimos algo y trasegamos algunos sorbos de «Montilla». Las dueñas no estaban; se habían ido a los toros. Llegado que fué el momento de pagar, entregué con cierta fatuidad mi billete de cincuenta pesetas al muchacho que nos había servido. El chiquillo—debo llamarle así, pues no tendría más de catorce años—abrió, con un gesto rápido, el cajón del dinero y hundió en él las manos.

—No tengo cambio—dijo—; lo cambiaré ahí, en la esquina...

Cogió su gorra y escapó. Como un conejo de su madriguera, así salió de detrás del mostrador; y yo, en aquel instante, tuve la visión neta de que no volvería. Me lo dijeron su misma diligencia y, más aún, el detalle de haber recogido su gorra.

Efectivamente, el muchacho no volvió.

Por la noche, Barrantes y yo nos avistamos con las propietarias del establecimiento, que para enternecernos se echaron a llorar y prometieron pagarnos en vino—pues no tenían dinero—los diez duros que su dependiente nos había robado.

—Creo que debemos aceptar la oferta que nos hacen—me decía Pedro Barrantes, a quien «el cambio» le parecía muy bien.

Así, con esta pirueta irónica, terminó el drama de la calle de Mesonero Romanos.

GREGORIO PUEYO

Nada o casi nada dijeron los periódicos de la muerte de este hombre feo, honrado y pintoresco. Hicieron mal. Gregorio Pueyo llegó a tener una significación y a defender un puesto dentro de la pequeña vida editorial de su época. Además, era bueno. Repase cada cual su memoria, su conciencia. ¿Quién de nosotros no le debía dinero?... ¡Oh, muy poco, ya lo sé!... Pero, repito: ¿quién no le debía algo?... Y no cabe negar que para ser acreedor de tantos hubo de sufrir en su vida muchos momentos de filantrópica debilidad, de confianza y de emoción.

Recién venido a Madrid de tierras de Aragón, Gregorio Pueyo vendía fotografías picantes y libros festivos por los bullangueros cafés de entonces: el Imperial, el Continental, el Siglo... La literatura de Paul de Koch, *El oráculo de Napoleón* y *La rueda de la Fortuna* le permitieron atender a sus necesidades y poco a poco ir disponiendo los cimientos de su hacienda futura. Después ocupó una tiendecilla en la calle de las Veneras, y como sus negocios continuasen medrando rápidamente, pronto se trasladó a la calle de Mesonero Romanos, donde al cabo la Fría, antes de tiempo, fué a visitarle.

Esta librería oscura, húmeda, triste, asotanada, con la sordidez de aquellas ropavejerías que tanto gustaban a Balzac; ese antro abarrotado de volúmenes polvorientos por donde dos generaciones de literatos han pasado maldiciendo unas veces, riendo otras, era como florido mirador desde el cual su dueño, en sus escasos ratos de hol-

ganza, se asomaba gozosamente a registrar el porvenir; aquella cueva fétida—hoy desaparecida—era su jardín de Armida, su balcón de Verona...

—Cuando yo salga de aquí—decía—será para establecerme en la Puerta del Sol.

Sus ambiciones se detenían allí. Aquella Puerta del Sol por donde tanto había andado, cargado de libros, en sus años amargos de miseria, era para su espíritu sencillo un Arco de Triunfo. ¡Tener en la Puerta del Sol una librería con un escaparate lleno de tomos nuevecitos, resguardados por un cristal bien limpio... y morirse en seguida! No aspiraba a más. Por eso, sin quitar su tiendecita de la calle de Mesonero Romanos, pero llevado del ambicioso deseo de ir aproximándose al ideal, abrió hace años otra librería en la calle del Carmen.

Esta aventura romántica le costó bastante dinero: el alquiler del local era muy crecido, la venta escasa, el público pasaba de largo ante el nuevo comercio como disgustado de su aspecto mezquino y ramplón; diríase que el perfil de Pueyo desentonaba allí, porque había para su figura descuidada y para sus trajes, siempre empolvados por el trasiego de los libros viejos, demasiada luz.

Y Gregorio Pueyo recogió sus tomos, sus periódicos, sus entregas catalanas de portadas estridentes, desarmó sus estantes y humildoso volvió a la lobreguez de su antigua covacha. Había nacido quizás para vivir y morir allí, como así fué. El alma de Pueyo y la expresión de la calle de Mesonero Romanos eran análogas, se completaban, se parecían. La calle nerviosa, umbría, maleante, aventurera, sembrada de recodos y de sorpresas, con sus tabernas, sus talleres de plan-

chado, sus salones de peinar, sus hospederías y sus mujerzuelas, hecha parecía para que Gregorio Pueyo la habitase. Pocas veces el sujeto y el ambiente se acoplaron tan a maravilla: la calle era y sigue siendo como fué el hombre: pintoresca, sinuosa, oscura y simpática.

He dicho que Pueyo era feo. ¿Verdad, vosotros, que le conocísteis? Aquel cuerpo inclinado y como hundido hacia adelante; aquella frente estrecha, partida por una profundísima arruga horizontal; aquella cabeza pequeña, de cabellos grises cortados al rape, y custodiada por dos orejas delgadas, transparentes y muy separadas del cráneo; aquella nariz, larga, gruesa, llena de instintos comerciales, caída sobre el bigote áspero, de guías desmayadas y tupidas; y los ojillos dulces y astutos, y las mejillas terrosas, y los hombros lánguidos, y aquellos brazos simiescos, colgantes y largos, ¡muy largos!, como prolongados por el peso de los libros que un día y otro, cuando jóvenes, llevaron de café en café...

También he escrito que Pueyo era bueno.

Pero la bondad producíase en él irregularmente; era una cualidad intermitente que, como ciertas calenturas, se presentaba a horas fijas: un ratito por las tardes, en el café del Callao, mientras oía cantar un gramófono; y también por las noches, siempre bajo el sortilegio amansador de la música. La bohemia literaria, desarrapada, ocurrente y graciosa, que aprovechaba estos instantes para pedirle dinero, no era quien, con donaires, triunfaba de él: eran Titta Ruffo y Anselmi, era la Storchio, los que le vencían y obligaban al gesto de la caridad. Pueyo llevaba un poeta bajo su sombrero hongo; aquel inolvidable sombrero hongo, cubierto de polvo, con el cual

golpeaba furiosamente su mesa de trabajo cuando algún negocio le salía mal. La música le humanizaba, le evangelizaba y ponía en su corazón la santa flaqueza de la piedad. El primer disco lo escuchaba impasible, el sombrero metido hasta las orejas y sobre la nuca, la nariz colgante, como olfateándose el bigote, mientras revolvía lentamente el azúcar en su vaso de café. El segundo disco dulzuraba su rostro y extendía por sus pupilas un brillo de emoción. Los recuerdos vitandos de la librería, la obsesión de la imprenta que no cumple o del corresponsal que no paga o de las letras que le presentarán a fines de mes, huían ahuyentados por la música: el arte era más fuerte que los números; Bizet, Verdi, Puccini... vencían al dolor. Los ojuelos entornados, el hirsuto bigote mojado en café, Gregorio Pueyo seguía palpitante los dramas que arrasaron las vidas trágicas de «Carmen», de «Traviata» y de «Mimí». Al tercer disco, aquel hombre feo y excelente estaba vencido; quien apelase a su generosidad en tan noble momento psicológico, sería socorrido. Por obra milagrosa del arte, el Pueyo amigo había matado al Pueyo editor.

Este acoso de que la bohemia literaria le hacía objeto, a la vez que desesperaba a Pueyo, producíale un regocijo íntimo y selecto. Había leído a Mürger y el papel de Mecenas le halagaba. Su satisfacción provenía, en parte, de su orgullo. Gregorio Pueyo era vanidoso y pensaba en la posteridad; entre aquellos autores jóvenes habría algunos de verdadero talento que, más adelante, citándole en sus escritos, le hiciesen inmortal.

Sólo así se comprende la hospitalidad que nos dispensaba, su paciencia para no incomodarse si

le engañábamos, y también aquel buen juicio con que, a veces, se dejaba engañar.

Manuel Machado, Francisco Villaespesa, que aún no conocía las sabrosas mieles de los éxitos teatrales; Emilio Carrere, Julio Camba, Eduardo Barriobero, Ortiz de Pinedo, el peruano Felipe Sassone y otros muchos, no habrán olvidado la trastienda de aquella librería donde a última hora de la tarde nos reuníamos, unos a pasar el rato y otros a llevarse libros.

Las voces de los discutidores se ahogaban bajo el techo sórdido, contra las paredes cubiertas de volúmenes, en los ángulos donde los restos de ediciones invendibles, polvorientas y ratonadas, y los montones de periódicos viejos, se hacinaban manchados por la humedad y el descuido. Gregorio Pueyo, sentado ante su mesa, siempre sucia de ceniza y cubierta de papeles, la frente pensativa, el enorme sombrero hongo metido hasta el cogote, presidía la tertulia, pero ajeno a la conversación y perdido en la absorbente madeja de su negocio.

Terribles polémicas se entablaban: éste sostenía que Moreto era más grande que Calderón; aquél negaba y cada cita, cada argumento, iban subrayados por un puñetazo descargado sobre un montón de libros, y cada golpe equivalía a un tomo que disimuladamente pasaba a los bolsillos del orador. La vehemencia y duración de las discusiones sostenidas en pie, entre el humo denso de los cigarrillos, podía medirse por los libros escamoteados. Después se iban todos, y lo hurtado se vendía a otros libreros, o al mismo Pueyo, quien nunca sospechó que aquellas obras que iban a proponerle acababan de salir de su casa.

Otra de sus debilidades consistía en dar con-

sejos. Este prurito le pacificaba, le enternecía; era para él una especie de música. Siempre decía lo mismo: debíamos ser trabajadores, previsores, metódicos... De aquí su afición a conocer nuestras necesidades.

Una tarde, «Dorio de Gádex» fué a pedirle dos pesetas para comprarse un sombrero de paja. Pueyo se negó a dárselas; «Dorio de Gádex» debía mucho a la casa. Pero «Dorio de Gádex», gaitero y gracioso, insistió: su sombrero estaba impresentable y necesitaba ser sustituído. ¿Qué diría el público de un editor cuyos autores llevaban un sombrero así?... Pueyo empezó a batirse en retirada.

—Pero... ¿de veras desea usted comprarse un sombrero?

—¡Naturalmente! ¿Quiere usted convencerse? Acompáñeme usted a la sombrerería. ¡Sí, hombre!... Iremos ahí cerquita, a la calle de Preciados...

—¿No se gastará usted el dinero en vino?

«Dorio de Gádex» adoptó un aire ofendido.

—Gregorio, por Dios... ¡qué ocurrencias tiene usted! Si no le conociésemos...

Pueyo cedió: le había hecho gracia que un novelista, un poeta, un muchacho que quizás llegase a académico o a ministro, le hubiese pedido dos pesetas para comprarse un sombrero de paja. Como el lector habrá sospechado, «Dorio de Gádex» no compró el sombrero. Estas jugarretas, lejos de indignar a Pueyo seriamente, le divertían. El no comprendía que ninguno de nosotros gastase quince pesetas en una corbata, ni que para ir a pedirle dos duros tomásemos un coche. Pero esta misma imprevisión, este atolondra-

miento juvenil y artista, le regocijaban; hubiésemos sido un poco más serios, hubiéramos cumplido nuestros compromisos mejor, y nos habría querido un poquito menos.

Y ahora, que aquel hombre sencillo ha muerto, todos han tenido para su fin oscuro un donaire cruel. ¡No, compañeros!... Seamos justos. Pueyo era bueno y cómico: acordémonos de su figura, de su sombrero, con el que sacudía la mesa en sus raptos de cólera; de su cartera, también: aquella cartera vieja, grande, hinchada siempre de recibos incobrables; ¡de recibos nuestros!...

Tampoco debe negarse la influencia, decisiva tal vez, que su labor tuvo en el porvenir de muchos autores que ya ganaron las cimas prósperas de la notoriedad. Hace cuatro lustros, cuando la forma poética estuvo a punto de extinguirse entre nosotros por falta de editores y por lo mal que los periódicos pagaban los versos, la mezquina librería de la calle de Mesonero Romanos fué para los devotos de Apolo un refugio. Pueyo les acogía, y, aunque tacañamente, les ayudaba a seguir luchando; allí, Villaespesa y los hermanos Machado, y más tarde Carrére, y Répide, publicaron sus primeras obras, las que les prepararon el camino del triunfo, y de este modo en la covacha siniestra y fría hubo un florecimiento.

Sólo por ello, ¡pobre amigo!, por lo que ayudaste a los poetas, mereces que éstos, siempre propicios al enternecimiento, te recuerden, y haciéndolo así te den un rinconcito en la posteridad.

LOS OLVIDADOS

En una casa de la calle de las Huertas—la primera casa que tuvo en el transcurso de su azaroso vivir—falleció el día 10 de octubre de 1912 aquel notable poeta, estrafalario y simpático, que se llamó Pedro Barrantes. A otro cualquiera más afortunado que lo fué nunca el autor de «Calor de frágua», le hubieran enterrado a las dos de la tarde; a Barrantes le llevaron al camposanto una mañana, a las nueve... La hora, precisamente, en que él solía retirarse a dormir!... Por lo mismo, su carroza mortuoria no arrastró gente tras sí; sólo le acompañó un coche, donde iban el portero de la casa y un amigo: un camarada oscuro que aquella noche, probablemente, no se habría acostado...

Cuando enfermó para morir, su médico le prohibió beber agua. La prohibición era terminante y el infeliz poeta se consumía de sed. Por primera vez Pedro Barrantes no quería vino, quería agua. La agonía no suele ser más que una tregua para arrepentirnos de cuanto hemos hecho.

Una mañana—la de su muerte—Barrantes estaba solo cuando entró en su habitación la portera. El poeta entreabrió los ojos.

—Señora—dijo—, deme usted un vaso de agua.

Ella vaciló.

—¿No le hará a usted daño, don Pedro?

Barrantes sabía que el agua le era funesta; pero como la sed le abrasaba, insistió con aquel su hablar lento de gran señor:

—No, señora; se lo ruego: deme usted un vaso de agua.

La portera cedió. Al verla acercarse con lo pedido, Barrantes se incorporó en el lecho, alargó un brazo esquelético y se llevó el vaso a los labios. De un trago lo apuró.

—Gracias—murmuró después—; gracias... muchas gracias...

Dejóse ir hacia atrás, apoyó la cabeza en la almohada y se quedó muerto. Claudicar es peligroso. Para Barrantes el único vaso de agua que pidió en su vida fué una puñalada.

¡Pobre poeta! Los que te conocieron deben echar sobre los graves errores de tu historia bohemia todo su perdón; que, al cabo, a nadie inferiste daño si no fué a ti mismo.

Perteneció Pedro Barrantes a la generación de Rafael Delorme, de Manuel Paso, de Alejandro Sawa, aquel asombroso príncipe de la conversación y del gesto, para quien la vida fué siempre escenario. Tuvo Barrantes una silueta inolvidable: a veces llevaba barba, lo que daba a su calva frente gravedad señorial; otras iba completamente afeitado; entonces se parecía a Baudelaire. Como ya he dicho, era alto, seco, de una sequedad cómica, y la costumbre de sentir oscilar el suelo bajo sus pies le había dado el caminar indeciso de los sonámbulos. Hablaba bien y reposadamente, con voz sonora y una lentitud noble que le permitía vestir su pensamiento de palabras exactas y dar a cada frase su relieve debido. Su conversación atraía; tratarle era exponerse a ser su amigo. En ciertos barrios de Madrid su figura llegó a ser popular. Las gentes le señalaban con un complicado mohín de afecto, piedad y desdén.

—¡Es don Pedro!—decían.

Se le hallaba en excéntricos parajes, unas veces por la tarde, otras de madrugada, y solo siempre, midiendo las calles con aquel andar suyo, tímido y rápido. Como vivía desorbitado y no leía periódicos ni libros, ignoraba cuantos acontecimientos llenan la historia diaria, y si casualmente de alguno se enteraba, aquella idea se cosía a su espíritu y medrando en el total silencio de su cerebro le acompañaba meses enteros. Era fuerte, como toda la gente de León, su provincia: ni los excesos, ni las ráfagas terribles de miseria que azotaron su espalda, ni el espanto de las noches sin cama, ni los rigores de la cárcel, donde por delitos políticos estuvo varias veces, bastaban a derribar su cuerpo avellanado. Bajo la lluvia, bajo el sol o sobre la nieve, durante muchos años Pedro Barrantes paseó su perfil raro y amable.

A pesar de las pinceladas fúnebres con que gustaba adornar sus conversaciones, había en él un fondo inmarcesible de optimismo y de buen humor. Tenía talento, y a no ser por su irritante incultura hubiera dejado «un nombre». Era inofensivo, era alegre, era un niño...

—Todas mis penas—decía—pueden ahogarse en un vaso de alcohol.

Sólo una vez le vieron triste.

¿Hay alguien que se acuerde de Alfonso Tovar, «el poeta de los cantares»?... Probablemente no; y, sin embargo, Tovar fué un artista de extraordinaria emotividad y un hombre encantador, apuesto, simpático, maestro en el arte de tocar la guitarra y de peinar galanterías... ¡Todo lo reunió! ¡Oh, no seamos pesimistas! Acaso algunas de las muchas mujeres que un momento le amaron—a Tovar, por sus condiciones

especialísimas de carácter, sólo podían amarle así, un momento—quizás le recuerden aún...

Tovar murió en la miseria; se había quedado ciego; por el hospital, sin embargo, andaba desembarazadamente, sin tropezar, casi con alegría; se lo sabía de memoria; diríase que su plano lo llevaba en la punta de los dedos.

Una tarde de otoño Pedro Barrantes y Alfonso Tovar se encontraron delante de Fornos, en medio de la muchedumbre bien vestida y risueña, que volvía de Recoletos. Barrantes salía de un despacho de vinos y Tovar iba hacia el hospital, guiándose con un bastón. El poeta borracho detuvo al poeta ciego.

—¿No me conoces, Alfonso?

Tovar, escuálido, cadavérico, sonreía, ladeando y adelantando un poco la cabeza para mejor oir. Barrantes insistía:

—Alfonso, ¿es posible?... ¿Mi voz nada te dice?...

Hablando muy bajo... muy bajo... porque ya no tenía pulmones, ni laringe... Tovar murmuraba:

—Sí, creo que sí... Aguarda, no me digas quién eres...

Sus manos inteligentes de ciego se agarraron a los hombros de su colocutor, le palparon la cara, la frente...

—Tú eres Barrantes—exclamó—. ¡Mi querido Pedro! ¿Qué es de tu vida?

Le olfateó, y con aquel indomable humor chancero que había resistido al horror de sus pupilas sin luz...

—¡Tú has bebido—dijo—; tú todavía te diviertes!... ¡Pero yo!...

Su lamento tenía una vibración de envidia. ¡Ah! ¿Cómo reproducir aquí la intensidad terrible, a la vez trágica y burlesca, de aquella escena?...

Pedro Barrantes maldecía de su pobreza, renegaba del mundo, y a cada momento interpolaba en su treno un «¿te acuerdas?...» sangrante. Alfonso Tovar sonreía ecuánime, dulcemente, con la mansedumbre del vencido extenuado, agotado, para quien la muerte ya no es dolor.

—¿Y tú, Pedro, escribes aún?

—Yo, sí. ¿De qué viviría si no escribiese?...

—En eso soy más afortunado que tú; el hospital me mantiene. Ahora soy rico; por primera vez en mi vida como y no trabajo.

Se abrazaron. Barrantes, muy conmovido, balbuceaba:

—¿Pero no nos veremos ya nunca?

Y Tovar repetía, con sonrisa lívida:

—Nunca; si acaso, en el hospital. Tú irás al hospital, como yo; allí te aguardo. Y si no pudiese...

Le palpaba, le zarandeaba, bromeando:

—Tú eres fuerte, tú te defiendes aún...

El poeta borracho se enjugó dos lágrimas que el poeta ciego no pudo ver. Tovar continuó:

—Pero si no pudiese esperarte, nos reuniremos en la fosa común. Ya lo sabes...

Volvieron a abrazarse; esta vez largamente, estrechamente, de un modo desesperado y definitivo, llorando el uno, sonriente el otro, los dos altos, flacos, trágicamente tristes en medio de la muchedumbre vulgar y feliz.

—Adiós, Tovar...

—Adiós, Pedro; ya sabes que te espero en la fosa común...

¡Pobres compañeros! En vrdead que la Suerte se mostró con vosotros poco maternal; pues si es cierto que, gracias a la caridad y al amor de dos mujeres, vuestros cuerpos no dieron en la

huesa de todos, vuestros nombres, transcurrido un corto tiempo, cayeron en la fosa inmensa, insaciable, grande como la Eternidad misma, de lo olvidado.

Y yo os amaba, poetas; os amaba por egoísmo tal vez; porque al partir parece que os llevasteis pedazos de mi juventud entre vuestras manos cerradas...

Lector: yo sólo espero de ti para esta crónica humilde, el comentario de una lágrima.

VIII

Lutecia vuelve

«EL GRAN GALEOTO»

Varios meses hacía que mi familia habitaba en el número cuarenta y dos de la calle Damrémont. Ocupábamos el piso quinto. Era un cuarto pequeño, pero lindísimo, con suelo de madera encerada y sobre todas las chimeneas espejos que en las tibias mañanas azules se inundaban de sol.

La calle Damrémont se halla en uno de los planos más altos y saludables de París: ni muy bohemia ni muy burguesa, ni tan concurrida que su trajín inquiete el sueño de los aficionados a levantarse tarde, ni tan solitaria que sea peligroso transitar de noche por ella. Las edificaciones son buenas, el vecindario sosegado; abundan los comercios, y los tranvías eléctricos que van desde la iglesia de la Trinidad a San Dionisio, la recorren con una trepidación alegre, que canta, hecha risa, en los fenestrajes. Empero, a mí nunca me satisfizo. Esas calles excéntricas, desde las cuales se divisa el campo, son siempre tristes.

Tienen la melancolía del término medio. Huelen a provincia. En su silencio, las campanas resuenan mejor y los aguaceros parecen más fuertes. Las gentes que a la hora vesperal, de vuelta del trabajo, transitan por ellas, caminan despacio y su lentitud irradia fatiga. Esta es la emoción que la calle Damrémont me producía; y la corroboraban el sesgo desdichado de mis asuntos, y acaso también la elocuencia de los cipreses del vecino Cementerio del Norte, cuyas copas tupidas—como los pararrayos la electricidad—parecían exhalar ese eternal aroma de olvido que sale de la tierra.

En nuestro complejísimo mundo íntimo, donde todo, simultáneamente, es origen, nexo y consecuencia, de todo, lo más transcendental en ocasiones suele derivarse de lo nimio. Así, una tarde, un cartel donde aparecían sobre un fondo muy azul el perfil amarillo de La Giralda y dos mujeres con mantones de manila y claveles en el moño, me hiperestesió el patriotismo. Regresé a mi casa de torcidísimo humor, y durante la cena apenas despegué los labios.

Acababa el mes de mayo, que en España huele a azahar y tiñe con sangre de amapolas los trigales. A los postres lancé contra el mantel estas palabras desconcertantes:

—¿Queréis regresar a Madrid mañana mismo?

«Los míos» me observaban asombrados, con un estupor que por segundos iba resolviéndose en júbilo vivísimo. Los rostros amados, humildes, candorosos, se llenaban de luz.

—¿Y tú?—preguntaron.

—Yo—repuse—iré más adelante. Por el momento, tengo aquí ciertos asuntos que no puedo dejar.

El regocijo de aquel viaje imprevisto aminoraba en nosotros el dolor de la separación. Nos queríamos, íbamos a decirnos «adiós», y, sin embargo, estábamos contentos. Era la dulce embriaguez de la vida errante, el alboroto contagioso de los equipajes cerrados aprisa, el vértigo de los trenes, de los panoramas que huyen ante las ventanillas de los vagones; era el alma, eternamente joven, de Nuestra Señora la Bohemia, que, descalza y ceñida la frente de rosas, canta a lo largo de los caminos. Hacer alto y marcharse en seguida; alegrarse con la emoción de llegar y enternecerse suavemente con la nostalgia, a flor de piel, de la despedida; sentir que la tierra escapa bajo nosotros; no vivir dos veces la misma fracción de espacio, como jamás vivimos dos veces la misma fracción de tiempo; echar sobre el espanto de las cosas muertas, de las cosas que aguardan, el encanto divino de irse... ¿dónde hubo nada más exquisito?

Con el propósito de madrugar, nos acostamos pronto. La ventana, que adrede dejamos abierta, aparecía llena de luna; los muebles se abocetaban en la penumbra espectral. Yo pensaba, ingrato: «Mañana no os veré...» Y esta idea me complacía. Dormí bien. Aquella noche, en que al contento de mi familia en repatriarse agregaba yo el de quedarme nuevamente libre y solo, es una de las más felices que recuerdo.

A la mañana siguiente, bien temprano, fuí a un baratillo de la calle Lamarck.

—¿Quiere usted comprar unos muebles?—propuse al prendero.

—Sí, señor.

—Pues, véngase conmigo.

—Habré de cerrar la tienda; en este momento estoy solo.

—Ciérrela usted. Yo no puedo esperar.

Accedió, viendo en mi impaciencia la probabilidad de un buen negocio. Subimos a mi casa.

—¿Qué vende usted?

—Todo.

—Eso no es contestar—repuso—; concrete usted; porque esos retratos, vèrbigracia, no pensará usted venderlos.

—Sí, señor; los retratos también. Los muebles, y los retratos, y los libros. ¡Todo! ¿No oye usted que todo?

Sonrió y comenzó a tasar mentalmente: se acercaba a los muebles, como para olerlos, los palpaba y seguía delante. Yo comprendía que iba sumando, y a cada momento parecíame que en su frente, como en las cajas registradoras, iba a pintarse un número. Me miró:

—¿Y la cama?

—También.

—¿Y los colchones?

—También los colchones. ¡Todo!

Este adjetivo, repetido a cada momento con vehemencia vibrante, uníase en mi espíritu a una noción de libertad. ¡No tener casa, no tener muebles, reducir aquellos objetos embarazosos a billetes de Banco!... ¡Oh, ventura!...

El prendero, sin hablar, con el aire absorto de un hombre que suma, iba de habitación en habitación. Yo le seguía, pisándole los talones, temeroso de que hubiese algo que no quisiera ni de balde. Al cabo volvióse hacia mí, y secamente, como si me diese un golpe en el pecho, declaró:

—Doscientos francos.

Pensé soñar. ¿Cómo?... Por una cama con su colchón, un armario de luna, una mesa de comedor, un sofá, dos butacas, media docena de sillas y otras frivolidades, ¡doscientos francos!... ¡Miserable!...

—No puedo ofrecerle más—añadió.

Hizo ademán de irse y su frialdad despectiva me angustió y sofocó cual si la mano de un Hércules me cogiese del cuello. Miré mi reloj. Las once. ¡Qué tarde! El tiempo y el mercader parecían trabajar de acuerdo. Cedí.

—Bueno, conformes. ¡Pero empiece usted la mudanza ahora mismo!

—Al instante.

Se marchó y a poco regresó acompañado de dos individuos taciturnos y anchos de espaldas. Fué una visión de cinematógrafo. Mientras nosotros, a porfía, guardábamos nuestras ropas en un baúl...—¡todas cabían en un baúl!...—las sillas, las esteras, las mesas, iban desapareciendo, escalera abajo, a lomos del chamarilero y de sus acólitos. La escalera parecía un esófago. En menos de media hora la deglución del ajuar quedó hecha. Entonces el mohatrero me abordó, sonriente:

—Aquí tiene usted sus doscientos francos; y... ¡buen viaje!...

Le di las gracias. Tasar toda mi hacienda en cuarenta duros y desearme luego un viaje feliz era algo desconcertante. Evidentemente, en el chamarilero de la calle Lamarck vivía un ironista.

Limpio ya de cuidados, almorcé con mi familia en un «restaurant» del Quai d'Orsay, y después nos fuimos todos a la estación a pasar la tarde. Mi hija se echó a dormir. Cándida, que

no sabía francés, estaba muy triste. A cada momento soliloqueaba:

—Lo malo es llegar a Irún, ¿verdad?... Una vez en Irún, como allí se habla español...

La pueril inocencia de sus reflexiones me removía el alma. ¡Pobre compañera!... ¡Verdaderamente, no era correcto dejarla así, sola, a tantas leguas de la Puerta del Sol!... Bajito, muy bajito, mi conciencia caballerosa murmuraba:

«¿Por qué no las acompañas hasta la frontera?...»

Empecé a sumar: «Tanto» de París a Irún; «tanto» de Irún a Madrid... ¡Imposible! El cociente era aterrador; faltaba dinero: mi cartera y mi hidalguía, según costumbre, se llevaban muy mal. ¿Cómo no pensé en esto antes? ¿Por qué perteneceré a ese desdichado grupo de hombres que siempre suman «después»?...

No obstante, todavía me quedaba un recurso: buscar más dinero. Eran las cuatro: el tren partía a las seis, y para un hombre inteligente dos horas dan mucho de sí. Sin detenerme a explicar el plan que acababa de discurrir, salí de la estación y tomé un coche.

—¡Calle Visconti! ¡A escape!...

Entré en la librería de la Viuda de Bouret como un huracán.

—¿El señor director?

Mi rostro debía de tener una expresión inusitada, porque, sorprendidos, los empleados de la administración se pusieron en pie.

—El señor director está en su despacho.

Le hallé, como siempre, escribiendo y rodeado de libros; cortés, ecuánime, tranquilizado por la luz suave de la habitación.

—¡Mr. Bouret!—dije sin preámbulos, mientras estrechaba su mano—; debo regresar a España esta misma tarde, y necesito cincuenta francos. Hace tiempo que no escribo para esta casa; sin embargo, usted me los prestará. ¿No es cierto? Yo se los devolveré en seguida, o en dinero o en trabajo, como usted guste...

¿Fué la sorpresa? ¿Es que mis ojos hallaron en aquel instante el secreto de la fascinación? ¿Acaso mi voz vibró de un modo irresistible y nuevo?... Indudablemente hubo algo de sugestión, porque el señor Bouret, sin lucha, sin una objeción, sin un gesto, con la impasibilidad de un autómata, repuso:

—Hágame usted el recibo.

Y luego:

—Le deseo un viaje agradable.

¿Por qué dijo esto? ¿Sería Mr. Bouret un ironista como el mercachifle de la calle Lamarck?...

Escapé de la librería y di orden al cochero de llevarme a la calle Damrémont. Llegué a mi casa, y, sin tiempo de preparar mejor equipaje, guardé todos mis enseres de tocador en una caja de cigarros habanos. Al marcharme recogí del suelo un ejemplar de «El gran galeoto».

—Me servirá para leer en el tren esta noche—pensé.

*
* *

Al otro día llegamos a Irún, donde hubimos de pernoctar, pues aunque el rápido «París-Hendaya» enlazaba con el expreso de Madrid, en aquella época ¡ay! los expresos españoles no arrastraban vagones de tercera. Debíamos, por tanto,

esperar allí el correo del día siguiente. ¿Qué hacer? Empleamos la tarde en visitar los alrededores de la población, la antigua Iturisa o Idamusa, que con ambos nombres la designa la Historia; nos asomamos a las callejuelas de Fuenterrabía, la heroica, tan memorable por los tremendos asedios que ha resistido, como por la bondad de sus escabeches, y complacimos nuestros ojos en la áspera majestad del monte San Marcial, de triste recuerdo para los franceses. La noche la pasamos en un hotel cuyo nombre he olvidado; fué para nosotros una especie de «noche triste». Yo, sin embargo, no estaba abatido; todo aquello era extravagante, y, de consiguiente, muy ameno; me acordaba de Hernán Cortés, y, comparando su retirada gloriosa con la mía, sentía ganas de reir.

Amaneció y fuimos a la estación. Mi indumentaria era bastante rara. Consistía en unas botas de charol nuevecitas, un sombrero blando de fieltro gris y un larguísimo gabán de color castaña; un gabán napoleónico, de doble botonadura, muy bien entallado, con faldones, grandes solapas y un cuello alto de terciopelo, estilo Imperio. Con aquella prenda anacrónica y exótica me parecía a Camilo Desmoulins, a Danton, a Robespierre. Era un gabán que hacía pensar en la guillotina. Mis familiares me interrogaban, afligidísimos:

—¿Cómo te las arreglarás para salir de Irún?

Yo, con la cajita donde guardaba mis enseres de limpieza debajo del brazo, me encogía de hombros. No estaba contento, tampoco estaba triste; atravesaba un bello momento de impasibilidad, o, lo que es lo mismo, de superioridad. Verdaderamente, aquel gesto estoico merecía un retrato. Mi familia me sonreía desde la ventanilla de un vagón. Un empleado se aceleraba a lo largo del

convoy, cerrando portezuelas. Silbó la locomotora, vibró una campana, sonó un pito y el tren se puso en movimiento.

—Adiós... adiós...

—¡Buen viaje!...

Ellas movieron sus pañuelos; yo, solo en medio del andén, correspondí al saludo, agitando sobre mi cabeza, como una bandera, el ejemplar de «El gran galeoto».

Inmediatamente regresé al hotel, donde escribí a un amigo mío, de París, explicándole la comicidad de mi situación, y rogándole me enviase, a correo vuelto, cincuenta francos.

Las circunstancias que me asediaban eran, efectivamente, de una gracia modelo. Pasar amarguras en París... ¡bien!... Pasarlas en Madrid... ¡tampoco tiene nada de extraordinario!... ¡Pero en Irún!... Quedarse sin dinero en un pueblo así, colocado precisamente en la línea divisoria de dos grandes naciones, me daba la impresión de hallarme en un ascensor detenido bruscamente entre dos pisos. Me sentía colgado. No podía subir, no podía bajar. Irún era para mí una especie de jaula; algo grotesco; una farsa de circo...

A falta de ocupación más lucrativa, durante seis o siete días me dediqué a registrar aquellos alrededores. Nunca he paseado tanto. Todavía, a pesar de los años transcurridos, podría hablar de Fuenterrabía y de Irún como si jamás hubiese salido de allí. Recuerdo todos los caminos, todos los rincones, todos los murmurios de sus playas; y la gracia del episodio que voy narrando nace del contraste entre mi gabán, los versos de «El gran galeoto» y el paisaje de Irún.

Como mi absoluta penuria me impedía fumar, beber café y adquirir periódicos, yo no hacía, des-

de la mañana a la noche, más que pasearme y estudiar «El gran galeoto». No hablaba con nadie y me hallaba ignorante de todo y cual separado del mundo. ¿Continuaba habiendo república en Francia? ¿No habría desaparecido El Escorial?... Un silencio de arcanidad me circundaba: Irún era como un islote solitario, como un globo entre nubes, como un buque en el mar.

Para aliviarme en mi desamparo, leía continuamente «El gran galeoto», unas veces callando, otras en alta voz, y hasta llegó a parecerme que entre mi situación y ciertos «momentos» del drama, había notables concomitancias. A trozos la obra parecía escrita para mí.

Verbigracia:

Por las tardes, camino de Fuenterrabía, exaltado bajo la esplendidez del panorama, no cesaba de repetir, con «Teodora»:

«¡Hermosa puesta de sol!
¡Qué nubes, qué luz, qué cielo!
Si en los espacios azules
está el porvenir impreso,
como dicen los poetas
y nuestros padres creyeron... etc.»

De noche, si al meterme en la cama experimentaba una depresión, un abatimiento, la excelente «Teodora» también acudía a traducir mi pena con nuevos versos. Yo no podía pensar en mi aislamiento sin decir con la esposa de «Don Julián»:

«¡Qué angustia siento en el alma...
qué desconsuelo... y qué frío!...»

Si al entrar o salir del hotel advertía en su

dueño cierta frialdad hacia mí, exclamaba mentalmente, claro es, y tuteándole:

«Algo noto en tu mirada,
y algo revela tu afán...»

¿De qué provenía su recelo? ¿No creería que yo, según le manifesté, iba a recibir «fondos» de París de un momento a otro? ¿Me juzgaría capaz de establecerme en Irún? ¿Le habrían hablado mal de mí?...

«¡Ah! ¡La calumnia es segura;
va derecha al corazón!...»

De esta presunción otros versos me distraían. ¡Ya podía el hostelero desconfiar y repudrirse! ¡Peor para él! Yo permanecería en Irún todo el tiempo preciso. ¡Nadie me arrancaría de allí! ¡Ni hecho pedazos! ¡No faltaba más!...

«Raíces sentí brotar, que de mis plantas
se agarraban firmísimas al suelo...»

Leer «El gran galeoto» más de una vez es delito imperdonable, sea cual fuere el lugar del mundo donde uno se halle. Pero releerlo hasta aprendérselo de memoria en Irún, no sólo es disculpable, sino que supone condiciones excepcionales de humorismo. ¡Lo declaro con orgullo! Durante los días de aquella semana ejemplarísima, ni un instante el famoso drama de Echegaray se separó de mí. Era mi biblioteca y también mi cuaderno de notas. En sus márgenes anotaba mis impresiones. Con él saludaba a los trenes y despedía a las barcas, y me quitaba el sol de los ojos.

Dios, «el buen Dios», amigo de los desheredados, no siempre favorece a los hosteleros. Digo esto porque una tarde, en el preciso momento en que el cartero llegaba al hotel con el cheque tan esperado, yo salía, y así nadie supo que el correo me llevaba dinero. Respiré. De pronto, lo que hasta entonces fué para mí cárcel, se trocaba en camino; ya podía huir. Sin detenerme subí a mi cuarto, guardé mis cachivaches de aseo y corrí a negociar la letra. El importe del giro ascendió a un franco. Con la alegría de tener dinero, desoí las voces de la prudencia y compré tabaco y cerillas y me fortifiqué el ánimo con varias copitas del «clásico» Pedro Domecq, que al cabo la filosofía optimista antes nace del estómago que del cerebro... Todo reía a mi alrededor: el cielo azul, el campo, el mar, los montes nevados. ¿Pagar la fonda? ¡Ni pensarlo! Hubiera sido una honradez suicida. Otro día...

Resuelto a cometer esta pequeña travesura, me dirigí con gentilísimo vaivén de pies hacia el puente tendido sobre el Bidasoa. En su comedio, es decir, en la línea donde España concluye y Francia empieza, unos gendarmes, bigotudos y foscos como los que intervienen en las farsas guiñolescas, me detuvieron.

—¡Alto ahí! No se puede pasar.

—¿Cómo? ¿No se puede pasar?

—No, señor.

Designé con un gesto el ejemplar de «El gran galeoto» que llevaba en la mano, cual si fuese una *Guía del Viajero*, y miré al paisaje con expresión candorosa y entusiasta.

—¡Pero, señores, si soy un *turista*..., un simple *turista*, que va dando un paseo!...

—Lo comprendemos; pero la orden es terminante; por aquí nadie pasa.

Entonces retrocedí, salí del puente y bajé a la orilla del río. Allí, como esperándome, había un barquero.

—¿Cuánto quiere usted por trasladarme a la otra orilla?...

El interpelado me miró inquisitivamente; pensaría habérselas con un anarquista; pero mi gabán y mis botas de charol debieron de darle buena idea de mí.

—Lo que usted quiera—repuso, empuñando los remos.

—¿Diez céntimos?

—Diez céntimos.

Cuando pisé «la otra orilla», es decir, cuando estuve en tierra francesa, respiré mejor. Inmediatamente eché a correr ribazo arriba, llegué a la estación de Hendaya y metí la cabeza por la ventanilla de los billetes.

—¿Cuánto vale una tercera para París?

No sé qué me dijeron; pero sí recuerdo que me faltaban uno o dos francos. ¡Qué conflicto! Serían las cinco de la tarde y el tren de España pasaba por allí poco después.

—Lo esperaré andando—pensé.

¡Pobres botas!... Heroico, con el equipaje debajo del brazo izquierdo y «El gran galeoto» en la mano derecha, como un bordón, emprendí la marcha. Aquello era echarse la patria a la espalda. Atravesé un túnel larguísimo. Caminaba sin mirar atrás y respirando a pleno pulmón el aire de Francia; la idea de que por momentos el fondista de Irún quedaba más lejos, ¡siempre más lejos!... me hacía feliz. Así llegué, ya muy de noche y medio descalzo, a San Juan de Luz.

¿Obré mal? Evidentemente yo debí abonar mi cuenta al posadero de marras; pero si le hubiese confesado la verdad de mi situación, ¿me habría dejado partir? En medio de aquella fuga, sólo las palabras proféticas de «Ernesto» me consolaban; las palabras, precisamente, con que «El gran galeoto» termina:

«...¡Que en su día
a vosotros y a mí nos juzgue el cielo!»

LA BARBA DE ERNESTO

Existe una concatenación arcana entre la barba y el carácter del hombre. La barba, a través de la Historia, es uno de los atributos constantes de la autoridad, de la nobleza y también de la sabiduría. «Antes barba blanca para tu hija, que muchacho de crencha partida», enseña un refrán, que da la prioridad a los individuos maduros sobre los mozos de escaso juicio. Y otro proverbio declara: «Barbas mayores quitan menores.» Todos los pueblos opinan igual. Los profetas, los conquistadores, los alquimistas medioevales fueron terriblemente velludos, y de ahí quizás nació la frase «Fulano es un tipo con toda la barba», con que el vulgo, instintivamente, trata de expresar la entereza, honradez y cabal varonía de una persona. Y ¿por qué no sería así?... ¿Mediría nadie la experiencia de siglos resumida en la frivolidad tosca de un adagio?

A mediados del siglo XV, el ilustre Enrique VII de Inglaterra, «profesor de energía» emérito y

arbitrista notable, decretó un original «impuesto sobre la barba», y que aludía, no a la longitud de éstas, sino a la importancia de las rentas del contribuyente. La barba, signo de masculinidad, era «el pretexto», la declaración—sagazmente sorprendida—de que el ciudadano alcanzaba su mayoría de edad y estaba en condiciones de ayudar a los gastos del Erario. Años después, la fanática Elisabeth renovó este impuesto, y entonces la aristocracia inglesa, graciosamente y como en broma, decidió afeitarse, con cuya radical determinación el curioso gravamen desapareció. ¿No habrá influído este detalle en la limpieza, la elegancia y el sentido práctico proverbiales del pueblo inglés?...

En mis largas andanzas por América diferentes veces pude observar que nuestros compatriotas, cuando emigran, y particularmente si en el destierro sus asuntos se desenvolvieron mal, cesan de afeitarse, en lo que demuestran abandono o un tácito deseo de borrar su pasado. En Caracas, en Honduras, en las profundidades de Colombia, en Lima... he conocido españoles que me dijeron:

—Pues... ¡ya ve usted!... Yo llegué aquí hace años y..., no sabiendo qué hacer, «me dejé el bigote...»

Nunca he comprendido bien el motivo de esta resolución, más pintoresca que desesperada. ¿Aludiría, en quienes la adoptaron, a un deseo de renovación fecunda, a una ansia prócer de mejoramiento, o, por el contrario, a una amoralidad o fatal derivación hacia la vida pícara?... Porque los franceses suelen decir: *Tu en as une barbe!...* Y también: *Qu'elle barbe!...* Significando que las barbas largas son expresión o símbolo de descaro y ligereza de costumbre. Lo que contradice

el rotundo refrán castellano de «a poca barba, poca vergüenza»...

Cuando terminé el bachillerato, mis progenitores trabaron discusión recia a propósito de la carrera que habían de darme; la porfía duró todo aquel verano, y, como es de suponer, ninguno logró convencer al otro de su equivocación: en todos los matrimonios sucede igual. Mi madre, que era muy aprensiva y siempre andaba con «el Raspail» a vueltas, deseaba que yo fuese médico; mi padre, muy aficionado a la pintura, pretendía hacer de mí un arquitecto. En lo que ambos, desde el primer momento, estuvieron de acuerdo, fué en la cara que yo había de tener y en mi futura manera de vestir. Los dos—¡oh, rara coincidencia!—me soñaban del mismo modo; es decir: con barba, levita cruzada y sombrero de copa. Mi padre me veía llegando de la calle después de darle los últimos toques a un suntuoso edificio, y dejando mi «chistera» en el recibimiento; y mi madre pensaba que, al abrazarme, sentía en la frente el roce de mi barba de personaje de folletín. Tampoco hubo discrepancia en lo referente al color de mi barba, que sería negra...

Lo expuesto al comienzo del presente capítulo, y más aún, estos recuerdos de infancia que acabo de insinuar, ayudarán al lector a comprender la impresión, más que de simpatía, de respeto y aun de disimulada pavura, que experimenté al enfrentarme con Ernesto López («Claudio Frollo»), uno de los camaradas más fraternales que luego he tenido. Le saludé por primera vez en la redacción de «El País», adonde me llevó una noche el deseo pueril de «darme a conocer». Acababa yo de cumplir diez y nueve años, y Ernesto tendría

algunos más. Nuestra diferencia de edades no era considerable, y, sin embargo, al verle me sentí anonadado. Ernesto lucía una magnífica barba negra, impregnada de autoridad, y vestía de levita: además, sobre los montones de periódicos que cubrían su mesa de trabajo, mis ojos, asustados, acababan de descubrir un reluciente sombrero de copa, y antes de hablar me hallé vencido, anodino, insignificante, con mi cara lampiña y dentro de mi traje de americana. Ernesto era el hombre soñado por mi familia; Ernesto, físicamente, era lo que yo debía haber sido...; y pensé que mis padres me gritaban desde lejos:

—¿Le ves?... ¡Fíjate bien y muérete de envidia!

Tenía el redactor-jefe de «El País» unos hermosos ojos meridionales, y a pesar de su gran juventud empezaba a quedarse calvo, detalle que infundía a su moreno rostro nobleza y madurez. Pero lo que antes me obsesionaba y cohibía era su barba, cuadrada como un «paño de pecho»—una barba contra los constipados—, y luego, su levita..., y después, aquella chistera colocada tras él, «en segundo término», como en los retratos antiguos.

Torpemente le expuse la intención que allí me llevaba, le dejé mis cuartillas—que él prometió examinar— y me marché a la calle emocionadísimo y llevándome la impresión de que acababa de hablar con un hombre muy alto.

Varios días se apagaron y mi crónica no aparecía; no apareció nunca. Este fué el primer favor que Ernesto me hizo.

Quince o diez y seis años transcurrieron sin que volviésemos a vernos, esto es, nuestras más bellas primaveras habían pasado—la Vida es un libro raro en el cual los capítulos mejores son los pri-

meros y los últimos—cuando la Virgen Casualidad, musa y madre a la vez de todos los cascabeleros hermanos de la muy arlequinesca «Cofradía del Milagro», tuvo a bien reunirnos nuevamente.

Fué en París. Vivía yo—si así puede decirse—en la calle Damrémont y en aquel piso quinto, casi desamueblado y cuya cocina no se encendía nunca, del que ya he hablado. Una tarde llamaron a mi puerta; abrí y me hallé en presencia de un señor moreno, embigotado y bastante más bajo que yo. Para su estatura, sus pies, vueltos hacia afuera, me parecieron demasiado grandes.

—¿Se acuerda usted de mí?—dijo—. Soy «Claudio Frollo».

Hícele pasar, y sin otros preámbulos le estreché entre mis brazos. En el destierro, aunque éste sea tan amable como el de París, la amistad entre conterráneos adelanta aprisa. Además, la imagen harto severa y engolada que mi magín conservaba de aquel hombre acababa de derrumbarse alegremente.

Ernesto se acomodó en una silla—no había otra—y yo, delante de él, sobre una maleta, Charlamos, y para fraternizar nos bastó un cuarto de hora. Conversador ameno y buen humorista, me explicó su situación en palabras sucintas. «Vivía mal, muy mal...» Y al expresarse así, reconocía, como yo, que el verbo «vivir» lo utilizaba a falta de otro más exacto. Comenzó luego a burlarse donosamente de su paraguas, que se volvía; de sus chanclos de goma, los cuales, para disimular el estado de sus botas, no se quitaba ni aun en los días de sol, y de cierta particularidad, extraordinariamente cómica, de su sombrero hongo. Lo llevaba a la fuerza, porque no tenía otro; pero reconocía su absurdidad.

—Es un sombrero—explicaba—que da vueltas; recién comprado, su parte delantera se ajustaba bien sobre mi frente; después, insensiblemente, empezó a derivar hacia la derecha, lo que me daba una desagradable silueta de guardia civil, y fueron infructuosos cuantos esfuerzos realicé para volverlo a su posición normal. Mi hombro derecho lo atrae, y constantemente gira hacia él: parece una brújula. Estoy desesperado: dijérase que me entra en la cabeza a tornillo; es un sombrero contra el viento...

Estas confesiones encantadoras iban llenándome de asombro. ¿Era posible que aquel hombre bajito fuese el mismo que durante tantos años vivió en mi memoria con el prestigio teatral de un caballero alto? ¿Adónde fueron su «chistera», su levita y su barba?... ¿Tenemos derecho a cambiar de figura así, tan radicalmente? ¿No envuelven estas metamorfosis ovidianas una falta de seriedad?... Me levanté y volví a abrazarle.

—¡Nos tutearemos—exclamé—, porque el corazón me anuncia que vamos a ser grandes camaradas!...

Aceptó él y seguidamente, para corresponder a su franqueza, le enseñé las habitaciones vacías de mi casa: la cocina, en cuyos vasares se empolvaba una media vajilla, de la que más adelante volveré a hablar, y la alcoba donde yo dormía en una sábana extendida sobre unos trescientos ejemplares de mis novelas «Punto-Negro» y «El seductor», que Xavier de Ricard, redactor de «Le Fígaro», y Charles Docteur, respectivamente, acababan de traducir al francés.

Ernesto comprendió mi derrota, el desfile taciturno de las ropas empeñadas, de los últimos muebles vendidos uno a uno, y se echó a reir.

—No te pregunto cómo vives—exclamó—porque los milagros no tienen explicación.

Impelido por ese deseo de alianza que mueve a los desgraciados, propuso:

—¿Quieres que vivamos juntos?... Nos defenderíamos mejor. Yo duermo en un «Hotel Meublé» de la «rue» Ballu, esquina a la de Vintimille. El hotelero es un espíritu comprensivo... y ha de agradecerme este interés que demuestro por su casa.

La idea de mi camarada me cautivó, e inmediatamente recogí mis enseres de tocador—no eran muchos, cuando todos se acomodaban en una cajita de tabacos—, me eché un gabán al hombro y saqué de la cama algunos libros.

—¿Te llevas lana del colchón?—decía Ernesto.

Mientras nos dirigíamos a la calle Ballu recibí de Ernesto nuevas y alarmantes confesiones: aquella tarde había sostenido con el hotelero, el señor Ruicarol, una discusión grave. Monsieur Ruicarol reclamaba varias semanas de pupilaje, y Ernesto prometió entregarle algunos «luises» a cuenta. Con intención de obtenerlos de mí fué a verme, porque a él le habían dicho que yo estaba en París, pero no le explicaron cómo...

—¿Y en vez de llevarle dinero—exclamé—me llevas a mí?'..

—Tu presencia—replicó—ha de favorecerme, porque mi patrón no te conoce, y para un hotelero un huésped es siempre una esperanza.

Con estas inquietudes entretuvimos el camino, y cuando llegamos al «Hotel Meublé» era ya de noche. A la derecha del zaguán mezquino, débilmente alumbrado, aparecía la escalera, pina y angosta, y a la izquierda, la puerta abierta del «bureau», que estaba a oscuras. Un silencio absoluto

llenaba la casa. En el «bureau», tendido sobre un sofá, vislumbramos la silueta de un hombre. Ernesto llamó suavemente:

—Monsieur Ruicarol, buenas tardes.

Nadie respondió. En el recogimiento del despacho latía un reloj, el terrible reloj que contaba las deudas a los inquilinos del hostal. Ernesto me miró asustado.

—Está dormido...—balbuceó.

Tal circunstancia empeoraba nuestra situación, pues el sueño inclina a las personas al mal humor. Ernesto, sin embargo, la voz desfallecida, tornó a decir:

—Monsieur Ruicarol... Buenas tardes, monsieur Ruicarol...

Esta vez el hotelero despertó e instantáneamente, con agilidad de autómata, se incorporó. Era un hombre cuarentón, alto, cetrino, seco de cuerpo y de rostro, y con el cabello tieso y negrísimo, cortado «a la francesa». La cabeza de monsieur Ruicarol parecía una brocha: su pelambrera, rígida, fuerte, inspiraba ideas de limpieza, y ahora, si la recuerdo, experimento deseos de cepillarme.

—¡Ah, «cest vous», monsieur Ernesto!... ¡Buenas tardes!

Tuvo una sonrisa cordial, de buen agüero. La sonrisa del hombre que va a cobrar...

—¿Viene usted a pagarme?—agregó.

—No, señor—repuso mi amigo—; hasta mañana o pasado mañana, me será imposible.

—¡Admirable!—exclamó el hotelero con ironía dilecta—. ¿Y para decirme eso me ha despertado usted?...

Ernesto no se desconcertó.

—Si no dinero—dijo—le traigo a usted un

buen cliente; ya irá usted conociéndole. El señor es un ilustre periodista, etc...

Quedé sepultado bajo una lluvia de hojas de laurel. Ernesto me elogiaba porque comprendía que mi prestigio le beneficiaba, le abría un nuevo crédito. Era el mismo ardid con que años atrás, en el Hotel de la Paix, salvé yo del hambre a la inolvidable y farandúlica «familia de Rodríguez».

Monsieur Ruicarol clavó en mí una mirada que harto claramente me significó la ninguna confianza que mi compañero le inspiraba. Sin embargo, se dejó engañar: evidentemente, aquel hombre era bueno...

—Conformes—exclamó, dirigiéndose a Ernesto—; el camarero está arriba; dígale usted que le prepare al señor la habitación contigua a la de usted..., pues supongo que preferirán ustedes estar juntos. En cuanto a las condiciones de pago fijadas por la Casa, usted, aunque no las observe, las recuerda sin duda, y se las explicará a su amigo.

Habló bruscamente, pero sin enfado: monsieur Ruicarol estaba seguro de no cobrar. Agregó:

—Bien; si gustan, pueden subir.

Emprendimos la ascensión por la escalera estrechísima—como hecha a la medida de mi aquipaje—, empinada, oscura y en forma de caracol.

—Muy mala para bajar rodando—meditaba yo.

EL REPARTO DE PARIS

En aquel Hotel, donde habíamos de pasar tantas horas gratas de miseria y de risa, Ernesto y yo

observábamos una conducta ajuiciada y laboriosa. De mañana trabajábamos, cada cual en su habitación, para nuestros periódicos, y a mediodía depositábamos lo escrito en un «bureau de Poste», sito en la misma calle, y que era para nosotros como un mirador abierto sobre España. Después nos marchábamos a almorzar separadamente por ahí, por rincones escondidos, y no volvíamos a reunirnos hasta la noche. Ni yo supe nunca fijamente dónde comía Ernesto, ni él consiguió averiguar los secretos lugares en que yo remediaba mi apetito. Dormíamos bajo el mismo techo, y los recursos que, tardíamente siempre, nos traía el correo, pertenecían a los dos. Así, sólo el egoísmo de nuestros estómagos nos separaba; el instinto de conservación se imponía a nuestra amistad fraterna, y estoy cierto de que, al igual que yo, él, cuando iba a cenar, caminaba volviendo la cabeza para ver si yo le seguía. Respecto de esto, nuestra dureza sentimental era feroz. Jamás nos preguntamos el uno al otro: «¿Has comido...? Temerosos ambos de que la respuesta negativa del interrogado pudiese, en lo futuro, comprometer nuestro sustento, Ernesto y yo renovábamos, a la sordina, la tragedia de Caín y Abel.

Algo se transparentaba, no obstante, en nuestras conversaciones de los lugares que frecuentábamos separados. Ernesto solía decirme: «Iba yo esta tarde por la «rue» de Rennes»... O «Ayer, en el «boulevard» Saint-Michel, vi a Romo-Jara...» Todos sus encuentros, todas sus impresiones se referían al Jardín del Luxemburgo, a la «rue» Vaugirard o a la de Bonaparte... o a la Plaza de Italia...; y su teatro predilecto era el Odeón... Yo, en cambio, le hablaba de Montmartre, de Clichy, de la «rue» Blanche, de la «rue» Richer..., y

poco a poco llegamos a comprender que nunca nos encontraríamos, y, de consiguiente, que no podíamos estorbarnos.

—Por lo visto—exclamó Ernesto, a quien esta averiguación regocijaba—, tú buscas tu vida, exclusivamente, en «la orilla derecha».

—Y tú—le repliqué admirando la exactitud de su observación—resuelves la tuya en «la orilla izquierda».

—¡Efectivamente!...

Este descubrimiento nos hizo reir mucho, al par que nos tranquilizaba. Empezábamos a estar seguros de no tropezarnos, de no molestarnos recíprocamente en las pequeñas maniobras con que, día tras día, íbamos resolviendo—nadie sabrá cómo—el ineluctable «problema del pan». ¡Graciosa casualidad! El Sena, que divide la gran urbe francesa en dos partes, separaba nuestros respectivos «campos de operaciones». Ernesto «merodeaba»—esta es la palabra justa—en la «orilla izquierda»; y yo «pirateaba», de diversos modos, en «la orilla derecha». Tal fué el reparto que hicimos de París.

A veces también mi amigo solía hablarme, aunque soslayadamente y poniéndole a sus confesiones un embozo muy alto, de cierta señora con quien mantenía peligrosas relaciones. Huelga decir que su enredijo me interesó, y si aparenté no otorgarle mérito, fué para que me lo explicase mejor, como sucedió. Así supe que la amante de Ernesto se llamaba Elena, y que estaba casada; y, aunque no me reveló su domicilio, supuse que lo tenía en «la orilla izquierda». No podía ser de otro modo, porque, de vivir en la «orilla derecha», fatalmente aquella mujer me hubiese correspondido a mí.

Como el importe de mis crónicas era escaso, busqué nuevos recursos en la adquisición y reventa de libros. Para lograr lo cual desarrollé un procedimiento sencillo y rápido.

Consistía en escribir a los autores más en boga: Anatole France, Mirbeau, Hervieu, Lavedan, Marcel Prévost, Sardou, Donnay, Huysmans...—todos vivían en mi orilla—, pidiéndoles, en nombre de cualquiera de los semanarios ilustrados donde yo colaboraba, «el honor de una entrevista». Este favor lo obtenía siempre—los artistas extranjeros no desaprovechan ningún elogio, y hacen bien—; la entrevista se celebraba, y el *trés cher maître*, informado de que yo preparaba un estudio completo de su obra, me daba una carta en la que pedía para mí a su editor todos sus libros. En estas pequeñas zancadillas no había traición ni fraude: yo, con la mejor buena fe, escribía mi entrevista con «el gran hombre», leía sus libros y después, poco a poco, los llevaba a casa del «bouquiniste». Generalmente, me pagaban los volúmenes a un franco o a un franco veinticinco; pero como la producción de cualquiera de aquellos autores ilustres era considerable—siempre de veinte tomos en adelante—, y las subsistencias infinitamente más baratas que lo son ahora, sucedía que con «un Paul Bourget» y «un Alfred Capus», por ejemplo, resolvía mi vida de una semana.

Para obtener las obras de los grandes novelistas muertos: Zola, Flaubert, Daudet, Maupassant, los Goncourt, etc., me entendía directamente con los editores. Esta labor humildísima, sobre ponerme muy al tanto de la literatura francesa, me facilitaba curiosas observaciones de orden económico. Los «maestros» desaparecidos siempre se

vendían bien, y el valor de sus libros no cambiaba. Con los autores vivos no sucedía igual: Prévost tenía mejor mercado que *Gyp*... El auge de cada escritor variaba asimismo pasajeramente, conforme a sus victorias o a sus fracasos. Acertaba, verbigracia, Hervieu con «Las tenazas», y «el papel Hervieu» subía; descuidaba Champsaur el estrepitoso reclamo con que sabía lanzar sus novelas al mercado, y «el papel» del autor de «La orgía latina» bajaba. Cada autor era una especie de Bolsa minúscula; yo lo sabía y sus descalabros o sus éxitos eran míos también; pero ellos nunca sospecharon el ansia ferviente con que, desde el sotabanco de la «rue» Ballu, un oscuro periodista español, con quien sólo hablaron una vez, les deseaba a todos la inmortalidad.

Merece recordación lo que en estas andanzas librescas me ocurrió con el viejo Catulle Mendés.

Mi entrevista con el eterno «vert-galant» y exquisito poeta había terminado, y salimos juntos a la calle. Eran las cuatro de la tarde de uno de los primeros días de septiembre, y el autor de «Para leer en el convento» se dirigía a la Comedia Francesa, donde ensayaba una obra. Mientras bajábamos la escalera, «el maestro» me preguntó:

—¿Viene usted hasta el teatro?

—Con mucho gusto.

Su proposición no me turbó; yo pensaba que el camino lo recorreríamos a pie; «la casa de Moliére» estaba próxima. Desgraciadamente en aquel momento pasaba un coche y Mendes lo llamó. Yo me eché a temblar, pues presentí lo que momentos después ocurría: que Catulle Mendes se metió en el teatro y yo me quedé en el coche y sin un céntimo. ¿Cómo escapar de este atolladero tragicómico?... Inmediatamente pensé en el

editor del poeta, para quien éste me había facilitado la consabida carta de presentación, y ordené al auriga conducirme a la calle Richelieu.

«Los libros—discurría yo—los meteré en el coche, y así cómodamente los llevaré a vender. ¿Qué hacer, si no?...»

El dolor de no leerlos lo amortiguaba la perspectiva del dinero que por ellos cobraría. Precisamente en la misma calle Richelieu, pasada la «fuente de Moliére», conocía yo un «bouquiniste» para quien las «obras completas» de Mendes serían un buen negocio...

En la Editorial Lemaire pregunté por el señor director.

—Acaba de salir—me dijeron.

Mi optimismo no había previsto esta contrariedad. Expliqué el motivo de mi visita y enseñé la misiva del «cher maitre». No obstante, los empleados de la librería me aseguraron que el asunto aquel no era de su incumbencia, y que a las cinco yo podría resolverlo entendiéndome directamente con el señor director.

Así lo hice; en coche, por supuesto... Pero también fracasé esta vez; el jefe continuaba ausente, y sus subordinados me rogaron volver a las seis.

—Es muy raro—decían consternados—que no esté ya aquí.

Regresé una hora después y ocurrió lo mismo. El director no había ido, y ya no era probable que fuese; seguramente estaba indispuesto...

Entretanto, mi deuda con el cochero crecía. ¿Cómo liquidar de una vez aquella cuenta, en la que iba hundiéndome como en un pantano? Había en mi situación una angustia de pesadilla. Quería huir y no podía; un hilo irrompible me sujetaba al coche; aquel vehículo estaba embrujado; era

un calabozo con ruedas, una celda ambulante, de la que no escaparía nunca. Yo me hallaba ligado a mi cochero para siempre, y el dinero me hacía esclavo suyo: hasta entonces sólo le adeudaba cuatro francos, a razón de dos francos la hora; de continuar así, aquellos cuatro francos ascenderían a cuarenta francos, a cuatrocientos... a cuatro mil... ¡Yo tenía ante mí la infinitud de los números!

El recuerdo de Ernesto fué, en las tinieblas de mis pensamientos, un hilo de luz: él podía salvarme... Di, pues, al cochero la dirección del hotel de la «rue» Ballu. El camino era cuesta arriba y el caballo, fatigado, resoplaba, resbalaba y acortaba su trotar a cada momento. Yo iba furioso. Anochecía cuando llegamos al hotel, en cuyo portal monsieur Ruicarol, con el pelo de punta y en mangas de camisa, tomaba el fresco. Desde una ventanilla del coche le grité:

—¿Está Ernesto?

—No, señor — repuso, acercándose amable—; monsieur Ernesto salió hace poco; creo que ha estado esperándole a usted toda la tarde.

—¿No dijo adónde iba?

—No, señor. Le vi marchar en esa dirección. No sé más...

Monsieur Ruicarol señalaba hacia la plaza Vintimille. Este ademán me infundió cierto consuelo. «Habrá ido a mi casa a buscarme»—pensé; y grité al cochero:

—¡A la calle Damrémont!... ¡Pronto!...

Diligencia inútil: Ernesto no estaba y mi situación seguía agravándose. Ya no eran cuatro francos, sino seis, los que tenía que pagar; mi deuda era como una llaga que se ensancha. Mientras el caballo resistiese, yo podía ambular a través de

París, intentarlo todo... ¡todo!... menos separarme de mi cochero, cada vez más vinculado a mí.

La esperanza de hallar a Ernesto en las inmediaciones del café Madrid tornó a reanimarme.

—Lléveme usted—le dije al auriga—al boulevard de los Italianos, y cuando enfrentemos el pasaje Jouffroy arrímese a la acera y marche despacio.

Había cerrado la noche, y su oscuridad y la ufanía de los comercios iluminados alarmaban mi corazón. A los cocheros parisinos no es fácil engañarles; no se les puede burlar como a los nuestros, metiéndonos en un comercio o en un café que tenga dos salidas. Esta socaliña vulgar la conocen aquéllos bien, y no dejan marchar al cliente sin haberle cobrado. Yo, de consiguiente, me hallaba indefenso, preso en un callejón sin refugio. Mis nervios se crispaban; tuve frío...

«J'ai froid»—empecé a decir—; el pasaje Jouffroy, no...; el pasaje «J'ai froid»...

Este juego trivial de palabras me divirtió.

Habíamos llegado al lugar señalado por mí, y el cochero puso su cabalgadura al paso. De pronto. en la «terrasse» del café Madrid descubrí a un buen amigo, un muchacho argentino—cuyo nombre lamento no recordar—, e hícele señas con la mano de que se acercase. Acudió. Mi coche se había detenido.

—¿Qué hace usted aquí?—le pregunté.

—Acababa de tomar el aperitivo—repuso—, y me disponía a irme.

—¿Quiere usted venir conmigo?... Le invito a cenar «chez Brévant». Pero antes, si me lo permite, iremos «al Americano», donde me detendré unos minutos.

El accedió, ingenuo y cordial.

—¡Al café Americano!—ordené al cochero.

Cuando llegamos rogué a mi amigo esperarme en el coche.

—No se impaciente; en seguida vuelvo...

Y... ¡claro!... no volví.

He aquí una engañifa que, aunque vulgar, tiene siempre para quien la ejecuta la alegría de un estreno.

Mucho tiempo después volvimos a encontrarnos; pero él nada me dijo; lo que me indujo a suponer que no recordaba mi mala acción o que la había perdonado. Sea como fuere, su gesto me parece lleno de elegancia, de magnanimidad y de cortesía. Recordar es, según los casos, odiar o agradecer, mientras olvidar es elevarse, es colocarse por encima de lo malo y de lo bueno. ¿Olvidar el daño que nos hicieron no es también perdonarlo?...

THAIS

Los invitados a sentarse a la mesa del dios Azar, los cofrades—al par hambrientos y risueños—de Nuestra Divertida Señora de la Pirueta, jamás sabrían explicarnos concretamente de qué insólitas maneras y en virtud de qué flexibles ardides consiguieron ir saliendo victoriosos de su «cuerpo a cuerpo» cotidiano con la miseria. Imposible determinar la circunstancia insoñada, que, fulminante, en la ocasión más crítica les sugirió la trapacería salvadora. Estas zangamangas son a guisa de improvisaciones estupendas, de ocurrencias geniales, que brotan y se realizan como

en un vértigo y luego, con el mismo deslumbramiento que su éxito producen, se olvidan. Los legionarios de la Aventura viven sin saber cómo viven: hoy les salvará un negocio, mañana un empeño, o un amigo dadivoso..., o una mujer..., que bajo todos estos disfraces se disimula la sonriente Casualidad.

En la época a que me refiero, la vida de Ernesto y la mía constituyeron un arquetipo sorprendente de osadía, de oportunidad, de equilibrio...; y tantos problemas resolvimos y de tales encrespados obstáculos libramos victoriosos, y tan acrisolado fué en todas las circunstancias nuestro valor, que harto acreedores somos a que la Historia, haciendo justicia estricta a nuestros méritos, nos adjudique el noble y musical remoquete de «los héroes de la calle Ballu». Al principio, nuestro trabajo bastó, aunque mezquinamente, a nuestras necesidades. Luego, no sé cómo, agraváronse las dificultades que por todas partes, semejantes a las púas de un cilicio, nos oprimían y punzaban: los giros, no muy frecuentes, que nos llegaban de España, empezaron a escasear, y los autores a quienes yo entrevistaba iban agotándose. De los novelistas «de primera fila», descendí a los de «segunda», bastante menos productivos. Forzados por la necesidad, Ernesto y yo introdujimos reformas en «el reparto» que, sin intención, habíamos hecho de París. A la vez, ambos claudicamos, y semejantes a dos sitiados que, de cuando en cuando, realizasen «salidas», él empezó a frecuentar misteriosamente «mi orilla», y yo la suya. En ocasiones, Ernesto me ayudaba en la venta de libros; otras se dirigía al boulevard de Courcelles, donde, frente a los verdores del Parque Monceau, ondeaba el

pabellón de España. Yo, en cambio, ayudado por un amigo llamado Raimundo Priam, que traducía mis artículos al francés, explotaba «la orilla izquierda» publicando crónicas y cuentos en «L'Amour» y en «L'Indiscret». Hasta que al cabo, si no nuestros bríos optimistas, nuestros recursos se agotaron. La casa estaba asegurada todavía; monsieur Ruicarol esperaba, aunque a regañadientes. Pero ¿dónde comer?... Mi «restaurateur» me había despedido, y a Ernesto debía de sucederle lo propio; lo leí una noche en su cara, más ensombrecida que nunca.

Ya no quedaban autores, y la literatura francesa empezó a parecernos despreciable. Empeñamos un reloj y vendimos un diccionario y algunas ropas, con lo cual realizábamos, en cierto modo, un acto de autopofagia, pues enajenando lo nuestro nos devorábamos a nosotros mismos.

Al cabo, el Hambre apareció ante nosotros, augusta, implacable, magnífica; todo lo grande es magnífico... La sentíamos en el estómago, cruel como una garra; y también en las fauces, semejante a una sed; y, finalmente, en el espíritu, bajo forma de niebla; el hambre extremada es gris...

Esta sensación determinaba en nosotros fenómenos opuestos: a Ernesto le deprimía, le inspiraba ideas pacíficas, le envolvía en un manto de resignación. A mí, en cambio—acaso por ser más joven—las ganas de comer me desasosegaban, me enfurecían y me cerraban los dientes.

Una tarde de invierno nos echamos a la calle, porque, según la frase vulgar, el hotel «se nos caía encima». Sin objeto definido, maquinalmente, subimos por la «rue» Blanche, hacia Clichy. Era casi de noche. Hacía un frío intenso, y pronto

estuvimos mojados y calados. Yo sentía que mi abdomen era cóncavo, y que el pantalón se me escurría de la cintura. En la bruma, las luces latían amarillentas y rodeadas de un halo espectral. Llevábamos veinte horas sin probar bocado, y los cigarrillos que íbamos fumando estimulaban nuestro apetito.

—¡Rabio de hambre, Ernesto! — exclamé de pronto—. ¿Y tú?...

Me miró sonriendo, con esa dulzura que dicta a los temperamentos bondadosos la debilidad, y no respondió. La sangre me hervía. Propuse:

—¿Quieres que cenemos?...

Mi invitación le sorprendió.

—Y después—dijo—, ¿cómo pagaremos?...

—¡Ah, no lo sé!... Lo primero, lo capital, es cenar. Luego...

Me sublevaba la idea de que dos hombres como nosotros, inteligentes y laboriosos, se acostasen aquella noche en ayunas. Esto no era lógico, no era justo, y mis energías se rebelaban contra tal atropello: el individuo tiene derecho a revolverse contra la sociedad cuando ésta, fríamente, arbitrariamente y sin oirle, le abandona; o, lo que es igual, le condena a morir. La vida es sagrada, y si no podemos ganarla porque el trabajo nos falte, debemos robarla. En trance tan supremo el robo es, más que una vergüenza, la disculpable realización de un instinto.

Ambulábamos lentamente, cual dos buenos empleados que acabasen de dejar su oficina. Me torturaba el deseo de sustraerme a la niebla pegajosa y de sentarme a comer en un sitio caliente. Lo propio le sucedía a Ernesto, y sin hablarnos, con sólo escuchar el perfecto concento de nues-

tros estómagos necesitados, íbamos poniéndonos de acuerdo en lo de cenar, sea como fuere.

—¿Te atreves?—insistí.

Le miré bien a los ojos, buscando en ellos una decisión, y advertí que tenía el sombrero más vuelto hacia la derecha que nunca. Esta observación cómica nos remozó el humor y nos hizo reir.

—De llevar tú la voz cantante —contestó Ernesto—, hecho; yo te sigo.

Su deso de mantenerse en un «segundo plano», como para asumir la menor parte de responsabilidad en la aventura, me desazonó. Vi en ello un egoísmo. El peligro y la cena debían ser iguales para los dos.

—Nada de cobardías—repliqué—; si yo pido un plato, pides tú otro. De los alimentos, como de las bofetadas o de las complicaciones policíacas que pueda acarrear esta cena «à l'oeil», nos corresponde a cada uno el cincuenta por ciento.

—Pero tú conoces el francés mejor que yo—objetó Ernesto, poseído de repentina modestia.

¡Era cierto! ¡No podía negarlo! Yo hablaba el francés mejor que él.

—Bueno—dije—, vamos; la voz cantante la llevaré yo.

Habíamos llegado a la plaza Clichy, donde la estatua sentada y pensativa de Carlos Fourier mira hacia el boulevard de Batignolles, cual si esperase ver aparecer por él al millonario cuya visita aguardó siempre. Frente a nosotros resplandecía el frontis, cuajado de luminarias, del circo Bostock, y la «rue» Caulaincourt se alejaba bajo la neblina espesa. A nuestra derecha, en la esquina, aparecían tentadoras las vidrieras blancuzcas, como esmeriladas por el vaho, de un «restaurant» económico. ¡Allí estaba la víctima!...

Penetramos en él, y al mismo tiempo, guiados por un deseo instintivo de fuga, nos instalamos en una mesa próxima a la puerta. El establecimiento más trazas tenía de taberna que de «restaurant». Clientela artesana y escasa. Ante nosotros se alargaba el mostrador, de zinc, respaldado por una estantería en cuyos entrepaños se alineaban decorativas, como en una apoteosis báquica, centenares de botellas de colores distintos y silueta diversa. En el mostrador, las mangas de la camisa arrolladas a la altura del codo y las manos chorreando agua, trajinaba un hombre: el amo.

—«Bon soir, monsieur»—le dijimos nosotros al entrar.

—«Bon soir, messieurs»—nos replicó con voz tronitronante.

Inmediatamente acudió a servirnos, y mientras nos daba a leer el «menú» frotó y enjugó concienzudamente el mármol de nuestra mesa. Interrogué a Ernesto:

—¿Qué pedimos?...

Inspiraba mi pregunta, no un sentimiento delicado de cortesía, sino el deseo egoísta de echar sobre mi amigo su parte de culpa. ¿No habíamos acordado realizar el negocio al cincuenta por ciento? Pero Ernesto se esquivaba, y adoptó un aire aborrecible de hombre inapetente.

—¡Me es igual!—suspiró—. Apenas he de comer...

—Al menos ten la gallardía—le repliqué—de mentir en francés.

Así apremiado, me dió, ruborizándose, una contestación bilingüe muy pintoresca, que no comprendí bien. Entonces pedí una buena sopa, un

plato de verdura, otro de carne y una botella de vino.

—«Blanc ou noir?»—indagó el hostelero.

—«Noir»—repuse, acordándome, tal vez, del color de nuestro horizonte.

El cálido ambiente del local nos producía bienestar inefable, y el sabroso olor a guisos que venía de la cocina nos exasperaba el apetito y acaso ponía en nuestros labios ese «rictus» con que el hambre recoge el belfo de las fieras.

Arremetimos contra la sopa, densa y odorante, que el mismo dueño acababa de traer...

—«Voilà, messieurs!...»

Encorvados sobre nuestros platos, llenos hasta los bordes, ingurgitábamos ansiosamente y sin hablarnos. A cada nueva cucharada nos abrasábamos la boca, y teníamos los ojos arrasados en lágrimas. Jamás había visto a Ernesto tan enternecido. Durante los primeros momentos, aquella sopa, digna de ser celebrada en versos homéricos, determinó en nuestros organismos desfallecidos una especie de estupor fisiológico. Nuestros estómagos no creían en su felicidad, tan grande era. Luego reaccionaron, y demostraron su ufanía y agradecimiento enviándonos al rostro abrasadoras oleadas de sangre. Nuestros corazones latían mejor, y, una tras otra, nuestras entrañas entonaron un «resurrexit» triunfal. Cuando, apurada aquella sopa redentora, trasegamos un hondo vaso de vino y nos miramos, nuestras caras, encendidas y como redondeadas, asemejaban dos farolillos de papel. Ernesto, con su sombrero colocado de través, parecía un gendarme borracho.

Lo malo fué que, juntamente con las energías físicas, nuestras conciencias despertaron, y según los estómagos se sosegaban, la voz de aquéllas

tornábase más alta y amenazadora. Si al menos, para regañarnos, hubiesen esperado a los postres...; ¡pero, no!...

—¿Qué hiciste, desdichado?—gritaba la mía—. ¿En qué abismo has caído?... ¿No lo comprendes?... ¿Qué vas a decir luego?... ¿Cómo saldrás de aquí?...

Advertí entonces que el tabernero era un jayán de proporciones hercúleas, y que tenía los brazos musculosos y peludos. Además, la robustez de su cuello y la marinera rudeza de su voz, delataban en él un temperamento irascible. Comuniqué a Ernesto mis observaciones.

—Rato hace que estoy observándole—repuso callandito—, y es un hombrachón terrible. Si te da un puñetazo en el cráneo se le queda la mano dentro.

Estas palabras acabaron de empavorecerme, y comprendí, aunque tarde, que para cenar en aquellas condiciones debíamos haber buscado un tabernero más chiquito. Cohibidos por tantos temores, apenas hablábamos; mas no había remedio para nosotros, pues cuanto mejor engullíamos, con más enfurecida cólera nos mordían y devoraban los remordimientos.

Era un verdadero «drama policíaco» el que se desarrollaba en nuestro interior. Nuestra conciencia era una especie de «sala de Justicia», donde se discutía el castigo a que nos habíamos hecho acreedores: unas ideas oficiaban de jueces; otras ideas, que a intervalos tomaban la palabra para vituperarnos, servían de fiscales; otras, en fin, se presentaban, desaparecían..., resurgían de nuevo, y ora nos acusaban, ora nos defendían: eran los testigos.

Al terminar el plato de verdura, Ernesto y yo

parecíamos dos acusados. Entretanto, la figura del tabernero crecía por instantes; yo hubiese jurado que cuando nos sirvió la sopa no era tan alto. Aquel hombre espantoso engordaba con lo que nosotros comíamos...

En la parte central y somera de la estantería campaba el retrato de una niña rubia, espigadita y muy graciosa.

—¿Quién es esa señorita?—pregunté al tabernero, que acababa de traernos el postre.

El semblante del ogro se cubrió de dulce vanidad.

—Es mi hija, señor; ahora tiene doce años.

Y levantó la cabeza para verla otra vez, orgulloso de su obra.

—¡Preciosa criatura!—exclamé sincero—. Es linda, es elegante, es risueña... ¡Le felicito!... Dentro de poco los hombres se matarán por ella.

Esta frase salvaje, muy española, satisfizo plenamente a mi colocutor y le arrancó una carcajada; comprendí que acababa de serle simpático. En seguida se dirigió al fondo del salón para hablar con una mujer, que debía de ser la suya, y vi que «madame» sonreía gozosa y nos miraba.

Ernesto rezongaba:

—Ganas tienes de perder el tiempo; ¿crees que porque le celebres la hija va a perdonarnos la cuenta? ¡Mírale ahora!...

Hallábase el tabernero de espaldas, esparrancado, los brazos en jarras y mostrándonos, como en un alarde de fuerza, la robustez atorada de su cogote y de sus lomos. Yo le hallaba analogías extraordinarias con el gorila, con el oso, con el rinoceronte..., con los brutos, en fin, más ingentes de la escala zoológica. Aquel tagarote era capaz, a palos, de convertirnos en «tripes à la mode de

Caen», para vendernos. Ernesto había vuelto a ponerse el sombrero, y éste y otros gestos me descubrían sus deseos de huir; sólo un resto vacilante de amor propio le retenía a mi lado.

—¿Tomarán ustedes algo más?—preguntó el dueño.

—Sí; tráiganos usted dos cafés y dos copitas de coñac.

A Ernesto le enfureció este gasto, que consideraba inútil, y yo traté de sosegarle explicándole que unos francos de menos o de más no modificaban nuestra situación: ya el número de puñetazos que habíamos de recibir «estaba escrito»...

Entró en la taberna y se acercó a nosotros uno de esos muchachitos, genoveses casi todos, que inundan París de figuras de escayola. Llevaba entre los brazos una «Thais» bastante grande; un «Romeo y Julieta», «Una ola», un «Beethoven», un «Mozart»... ¡lo de siempre!...; y también un «Voltaire», cuya fina sonrisa parecía un comentario a nuestra cena.

—¿Los señores desean comprar algo?—interrogó suplicante y meloso el chiquillo.

Nuestra respuesta fué negativa, pero él insistió con voz débil y humildosa. Bajo la capa de yeso que le blanqueaba el escuálido rostro, se adivinaba el frío y el hambre que le traspasaban. El pobre niño, de acercarse a nosotros antes de sentarnos a comer, hubiese parecido hijo nuestro.

Estas consideraciones misericordiosas me las sugería, tal vez, la belleza eterna de Thais: aquella en quien el espíritu helénico se hizo carne blanca; la que fué gracia y ritmo; la cortesana que inspiró al dulce Menandro su comedia mejor, y puso en manos de Alejandro, al salir de una orgía, la antorcha con que el macedonio dió la orden

de incendiar a Persépolis; la que más tarde fué reina de Egipto...

El italiano comprendió.

—Quédese con ella, señor; se la vendo barata.

—¿Cuánto quieres?...

—Cuarenta francos.

Lo disparatado del precio no me sorprendió; todos esos vendedores ambulantes de figuras de yeso piden cantidades exorbitantes por lo que, al cabo, cederán casi de balde. Yo conocía esta costumbre.

—Es muy cara—repuse.

—Deme un «luis», señor.

—No.

—Se la dejaré por quince francos.

No le contesté. El chiquillo porfiaba, y yo callaba; pero él no desistía, y colocó a Thais sobre la mesa para mejor interesarme. El busto tendría dos palmos de altura, y estaba bien hecho.

—Diez francos, señor—suplicó el vendedor.

Por descansar de él, repuse:

—Te doy un franco; no dispongo de más.

¡Era cierto: no tenía más que un franco!...

El muchacho, como ofendido en su dignidad, recogió la figura y se encaminó a la puerta; mas apenas había dado algunos pasos, volvió.

—Se la dejo en cinco francos.

—He dicho que no doy más que un franco. Vete.

Hubo un silencio breve.

—Tómela usted...

Recogió el dinero y se marchó. Entonces, Ernesto, que durante todo el largo regateo no había despegado los labios, se puso a rabiar.

—¡Eres idiota!—exclamó—. ¿Para qué has gastado ese franco, con el que hubiésemos podido

comprar tabaco?... La comida te ha embrutecido. Cuando quieras fumar te chuparás un dedo.

No supe contestarle; verdaderamente, lo que acababa de hacer era la negación perfecta del sentido común.

El tabernero se acercaba, risueño, dispuesto a felicitarme por mi adquisición.

—Es bonita—dijo—; yo tengo una así. ¡Cuánto ha pagado usted?

Por papelonear o... «no sé por qué», repuse:

—Treinta francos.

El lanzó un grito de cólera:

—¡Le han robado!.. «¡Tonerre de Dieu!...»

Corrió hacia la puerta con la intención noble de atrapar al vendedor y obligarle a restituirme la demasía. Afortunadmente para mí, el italianito ya había desaparecido. El tabernero volvió.

—A ese muchacho—dijo—ya le conozco; es un pillete. ¡Claro!... Comprendió que eran ustedes extranjeros, y abusó. Todo esto le hace daño a París. Sí, señor, mucho daño; porque después los «turistas» no quieren visitarnos...

El pobre hombre le daba al hecho un aspecto patriótico. Yo repuse con el aire tranquilo de quien no concede demasiada importancia al dinero:

—Como me pidió cuarenta francos, creí que debía ofrecerle treinta, y...

Una inspiración admirable me iluminó el espíritu. Vi claro: estábamos salvados, libres...

—Esta figura—dije—la mandaré dorar y quedará muy bonita. Además, ya que la pagué tan cara...

El tabernero repetía, convencido:

—¡Naturalmente!... ¡Naturalmente!... Dorada quedará muy bonita. La mía es dorada.

Añadí:

—¿Le molestará a usted guardarla hasta la salida del teatro? Mi amigo y yo vamos ahora ahí enfrente, a Bostock, y luego vendremos a tomar un bocadillo...

Lleno de caballeresca buena fe, el hotelero repuso:

—No, señor; no me molesta; vayan ustedes tranquilos, que aquí la hallarán. Vea—agregó jovial—, para evitar que reciba un golpe, la colocaré en este entrepaño, al lado de mi hija... «Là...»

El ingenuo reía. Yo me llevé una mano al bolsillo y le pedí la cuenta; pero, al mismo tiempo, modifiqué mi actitud con un ademán desdeñoso, magistral.

—¡No se moleste!—exclamé—. Después, cuando vengamos a cenar, lo pagaré todo.

El tabernero no desconfió.

—¡Muy bien, muy bien!... Que ustedes se diviertan.

Salimos, y, sin ponernos de acuerdo, echamos a correr por la calle Amsterdam. La niebla encubridora iba cerrándose, piadosamente, detrás de nosotros.

Por eso todavía, después de tantos años, si delante de mí se critica la conducta del hombre que acepta dinero de una mujer, me ruborizo secretamente, porque me acuerdo de que Thais, la cortesana, una noche me dió de comer.

LA INVASION DE LOS BARBAROS

En la total ruina de aquel naufragio, el hostal de la calle Ballu equivalía a una especie de boya

o de leño flotante, gracias al cual ni Ernesto ni yo acabábamos de sumergirnos.

Confesaré, sin embargo, que Ernesto acertaba a defenderse mejor que yo. Juan, nuestro camarero, era casi tan bondadoso como su patrón, monsieur Ruicarol; testigo, además, de nuestra laboriosidad y de la rectitud cenobítica de nuestras costumbres, tenía de nosotros el concepto mejor. Yo nada intenté en perjuicio del pobre Juan, trabajador y ahorrativo; no vi su adhesión, y acaso porque no la vi—seamos leales—no usé de ella. Mi amigo sí la aprovechó, sirviéndose de un miraje que multiplicaba maravillosamente las cantidades.

Ernesto emprendió su tarea asimilativa del modo siguiente:

—Juan, ¿puede usted prestarme quince francos?

La víctima tuvo un instante de vacilación, se rascó la cabeza, y al cabo, cedió.

—Si no es por muchos días...

—Bien; démelos usted.

Y añadió, hidalgo y espléndido:

—A partir de este instante, le debo a usted veinte francos.

—No, señor, quince...

—Quince, no; veinte, pues se los tomo a rédito. Abrame usted una especie de «cuenta corriente», y apunte en su cartera «veinte francos». De no ser así, no acepto nada.

Juan obedeció, y como era codicioso fácilmente un deseo inmoderado de lucro le vendó los ojos. El mentecato imaginaba realizar un buen negocio, y de los dos contrayentes el más satisfecho era Juan.

A los pocos días Ernesto volvió a pedirle dinero:

—Deme usted treinta y cinco francos, y apunte cincuenta.

El camarero se defendió un poco; la ganancia le parecía excesiva. Ernesto, muy erguido dentro de sus chanclos de caucho, repitió, lleno de dignidad:

—Le debo cincuenta francos, que, unidos a los veinte del otro día, suman setenta. Apunte usted lo que le digo.

Otra vez Juan fué obediente, y por este procedimiento, en menos de un mes y sin que Ernesto le hubiese restituído un ochavo, el ingenuo camarero creyó duplicar sus economías; Juan se desvivía por servir a monsieur Ernesto, y éste no sabía prescindir del afecto de Juan. ¡Dios es grande!...

Yo, menos afortunado, vi resquebrajarse mi escasísimo crédito; monsieur Ruicarol, que acechaba por las noches mi regreso, me daba un disgusto diario, y al fin, agotada mi resistencia, recogí mis trebejos de tocador y mi gabán, y me restituí a la frigidísima soledad de la calle Damrémont. ¡Con qué dolor dejé mi refugio de la «rue» Ballu, y qué tenebrosa desolación me invadió la tarde en que repasé, camino de mi antiguo hogar, el viejo cementerio de Montmartre, desde donde el poeta de la bohemia, Enrique Mürger, parecía llamarme!...

Ernesto iba a verme todos los días y solíamos almorzar juntos. Los alimentos yo los buscaba—al fiado, casi siempre—ora en las tiendas de comestibles más próximas, ya en una expendeduría de patatas fritas situada bajo un tinglado de tablas y casi al aire libre, frente a mi casa. En bre-

vísimo tiempo me hallé rodeado de acreedores, y los taberneros, panaderos y carboneros que murmuraban de mí, componían legión. Mi portera también me demostraba enojo, y al saludarme hacíalo entre dientes.

¿Cómo enumerar aquí, sin fatiga del lector, los mil episodios que ilustraron aquellas semanas pintorescas?

Un día logré decidir a un ropavejero, vecino mío, a comprarme por tres francos un sombrero «cordobés», asegurándole que debía guardarlo para sí, pues le estaba muy bien. Otro día, mientras Ernesto descansaba sobre los libros que me servían de camastro, empecé a escribir un artículo; olvidéme de las lentejas puestas al fuego, la olla, que era de porcelana, se rompió y nos quedamos sin comer... Pero la desgracia perdía el tiempo con nosotros, pues estos azares, más que acobardarnos nos divertían, y sobre el dolor cotidiano, la risa, la divina risa, levantaba su canto de alondra.

Una mañana acordamos vender lo único enajenable que quedaba: una media vajilla adquirida por mí en días mejores, pero que en aquellos momentos en que el tubo digestivo empezaba a oxidársenos por falta de uso, no nos servía de nada. El ropavejero que compró mi sombrero «cordobés» la querría, seguramente. Ernesto se dispuso a ir en su busca.

—No hagas tal—le dije—, pues no vendría hasta el anochecer; durante el día, como está solo, no puede moverse de la tienda. Es preferible que la loza se la llevemos nosotros.

—Y cuando vea nuestro interés en venderla la pagará peor.

—Sí, comprendo...; pero... ¿qué haremos, si no?

Ernesto movía la cabeza indeciso; calculaba la longitud extremada de la escalera y no se reconocía con ánimos para emprender su descenso. Ya he dicho que habitábamos en un piso quinto...

—No sé—dijo—si tendré fuerzas para ayudarte.

—Las tienes—repuse—; cuenta, además, con las energías que ha de infundirte la desesperación.

Tanto para no fatigarnos bajando y subiendo varias veces, como para exhibir menos nuestra pobreza, estimamos preferible transportar toda la loza de una vez. Con esta intención, en el recibimiento, que era ancho, extendimos «mi sábana»—no puedo decir «una», porque no había «otra»—, y sobre ella comenzamos a disponer, convenientemente clasificadas por rimeros, las distintas piezas de la vajilla.

—¿Crees tú—insistía Ernesto—que la sábana resistirá?

Yo creía siempre, y la faena siguió adelante: aquellos objetos, con el polvo que los cubría, testimoniaban la prolongada ociosidad en que estuvieron. Su capa de polvo valía un epigrama.

Cuando todo estuvo colocado, tratamos vanamente de atar, unos a otros, los cuatro extremos de la sábana, demasiado pequeña para tan considerable montón. Ernesto volvió a descorazonarse.

—¿Ves?... ¿Te convences?... ¡No es posible!...

Pero yo, genuinamente español—quiero decir, imprevisor y tozudo hasta la médula—, le enfervoricé de nuevo.

—¿Qué importa que las puntas no puedan atarse? Tú coges bien dos de ellas, que yo cuidaré de las otras dos; a falta de nudos, aquí están nuestras manos.

Así se hizo, y bromeando y jadeando sacamos la

pesadísima impedimenta al rellano de la escalera. Era ésta tan pendiente y retorcida y casi tan estrecha como la del Hotel Meublé de la calle Ballu; pero tenía sobre aquélla la ventaja de hallarse alfombrada y exornada por un zócalo de tela. La luz que penetraba por las ventanas, de cristales policromos, abiertas sobre el patio, la bañaban en claridad lechosa.

—No me gustaría—mascullaba Ernesto—que nos viese ahora ningún vecino; con razón nos llamaría dropes; esto es una vergüenza.

Se había encajado bien el sombrero, dispuesto a forcejear. Yo cerré la puerta del cuarto y me eché la llave en el bolsillo. Antes de emprender la tarea nos miramos, no muy seguros de nuestra resistencia. Abajo, en el silencio, resonaba el risrás de la escoba porteril.

—¿Vamos?—consulté—. Iremos despacito...

Empuñó cada cual dos extremos de la sábana, izamos el lío y comenzamos el descenso. Para Ernesto, por su menor estatura, la empresa revestía mayor dificultad; la carga arrastraba un poco de peldaño en peldaño, y él tenía la culpa. La cristalería se entrechocaba; los platos parecían cuchichear y podían quebrarse. Habíamos ganado el primer tramo.

—Levanta un poco—ordené.

El repuso, casi ahogado por el esfuerzo:

—No puedo más.

—¡Animos, hombre!... ¡Arriba!... ¿Estás hecho de migas de pan?

—Te digo que no puedo... ¡puñales!...

Le vi congestionado, y me pareció que el sombrero empezaba a darle vueltas. Para colmo de desventuras, nuestra torcida suerte habíale colocado en la parte más próxima a la barandilla, allí

donde la escalera formaba su espiral, y los chanclos apenas le cabían en la angostura de los peldaños; todo lo cual, de pronto, me causó mucha risa.

Por entre sus dientes apretados Ernesto me gritó, iracundo:

—¡No te rías, necio!...

Recomendación inútil; su misma cólera me aflojaba los resortes de la hilaridad.

—Si no quieres que me ría—le dije—, quítate de la cabeza esa tuerca.

En aquel momento inolvidable a Ernesto se le escurrió una de las puntas de la sábana e instantáneamente, por la enorme abertura, toda la loza se escapó. El lienzo, deshinchado súbitamente, quedó en mis manos alaciado, surcado de pliegues verticales, tal que una vejiga rota. De las cuarenta y tantas piezas que componían la vajilla, las copas, el sopero, las fuentes ovaladas, los fruteros, las salseras..., cuanto por su forma no podía rodar, finó allí mismo con escandaloso estrépito, y quedó a nuestros pies reducido a añicos. Pero los platos, la mayoría de los cuales acertó a caer de canto, emprendieron intactos escaleras abajo, carrera velocísima.

Pasados los dos o tres segundos primeros de estupor, mi cómplice y yo, instintivamente, pues toda diligencia en tales circunstancias era baldía, nos lanzamos en persecución de la vajilla fugitiva. ¡Imposible alcanzarla!... Aquellos platos parecían ruedas, y sobre la alfombra oscura sus siluetas blancas escapaban con una ufanía de rebaño en libertad. Corrían todos paralelamente y produciendo, al tropezarse, un rumor alegre. Como en los hipódromos el caballo «que toma la cuerda», así en aquella carrera inverosímil los platos

inmediatos a la curva del muro parecían dirigir y regular la huída de los otros. Ernesto y yo, mudos de asombro, la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, a cada momento nos llevábamos las manos a la cabeza, estupefactos ante tal prodigio.

Nuestra vajilla tenía algo de ejército, y más que para la recogida existencia del hogar, fabricada parecía para las rudas gestas al aire libre. Un inexplicable espíritu estratégico presidía su avance conquistador. Había «platos-soldados» que obedecían y «platos-oficiales» que mandaban. Los «soperos», panzudos y más pesados que sus hermanos, rodaban a retaguardia y eran como las tropas de Artillería y de Intendencia; delante marchaba la Infantería: los platos «llanos», numerosos y ágiles. La vanguardia la componían los platos «de postre», de los cuales uno—especie de abanderado intrepidísimo—corría delante, señalando el camino. Al llegar a los rellanos, algunos tropezaban con los dinteles de las puertas, y allí encontraban gloriosa muerte. ¿En qué batalla no hubo víctimas?... Pero los demás proseguían su avance ágilmente, armoniosamente, con ritmo seguro, como si la escalera les hubiese transmitido la gracia de su espiral.

Yo, mientras corría tras ellos, iba pensando en el célebre cuadro de Checa «La invasión de los bárbaros», y reveía la terrible fiebre de multitud en marcha que en él puso el artista: recordaba el brillo de las espadas vengativas, las figuras de los jinetes, musculosos y semidesnudos, curvados sobre los poderosos caballos lanzados al galope; el terror de las Vestales y, al fondo, las siluetas blancas, ungidas de gracia, de las estatuas que adornaban el pórtico del templo de Jano. El pla-

tillo «de postre» a que antes me referí emulaba, asimismo, al «bárbaro» que en el lienzo de Checa marcha delante, la lanza baja, codiciosa, rastreando el suelo como una raqueta.

Así llegamos todos al zaguán, donde la portera, apoyada sobre el mango de su escoba, inmóvil, con algo de estatua también en su severísima quietud, veía descender los platos en espumeante catarata y estrellarse a sus pies; porque casi todos allí acabaron, con un estallido doloroso que podía equivaler al «Ave, Imperator, morituri te salutant», de los gladiadores.

—«Oh, la, la!»—repetía la mujer—. «Mais qu'est-ce que c'est?...»

Tras los platos llegamos nosotros.

—Ya está usted viéndolo, señora: ¡la «débâcle!»

Avergonzados, no nos atrevimos a recoger las pocas piezas que libraron intactas, e invitamos a la portera a quedarse con ellas, lo que la suavizó el humor notablemente.

Al ir a poner el pie en la calle, Ernesto, que marchaba delante, retrocedió.

—Ten cuidado—musitó—; escóndete...

—¿Qué sucede?...

—El vendedor de patatas fritas acaba de abrir su tienda, y está mirando hacia acá.

El peligro no era grave: la experiencia nos había enseñado a esquivarlo. Esperamos unos instantes resguardados por el dintel de la puerta, y cuando pasó el tranvía de vapor que iba en dirección a la plaza Clichy, al amparo de sus dos coches echamos a correr sin ser vistos.

UNA NOCHE FELIZ

Aquel día, no sintiendo deseos de escribir, ni de andar, ni siquiera de comer, lo pasé acostado en mi camastro, al que la venta reiterada de libros había quitado buena parte de su densidad. Anochecido, me levanté, y, mientras me afeitaba al resplandor de una vela, me preocupó la idea de que Ernesto no hubiese ido a buscarme. Dos días hacía que nada sabía de él.

—¿Estará enfermo?—pensé.

Ya vestido, me acerqué a un balcón, contra cuyos cristales apoyé mi frente, más preocupada y taciturna que otras veces. El silencio y la oscuridad parecían oprimirme los hombros. Estaba triste; tenía frío. ¿Dónde cenar?... De bonísima gana me hubiese lanzado a la calle; pero... ¿con qué objeto?... Me sabía olvidado de todos, aislado, sin finalidad, y esta reflexión me desmoralizaba. Larguísimo rato permanecí así, las manos en los bolsillos, el alma indiferente y como dormida, inmóvil ante la ventana iluminada flojamente por la claridad que subía de la calle. La vela, colocada sobre una mesita—que antes fué de cocina y ahora era de despacho—, ardía melancólica detrás de mí. Ella constituía lo único caliente, lo único vivo que había a mi alrededor, y en torno de los dos la tiniebla, con alas de murciélago, acechaba muda, paciente, cual esperando a que la vela se consumiese. Lector: aunque ignoro si eres bueno o malo, mi corazón, por lo mismo que ha sufrido bastante, no te desea ninguna noche así...

De improviso—¡oh, alegría!—vibró el timbre de la puerta.

—¡Ahí está Ernesto!—exclamé.

Corrí a abrir y me encontré delante de una joven de mediana estatura, rubia y delgada, envuelta hasta los ojos en un abrigo negro.

—Soy Elena—dijo.

«Elena—repetí mentalmente—, la amante de Ernesto...»

Y repuse:

—¡Ah, sí!... Pase usted...

Entró rápida y sin darme la mano; su respiración era anhelante, lo cual no me sorprendió, pues la escalera, por lo empinada, retorcida y fatigosa, parecía una «fantasía» alpina.

—¿Dónde puedo descansar?—agregó.

—Aquí, señora.

La guié al despacho, donde la vela continuaba ardiendo, y la ofrecí «mi silla». Ya he dicho que en mi extremadísima pobreza, para designar aquella silla he de servirme forzosamente del adjetivo posesivo «mi»...

Elena tomó asiento y se desabrigó un poco. Parecía muy agitada; tenía los ojos asustados y descolorido el rostro. No la juzgué fea, ni tampoco bonita. Después la vi mirar a su alrededor, sorprendida de hallarse en una habitación tan minuciosamente desamueblada. Yo me había sentado cerca de ella, en una maleta, y los tres—ella, yo y la vela—debíamos de componer un terceto muy extraño.

Pregunté, por romper el silencio:

—¿Ha visto usted a Ernesto?...

Suspiró y con la cabeza dijo «sí». Añadí:

—Hace días que no sé de él; temía que estuviese enfermo...

—Yo—repuso—le he dejado hace un momento.

Vengo huyendo de él. Ernesto es un hombre terrible.

Su declaración, por lo insólita, me hizo gracia: me imaginaba a mi amigo con su parva estatura, sus chanclos de caucho y su sombrero giratorio, y me eché a reir. Esta hilaridad molestó a Elena.

—¡Ah, sí, sí!—insistió—. Usted no le conoce bien; Ernesto no puede negar su nacionalidad española: es sanguinario, cruel..., es «une fauve»... En su cuarto de la «rue» Ballu he pasado la tarde. ¡Qué disgusto! Ernesto es brutal, es celoso...; ha querido pegarme...; mejor dicho: me ha pegado...

Hice un gesto de duda. Ella porfió con apasionada energía:

—¡Sí, sí!... ¡Se lo juro!... Me ha pegado...; usted no le conoce..., y aquí, donde usted me ve, estoy temblando de miedo porque le creo capaz de haberme seguido...

Se levantó y se acercó al balcón para mirar la calle. Un ademán bastante usado, de teatro. Después volvió a sentarse y quiso informarse de lo que yo haría si Ernesto nos sorprendiese allí.

—Pues, sencillamente—repuse—, le agarraría por la entrepierna y le tiraría por la ventana. Hace años, cuando llevaba barba y vestía de levita, no me hubiese atrevido; pero ahora, sí.

—Yo quiero a Ernesto—declaró Elena—; le quiero mucho, se lo aseguro; pero no puedo resistirle... Yo, antes de conocerle, tenía un amante... Un amante viejo..., que me protegía... ¿Lo sabía usted?...

—Mis descubrimientos nunca fueron tan lejos, señora; sabía que estaba usted casada...

—Exacto; yo soy casada y tenía un amante, español también, cuando conocí a Ernesto...

—¿Y sigue usted con los tres, naturalmente?—interrumpí.

—Sí... ¡Bah!... ¿Qué hacer, si ninguno quiere dejarme?

Hubo un silencio, que aproveché para admirar la conducta de aquella criatura, llena de misericordia. Elena había vuelto a aproximarse al balcón, no con el temor, sino «con la esperanza»—creo yo—de que Ernesto la hubiese seguido. El lance empezaba a parecerme un poco cómico; además, la alimentación deficiente de aquellos últimos días me impedía colocarme a la noble altura del drama.

—¡No comprendo la actitud de Ernesto!—exclamé.

Ella apoyó solícita:

—¿Verdad que es absurda?

—De un absurdo indiscutible; podemos estar celosos de un hombre; pero de dos, no, porque el verles—al uno con respecto del otro—en la misma situación aflictiva en que nosotros estamos, debe consolarnos. «Mal de muchos...» ¡Ya sabe usted!...

Mi colocutora me miró con cierto interés; acababa de juzgarme un hombre comprensivo, cómodo; un hombre «que se hace cargo»...

—Pues Ernesto no acepta eso—prosiguió—, y esta tarde creí que me mataba. Primero me cogió así, de las muñecas... Luego trató de apretarme la garganta, y me golpeó... ¡Le juro a usted que me golpeó!... «Oh, la, la!...» ¡Tuve un miedo!...

—Tranquilícese usted, señora—exclamé riendo—, y crea que, en el estado de debilidad en que Ernesto y yo nos hallamos, cualquier acto de violencia que intentásemos carecería de gravedad.

Pero ella aseguraba que Ernesto era «une fau-

ve» que la había «brutalizado»..., y por galantería aparenté creerlo. Acerca de esto charlamos mucho, y como el asunto no me interesaba empecé a pensar:

—¿A qué habrá venido esta mujer? ¿Qué me importan a mí sus asuntos?... ¿Intentará desquitarse conmigo del mal rato que Ernesto la ha dado?... ¿Querrá pasarse «a la orilla izquierda»?...

Elena manifestó deseos de conocer mi casa, y yo la complací, mostrándole las habitaciones una a una. Mi colchón de libros la hizo reir a carcajadas. Después volvió a hablarme de Ernesto.

—Le tengo pánico—repetía—, le aborrezco, y al mismo tiempo le adoro... ¿Qué me aconseja usted hacer?... Por su culpa me veré obligada a regañar con mi otro amante, tan bueno... Estoy loca; si mi marido no me esperase, yo me quedaría aquí... Pero... ¡no puedo!... He de irme... «Mon Dieu!...»

Se dolía de haber perdido un amante y hablaba de quedarse conmigo. Aquella criatura, evidentemente, padecía la obsesión del número «tres».

—Señora—la dije—, si es cierto el amor que asegura usted experimentar por mi camarada, yo me obligo a reconciliarla con él esta misma noche.

A Elena el semblante se la iluminó.

—¿Sería posible?

—Se lo aseguro; se lo juro.

—¿Qué debo hacer?

Mi situación de «amable componedor» me permitía hablar libremente, y repuse:

—Es cuestión de dinero. ¿Tiene usted dinero?

—Algo... No mucho... Fijamente no sé cuánto.

—Registre usted su portamonedas. Conviene precisar...

Acababa de concebir la esperanza de cenar bien. «Si, merced a mi intervención—me dije—, ellos hacen las paces, justo será que yo me cobre de algún modo la felicidad que les doy...»

Elena vació su bolso sobre el regazo, y empezó a contar; tenía cerca de treinta francos.

—¿Cree usted que habrá bastante?

—¡Sí, alma candorosa!—exclamé levantándome—. Por esa cantidad yo la presento a usted a Ernesto más dócil que un guante. Mi amigo la quiere a usted... ¡Me consta!... El adora en usted... Lo que sucede es que come poco, y la debilidad le agria el carácter. Ahora, deme usted ese dinero... ¡y vámonos!...

—¿Adónde?

—A preparar una cena opípara, y a ver a Ernesto.

—¡A ver a Ernesto!—repitió aterrada—; ¿está usted loco?... Imposible. Si nos viese juntos nos mataría. También tiene celos de usted... ¿No se lo ha dicho?...

Yo apagué la vela, y cogiendo a Elena por el talle cortesmente la empujé hacia la puerta.

—¿Que Ernesto va a matarnos? ¡Calle usted, inocente! Esa «fauve» que usted dice, en cuanto le demos a oler las tres raciones de «jambon froid» que vamos a comprar... ¡se pone de rodillas!...

Salimos a la calle, barrida por un viento helado. Elena miraba a un lado y a otro, buscando a «su hombre».

—No está...—suspiró decepcionada.

—¿Cómo quiere usted que esté—repuse—, si es «une fauve»?... ¿Cree usted que haya ningún tigre capaz de resistir esta temperatura?... Déjese usted de folletines y apriete el paso.

En las tiendas que íbamos encontrando compramos los mariscos y fiambres que habían de componer el ágape que ya llamábamos «del perdón»: ostras, langostinos, jamón, cabeza de jabalí, queso de varias clases, dulces, pan abundante y dos litros de vino. Pertrechados así, llegamos al hotel de la «rue» Ballu.

—Vaya usted delante—me decía Elena, que no renunciaba al drama—, y si Ernesto quisiera pegarme, sujételе bien mientras yo escapo.

Como la puerta de la habitación «del tigre» estuviese entornada, nos metimos por ella de rondón y sorprendimos a Ernesto paseándose nerviosamente sobre el silencio fantasmal de sus chanclos. En su andar callado había, efectivamente, algo felino.

—¡Hola, Ernestín!—exclamé, deseoso de desarmarle pronto—. Mira quién viene conmigo y lo que te traemos. Por mucho menos renunció Adán al Paraíso.

Ernesto, atónito, se plantó delante de nosotros en una actitud digna, cerrándonos el camino y asaetándonos con miradas furibundas.

—¿Tú con ella?—rugió corajudo—. ¿Pero conocías a esta mujer?...

—Desde hace un par de horas.

—¿Dónde?... ¿Cómo?...

—En mi casa; ha subido a verme...

—¡Ah, la miserable!—interrumpió—. Subió a pasar la tarde contigo, y...

—¡Nada!—le atajé—. ¡Nada de conjunciones copulativas!... Los dos hemos perdido el tiempo hablando de ti, y el resultado de nuestra conversación son las vituallas que aquí ves.

Le ofrecía el paquete de los dulces y el cucurucho de los langostinos, los dos objetos más livianos

e inofensivos del menú, por si me los arrojaba a la cabeza. Elena, entretanto, no salía de detrás de mí.

—¡Ea, señora! — la dije —. El peligro pasó; la «fauve» empieza a humanizarse; prepare usted la cena. Para amansar a las fieras, nada tan decisivo como una abundante alimentación.

Entonces ella, por primera vez, se atrevió a hablar, la mirada sumisa, el ademán monjil:

—«Bon soir, monsieur Ernesto...»

El, furioso y magnífico, no contestó al saludo. En aquella escena de «tercer acto» dos sentimientos, igualmente dramáticos—el desprecio y el odio—, le sacudían, y comenzó a administrarlos del modo siguiente: para ella, el desprecio; el odio para mí. Quiso saber cómo habíamos podido comprar todo aquello.

—Elena, la pobrecita, me ha dado treinta francos.

—¡Ah!... ¿Y no te sonrojas de pedirle dinero a las mujeres?

—No en el presente caso: porque Elena y yo somos amigos, y la amistad no prohibe estas mutuas protecciones económicas.

Ernesto, turbado por la debilidad y los celos, me cubrió de palabras desagradables.

—¡Podéis coméroslo todo..., todo!...—vociferaba—. En cuanto a mí, no probaré bocado.

—Como gustes...

Elena, que no comprendía el español, me preguntaba a cada momento:

—«Qu'est-ce qu'il dit?... Mais qu'est-ce qu'il dit, mon Dieu?...»

—Dice—contestaba yo con la exactitud que suelen poner algunos literatos en sus traducciones—

que está rabiando de hambre y que la quiere a usted más que a su corazón.

Sin otras ceremonias me senté a la mesa, me serví, para despabilarme el paladar, un buen vaso de vino, y empecé a comer; abrí las ostras, sobre las que dejé caer algunas gotitas de limón; luego arremetí contra los langostinos, de carne crujiente y blanca.

Elena y Ernesto, que permanecían en pie, comenzaron a insultarse.

El.—De aquí vamos a salir a puñaladas los tres.

Ella (*feliz*).—¡Oh, calla!... Me haces sufrir mucho... ¡Bien sabe Dios que yo no quería volver a verte!

El (*sacudiéndola con sus escasas fuerzas por un brazo*).—¡Dime lo que esta tarde no quisiste decirme!... ¡Habla!... ¿Dónde y con quién estuviste anoche?... (*Claudicando un poco.*) No como hasta saberlo.

Yo (*que empezaba a sentir los efectos del vino*).—De no mataros en seguida, os aconsejo poneros a cenar; el jamón está exquisito.

Ellos no me hicieron caso, y yo continué engullendo y bebiendo. ¡Pocas veces gocé de tan admirable apetito!... Además, los incidentes de aquel pequeño drama me divertían.

—Seguid, hermanos—repetía—; seguid así... Para vosotros, el amor, los celos..., las bofetadas y los besos, que a veces saben a lo mismo...; y para mí, la mesa... ¡Lúculo me parece más sabio que Dionisios!...

Cuando, terminada mi colación, me puse en pie, estaba perfectamente borracho. De los dos litros de vino que había comprado, uno «estaba difunto». Sentí que mis rodillas se doblaban, y un inefa-

ble bienestar me cerraba los ojos. Vacilando, me dirigí a la cama. Detrás de mí oí gritar a Ernesto:

—¿No te da vergüenza?... ¡Di!... ¿No te da vergüenza?

No le contesté, y mi alma se inmergió dulcemente en el sueño. Debía de haber transcurrido mucho tiempo cuando sentí que manos egoístas me sacudían. Entreabrí los ojos, y en pie, delante del lecho, vi a mis dos amigos. Ambos, cada cual en su idioma, me rogaban lo mismo:

—Levántate—decía él.

—Levántese usted—decía ella.

No me moví, ni siquiera me inquieté; había perdido el sentido de la cortesía. Al fin pude articular algunas palabras.

—¡Ah, sí!... Habéis cenado, ¿eh?... Habéis hecho las paces y ahora queréis acostaros juntos..., ¿verdad?... ¡Claro!... ¡Lo natural!...

Ernesto, a poder, me hubiese arrancado del lecho a viva fuerza; pero sus energías no alcanzaban a tanto. De nuevo le oí suplicar:

—Hombre... hazte cargo... Elena tiene frío... Son las tres de la madrugada... ¿Dónde vamos a pasar la noche?

No respondí; había vuelto a dormirme. Cuando desperté era ya de día y estaba solo.

....

El lector acaso piense:

«¿Y así termina esta narración?»

Sí... ¿Por qué no?...

La tarea del maestro Dickens, esforzándose en explicarnos cómo acabó cada uno de sus tipos, me parece inútil. Copia de la realidad deben ser los libros, y nuestra vida, a no ser en la muerte, no concluye: sigue...

IX

Otras andanzas madrileñas.

DULCES MEMORIAS

Llegamos a la estación de Liria—Margarita y yo—a media tarde; con nosotros venían dos amigos míos de Valencia. Emilio Dolz nos aguardaba en el andén, embozado en una amplia manta de viaje, ingenuo, simpático y cetrino, bajo su gorra de automovilista. Al salir de la estación subimos todos a una tartana que nos llevó a través del pueblo, rebrincando sobre los baches de las calles, pintorescamente pendientes. Mi compañera parecía un poco triste. Yo comprendía aquel momento de su almita temprana: era la emoción casi mística, poblada de recuerdos de infancia, que invade a los espíritus aventureros y sentimentales en la blanca quietud de los pueblos pequeños.

Echamos pie a tierra frente al domicilio de Dolz, y franqueamos el portal, de paredes enjalbegadas pulcramente y adornadas con cromos sencillos. Al fondo, junto al muro, estaba el pozo, y a la izquierda una gran chimenea. Atravesando la cocina, llegamos al despacho de Emilio, amue-

blado con sobriedad austera. Por las ventanas se divisaba un buen trozo de campo sembrado de olivos. Abajo, lamiendo los cimientos de la casa, las aguas de una acequia pasaban murmurando, como despidiéndose de todas las piedras de la orilla.

Margarita repetía, cruzada de brazos ante el paisaje:

—¡Qué bonito es esto!...

En ciertos momentos no hay poema que iguale la elocuencia, llena de alusiones al pasado, de una exclamación vulgar. Sin duda, el flujo de remembranzas pueriles continuaba bajo la bóveda dorada de sus cabellos. Yo murmuré en su oído:

—Fíjate mucho en todo, para que lo recuerdes bien más tarde... cuando ya no estemos juntos...

Me miró; por sus labios finos había divagado una sonrisa que expiró en seguida; sus ojos resignados no afirmaron ni negaron, demostrándome con ello que sus diez y nueve años poseían ya la convicción desolada de que la vida es mutación, ingratitud, olvido, renovamiento.

Para distraernos, Emilio cogió su escopeta y salimos al campo. El paseo fué corto, y durante él jugamos como niños. Cuando volvimos a casa de Dolz era casi de noche; en el cielo límpido brillaban muchas estrellas y un viento frío y seco nos mordía el rostro.

Mientras la cocinera preparaba la mesa, nosotros, instalados ante la chimenea, dirigíamos hacia ella, con un gesto de súplica, nuestras manos ateridas. De soslayo observé a Margarita: estaba absorta, los ojos fijos en las llamas que bailaban sobre los trozos de encina: su rostro pálido tenía el

perfil del arrepentimiento; seguramente recordaba que en su casa, siendo ella niña, había otra chimenea igual... Terminada la cena, que fué alegre y copiosa, salimos a la calle para buscar alojamiento en la única posada que había en el pueblo. Caminábamos despacio y apretándonos bien el uno contra el otro; el viento zumbaba. Difícil olvidar aquel cuadro: aquellas calles desiertas, pendientes, reverberando bajo el esplendor lunar; aquellas casas blancas, con sus puertas y postigos herméticamente cerrados, pequeñitas y como agachadas para mejor esquivar la cruel flagelación del huracán que aleteaba en la inmensidad brillante de la noche...

La posada estaba en la plaza, junto a la iglesia. Empujamos la puerta y la ventera, informada de lo que necesitábamos, apresuróse a enseñarnos, a la claridad de un candil, nuestra habitación.

En seguida Margarita empezó a desnudarse, en tanto se reía de nuestro lecho pueblerino vestido de sábanas burdas, buenas para cuerpos rústicos y cansados. Yo también me acosté. El viento bramaba en la calle, impetuoso, agarrándose a las fallebas de las ventanas, sacudiéndolas corajoso, cual si quisiera abrirlas...

La serenidad de aquel cuartito, las impresiones recogidas en el campo durante la tarde, la bebida tal vez, sugirieron en mi compañera evocaciones ingenuas y pueriles. Me habló de su aldea, de cómo siendo todavía muy pequeña, su padre la sentaba sobre la mesa del comedor, bajo la lámpara, para que leyese en voz alta un periódico. También describió la agonía de un hombre a quien vió morir de una puñalada, y tembló recordando los gritos con que desgarró el silen-

cio de la aldea, durante aquella noche terrible, la madre del muerto...

Hablaba sin artificios, cual si su alma fuese pasando desnuda de unos años a otros.

Semanas antes, yo, cediendo a una impolítica curiosidad, la había dicho:

—¿Quién te llevó al pecado?...

No quiso responder y un gesto malo contrajo su rostro. Pero ahora era ella quien, espontáneamente, deseaba revelarme aquel secreto. Acaso los alaridos del viento que sacudía nuestra ventana fué induciéndola a esta confesión.

—Tengo el capricho—balbuceó—de pasar contigo una noche de tormenta en el campo.

Repuse, esperando una explicación:

—¿Por qué dices eso?

Calló, la mirada fija, los labios nerviosamente cerrados. Yo añadí:

—Bien... cuando quieras. Así te ayudaré, seguramente, a espantar de la memoria un mal recuerdo.

No me equivoqué. Poco a poco, Margarita empezó a hablar vagamente, deshilvanadamente, como en sueños:

—Hace tres años llegó a mi pueblo un hombre que había viajado mucho; era amigo de mis hermanos y trabó relaciones conmigo, sin que mi familia lo supiese. Era moreno y cruel... tenía el mirar muy duro, como la voz... y la barba muy negra...

Se detuvo, pasándose una mano por los ojos y estrechándose contra mí, como pidiéndome amparo contra la imagen odiosa del violador. Luego, prosiguió:

—La estación del ferrocarril dista de mi pueblo poco más de media legua. Una noche salía yo

de la estación, donde uno de mis hermanos está empleado, cuando mi novio me abordó. Llovía; él abrió su capa, cubriéndome con ella; su brazo rodeó mi cuello. La diligencia que va desde la estación al pueblo iba a partir; yo quise subir al coche; él me detuvo. «Espera—dijo—iremos a pie y así podremos hablar despacio; yo te acompaño». Obedecí. Delante de nosotros, bajo la oscuridad de la noche, la carretera amarilleaba débilmente; el viento silbaba entre los árboles. Momentos después la diligencia nos alcanzaba y el reflejo de sus faroles nos bañó unos segundos y perdióse pronto en la distancia fangosa y oscura. Entonces, repentinamente, me consideré perdida; presentía lo que iba a suceder... lo que sucedió... Mi novio me empujaba hacia el bosque; yo cedía y mis pies se hundían en el barro. «No puedo casarme contigo—decía—porque me han asegurado que perteneciste a otro hombre». Yo repuse, sollozando: «Eso es mentira». Y él contestó: «Pruébamelo...» Nos sentamos al pie de un árbol; yo estaba arrecida; la humedad de la tierra me penetraba; el vendaval sacudía los árboles; la lluvia empapaba mis cabellos. ¡Qué miedo! Yo no veía nada... ¡nada!...

Rompió a llorar y yo, poseído de un celoso dolor, la abracé estrechamente, como para arrancar de sus huesos el frío de aquella primera caída. Hablamos del porvenir, ella lloró y rió, y cuando ya parecía consolada volvía a llorar. ¡Qué extraña noche! El huracán zumbaba en la calle; por las rendijas de las ventanas la luna filtraba hilillos sutiles de luz.

A cada momento Margarita me excitaba a acordarme bien de estos pormenores.

—Te servirán más tarde—decía—para escribir algo...

De aquel idilio, breve como una puesta de sol, sólo queda esta huella: un retrato mío dedicado así: «A mi amada Margarita Aguirre. En una posada de Liria, una noche de viento y de luna.»

....

Y transcurrieron seis o siete años.

Cierta mañana, en la redacción de aquella revista que yo fundé y se llamó «El Cuento Semanal», recibí una postal anónima y sin fecha, que llevó a mi distraído corazón el aroma de estas palabras:

«Una noche de viento y de luna»...

Nada más.

Porque «Ella» debió de decirse:

«Si se acuerda de mí, ¿para qué firmar? Y si me olvidó, ¿para qué firmar?»

¡Ah, la dulce, la delicada, la cosquilladora alusión al ayer perdido!...

Mujer: por humilde que sea tu condición intelectual, ¡qué enorme caudal de poesía hay siempre en ti!...

JOAQUIN SEGURA

Nos conocimos en la Universidad Central, bien mozos los dos. Era de estatura mediocre, vestía atildadamente y calzaba siempre botas de charol. Brummel le hubiera tenido por amigo. Se llamaba Joaquín Segura. Para entrar en la Vida había madrugado mucho, y la experiencia infundió precozmente a su cara las elegancias del desencanto y de la agudeza. Hablaba espiritualmente y accio-

naba poco; diríase que no cesaba de observarse y que su vigilante conciencia así le pulía los pensamientos como le acicalaba los ademanes. Sabía escuchar y ceder, y ahorrarse una contestación con una sonrisa; también sabía imponerse. De Almería, su tierra, conservaba el donaire andaluz, y de Extremadura, donde se crió, la decisión y la entereza. Era femenino y era violento. Tenía el gesto de terciopelo y de hierro la voluntad. Sus manos blancas, de uñas cuidadísimas—unas manos de abate galán que durante mucho tiempo, al levantarse, se suavizaba con leche—no obstante su delicadeza, a presentarse la ocasión, hubiesen matado.

El tiempo, las emociones, las contrariedades, fueron exagerando los rasgos aguileños de aquel rostro, lleno por igual, como el de Maquiavelo, de clara inteligencia, de travesura y de sutil osadía. Tenía el pelo castaño, los ojos zarcos, muy penetrantes, muy astutos y de un azul tan diáfano que se perdía en el gris; la nariz, larga y corva, nariz de pirata, dominadora, desvergonzada y sensual; el bigotillo, rubio y parco; los dientes blancos, pulcros y bien sembrados, como los de una mujer. Unas arrugas profundas, aquellas por donde ruedan las pasiones y las melancolías—las arrugas que entristecen la gran risa del señor Polichinela—dieron mayor expresión a su nariz y a sus pómulos más relieve. El mento avanzó. Su cara, poco a poco, por obra de la Vida, se convertía en careta.

De Joaquín Segura puede decirse que, en la época en que comenzó nuestra amistad, vivía «de la promesa de recibir cincuenta duros». Esta «promesa» por él inventada para oponer algo a las exigencias de sus acreedores, le permitió subsis-

tir; sin empleo, cerca de quince años. En tan dilatado lapso de tiempo nunca se mostró triste, ni descuidó en un ápice el riguroso afeite de su persona. Probablemente más de una noche se acostó en ayunas aquel mi gran hermano; mas no por ello dejaría de llevar los zapatos muy relucientes y muy cepillado el traje, y muy alindada la dentadura, y la corbata con muy señoril solicitud anudada y prendida. Le llamábamos «Segurita». Como los famosos pícaros de Mateo Alemán, de Hurtado y de Vicente Espinel, poseía bonísimo ingenio y, sobre todo, un delicioso don de gentes y un hondo conocimiento de las circunstancias y de las personas. A los cuarenta años todavía se titulaba estudiante. Era alegre y sentimental, rufián y caballero, bueno y malo, consecuente y olvidadizo. Una mujer, cuando menos, lloró por él mucho. Era prudente y atropellado, selecto y procaz, cuerdo y loco. Admirable. Era la juventud.

Imposible hablar de «Segurita» sin recordar la celosa minuciosidad que dedicaba a los detalles de su vida, aun a los más baladíes. Esta escrupulosidad rayaba en manía. Sus corbatas, sus enseres de tocador, sus pañuelos, los guardaba en cajitas que, a su vez, metía en otras cajas mayores. Para buscar la pastilla de jabón, verbigracia, necesitaba abrir, cuando menos, dos cerraduras. Las armas que usaba eran, como sus intenciones, ladinas y agudas: una lima, un raspador, unas tijeras... El examen de su grafología descubría y explicaba asimismo su carácter: era una letra clara, limpia, noble, pero de rasgos abundantes que enlazaban unas palabras a otras y revelaban la fantasía, generosa complejidad y caudalosos recursos, bastidores y recoveos mentales, de su autor.

Ultimamente Joaquín Segura, ya reconciliado con su familia, aplicóse al estudio y en dos años aprobó casi todas las asignaturas de la carrera de Derecho. En los cafés solitarios se le veía trabajar de noche, hasta muy tarde. Con este ahinco prócer coincidió una aburguesada corrección de costumbres y un inverosímil misoginismo. «Segurita», tan galán siempre, aborreció de pronto a las mujeres. Una noche, frente al Trianón Palace, en el momento de presentarle a una artista, huyó abalanzándose a un coche que pasaba. Nos quedamos estupefactos. ¿Qué le sucedía a «Segurita»?... Sin duda, su conciencia, que ya empezaba a nublarse, adivinaba en «Ellas» un peligro: el terrible peligro del amor que, con la felicidad, reparte la muerte.

Poco a poco su vida interior comenzó a extinguirse. Palidecía. Sus ojos, antes tan vivaces, se apagaban, morían, como turquesas enfermas. No hablaba apenas. Su risa hízose blanca.

Hasta que la locura triunfó. En la casa de huéspedes donde vivía estaban consternados con sus extravagancias. A esta emoción de piedad añadíase otra de miedo. «Don Joaquín—decían—quiso presentarse desnudo en el comedor, a la hora del almuerzo». «Don Joaquín había intentado matar a Mateo, el criado, con un cortaplumas». «Don Joaquín, aquellas últimas noches, había salido a la calle acicalado y currutaco, como siempre, pero descalzo...»

Inmediatamente fuí a verle, y como le hallase muy excitado, felonamente, so pretexto de enseñarle unas decoraciones, conseguí subirle a un coche y llevarle al Sanatorio del Pilar, donde, con gravísima pesadumbre y aun remordimientos de corazón, le dejé encerrado. Por la noche escri-

bí a su padre, que residía en Azuaga, provincia de Badajoz, notificándole lo sucedido y encareciéndole viniese a Madrid sin perder tren.

Mi entrevista con el afligido anciano, a quien desde el primer momento descubrí la verdadera gravedad de su hijo, fué muy triste. Desgraciadamente la Ciencia ratificó mis vaticinios.

—Se trata—declaró el doctor Ezquerra—de un «incurable» que vivirá idiota un año, a lo sumo dos...

Del mismo parecer fué el célebre alienista don José María Ezquerdo; en vista de lo cual, Segura, padre, determinó llevarse a su hijo a Azuaga. Nunca olvidaré la emoción trágica de aquellos tres o cuatro viajes en coche: primero al Sanatorio del Pilar; luego a la consulta de Ezquerdo; últimamente a la estación del Mediodía. A un lado el infortunado viejo, broncíneo, pálido, ennoblecido por el dolor como un caballero del Greco; al otro lado, yo; y entre ambos, «Segurita», el hermano; lívido, pasivo, zarandeado por los traqueteos del vehículo, el labio colgante, la mirada sin luz, sucio y desaliñado por primera vez.

En el andén le di un abrazo muy largo, muy fuerte; yo sabía que era el último: uno de esos abrazos que damos a los muertos.

—Adiós, «Segurita»...

Después le ayudé a subir al vagón, y el tren partió. Con él se marcharon veinte años de amistad.

*

* *

Debo consignar aquí, para que se comprenda bien la avasallante sugestión que esta historia tie-

ne a mis ojos, que yo no volví a acordarme de Joaquín Segura. Mejor dicho, le recordaba, sí, pero de un modo rápido, borroso, como de algo acaecido mucho tiempo atrás. Esto es: que su temprano fin no me obsesionó mayormente.

Tampoco soñé con él nunca.

Por aquellos días estaba disponiendo mi primer viaje a América, y preocupaciones de toda índole acosaban mi espíritu. Pensaba en mí mismo y nada más. Era una crisis de egoismo, una congestión de imágenes, un flujo y reflujo agotador de cábalas, de zozobras económicas y sentimentales, de ilusiones rientes.

También diré que no comulgo en las teorías espiritistas, ni soy teósofo, ni siquiera espiritualista, a secas, pues no comprendo que la fuerza pueda subsistir aislada, y menos que el alma conserve la noción de su «yo» después de la muerte y en medio de la eternal renovación de las cosas.

Sin embargo...

Me hallaba yo en Buenos Aires. Vivía en el Hotel Central. Mi habitación, situada en el piso segundo, era un hermoso aposento, con dos balcones; y la cama, puesta en el comedio de la estancia y con la cabecera arrimada a la pared, hallábase de modo que los pies enfrentaban precisamente la entreventana. Esto debía de ocurrir a mediados de enero, el mes más riguroso de la estación estival en aquellas latitudes, y el calor asfixiaba. Yo dormía siempre con los balcones de par en par abiertos.

Leed: es una historia apasionante como una conseja...

Una mañana desperté triste. Estaba cierto de haber soñado con Joaquín Segura, y no sabía

qué. Este recuerdo caminó todo el día a mi lado, cual una sombra.

«¿Habrá muerto?»—pensaba.

Sentía remordimientos de no haberme acordado nunca de él y de no haberle escrito a su padre ni una carta. ¡Me la hubiera agradecido tanto el buen viejo!... Pero, ¿quién, en la balumba desorbitadora de los viajes y con el alma ganada constantemente por nuevas impresiones, tendrá tiempo de enternecerse con la evocación de lo que dejó atrás?

Aquella noche volví a soñar con Joaquín, y tampoco esta vez la pesadilla llegó a precisarse. De ella, al despertarme, no quedaba en mi memoria ni un rasgo, ni un detalle. Una densa niebla apagaba las palabras, desvanecía los contornos. Era como si el alma—digámoslo así—de mi amigo quisiera comunicarse con la mía, saludarla, testimoniarla su adhesión; y mi espíritu, miope y sordo, contaminado de la parvedad y torpeza de los sentidos, no la sintiese.

A la noche siguiente caí de súbito en un estado de extraña lucidez; una hiperestesia análoga a la producida por el éter. Me explicaré mejor: quien sueña cree vivir realmente, y yo, no; yo comprendía que soñaba; es decir, que mi conciencia asistía a cuanto me sucedía e iba juzgándolo. Yo sabía que estaba dormido, que tenía cerrados los ojos, y, no obstante, «me veía» acostado. Una luz fría y gris, una luz de acuario, un resplandor lechoso de aurora, llenaba la estancia. Yo pensaba:

«Está amaneciendo y Segura va a venir.»

Distinguía perfectamente los muebles: mi baúl, los sillones, sobre los cuales había ropas y libros; el lavabo, el armario de luna, cuyo cris-

tal, como los lagos según va levantándose el sol, poco a poco anegábase en claridad turbia. También veía limpiamente los rectángulos de los dos balcones, por donde el nuevo día iba asomándose. Entretanto, la idea de que estaba amaneciendo volvía a mi ánimo, y la convicción de que Joaquín Segura iba acercándose me apremiaba con una inquietud que más tenía de regocijo que de supersticioso sobresalto. Al cabo le vi aparecer. Penetró en la estancia por el balcón de la izquierda. El vasto fondo blanquecino de la madrugada ponía a su figura un nimbo. Derechamente dirigióse a mí. Me pareció más pequeño que antes, más delgado, más descolorido, y sus facciones exangües habían una expresión de desaliento: el desaliento, quizás, de quien, muriéndose, lo conoció todo.

El diálogo lo empecé yo, y cuanto a continuación escribo copia fidelísima es de lo que ambos hablamos: de tal modo las frases y aun los menores gestos de aquella inverosímil conversación grabados quedaron en mi memoria.

—¿Pero es cierto que has muerto, «Segurita»? —le pregunté.

—Es verdad. ¿Cómo lo sabías?

—Hace dos noches que, sin motivo, pienso en ello.

No le di la mano. Yo, dentro de la rigurosa lógica de mi pesadilla, sabía que era inútil buscar un contacto físico con él, pues que lo que tenía delante era una sombra. Tampoco oía sus palabras «materialmente», sino que éstas me rozaban cual hondas hertzianas. Yo las oía, «pero no con los oídos». Al mismo tiempo experimentaba un ardientísimo deseo de rehabilitarme a sus ojos, de probarle que, no obstante la ingrata

vagabundería de mi corazón, le quería como a hermano... El me miraba tristemente, también piadosamente, con piedad de hastío, como se mira a una persona empeñada en demostrarnos algo que no nos importa.

Proseguí:

—¿Dónde estás enterrado?

—En Lubrín, provincia de Almería.

—¿Cómo, en Lubrín? ¡No puede ser!... ¡Si desde Madrid tu padre te llevó a Azuaga!... Yo os acompañé a la estación...

Le escudriñaba los ojos. Y pensé: «Está loco todavía.»

«Segurita» repuso:

—Efectivamente, mi padre me llevó a Azuaga. Pero... ¡ya conoces su carácter! Mi padre y yo nacimos para no entendernos. En su casa yo estorbaba; constituía una carga, un peligro... Yo era el primero en reconocer que allí no podía estar mucho tiempo. Entonces mi padre escribió a Guillermo, mi primo, quien, como sabes, reside en Lubrín, diciéndole que fuese a buscarme, y Guillermo me llevó consigo. Allí, a su lado, acabé.

Hubo un silencio largo. Yo, en virtud de esos desdoblamientos de conciencia que suelen producirse en las pesadillas, continuaba reconociendo que soñaba, y sabía, sin embargo, que todo aquello era cierto. Joaquín suspiró y su rostro se cubrió de una tristeza nueva. ¿Cómo puede caber en el breve espacio de un semblante tanto dolor? Bruscamente hizo ademán de retirarse:

—Me voy...

Traté de retenerle:

—Oye, «Segurita», espera un momento...

—No, no—repuso, como disgustado—me voy. Adiós...

Desapareció. A mi alrededor todo fué negro, y debí de quedarme profundamente dormido. Tras sí la visión no dejó nada.

Cuando desperté era mediodía; cegaba el sol. Instantáneamente mi sueño de la víspera se impuso a mi espíritu. Decidí escribir a Azuaga, explicándole a Segura, padre, mi extraordinaria alucinación; quería cotejar fechas y adquirir, en suma, la certidumbre de que «Segurita» había fallecido y de que, por obra de alguna prodigiosa asociación telepática, yo había hablado con él.

Pero el hombre propone y las circunstancias disponen luego. Aquella carta, que todos los días pensaba escribir, nunca fué escrita. Realidades nuevas me solicitaban a cada paso. Las impresiones arrinconaban al recuerdo. Me marché a Chile, después a New-York, a Cuba; regresé a Madrid...

No volví a soñar con Segura.

Transcurrieron cerca de dos años.

Una noche, al salir del teatro Lara, me tropecé con Antonio Arellano, de quien «Segurita» fué muy amigo. Sucintamente Arellano me refirió su vida; yo le conté los últimos capítulos de la mía.

Luego:

—¿Y Segura?...

El rostro de mi interlocutor se anubló.

—El pobre «Segurita»—dijo—ha muerto.

—¿Dónde, Arellano?

—En Lubrín.

—¡En Lubrín!—repetí.

Debí de quedarme muy pálido. Un frío indecible, por oleadas, por ráfagas, me rozaba la piel.

Se me heló la nuca. Ganas me daban de gritar: «Todo eso que cuenta usted lo sé yo desde Buenos Aires: el mismo Joaquín Segura me lo ha dicho.»

Pude, sin embargo, represar mi emoción y seguir averiguando:

—¿Cómo murió en Lubrín, si su padre le llevó a Azuaga?

—Porque en su casa de Azuaga—prosiguió Arellano—, por razones especiales, no podía estar. Su padre, comprendiéndolo así, escribió a Guillermo, rogándole se encargase de su primo, y Guillermo se lo llevó a Lubrín.

¿Por qué negar que mis cabellos se erizaban? Añadí:

—¿Podría usted decirme cuándo, aproximadamente, falleció «Segurita»?

Antonio Arellano vaciló, frunció las cejas.

—Va para dos años—repuso—; recuerdo que era invierno. Allá por los meses de diciembre o de enero, debió de ser.

. . . .

¿En qué libro de Pöe, de Hoffmann o de Maupassant leímos un cuento mejor que esta historia?...

LAS BOTAS DE CAMPO

Todos los artistas jóvenes, hermanos míos en la amarga y estrechísima orden de la Pobreza, han sentido alguna vez la noble atracción de los objetos costosos e inútiles. El arte es para sus cultivadores lo que la religión para los eremitas: algo inmenso, penetrante, refulgente, que

ciega y enajena las almas y las aisla. En medio de la muchedumbre, el verdadero artista se halla tan solo como el morabito en la cumbre de su montaña; duerme en yacija ruin, y no lo advierte; come ascéticamente, y su sobriedad le aprovecha de salud y alegría; pues cuando el espíritu se halla bien sentado a la mesa del Ideal, la carne no recuerda la fatiga, ni el hambre, ni siquiera el dolor de ir mal vestida.

Sin embargo, por imperativo de esos contrastes sincrónicos de tinieblas y de luz, de orgullo y de humildad, de jerarca desdén hacia todo y de cristiano amor hacia todo, que colman la paradógica psicología de los artistas, éstos suelen, a intervalos, acordarse de que son hombres. Entonces maldicen de su pobreza; entonces comprenden que viven miserablemente y que los amores elegantes, que se envuelven en sedas y pasean en automóvil, no serán para ellos.

Esta desesperación les inspirará caprichos momentáneos y pintorescos: quien, que no paga su casa, comprará, como Bécquer, una alfombra magnífica; ese, que no tiene camisa, empleará sesenta pesetas en un chaleco de terciopelo; aquel, que lleva los calzones rotos, dilapidará un puñado de duros en un bronce, un «setter», una escopeta o un traje de frac. ¡Nada de transiciones! Sobre el guante impecable de gamuza amarilla, el puño deshilachado; sobre el calcetín roto, la bota de charol.

A esa rebeldía interior que sólo a espaciadas fechas se produce; a esa acre disonancia entre el mucho ambicionar y el exiguo tener; al codicioso prurito, semejante a una sed, de desquitarnos en un día de todos los insatisfechos deseos de un año, atribuyo el ardientísimo ca-

pricho que, en cierta ocasión, tuve de ponerme unas botas de campo. Precisamente entonces andaban mis pies más faltos de buen calzado que nunca lo estuvieron, y así unas botas burguesas y cómodas de becerro me hubiesen prestado mejor servicio. Pero no era «de calle», sino «de campo», el calzado que yo día y noche llevaba presente y como retratado o claveteado entre las cejas.

Al levantarme, mientras me endosaba las viejas botas que todas las noches, para desarrugarlas, dejaba rellenas de papel debajo de una silla, pensaba:

—¡Si yo pudiese comprar unas botas de campo!...

Lo gracioso es que mi vida era de café y de teatro, que no sentía aficiones cinegéticas ni alpinistas de ninguna clase, y mis excursiones por los alrededores cortesanos rarísimas veces pasaban de la Puerta de Hierro o de las Ventas del Espíritu Santo. ¿De dónde, pues, nació el deseo de un calzado que, dada la urbanidad de mis costumbres, había de ser «de lujo» para mí?...

Con esta ambición acudí a un amigo:

—¡Bien podías conseguir de tu zapatero que me vendiese, a plazos, unas botas de campo!...

El comprendió mi anhelo, un anhelo tan punzante que casi constituía un dolor, y acudió a remediarlo.

—Hoy mismo—aseguró—te pones las botas.

Por la tarde fuímos a casa de su zapatero. No hubo lucha; aquel admirable industrial accedió inmediatamente a nuestra pretensión. Yo estaba emocionado, cohibido; mi alegría era la del muchacho que franquea la puerta de un bazar de juguetes.

—Usted me dirá su gusto—añadió el zapatero.

Yo quería unas botas de cuero de vaca, de punta cuadrada, con caña de elásticos y una correa ancha sujeta atrás, sobre el tobillo.

Amablemente, el zapatero me probó varios pares. ¡Qué desgracia! Unos me estaban grandes, otros pequeños... Yo me desesperaba. ¿Era posible que el logro de una pretensión tan modesta, de una ilusión tan a ras de tierra, como la ilusión de calzarse unas botas, costase tanto trabajo?...

—Preferible será—decidió el zapatero—hacérselas a su medida, y pondremos material del mejor.

Mi amigo apoyó:

—Dice bien el «maestro»; háztelas a medida. ¿Qué prisa hay?

A regañadientes me resigné. Verdaderamente, mi compañero tenía razón. ¿Qué motivos o asuntos me obligaban a andar aquella tarde por Madrid con botas de campo? Puesto de hinojos, el «maestro» me midió el pie haciendo pequeñas incisiones en una tirita de papel.

—Servidor de usted.

—Muchas gracias. Y... ¿cuándo estarán las botas?

—La semana próxima. Dígame usted su domicilio, para llevárselas.

Ocho días se fueron. Una mañana, hallándome acostado, mi familia vino a susurrarme esta noticia terrible:

—Oye, ahí está el zapatero con las botas.

—¿Y no hay dinero?

—Ni dos reales.

Las botas valían cinco duros, y eran, como queda dicho, a medida; y nadie sabe la autoridad

que adquiere ante su cliente el zapatero que trae unas botas hechas a medida. Vacilé; me froté los ojos. Yo, historiador, no puedo precisar si las emociones que en tal instante surcaron mi espíritu fueron de contrariedad o de regocijo. En el curso de aquella semana, sin yo advertirlo, mi deseo de poseer unas botas de campo se había apaciguado notablemente. Dentro de mí, una voz cauta, justiciera, prudente, la voz del sentido común, preguntaba: «¿Y para qué diablos necesitas tú esas botas?...»

Tenía razón el sentido común. Sin embargo, yo no podía deshacer lo hecho. Y, al mismo tiempo, ¿cómo salvar la «belleza del gesto»? Es decir, ¿cómo rechazar las botas, o quedarme con ellas sin dar, a cuenta de su importe, siquiera un duro?...

De pronto vi el medio: un ardid sencillo y gracioso, que, amén de ponerme en excelente lugar, dejaría al cándido zapatero un poco en ridículo, y fué endosarme dos calcetines, uno encima de otro, en cada pie. ¡Naturalmente, las botas no me entraron!...

Para más sabroso aderezo de la burla, aparenté incomodarme:

—¡Esto faltaba! ¡Que las botas me estuviesen pequeñas! ¡Precisamente las quería estrenar esta tarde!...

Hubo una pausa llena para mi interlocutor de acusaciones. El trató de argüir algo:

—¿No se le hinchan a usted los pies?

—No, señor.

—No tendría nada de particular; por las mañanas lo están casi siempre.

—Pues, no, señor. A mí no me sucede eso. Yo no padezco del corazón, ni de los riñones, ni de

reuma. Esté usted cierto de que no se me hinchan los pies jamás.

El «maestro», perplejo, miraba las botas, miraba al techo, se retorcía el bigote, se mordía los labios; me daba lástima: el pobre tenía la actitud vergonzosa de un hombre que se ha equivocado, de un hombre que «no ha sabido tomar sus medidas». A ratos volvía a arrodillarse para palparme las botas, que evidentemente me estaban muy apretadas y miserables.

—Le aseguro a usted—exclamó—que nunca me ha sucedido otro caso igual.

Y a continuación, respetuosamente, con la dulzura de quien reconoce su error y quiere ser indultado:

—¿Usted me permite tomarle medida otra vez?...

Tuve un ademán indulgente y misericordioso; un gesto de perdón, y alargué mi pie derecho con la mansedumbre magnífica de un sabio, de un obispo o de un rey. El zapatero rectificó sus medidas; yo juraría que, para no equivocarse, las tomó crecederas, y se marchó.

A la semana siguiente, una tarde, estando yo escribiendo, la campanilla de la escalera vibró furiosamente. Por mis nervios resbaló un temblor. Dime, lector o lectora: ¿no es cierto que en los hogares pobres, en el silencio de esos hogares mal amueblados, mal alumbrados, a cuya puerta la desgracia llamó muchas veces, el repicar del timbre o de la campanilla de la calle envuelve siempre una amenaza?

Transcurridos unos instantes, mi criada apareció con un par de botas entre los brazos; las llevaba como hubiese podido llevar un niño.

—¿Y el zapatero?—pregunté ansioso.

—Se ha ido, señorito.

¡El pobre hombre, avergonzado aún de su anterior derrota, no había querido verme! Tanto mejor. Cogí las botas: eran largas, anchas, monstruosas; ¡las botas de un gigante!... Pero ya no era posible devolverlas; además, no tenía otras. Me las puse, pues, y aquella noche, en Eslava, en un «lunch» de «inauguración de temporada», tuve el cinismo de bailar con Julita Fons. En el ardor de la danza, mis pies iban por un lado, mis botas por otro; los circunstantes me observaban burlones y asombrados; milagrosamente no me rompí una pierna.

Como en la historia de las naciones, en la de los individuos existen hechos culminantes que luego sirven para bautizar y clasificar períodos enteros.

Mis familiares, por ejemplo, señalan en mi vida varios capítulos o momentos. Dicen: «Cuando estabas en París...» «Cuando fundaste «El Cuento Semanal...» «Cuando te fuiste a América...» Y también: «Cuando te ponías las botas de campo...»

Porque es inverosímil lo que aquellas incomparables botas duraron, y el sinnúmero de menudos incidentes a que va ligado su recuerdo. Más de seis o siete años me acompañaron: ellas caminaron sobre todas las calles de Perpignan, de Cette y de Montpellier; curiosearon todos los rincones de París, fueron en un bote de vela desde Palma de Mallorca a Barcelona, recorrieron media España, estuvieron en Londres, bajaron muchas veces al espanto negro de las minas, realizaron jornadas terribles sobre la nieve... ¡Y siempre intactas! Ni se quebraba la piel, ni los elásticos perdían su tonicidad, ni se agujereaban las suelas, ni concluían de desgobernarse los ta-

cones. ¡Botas memorables! No recuerdo haber tenido, ni tampoco haber visto en ajenos pies, otras iguales. Las del «Judío Errante» debieron de ser así.

Por añadidura, y para mejor decir la utilidad de calzado tan ejemplar, confesaré sin rebozo que en los días negros—fueron muchos—de aquella época, a falta de otros objetos de mayor mérito, lo que primero iba a las aborrecibles casas de compra-venta eran las fuertes, las irrompibles, las siempre tenaces y fidelísimas botas de campo. Al principio llegaron a estar empeñadas en ocho pesetas; luego lo estuvieron en siete; después en seis, y sucesivamente en cinco, en cuatro, en tres... Pero ellas, las muy heroicas, siempre resistían, a pesar del uso; siempre valían algo, siempre arrancaban de las manos usureras del prestamista el honor de una papeleta. Fueron, en verdad, unas botas prodigiosas, unas botas de leyenda, dignas de figurar en las vitrinas de algún futuro Museo de la Bohemia, entre la pipa de Paul Verlaine, la capa de Emilio Carrere y el gabán que «arrastraba» Eugenio Sellés la noche del estreno de «El nudo gordiano».

Entretanto, ni el zapatero conseguía cobrármelas, ni a mí, pecador empedernido, se me movía el corazón a dar a cuenta de tan insignificante deuda un solo real. ¿Por qué?... He aquí otro fenómeno sin explicación llana. Evidentemente, en el transcurso de aquellos seis o siete años tuve cinco duros varias veces. ¿Por qué entonces yo, que hallo una satisfacción burguesa en saldar mis pequeños compromisos económicos, no pagué aquellas botas? Lo ignoro; y quizás por eso mismo, por no haber sido nunca completamente mías, las quise tanto; y ahora, recordándolas des-

de el otro lado de mi juventud, siento temblar en mi pluma una emoción.

Ello es que un día de mal humor exclamé:

—¡«No pago, no pagaré jamás, las botas de campo!...»

Y me resolví a cumplir mi promesa. Por su parte, el zapatero no cejaba en su justo empeño de cobrármelas. ¡Qué hombre tan constante! Tampoco sus decisiones, como el material de su calzado, se rompían nunca. Yo me marchaba de España, andaba por el extranjero un año, dos, tres... y al volver a Madrid la factura de las botas de campo salía a recibirme. ¿Otra vez?... Estaba escribiendo, o almorzando, o disponiéndome a meterme en la cama, cuando sonaba un campanillazo. ¿Quién será? Pausa. Mi sirvienta aparecía con un papel en la mano y una sonrisita en los labios: esa sonrisa de los criados cuando saben que su amo no puede pagar una cuenta...

Transcurría el tiempo y ni las botas se rompían, ni el zapatero renunciaba a su importe, ni yo, que veía en su derecho una testarudez, me avenía a pagarlas. Las viejas facturas, arrugadas, estropeadas, deshechas en fuerza de tanto ir y venir, eran sustituídas por otras nuevas. Los cobradores que yo conocí mozos, crecieron, se casaron y se rodearon de hijos; pueden decir que se hicieron hombres llamando a mi puerta. ¡No importa! Deber aquella cuenta era ya para mí un problema de amor propio, una cuestión de vanidad.

Persecución tan obstinada hizo mella en mi ánimo, sin embargo, y dejé de ponerme las botas. Es más, llegué a odiarlas. Mejor dicho: las odiaba sin dejar de quererlas, como si fuesen una novia. Tú, lector, si alguna vez, por tu des-

gracia, amaste a una mujer ingrata y bonita, sabes lo que es eso...

Hasta que cierto día, un amigo infeliz, llamado Miguel Salmerón, pariente del gran tribuno y filósofo don Nicolás, fué a contarme los horrores de su cesantía y a pedirme algún traje que no me sirviese. Yo, acordándome de la gramática de Ollendorff, repuse:

—Traje no tengo ninguno; pero puedo darle a usted unas botas de campo que tienen el don brujo de estar siempre nuevas.

Y Miguel Salmerón se llevó las botas. Aquella tarde, palabra de caballero, a pesar de mi buena acción, estuve un poco triste; en mi casa faltaba algo: las botas.

Otro día me encontré en la calle con mi pobre amigo; instintivamente le miré a los pies y vi que no llevaba mis botas.

«¡Las habrá empeñado!»—pensé.

Transcurrió mucho tiempo y el Azar, el mejor novelista, dió a esta historia un desenlace imprevisto, tierno, de una poesía dulcemente irónica. Por el desenlace la he escrito.

Falleció Miguel Salmerón de miseria, de tristeza tal vez, en una casuca de la Carretera de Extremadura; y para enterrarle, para decoro de sus pies que ya, sin moverse, andarán siempre, le pusieron mis botas.

¡Botas admirables! El camino de la Eternidad, el camino sin término, era el único digno de vosotras.

X

Buenos Aires.

HACIA LA ARGENTINA

La noche víspera de mi viaje visité varias redacciones para despedirme de algunos compañeros. Iba contento; llevaba esa alegría honda, llena de trepidaciones interiores y de iniciativas, que produce en los espíritus aventureros los éxodos largos.

—Vengo a decirles a ustedes adiós. Me marcho a Buenos Aires.

A la sencillez de mis palabras respondía un silencio de estupor, un gesto de tristeza, de interés y, al mismo tiempo, de piedad hacia mí. Alguien me preguntaba:

—¿Va usted destinado a algún diario de allí?

—No.

—¿A ocupar la dirección de un teatro, tal vez?

—Tampoco.

—Entonces, ¿a qué va usted a Buenos Aires?

Sorprendido por esta interrogación que, verdaderamente, no esperaba, yo me encogía de hombros.

—¿A qué?... ¡A verlo!... A vivir allí unos cuan-

tos meses, a establecerme quizás... ¡No sé!... ¿Acaso un hombre inteligente no puede vivir en todas partes? ¿Es que a Buenos Aires sólo debemos ir a ganar dinero? ¿Es que la gran ciudad que brilla al otro lado del mar como un faro gigante, como un Eldorado de ensueño y maravilla a los ojos de todos los necesitados del mundo, no merece ser visitada por el único y limpio placer de verla?...

Respondiendo así, yo estaba contento y sonreía; y mi ufanía era sincera, y mi risa leal no servía de máscara a ningún secreto dolor. Pero los que me despedían creyeron que aquel regocijo era fingimiento, por cuanto al siguiente día los periódicos se apiadaban de mí, lamentándose de que me fuese a la ventura y tan lejos, sin tener en el horizonte ningún asidero, ni otra recomendación que mi nombre. Y cuanto los rotativos cortesanos dijeron, lo reprodujo y comentó espaciosamente después la Prensa provinciana. A mi espalda—y que el Destino no se lo cobre a los que tal hicieron sin torcida intención—se alzó el coro de lamentaciones que despide en los muelles a los emigrantes. ¿A dónde iba yo? Desengañado, cansado de servir de presa a los chacales del bosque editorial, pobre... ¿Qué sería de mí en el destierro?...

Ante estas preguntas indiscretas, no ceso de asombrarme. Cierto que la humana ingratitud tuvo para mi inexperiencia zarpazos crueles, mas no fueron propósitos interesados, ni anhelos descomedidos de medro, los que me sacaron entonces de España. Yo no era comerciante, nunca acerté a serlo; tampoco me creía fracasado, pues siempre viví de mi trabajo, y el mero hecho de vivir afirma el triunfo del individuo sobre el medio

adverso; soy, sencillamente, un curioso..., un gran curioso, para quien las ciudades que visita, por primera vez, son interesantes como mujeres o como libros. Y diré más: diré que únicamente así debe viajarse, pues sólo de este modo podremos transmitir al pueblo que nos recibe la ufanía interrogante, alerta, genuinamente estudiantil, de nuestro espíritu. Por eso París es tan risueño, porque los «turistas» van allí a aprender, a conocer, a reir, a dilapidar su regocijo y su dinero; por una razón análoga y contraria no tiene Buenos Aires toda la alegría que meerce su magnificencia y su vertiginoso incremento industrial; porque sus forasteros le llevan el tósigo de la ambición que les expatrió, la fiebre del oro que quieren ganar, el gesto hostil de los hombres «de presa», para quienes la semana guarda únicamente un día de paz.

Sin duda, los artistas aman la riqueza, mas no tanto que la erijan en brújula de sus voluntades libérrimas ni en timón de sus actos; y así, entre lo que pudo ser útil a sus intereses y lo que proporcionó júbilo y levantado esparcimiento a sus espíritus, prefirieron siempre esto último, porque el Arte, como el Amor, es celoso y no consiente que ninguna otra devoción lo acote o limite. Esclavos de la Belleza, sacerdotes de la Quimera, emisarios quizás de un futuro mejor, componen los artistas un ejército de ensueño que avanza el cuerpo erguido, la frente en alto, hacia la luz, y los pies un poco separados de la realidad. La espada de los antiguos invasores repugna a estos paladines, a quienes mueve una insaciable curiosidad, una sed interior de conquistas espirituales que luego habrán de traducirse en libros, en lienzos, en canciones...; y su recompensa,

mejor, su mayor riqueza, lo que más estiman—¡oh, inocente desinterés de sus almas niñas!—es el afecto con que aquí y allá, a través de las latitudes, se les acoge, y hace para ellos de la humanidad una inmensa familia.

De todo esto, algo hubo para mí, y ello me basta. ¿Que tras harto ambular y pelear continúo pobre?... Cierto; ¿y qué?... Además, acaso no lo sea tanto como muchos imaginan, pues la verdadera riqueza más depende del modesto codiciar que del mucho tener... ¡y yo necesito tan poco!... Fuí, pues a Buenos Aires a estudiar, a inmergirme en la gran alma poliforme de esa urbe donde las razas humanas más diversas luchan y se fusionan, y que da al viajero la impresión de un estómago gigante, de una retorta apocalíptica, en la que tal vez estén formándose los primeros gérmenes de una humanidad nueva.

Muchas veces amigos míos, contagiados de aquella finalidad, puramente económica, que los hombres que se titulan «prácticos», quieren darle a la vida, me preguntaron:

—¿Y qué ha sacado usted de sus viajes? ¿Ahorró usted dinero?

Y ante la expresión negativa y burlona de mi cara, añadían sentenciosos:

—¡Lo siento! Usted debió imitar a Fulano... o a Mengano. ¿Por ventura no ha pensado usted nunca seriamente en hacerse rico?

No; ¿a qué negarlo? Los artistas, a quienes me dirijo, me comprenderán. Jamás he meditado «seriamente» en eso. Por lo mismo no envidio a los grandes conquistadores del oro; les observo curiosamente y hasta les admiro, como se admira en los circos a los campeones de esgrima o de boxeo, pero no se me ocurre parodiarles.

Entre lo «útil» y lo «agradable», preferí lo último. Además, pues la verdadera felicidad no es aquella colocada a modo de laurel al final de una vida erizada de luchas amargas, sino la que fué elaborándose poco a poco y es suma de millares de pequeños buenos ratos—comodidades materiales, amores, viajes—desgranados a lo largo de nuestra breve existencia, no veo la urgencia de afanar más dinero que el indispensable a nuestras necesidades, ni tampoco la lógica del ahorro, ya que todo ahorro representa un sacrificio, pleitesía u homenaje, que el presente cobarde rinde al porvenir. Añadiré, en fin, que enriquecerse es una «función voluntaria», pues quien se propone llegar a rico y supedita a esta resolución todos sus deseos, lo consigue, y que la riqueza, de consiguiente, es casi una vulgaridad. En cambio, vivir bien, reir sanamente, pasar por el mundo ignorando el dolor, ¿no es mucho más difícil? No es, quizás, lo Imposible?... ¿Y no está siempre lo Imposible en la aristocracia del pensamiento?...

Este es «el oro» que gané en América: un tesoro de emociones, un frondoso ramillete de amables recuerdos, un inefable bienestar interior; algo místico, muy penetrante, muy suave: la convicción tranquilizadora de que todo es nimio y filante; el gran gesto estoico de quien, habiendo viajado mucho, tuvo en la majestad de los cielos y de los mares una nueva prueba de la pequeñez del hombre. Eso traje de América: la ilusión de volver a vivir; ¿quién trajo más que yo?

UNA CENA ORIGINAL

Esto ocurrió en Buenos Aires y a fines de 1910. Tenía yo alquilada una habitación a un italiano en la muy ruidosa calle de San José. Era una casa de planta baja, especie de «conventillo» habitado por gente emigrante, prolífica y de cerriles costumbres, donde siempre dos o más chiquillos lloraban a la vez, todos los hombres se emborrachaban y las mujeres no se ceñían el corsé ni pensaban en recogerse los cabellos, hasta media tarde. Allí se oía disputar en francés, en inglés, en alemán, en castellano, en «criollo»..., y a gritos siempre, cual si los contendientes estuviesen a considerable distancia unos de otros. También las bofetadas y los silletazos eran males endémicos. Solamente a la hora vesperal el albergue reposaba fatigado de la batalla diurna; las puertas y ventanas de los distintos hogares aparecían cerradas y en el silencio del patio enlosado, embellecido por algunos naranjos sembrados en viejos barriles, se oía rezar un surtidor. Luego, ya entrada la noche, las estrellas, que iban encendiéndose, esparcían sobre el palpitante cristal de la fuente un rocío argentino.

Una mañana cuatro estudiantes fueron a visitarme, y con frases bien hilvanadas de cortesía y modestia, expusieron su deseo de tener dedicadas algunas de mis obras, pretensión que adulaba mi natural vanidad de autor y a la que ufanamente accedí en seguida.

—No las traemos con nosotros—replicaron—, pues hallándonos ciertos de que usted complacería nuestra solicitud, las dimos a encuader-

nar para mejor conservarlas. Pero, transcurridos cinco o seis días—apenas el encuadernador nos las devuelva—, se las enviaremos a usted.

En esto quedamos: ellos se marcharon muy contentos, y yo, pesaroso de que hubiesen visto la inhóspita humildad de mi albergue, empecé a reflexionar qué azar o qué medios policíacos de investigación pudieron descubrirles las señas, que yo callaba siempre, de mi domicilio.

A la semana siguiente les vi reaparecer con varios libros míos, sobre cuya primera página me aceleré a cumplimentar lo ofrecido, y ellos, ingenuos, cordiales y agradecidos a mi llaneza—yo lo entendí así—, me invitaron a comer. La proposición no me halagó; otros quehaceres menos candorosos ocupaban mis noches; pero mis improvisados amigos mantuvieron férvidamente su ruego, procurando demostrarme con exageradas frases, que unos a otros se arrebataban de la boca, el gusto y el honor que tendrían en cenar conmigo; y tal ardor latía en su apremio, y tan sencilla buena fe moceril en sus lisonjas, que accedí a reunirme con ellos dos noches después, a las nueve, en cierto «restaurant» de la Avenida de Mayo.

Cuando llegué, y lo hice con desacostumbrada exactitud, les hallé sentados en la «terrasse», tomando aperitivos. El diálogo comenzó desabrido y vacilante, pues ni yo tenía ganas de charlar, ni mis inocentes colocutores, un tanto turbados en mi presencia, acertaban a poner de pie la conversación. Uno de ellos se levantó bruscamente, penetró en el «restaurant», donde ya las mesas empezaban a ocuparse, y reapareció a poco con un aire tan amohinado, que los rostros de todos sus camaradas se oscurecieron. Minutos

después otro de entre ellos dió un paseo por la «terrasse», avizorando escrupulosamente a todos lados, y tornó a sentarse. Le vi cuchichear con sus compañeros, y estos cabildeos y la tristeza de sus caras me demostraron que les afligía algo inesperado y poco airoso.

—No tendrán bastante dinero—pensé.

Consideración que no me sorprendió; mi penuria constante la hallaba natural. Desvanecióse otra media hora. Mis acompañantes, avergonzados, ya no hablaban, y si me miraban era amustiadamente y cual pidiéndome perdón. Esta situación empezaba a ser insostenible; los aperitivos surtían ya su efecto; pronto serían las diez...

—Señores—dije dando a mis palabras un acento de amistad fraterna—, ¿puedo saber qué ocurre?... Porque estoy seguro de que sucede algo.

Mi pregunta determinó una explosión aliviadora de sinceridad; las frentes se aclararon y aquél, de los cuatro, que parecía de mayor edad y prestigio, habló en nombre de todos:

—Nuestra situación—declaró—es grotesca; pero queremos manifestarle que no es nuestra la culpa. Le habíamos invitado a usted a cenar, es cierto; fuimos nosotros quienes le comprometimos... ¡casi le obligamos!... a venir aquí esta noche... Pero, realmente, no somos nosotros quienes le invitamos, sino dos señores españoles que desean conocerle a usted...

Esta averiguación insólita me revolvió la bilis ligeramente. Me sentí zarandeado, humillado. ¿Por qué aquellos caballeros usaban de semejante estratagema para acercarse a mí? ¿Cómo personalmente no me buscaron, o al menos, me escribieron solicitando, con arreglo a la más elemental cortesía, «el honor de una entrevista»?

¿Luego lo de los libros dedicados fué un pretexto para abordarme, y gente echadiza aquellos cuatro estudiantes llegados a mí cumpliendo órdenes de personas que ejercían sobre ellos dominio, y no por limpia devoción literaria? Con tales reflexiones subióseme un poco la sangre a la cabeza, y a punto estuve de dar por concluída la farsa allí mismo. Afortunadamente, mi cortesía y mi amor propio, de una parte, y de otra cierta curiosidad que andaba hormigueándome por el cuerpo, me movieron a seguir el camino de mayor elegancia.

—Creo—repuse—que lo que tanto preocupa a ustedes es un accidente trivial. Si esos señores a quienes aguardan no vienen... ¡peor para ellos! Yo traigo dinero suficiente para que cenemos los cinco.

Ellos, ruborizados, confusos, hacían gestos negativos:

—No, señor, muchísimas gracias... ¡Jamás!... ¡Qué vergüenza!...

Sus fisonomías, desmoralizadas, mudaban de color. Yo observé, sonriendo:

—Adviertan que dejarme solo a estas horas no sería correcto. Vamos, pues, a cenar. Lo único que puede acontecer es que la modestia de mis recursos influya nocivamente en la redacción del menú.

Mis razones, aunque laboriosamente, iban convenciéndoles. De súbito y con enloquecido alborozo, todos se pusieron en pie, exclamando:

—¡Ahí están!... ¡Ahí vienen!...

Aceleradamente dos caballeros se aproximaban. Mis acompañantes les reprocharon su tardanza.

—Somos puntuales—replicó uno de ellos, sacando su reloj—; no han dado aún las diez.

—Usted nos recomendó estar aquí a las nueve —replicó el estudiante que primero había hablado.

Y el otro, que luego supe era el verdadero invitador:

—Está usted equivocado, y el señor—se refería a mí—habrá de perdonarle su error. Yo les cité a ustedes a las diez.

Esta afirmación, formulada con acento autoritario y breve, concluyó el incidente, y sin otros preámbulos pasamos al comedor. La cena fué buena y cordial y advertí que nuestro anfitrión, sin dejar de charlar amenamente y con notable facundia, no cesaba de observarme. Los ojos vivaces y negros de aquel hombre—médico muy conocido del «Buenos Aires que se divierte—parecían atisbar mis ademanes de hito en hito. No recuerdo que ninguno de los artistas que tuvieron la gentileza de hacer mi retrato o mi caricatura me haya mirado más.

—¿Qué verá en mí, o qué procurará descubrir en mí?—meditaba yo, intrigado.

Apenas terminado el banquete, mi «registrador»—debo llamarle así—se levantó a hablar por teléfono con cierta persona que, según manifestó, le esperaba. Como el aparato telefónico estaba cerca de nuestra mesa, pude enterarme, aunque fragmentariamente, de su conversación.

—En este momento—le oí decir—acabamos de tomar el café.

Luego:

—Sí, sí. La parte física es lo de menos, ¿verdad?... Espiritualmente le juzgo muy interesante.

Me pareció que esta opinión halagadora se refería a mí, lo que hiperestesió mi curiosidad.

Prosiguió:

—Muy correcto.

El teléfono replicaba—¿preguntaba, tal vez?—con un «tac... tac» nervioso.

—No, no... ¡no es como «el otro», se lo aseguro!... ¡Todo lo contrario!... Muy distinguido, comprensivo, alegre... ¡un «gentleman»!

En mi mesa nadie hablaba; los cuatro estudiantes y «el otro señor» me miraban a intervalos, sonriendo, y parecían pendientes de las palabras del médico, cuyas afirmaciones aprobaban. Yo estaba satisfechísimo, lo que no debe extrañar a nadie, conocida la facilidad con que todos creemos el bien que dicen de nosotros.

Mi anfitrión continuó:

—Puede usted fiarse de mí, que soy, en cuanto a usted la intriga, tan exigente y descontentadizo como usted misma.

Y tras una pausa:

—Estoy cierto de que no sufrirá usted decepción ninguna...

Momentos después la sobremesa acababa un poco bruscamente, como termina lo que ya no tiene objeto, y yo regresé a mi hostal convencido de que detrás de las seis personas con quienes había cenado se ocultaba el verdadero «Deus ex machina» de aquel tinglado. «Tú no vuelves de un banquete—rezongaba mi «Yo crítico»—, sino de una farsa».

Transcurridos varios días, cierta señora, a quien yo no conocía personalmente, me escribió invitándome a cenar en su hotel. Era «una lectora», cuyo nombre ignoraba aún, y con la que había sostenido desde España durante más de dos años correspondencia activísima. En honor a la verdad consignaré que quien más inflamada diligencia puso siempre en escribir fué ella, y sus cartas,

de cuatro y cinco pliegos, las que realizaron la maravilla de que, a pesar del espacio y del tiempo—los dos enemigos mortales de la Aventura—nuestras relaciones de «amorosa amistad» no se interrumpiesen.

Con caballeresca exactitud acudí a la cita—pocas veces el gusto, la curiosidad y la buena crianza anduvieron tan concertadamente—, y me hallé en presencia de una dama treintañona, melindrosa y refitolera, y tan artificiosa en sus actitudes y palabras que la juzgué enferma gravemente de «delirio de grandezas» y de «snobismo». Doña... ¿cómo se llamaba?... era una continuación o remedo fidelísimo de sus cartas. Sin perder instante monopolizó la conversación, como quien cree que el mucho hablar revela ingenio y quisiera inmergirme hasta la saturación en el suyo. Charlando sin treguas me enseñó el jardín de su hotel, dióme explicaciones interminables de los muchos objetos de arte—bronces, armas, cuadros, porcelanas, tapices—que exornaban las habitaciones principales, y finalmente me guió al comedor, donde una doncellita, bonita y callada, acababa de servirnos el primer plato de la cena.

Allí mi interlocutora—la llamaré así, aunque impropiamente, pues yo no hablaba—continuó abusando de la palabra; y cual si nuestro idioma no bastase a su verbosidad, a cada momento matizaba su monólogo con frases en inglés y en francés. Agilmente saltaba de un asunto a otro.

—En esta casa—decía—me aburro; me consume la inacción. Yo debí nacer hombre, porque adoro los viajes, el peligro, la lucha. Si yo fuese millonaria, hubiera acometido veinte negocios a la vez. ¿Sabe usted lo que me gustaría tener?... Un hotel de viajeros; pero... ¡un gran hotel!... ¡Oh!

Asegure usted que no se parecería a ninguno de los que usted conoce. Mi hotel constituiría una academia selecta de distinción, de elegancia cosmopolita, de lujo... Varias orquestas de «tziganes», tocando alternativamente, lo llenarían día y noche de suaves armonías. Todas sus habitaciones estarían perfumadas de un modo especial; no admitiría en él a ninguna viajera fea... ¡Eso, nunca!... pues tengo un odio griego a la fealdad, y mis huéspedes estarían obligados a bajar al «triclinium» de frac, o siquiera de «smoking». Mi hotel, en suma, tendría un «cachet» romano... mejor dicho, un «cachet» helénico; muy confortable, muy refinado... como dispuesto para recibir la visita de Aspasia...

Charlaba un poco fuera de sí, cual enajenada, y acabé por escucharla risueñamente. Era una mujer elegante, insinuante, en cuya apetecible madurez el terrible «deseo de agradar» deslizaba una atracción cautivadora.

Ya mordíamos en los postres, cuando, de súbito, exclamó:

—De todo hemos hablado, menos de aquella primera carta mía que sirvió de punto de partida a nuestra amistad. ¿Qué pensó usted de mí? ¡No mienta!...

Naturalmente, me derretí en ditirambos.

—¿Cómo me imaginó usted?... ¿Qué retrato moral se trazó usted de mí?... ¡Sea franco!... Hace unos momentos, al conocerme, ¿no padeció usted una pequeña desilusión?...

A propósito de esto charlamos bastante, y pude convencerme de que mis elogios rayaron a la altura de su vanidad. Empezó a reir mejor, y en sus ojos negros hubo más luz. Luego, cambiando de tono:

—¿No le ha sucedido a usted en estos días nada extraordinario?

—No, señora.

—Recuerde usted bien.

—Estoy seguro de que nada anormal me ha ocurrido... ¡desgraciadamente!...

Ella porfió:

—¡Pídale usted a su memoria un pequeño esfuerzo!... Tortúrese. No sea usted comodón. A mí me consta que algo... ¡muy raro!... quebró la monotonía de su vivir cotidiano la semana anterior...

Moví la cabeza negativamente. Ella insinuó, bajando la voz:

—Una cena, tal vez...

Estas palabras iluminaron instantáneamente mi espíritu.

—¡Ah, sí!...

—¿Ve usted, señor olvidadizo?...

—¡En efecto: una cena incomprensible!... Primeramente recibí la visita de unos estudiantes...

Me interrumpió con una gran risa:

—Lo sé todo; no se moleste usted en contármelo, porque quien dispuso esa comedia fuí yo.

—¡¡Usted!!...

Sentí que la sorpresa me arqueaba las cejas hasta situármelas en medio de la frente, y me desarticulaba la mandíbula. Ella prosiguió:

—Yo, a través de sus cartas, y —más aún— a través de sus libros, adoraba en usted; y así, cuando los periódicos publicaron su llegada a Buenos Aires, mi primer impulso fué buscarle. Pero casi al mismo tiempo mudé de opinión. «¿Y si el hombre—me dije—no correspondiese al artista? ¿Si cuanto éste tiene de delicado y de poeta, lo hubiera aquél de zafio?...» ¡No le extrañe a

usted este sospechar mío!... Yo no podría enamorarme jamás de un hombre ineducado. De aquel, sobre todo, que en la mesa cometiese incorrecciones. ¡Oh, nunca!... «En la mesa—enseña un refrán—se conoce a las personas», y es cierto. Me horripilaba la idea de que usted chupase una pata de pollo... o comiera las alcachofas con los dedos... o hablase con un palillo de dientes entre los labios... o se enjuagase la boca delante de mí...

Yo reía.

—¡Horrible!—repetía ella, acalorándose—. ¡Horrible..., espantoso! Pues cualquiera de estos detalles hubiese bastado para que todo el palacio de ilusiones que su literatura levantó en mi corazón se derrumbase hecho pedazos. Esta incertidumbre me oprimía, me angustiaba. Deseosa de cerciorarme «a priori» de que usted «comía bien», acudí a mi médico, para quien ni mi cuerpo ni mi alma tienen secretos. «Doctor—le rogué—, quiero que convide usted a cenar a «ese hombre», y luego me diga si sabe o no comer.» Y él, que es profesor de la Universidad, se valió de unos discípulos suyos para acercarse a usted...

—De suerte — exclamé — que la persona con quien su médico, apenas terminado el banquete, hablaba por teléfono...

—Era yo.

—Señora—repliqué admirado de tanta inventiva—, crea que «los profesionales» de la novela debíamos felicitarnos de que ustedes, las mujeres, no se dediquen a escribir, porque nos quitarían el pan...

Diré, para concluir—mi vanidad de hombre bien educado me lo exige—que no fué aquella la úl-

tima noche que mi extravagante amiga me invitó a cenar.

A PROPOSITO DE LA ADMIRACION

Después de tres días de vida «gaucha», consagrados a galopar, acosar avestruces y comer «cuero asao», Emilio B. Morales, director entonces del gran rotativo «La Razón»; el vasco Federico Perea, buen gustador de vinos generosos y amador esforzado; un periodista italiano, corresponsal de «Il Corriere della Sera», y otros amigos, regresamos a la ciudad Veinticinco de Mayo, en cuyo Casino debía celebrarse aquella misma noche una velada en honor nuestro.

Era poco más de mediodía, y el sol cegaba y abrasaba por igual. Veníamos todos con el pergeño de un ejército en derrota: mal afeitados, sucios, roncos, destrozadas las ropas, doloridos los huesos, desmayándonos de sueño y con la alegría a media asta. Apenas escapamos de la estación, donde fuimos recibidos con discursos y alardes musicales de la inevitable Banda Municipal, y aclamados por una muchedumbre sobre la que ondeaban los estandartes de varias «comisiones», nos despedimos unos de otros «hasta la noche», y cada cual buscó el alojamiento que, desde la víspera, le tenían preparado. Antes que hambre, habíamos necesidad de bañarnos y de dormir; ¡más que de nada, de dormir!...

Ya en mi habitación, me desnudé completamente, y, sin acordarme de cerrar la ventana, llena de luz, ni de echarle la llave a la puerta, me desplomé en la cama. Tenía los pies rotos, los labios

secos y la fiebre del cansancio me quemaba la piel. Instantáneamente mis párpados se cerraron y quedé inerte, esparrancado, los brazos en cruz...

De pronto me pareció oir unos golpes lejanos; mi conciencia, agazapada en lo más arcano de mi cuerpo, como en el fondo de una casa muy grande, los percibía vagamente, y no podía contestar. Momentos después aquellos golpes intempestivos se repitieron más fuertes, cual si se acercasen..., cuando era yo, realmente, quien, saliendo poco a poco de mi dulcísimo letargo, me aproximaba a ellos. Todavía, sin embargo, mis nervios continuaban dormidos, y en su sopor mi «yo» pensante tornaba a borrarse exquisitamente. Pero volvieron a llamar, y, al cabo, abrí los ojos, tardos, enrojecidos, turbios...

—¡Adelante!—grité.

Detrás de la puerta, que se abría lentamente, una voz inquirió:

—¿Hay permiso?...

Y destacóse un joven, muy correcto, muy tímido, con un sombrero de paja en la mano. Su presencia, despabilándome completamente, me devolvió la conciencia, y con ella la noción desconcertante de mi escandalosa desnudez. Pero ya no tenía tiempo de cubrirme; mis ropas yacían esparcidas por la estancia, y considerando que en circunstancias tales cualquier gesto de pudor hubiese podido parecer ridículo, limité mi corrección a permanecer en la actitud descuidada de un bañista tendido en la arena.

—Adelante—repetí sonriendo—, y usted perdone... o ustedes perdonen... la sinceridad de mi indumentaria...

Efectivamente, el caballerete «del sombrero de paja»—no acierto a designarle de manera me-

jor—no venía solo. En seguimiento suyo apareció un segundo joven..., luego otro... y otros después... Surgían «en fila india», tras del batiente, entornado aún, de la puerta, y caminando parsimoniosos a la hila de los muros empezaron a describir un movimiento envolvente. Conté ocho..., diez... ¡quince!... y aquella insólita inmigración no cesaba. Entonces volví a sentir la vergüenza, no sólo de mi paradisíaca desnudez, sino también de mis botas embarradas, de mi camisa horriblemente sucia, tirada en el suelo; de mis calcetines agujereados, colgados grotescamente sobre el respaldo de una silla...

Mientras me afligían estas consideraciones, el número de mis visitantes crecía... crecía..., y mi dormitorio cobraba el aspecto de un paseo transitadísimo. ¿Qué significaba aquello?... Me llevé ambas manos a la cabeza. ¿Estaría soñando? ¿Me habría quedado dormido en medio de la calle?...

—Pero... ¿cuántos son ustedes...?—grité.

—Somos muchos, glorioso señor—contestó amablemente el joven «del sombrero de paja»—, pues en esta ciudad el número de sus admiradores es infinito.

«¡¡Infinito!!»—repetí mentalmente anonadado por ese vago mareo que inspiran los ceros a los malos estudiantes de matemáticas.

Al mismo tiempo la puerta se abrió cuan ancha era, y en el pasillo, agolpadas, conté diez y ocho o veinte personas más, todas calladitas y con los atisbadores ojos clavados en mí. ¡Y yo, en cueros, semejante a una estatua clásica que asistiese a su propia inauguración!...

—¡Adelante..., entren todos!...—volví a decir,

necesitado de ver desenlazarse cuanto antes aquella pesadilla.

Hubo un breve murmullo de pisadas, de cuerpos que se rozan y oprimen unos contra otros, y en seguida el silencio volvió a establecerse, rotundo, solemne; lo que aprovechó el joven «del sombrero de paja» para decir:

—Todos estos señores, la mayoría empleados en casas de comercio, ansiaban conocerle a usted, y al manifestarme su anhelo de acercarse al viajero ilustre que hoy honra nuestra ciudad, yo les dije: «Pues ninguna ocasión mejor que ésta...»

Yo (*dándome palmaditas en la barriga*).—Sí... sí... difícilmente hubieran ustedes podido escoger una ocasión más oportuna.

El joven del sombrero de paja (*dirgiéndose a la muchedumbre*).—¿Se convencen ustedes?... Porque algunos (hablando otra vez conmigo) no se atrevían a venir.

Yo.—Hubieran hecho mal: en el arte de acercarse al prójimo la oportunidad lo es todo. Por mi parte, estoy hechizado.

El joven, etc., continuó hablando, y lo hacía almibaradamente y con la voz monótona de quien repite frases aprendidas de memoria, no del que improvisa. De mis espectadores—así debo llamarles, pues yo constituía para ellos un espectáculo—los peor situados estiraban el cuello y se ponían de puntillas para verme mejor. ¡Afortunadamente, ninguno traía «Kodak»!... En cuanto a mí, serenada la primera inquietud, los párpados volvían a cerrárseme con invencible obstinación.

Yo (*por decir algo*).—No les invito a sentarse, porque no hay dónde.

Todos (*a la vez*).—¡Muchas gracias!... ¡No es preciso!...

Habían avanzado hasta rodear mi cama casi por completo; de modo que mientras unos me miraban de frente, estotros me contemplaban y estudiaban de espaldas o de perfil, y todos cómodamente y a satisfacción. Entre aquellos rostros contemplativos los había risueños, ingenuos, graves, estultos... de una estultez absolutamente inexpresiva.

El joven del sombrero de paja (*obsesionado por la idea de su feliz oportunidad*).—Verdaderamente no pudimos elegir hora más idónea para conocer a nuestro glorioso huésped.

(Sonreí entre sueños. Era evidente que el majadero aludía a mi desnudo).

Caballero primero.—¿Qué le ha parecido a usted nuestra ciudad?

Yo (*conocedor de cuantos clisés, de preguntas y respuestas, que suelen manejarse en esta clase de entrevistas*).—¡Admirable!... Una ciudad limpia... progresiva... llena de animación...

Caballero segundo.—¿Y nuestras mujeres, le han gustado?...

Yo.—(*revirando los ojos.*)—Extraordinariamente. En la estación, a mi llegada, había algunas que... ¡ya... ya!... Son hermosas... son espirituales... elegantes... Desde luego no las creo inferiores a las porteñas...

Caballero tercero.—¿Y qué me dice usted de los alrededores de nuestra ciudad? ¿No ha tenido usted tiempo de ver el Hipódromo?

Caballero vigesimoquinto (*congestionado de buen sentido*).—¡Pero si el señor acaba de llegar!...

Yo pensaba: «¿Cómo echarles de aquí?...» Habían empezado a comentar el festival organizado por el Casino, y su conversación me sugirió el ardid liberador que necesitaba.

—No sé cómo arreglármelas—exclamé—para asistir decorosamente a esa velada. Salí de Buenos Aires sin equipaje, hace tres o cuatro días, y me encuentro sin una camisa limpia que ponerme.

Las miradas de mis oyentes convergieron sobre mi miserable camisa, que era como un grito «fascista» en medio de la estancia.

—¡Está usted muy bien!...—afirmaron.

He notado—y seguramente Gustavo Le Bon opina igual—que los hombres todas sus grandes tonterías las dicen «a coro».

—La suciedad de mi camisa—repliqué—conseguiría disfrazarla relativamente con el chaleco y la corbata; a los puños les prohibiría asomarse a las mangas de mi americana. Pero, ¿y el cuello?... Ese cuello arrugado, cubierto de suarda, constituye una vergüenza...

Como nadie acudía en mi auxilio, añadí:

—Yo necesitaba un cuello. ¿Dónde conseguirlo?... Ustedes podían ocuparse de eso...

El joven «del sombrero de paja» repuso:

—Hoy será imposible, porque es domingo y las tiendas están cerradas.

Efectivamente, era domingo; lo había olvidado. Sin embargo, insistí:

—Pero ustedes pertenecen al comercio y seguramente conocerán algún señor tendero que viole un poquito el descanso dominical para sacarme de este apuro...

Todos se observaban indecisos.

—¿Si fuésemos al almacén de don Fulano?—propuso alguien.

—Ese, a estas horas, no se halla en su casa.

Un silencio.

—¿Don Mengano, tal vez?...

—Tampoco; precisamente anoche le ví y me dijo que hoy se iba al campo.

Nuevo silencio expectante, poblado de miradas interrogadoras. De repente, la inspiración genial surgió:

—Vámonos todos, y así le obligaremos más a servirnos—exclamó una voz, que me pareció la de un ángel—a casa de don Zutano. Entraremos por la puerta falsa. La tienda de don Zutano tiene una puerta falsa...

Seguidamente aquel divino desconocido recogió de una silla mi cuello inservible y dejó caer sobre mí estas palabras consoladoras:

—Tranquilícese usted; yo me obligo a traerle, antes de la noche, un cuello nuevo. Me llevo éste para saber la medida.

Su promesa optimista, su arrojado ademán, sugestionaron a los circunstantes. Ya nadie dudaba, y hasta los semblantes más desanimados resplandecieron de alegría.

—Y si don Zutano no tuviese lo que buscamos —decían—recorreremos todos los almacenes de la ciudad.

«¡Lo que es la fe!—meditaba yo—; así se harían Las Cruzadas!...»

El joven «del sombrero de paja» (*tribunicio*). Le admiramos a usted, y el servirle es para nosotros un honor... un orgullo... ¡Hasta luego, Maestro!...

Caballero primero.—Hasta luego.

Idem segundo.—¡Hasta luego!...

Todos (*visiblemente conmovidos*).—Sí... sí... ¡hasta luego!...

Yo (*desde el lecho y agitando los brazos, como un náufrago, para mejor despedirles*).—Hasta luego...

Salían atropellándose. La ola humana que momentos antes invadió el dormitorio, ahora se retiraba para volver. Mi habitación parecía una playa.

No bien la puerta se cerró tras los talones del último importuno, me dejé caer sobre la almohada y volví a dormirme.

Media hora después un estrépito de pisadas, de risas y de voces triunfales, me despertó; abrí los ojos soñolientos y ví, con despecho, que por segunda vez mis admiradores me circundaban. Todos estaban satisfechísimos, y sus miradas se concentraban en el cuello flamante que uno de ellos me ofrecía. La conquista del Santo Sepulcro no les hubiese regocijado más.

Yo les agradecí con muchas y muy amables frases su servicio, y la conversación continuó, no obstante las muestras de cansancio que yo daba para que se marchasen. Los más entrometidos se acomodaron, unos, a horcajadas en las sillas, quién, al borde de mi lecho. Los restantes permanecían en pie. Pasaba el tiempo, la luz vesperal comenzaba a palidecer en la ventana, y ellos no se iban. Varias veces el diálogo, tal que una luz agonizante, se apagó y tornó a encenderse precario.

—Pero ¿por qué no se marcharán?...—reflexionaba yo.

Les miraba y creí vislumbrar en algunos de aquellos rostros una preocupación. Medité: «¿Desearán algo de mí?... ¿Querrán pedirme un autógrafo... o un retrato... y no se atreven?...» Una idea mezquina, inverosímil, una idea sucia, tan sucia como mi camisa, me estremeció:

—Es—me dije—que aguardan a que yo les abone el importe del cuello.

En el acto, una voz limpia, noble, gritó indig-

nada dentro de mí: «¡¡No es posible!!...» Pero a continuación otra voz amarga replicó: «Sí, es posible; y si ya no se han ido es por eso. Pregúntalo...»

La congoja de esta incertidumbre fué tan intensa, tan honda, que mi frente se cubrió de sudor. Luego dejé de dudar; me parecía haber entrado en el camino de la verdad; mis admiradores esperaban cobrar el precio del cuello para retirarse. ¡Dios mío!... ¿Por qué, casi siempre, lo más ruin, lo más grosero, será también lo más humano?...

—Señores—exclamé dirigiéndome campechanamente al joven «del sombrero de paja», cual si mis palabras no envolviesen nada depresivo—; ustedes tendrán ahora la bondad de decirme lo que el cuello les ha costado.

Y, temeroso de haberles ofendido, casi asustado de mi audacia, proseguí, sonriente:

—Pues no hallo justo que, además del trabajo, pongan ustedes el dinero.

Mis admiradores vacilaban. Advertí que algunos deseaban hablar y no se atrevían. Yo insistí, pero poco... ¡oh, muy poco!... Creo que no hube de añadir a lo dicho ni media docena de palabras.

—Nos debe usted «dos pesos»—replicó con una desvergüenza ejemplar, una desvergüenza capaz de hacer de un hombre un ministro, el joven «del sombrero de paja».

Indignado, mas sin perder mi sonrisa, salté del lecho y le entregué los dos «pesos». ¡Y él los aceptó, y la mano con que los recibió no se le quedó seca!... Pero ¿a qué espera el Milagro para producirse?...

Después todos se marcharon, declarando «que yo tendría que vestirme». Y yo cerré la puerta; esta vez con llave...

¡Admirar!... He aquí un concepto que prodigamos mucho y que sentimos bien pocas veces. Admirar es reconocerse inferior al ser admirado, es «comprenderle»; pero con una compresión tan plena, tan honda, que origine amor y sea capaz, por consiguiente, de sacrificio. Lo que a los primeros cristianos les llevó al martirio fué su admiración a Jesús.

Yo no creo que nadie tenga muchos «verdaderos admiradores», como hallo imposible que nadie tenga muchos «verdaderos amigos». La admiración consciente y razonada, por requerir cierto caudal de inteligencia o de emoción, no puede ser patrimonio del vulgo. Así, cuando alguien me dice:

—Soy su admirador; disponga usted de mí...

Ganas me dan de encargarle un cuello.

XI

Cuba

LA CUNA

El viaje a Pinar del Río brindó a mi espíritu andariego, cerciorado poco a poco y bien a pesar suyo, de la monotonía universal de las cosas, «una emoción nueva», un amor recóndito y sutil, de inefable dulzura: el amor «al nido», a «la patria chica», al terruño preterido y empujado hacia las capas primeras de la conciencia por el flujo de impresiones del vivir errante.

«Aquí nací—medita el «revenant»—; esta luz, estos ruidos campestres que ahora me circundan, iguales son a los que llenaron las horas «de aquel día». ¿Habrán influenciado tales pormenores en lo que luego he sido?...»

Y emboza su pregunta como una acusación.

Me acompañaron en este exquisito «viaje al pasado» los poetas José María Collantes y Guillermo de Montagú, el profesor de Literatura González Alcorta, Pepe Lastra, Ricardo Cuevas, el fotógrafo Segovia y otros buenos amigos.

Salimos de la ciudad al romper el día. La mañana era hermosa; el campo, vestido de un jo-

yante verdor tropical, ondulaba mansamente, como desperezándose bajo el cielo añilado donde las palmeras, de tronco plateado por el sol, abrían la elegancia suprema de sus ramas implorantes. Cantaban los gallos sultanes junto a los bohíos, que alzaban sobre la luminosidad del paisaje su techumbre puntiaguda de guano, y en el silencio augusto de la vega, a lo largo de los caminos serpeantes, nuestros coches rodaban con un metálico vibrar de correajes y de herraduras. Desde los pescantes, los mayorales excitaban con gritos el brío del ganado, y los látigos, manejados hábilmente, mosqueaban el lomo sudoroso de las cabalgaduras. El campo pinareño devanaba perspectivas ubérrimas: a veces eran malojales lozanos, de un verde lujuriante, comparable al de la vegetación senegalesa; otras, altozanos abruptos por cuyos flancos de esmeralda la blancura del granito insinuaba arrugas crueles; otras, en fin, surgían extensos trozos de sabana; esa interesante sabana criolla color de oro, sobre la cual el viento resbala infatigable, como una mano amante por una cabellera rubia de mujer. Los framboyanes, los laureles, los mangos, recios y copudos cual ejemplares de alguna selva druídica, las ceibas solitarias, islotes de verdura parecían en la llanura amarillenta; y, al fondo, cerrando el horizonte y como suspendidos entre la sabana teñida de sol y el espacio azul, bosques inacabables de palmeras; el árbol lírico incomparable, lleno de aristocracia y melancolía, que levanta en los campos de Cuba el símbolo triste, lánguido y ardiente, del alma nacional.

Dos horas próximamente eran transcurridas desde que salimos de Pinar del Río. La «cuna» iba acercándose y yo experimentaba un desasosie-

go hondo y tan raro, que para explicarlo necesitaría inventar palabras nuevas. Era una alegría, también era una angustia... Y empeoró mi congoja cuando varios brazos amigos, tendidos vehementes en igual dirección, me señalaron muy lejos una casita minúscula, a la vez coquetona y humilde, bajo su techumbre de tejas. ¡Allá fué!...

En una vuelta del camino, los coches se detuvieron: un hombrecillo cenceño nos salió al paso; venía a saludarme; su gesto era indeciso; no sabía si darme la mano ceremoniosamente o, como a hermano, echarme los brazos al cuello.

—Soy Máximo Domínguez...—dijo.

Nos abrazamos estrechamente. ¡Máximo!... Su nombre, tantas veces repetido por mis padres alrededor de la mesa familiar, era mi infancia, los primeros cinco años de mi vida, que volvían a mí.

El, como yo, llevaba en la cabeza muchos hilos de plata. No importa. Nos tuteamos. ¡Máximo! ¿Cómo, a pesar de haber envejecido tan separados, nuestras almas pudieron seguir viviendo tan juntas?...

Cuando llegamos a la finca, ya el sol está muy alto; empieza a sentirse el bochorno de la siesta; quema el aire, y los párpados se contraen sobre las pupilas cegadas por la insolente reverberación del cielo y del campo. No hay brisa. En la impoluta limpidez añil del espacio, las ceibas inmóviles pintadas parecen; amustiadas por el calor, las palmeras adoptan una languidez nueva; únicamente no palidece bajo la luz el verdor de los mangos, y algo religioso diríase que late en su gran sombra fresca.

Los coches hacen alto en el pequeño «batey» o jardín tendido ante la casa vivienda, y los excursionistas echamos pie a tierra. Lázaro Báez, el

arrendatario de la finca, y su esposa Petra Domínguez salen a recibirnos. Manos cordiales, sinceras, manos que no han mentido, estrechan las mías. La esposa exclama:

—Hoy, de madrugada—a mi marido se lo dije, —una gallina cantó como gallo, lo que anuncia algo extraordinario... malo o bueno... en el transcurso del día.

Y hay en esta afirmación, que hace sonreir a mis amigos, olor a campo, sencillez de leyenda.

Devotamente, poseído de extraña unción, como en un santuario, penetro en la casa. Máximo va delante. La vivienda es modestísima; yo la soñaba más grande: el suelo es de tierra, y las ventanas azules se recortan con franca alegría en las paredes de tablas, pintadas ingenuamente de color de rosa. Máximo asegura que la casa resistió victoriosa cuantos ciclones pasaron por ella, ¡muchos!..., y que en su interior nada ha cambiado. Me muestra el dormitorio donde yo nací; la puerta en que mi padre señalaba anualmente, con un cortaplumas, los progresos de mi estatura...

A cada rato, Máximo pregunta:

—¿No te acuerdas?...

El, sí, lo recordaba todo... ¡Ah!... Pero Máximo es mayor que yo; él no se ha movido de allí; para su espíritu, la juventud, más que una rectificación, fué la confirmación de su infancia. Mi alma, en cambio, yace dormida; todos sus esfuerzos de evocación fracasan; ni aquellas paredes, ni aquellas puertas por las que entré y salí de niño tantas veces, ni aquellos árboles que me dieron su sombra, dicen nada a mi memoria ingrata. ¡Casa que abrigaste la mocedad de mis padres, casa donde mis ojos recibieron la maravilla de la pri-

mera luz!... ¿Cómo guardas hoy tan poco calor para mí?...

Comencé a sufrir una gran decepción; aquel viaje, tan ardientemente desado, iba a ser baldío.

Volvimos al «batey» y, unidos a los otros excursionistas, visitamos el potrero, la laguna, las casas de guano y madera destinadas a la conservación del tabaco, en tanto de los acerbos de lo inconsciente la voluntad y la memoria dragaban, a porfía, para reconstituir el Pasado. Y lo consiguieron, aunque de suerte incompleta y somera. Al bajar por una cañada, hacia el río, el quejido chirriante, áspero como un frotamiento, de la arena bajo mis pies, me trajo la imagen neta, diáfana, de que por allí mismo pasé muchas veces siendo niño. ¡Oh, el ruido de la arena! Instantáneamente todo lo vi: los árboles, el río, los ribazos agrestes de la cañada sobre cuyo fondo arenoso las ruedas de las carretas dejaban cicatrices donde mi diminuta personilla se hundía hasta la rodilla...

Esta impresión insólita sirvió de preparación o aparejo a otras: de regreso a la casa rememoré, por ejemplo, que a la izquierda estaba el dormitorio de mi abuela, y sobre la puerta de su habitación, en la sala, había un reloj. Me acordé también del cuarto donde mi madre y yo dormíamos, y de los terrores horribles, terrores de histeria, que allí pasé ojeando una edición ilustrada de «Las mil y una noches».

Delicadamente, las paredes tornábanse expresivas y los viejos recuerdos, poco a poco, semejantes a perros sumisos, parecían levantarse y salirme al encuentro. A mi lado, Máximo Domínguez hablaba sin cesar, y en el curso de su conversación, a cada momento, ese «¿te acuer-

das?...» suplicio de la memoria, menudeaba como un estribillo enloquecedor. ¡Admirable Máximo! Es pequeño, delgado, lleno de simpática emotividad tropical; ciñe el clásico machete de los guajiros, y bajo la guayabera asoma bravucón el mango de un cuchillo; un bigote asiático y la mosca que le sombrea el labio inferior, dan a su rostro largo, tostado por el sol, una expresión velazqueña, genuinamente española, de retrato antiguo. Tiene la nariz aquilina, grandes y separadas del cráneo las orejas, los ojuelos pardos, astutos y honrados.

Yo lo observaba todo, poniendo en cada mirada un hondo amor triste. ¡La cuna!... Allí, con el primer juguete, corrió por mis labios la primera risa, y con el primer azote que me dieron recibí la primera noción de dolor y de injusticia; allí pasaron mis padres sus años floridos y ya nada o muy poco queda de su esfuerzo; y ellos morirán... y acabaré yo... y la casita de ventanas azules y paredes rosadas continuará en pie...

A mediodía, en el portal, ante la lumbrarada rabiosa del «batey», bañado en sol, se sirvió el almuerzo. Reuniéronse alrededor de la mesa más de veinte comensales. Corrió el vino y el buen humor criollo. Durante la comida varios mozos de color, servidores de la finca, cantaron guajiras, y en un acordeón y con recio acompañamiento de taburetes y güiros, tocaron aires de «danzón» y de «rumba». En la quietud de la vega, sólo se oía aquel ruido. El paisaje reverberante, vibrando al unísono, componía una estrofa magnífica; todo rimaba en él: la llanura soleada; el desmayo cristiano de las palmeras; la languidez árabe, languidez de voluptuosidad y melancolía, de las tonadillas populares, con sus cadencias largas y ar-

dientes; el chirriar de una carreta, a lo lejos; el sueño de la laguna bajo el tórrido bochorno africano de la tarde...

Con los postres llegaron los brindis, y en los ojos de muchos concurrentes hubo lágrimas generosas que recibí, una a una, en el corazón...

Tramontaba el sol cuando emprendimos el regreso a Pinar del Río; era preciso.

Brincan los coches sobre las desigualdades del camino, dejando tras sí una nube dorada de polvo; estrépito de campanillas y de correajes, y metálico tabletear de herraduras; gritan los cocheros enardeciendo al ganado para que ataque una pendiente; restallan los látigos. La casita rosada, de ventanas azules y techumbre bermeja, va quedando atrás y por instantes parece más pequeña; desde el portal, muchos pañuelos dicen adiós.

Máximo viene conmigo: ha querido acompañarme un poco más.

—¿Cuándo volveremos a vernos?...—pregunta emocionado.

—Pronto—respondo.

—No lo creo; cuando seamos viejos del todo; dentro de veinte años...

De pronto, el dolor de la despedida le oprime, se le sube a los ojos; él no tiene, como yo, la triste costumbre de ver pasar las cosas...

Temeroso de que le vean llorar, bruscamente ordena detener el coche y echa pie a tierra; le imito y nos abrazamos; y yo siento alrededor de la cintura un abrazo sincero, violento como una convulsión. En seguida, sin saludar a nadie, emprende el regreso a la finca; va deprisa, la cabeza caída sobre el pecho, los brazos colgantes...

Los coches reanudan su marcha. ¡Pobre Máximo! ¿Hasta cuando, ahora?...

Me vuelvo a mirarle: su cuerpecillo pequeño, delgado, coronado por las anchas alas del jipijapa, pinta una sombra minúscula, una sombra triste de *marioneta,* en el pajonar crecido y amarillento de la sabana. Camina obstinadamente con su dolor al hombro, y cada vez aparece más lejano, más diminuto, más hundido; como si se ahogase. Ya apenas se le ve... ¡Adiós!...

Es mi niñez que se va; mi pasado, que vuelve al Pasado...

XII

Ultimos capítulos.

FELIPE

Hace más de veinticinco años, siendo muy mozo todavía, establecí, a plazos, en Madrid, una pequeña imprenta—tan desgobernada, fraternal y alegre, como yo mismo—, y que, «a la chita callando», representa uno de los primeros balbuceos del comunismo en España. El ideal «todo es de todos», cumplíase allí fielmente. Al abono de los plazos ayudaba cada cual, y el importe de las facturas cobradas se repartía al prorrateo.

Como este «activo» arrojaba dividendos irrisorios, mis asociados—les llamaré así—, despedidos de sus casas por falta de pago, fueron refluyendo procesionalmente hacia la imprenta con su mujer y sus hijos, y la impedimenta que pudieron salvar: éste llevaba sus cachivaches de cocina y dos colchones; aquél un catre y un baúl...

A pesar de las dimensiones mezquinas del local, llegaron a reunirse en él hasta cuatro familias. De día y de noche—allí cada cual trabajaba cuando se lo pedía el cuerpo—el taller, mitad hogar, ofrecía el alma pintoresca de esos ranchos que la gitanería trashumante levanta en las afue-

ras de las ciudades. Las mujeres ayudaban a sus hombres en lo que sabían, y se llevaban bien; los colchones y las yacijas, aderezadas con recortes de papel, para que la chiquillería durmiese, habíanse distribuído honestamente entre los chibaletes o bajo los tableros destinados a la encuadernación; y las blusas, los pañuelos, los calzoncillos, recién lavados, eran puestos a secar en cuerdas tendidas de una pared a otra. Severa y risueña, oliendo simultáneamente a dormitorio, a engrudo y a tinta, aquella imprentita, abierta siempre al dolor de los desamparados, acogedora como una «puerta del perdón», realizaba el sueño de Fourier.

Entre los muchos cajistas, atrasadísimos todos en su oficio, que desfilaron por allí, hubo uno cuyo nombre patronímico—verdadero apellido de héroe de novela picaresca—pregonaba graciosamente el espíritu vagabundo que hubo de animar a sus antecesores, y aludía a los riesgos y azares que a él mismo le aguardaban: se llamaba Felipe Pasalodos.

Era muy cojo, de la pierna derecha, y aquella cojera parecía el castigo de lo harto que sus ascendientes bordonearon, y acaso no siempre por limpios senderos. ¡Genialidades del Destino! Realmente el último vástago de una familia de trotatierras debía terminar así. Era alto, flaco y de hombros escurridos; tenía el pescuezo ahilado y largo, como estirado, de padres a hijos, por el ansia de ver a lo lejos, y en el rostro exangüe y anguloso, unos ojos magníficos—ojos de muñeca o de imagen—, negros y pestañudos. Hablaba muy bajito, como si la voz se le debilitase en la cómica largura del cuello, y tosía con frecuencia y afligiendo las cejas de manera que la cara se le

inundaba de dolor y humildad. De todos los tipógrafos reunidos en el taller, el peor, el que más erratas cometía, el más holgazán, el más roto, el más amado de la Mala Suerte, era Felipe.

Un día, Felipe Pasalodos vino a decirnos adiós porque se casaba con una viuda joven que aportaba al matrimonio quince o veinte mil pesetas. Nosotros le felicitamos, le aseguramos que únicamente a sus pestañas debía agradecer aquel éxito pasional, y cuando se marchó salimos a la calle a verle. Estrenaba un traje negro, regalo sin duda de la novia; iba muy limpio y había en su cojera cierta gracia juvenil.

Ya casado, Felipe, que poseía aptitudes excepcionales para la inacción, persuadió a su cónyuge de que, después del amor, no existe felicidad comparable a la de no hacer nada, y que consideraba absurdo emprender ningún negocio. Trabajar, para Pasalodos, era asomarse al suicidio. Su mujer le creyó, y varias veces les encontré cogidos del brazo, ambulando lentamente bajo el sol: él había engordado, y su rostro reflejaba esa serenidad que inspiran las rentas seguras. Mucho tiempo después volví a verles y les hallé cambiados: ella iba mal vestida y él estaba casi tan flaco como antes.

Transcurrió otro invierno.

Una tarde, en la Puerta del Sol, vi a Felipe. Al reconocerme se despegó de la pared en que estaba apoyado y acudió a saludarme. Su ropa andrajosa, sus botas sin suela, la delgadez filamentosa de su cuello, su voz agonizante, sus cejas unidas afligidamente, como las dos vertientes de un tejado, su tosecilla, en fin, decían su miseria.

—¡Ejem!... Don Eduardo... ¡Ejem!...

Me refirió sus cuitas: su mujer había fallecido, no tenía dinero ni colocación; hacía veinticuatro horas que no probaba bocado... Irguiéndose sobre su pierna intacta, lo que le restituyó su verdadera estatura, suplicó:

—Si usted tuviese ahí dos pesetas...

Las tenía, efectivamente, y esta casualidad y la irreflexión con que se las di, me perdieron. Desde aquel momento aciago, yo fuí para Felipe Pasalodos como un portamonedas, del que siempre extraía algo: cuatro reales..., dos reales..., un real... Imposible cruzar la Puerta del Sol sin que los ojos de vigía del temible cojitranco me divisasen; día y noche estaba allí; era insomne y ubicuo, y desde la sumidad de su cuello parecía lanzar sobre la plaza—como el reloj del Ministerio de la Gobernación—una mirada vigilante. Ese placer, netamente madrileño, de «ir a la Puerta del Sol», me lo quitó Felipe. Llegué a odiarle; por su culpa la ciudad tenía una nueva inquietud para mí, y cuando le oía murmurar a mi lado la consabida muletilla: «Hace veinticuatro horas que no como caliente...», yo pensaba, cruel: «¿Cómo quieres, con ese pescuezo de jirafa, que los alimentos te lleguen calientes, ni siquiera tibios, al estómago?...»

Por aquella época emigré a Francia, y no exagero si digo que una de las alegrías que me acompañaban al expatriarme era la ilusión de no ver a Felipe.

—«Para cuando yo regrese—cantaba mi optimismo—ya se habrá muerto.»

Cerca de cuatro años huyeron; volví a Madrid, y en la Puerta del Sol la primera persona que me saludó fué Pasalodos. Apoyado en su bastón de muletilla y adosado contra una pared, semejante

al anuncio de algún bazar de objetos ortopédicos, apenas me divisó se desprendió de su atalaya y vino a darme la bienvenida. Estaba más flaco, más pajizo y carilargo que nunca..., ¡pero vivía!... «Evidentemente—meditaba yo—, nada para conservar la salud como el ayuno y la intemperie.»

—¿Y qué hace usted ahora?—le pregunté.

Se le amustiaron las cejas, se le aflautó la voz, y en la dulzura cerval de sus ojos hubo una nueva humildad:

—¡Ejem!... Pues, ya ve usted, don Eduardo..., como siempre... ¡Nada!...

Declaré que su profesión me parecía excelente, y mi ironía le indujo a rectificar un poco:

—Es decir..., verá usted: he estado muy enfermo. Hace poco salí del hospital... ¡ejem!... Del pecho, sí, señor...

Mientras hilvanaba estos embustes, cambiaba de actitud, y, según se afirmaba en la pierna sana o en la rota, era mucho más alto o mucho más pequeño. Le di dos pesetas.

Se fueron algunas semanas o algunos meses, y volvimos a encontrarnos:

—¿Qué hace usted, Felipe?...

—¡Ejem!... Aquí..., como siempre, pasando fatigas... Ayer salí del hospital...

—¿Otra vez?...

—Sí, señor... ¡Ejem!... No sé lo que tengo...

Y con estas palabras tornó a registrarme los bolsillos. ¡Pasalodos inmortal! Al par que aborrecimiento, me inspiraba misericordia, y finalmente el sentimiento bondadoso triunfó. Por la agilidad con que el insaciado pedigüeño sabía abalanzarse sobre sus víctimas; por la rapidez con que las rastreaba entre la multitud; por la aflicción

maestra de sus facciones y palabras al mendigar, y por aquella voz expirante, tan débil, tan lejana, que parecía salirle de las plantas de los pies, merecía vencer. Yo, desde luego, me rendí a su perseverancia, y la noche en que me acostaba sin haberle dado algo, experimentaba la desazón que produce el incumplimiento de un deber. Por su parte, a Felipe, si bien a la inversa, le sucedía lo mismo, y de este modo, sin que advirtiésemos la evolución de nuestros sentimientos, él se convirtió, de protegido mío, en acreedor. Llegó a reprocharme: «Hace ya tres días que no me da usted nada.» ¡Tenía razón, y no supe cómo disculparme! ¿Cuándo terminaría aquella persecución? Nunca. A Felipe no le vencían ni los rigores del encendido verano, ni las humedades otoñales, ni las pulmonías; Felipe era la encarnación de «la Deuda Perpetua».

Transcurrieron cinco años más, volví de Buenos Aires, y... ¡otra vez Felipe!...

Regresé de mi segundo viaje a América—cuatro años después—y, al apearme de un tranvía... ¡Felipe!...

Sentí que una llamarada de indignación me envolvía, me abrasaba:

—Señor Felipe—le grité—, le prohibo a usted volver a hablarme. ¡Jamás, óigalo bien, volveré a darle ni un céntimo!... Si a usted le gusta vivir, como los árboles, al aire libre, imítelos usted en lo de no molestar a nadie.

Se turbó un poco:

—Don Eduardo... ¡ejem!... hace dos días que no como...

—No es cierto—interrumpí, implacable—; no hace dos días, sino veinte años, que no come usted... ¡Al menos, usted así me lo ha dicho!...

Está usted, pues, en circunstancias excelentes para ganar su vida exhibiéndose como fenómeno de templanza; y si no quiere usted hacer eso... ¡muérase usted!...

¿Qué nuevo terror contrajo sus cejas, y qué insospechada y penetrante emoción agitó su voz?...

—¡Ejem!... Don Eduardo, que estoy muy enfermo; vea... ¡ejem!... me voy a morir...

—Pues... ya va siendo tiempo. El que no sabe ganar su vida, debe morirse. Adiós. Lea usted a Nietzsche...

Y me marché feliz; ¡qué gran peso me había quitado de encima! «Acabas—decía mi egoísmo—de conquistar la Puerta del Sol.»

Al día siguiente, en el lugar de costumbre, vi a Felipe: pasé ante él despacio, como provocándole: ya no ejercía tiranía sobre mí, yo era libre... ¡al fin!... y podía mirarle de igual a igual. El bajó los ojos. Al otro día se repetió la escena, y así todas las tardes, durante varias semanas. ¡Evidentemente, yo había triunfado!...

Esta victoria, esta misma prueba de mi superioridad, sirvió inesperadamente para alfeñicarme y afeminarme la voluntad.

Un día, viendo a Pasalodos así, pegado a una esquina, triste, descolorido, como un viejo cartel, pensé: «¡Pobre Felipe; la verdad es que...!» Esta reflexión, que pronto se convirtió en remordimiento, me asaltó varias veces; y era porque, a pesar de su inutilidad y de su limitadísima vergüenza, yo le quería un poco. El, entretanto, rehuía mis miradas... ¡acaso por cálculo!... Una tarde no pude contenerme y le llamé al pasar:

—¡Hola, Felipe!...

Se acercó en seguida, tosiqueando; me habló de unas medicinas que necesitaba comprar, y

me extrajo un duro. Al separarnos nos dimos las manos, y yo me marché con la alegría de quien acaba de hacer las paces con un buen amigo. En otra ocasión me pidió un traje viejo.

—El peor que usted tenga—rogaba—; vea usted: no puedo continuar así...; estoy desnudo... ¡ejem!...

Prometí buscárselo; pero olvidé mi promesa, lo que dió lugar a que Pasalodos me la recordase muchas veces. Al fin, para que me dejase en paz, resolví darle un «completo» en bastante buen uso; no tenía otro más gastado; y apenas lo pensé cuando aquel traje, que siempre fué mío, pasó a ser, en mi espíritu, «el traje de Felipe»...

Por la tarde le comuniqué la buena noticia, y le pregunté las señas de su domicilio, pues no quería descubrirle mi dirección.

Quedamos en que yo le enviaría «su traje». Dos días después tuve que ir a Marruecos: los trenes y los barcos estropean mucho la ropa... «Bah, por una vez—pensé—, me pondré «el traje de Felipe»... Para realizar una excursión a caballo desde Larache a Arcila, también me lo puse. Todo esto, secretamente, me hacía sufrir: veía en ello una especie de abuso; era la primera vez que yo me vestía «de prestado»... «¿Qué va a pensar de ti Felipe, cuando le devuelvas su traje?»—me reprochaba una voz interior. Finalmente, me embarqué para Canarias... ¡con «el traje de Felipe»!..., y cada arruga, cada nueva manchita que descubría en él, era motivo para mí de humillación. Llegué a decirle a un camarero: «Limpie usted bien ese traje, que no es mío...»

No bien regresé a Madrid, procuré indagar entre los vendedores de «gomas para los paraguas»,

los limpiabotas y otros comerciantes de la Puerta del Sol, el paradero de Felipe Pasalodos. Nadie supo darme razón de él; hacía tiempo que no le veían; los mejor informados le creían enfermo.

Muchos días consecutivos fuí a buscarle, vestido con «su traje», para decirle:

—Lo traigo puesto para que usted lo vea; y si le gusta, se lo enviaré mañana...

Pero mis pesquisas fracasaron; no le hallé. Luego me aseguraron que había muerto..., y desde entonces—¡oh, cabriolas funambulescas de la emoción!—la Puerta del Sol me parece un poquito triste; echo de menos en ella algo; está como incompleta... ¡falta Felipe!...

MOMENTO GROTESCO

Pululan por Madrid—y en todas las urbes de cierta categoría ocurre lo mismo—una treintena de individuos, jóvenes generalmente de avispada y pintoresca fantasía, que, sin ser escritores, ni pintores, ni músicos, ni comediantes, frecuentan los saloncillos de los teatros, visitan redacciones, asisten a los ensayos generales, conocen empresarios, bullen en los Ateneos y respiran, en suma, el ambiente tentador del arte, aunque por incapacidad o desidia no sean verdaderos artistas.

Fracasados de la Belleza, unos viven de traducir novelas; otros, de corregir pruebas en alguna imprenta; quien, al amparo, insuficiente casi siempre, de algún autor en boga, del que se titula «secretario», y todos procuran «asombrar al burgués» hablándole del cuadro o de la escultura que no han empezado, o del libro de versos que nunca

pensaron escribir. Son los azotacalles, que, hallando más fácil imitar la indumentaria que la laboriosidad de los bohemios de Mürger, hicieron de las luengas melenas descuidadas y de los trajes harapientos un uniforme; los que, para atenuar su derrota, pretenden confundir su ociosidad con la imprevisión fecunda de los soñadores, y creen que pueden degradarse, al extremo de limosnear, las manos destinadas a esparcir por el mundo la Eucaristía de la Emoción.

Entre esos «Rinconetes y Cortadillos» de la literatura, a quienes, por arrastrar casi milagrosamente su existencia de año en año, alguien denominó espiritualmente «Hermanos de la Cofradía de la Pirueta», hubo uno distinguidísimo que, sin resolución deliberada de mortificarme, estoy seguro, me proporcionó muchos disgustos. Eloy se llamaba. Y digo que me molestó harto, porque si el socorrerle me costaba trabajo, el no hacerlo era también para mí motivo de pesadumbre y remordimientos, pues nadie de buen corazón come a gusto cuando sabe que el camarada que llamó a su puerta se acostará en ayunas.

Un día, para mí bonancible, Eloy «me sacó» un duro; otro día le dí tres pesetas; luego, una; después, dos reales... Su flexibilidad lo aceptaba todo, y a lo largo de la interminable escala de las cantidades trepaba o descendía con la destreza de un gimnasta estupendo.

Cansado, al fin, de su asedio, le despedí con frases destempladas. Sin duda tuvo la mala fortuna de recurrir a mí cuando yo acababa de releer algún capítulo de Nietzsche, y le condené a muerte sin preámbulos.

—Si con su trabajo—le dije—no puede usted vivir, suicídese, y descansaremos los dos.

No volvió a importunarme, y cuando nos cruzábamos en la calle volvía la cabeza desdeñoso. ¡Así paga el Diablo!...

Transcurrieron varios meses.

Una mañana me escribió Paco Gómez Hidalgo, que acababa de fundar «Hoy», rotativo de notables alientos. «Muy pronto—decía—recibirá usted la visita de un redactor que irá a entrevistarle. Explíquele sus proyectos de libros y de viajes, y dele un retrato.»

La carta del fraternal compañero me proporcionó una gran alegría. ¡Es tan accesible al halago nuestra pequeñez!... El elogio impreso significa para los escritores lo que el aplauso para los comediantes; en seguida les engríe y trastorna, pues creen que aquella celebración es resultado exclusivo de sus merecimientos, sin mezcla alguna de indulgencia o simpatía amistosas. Así sucedió que, desde que recibí la misiva de Gómez Hidalgo, empecé a esperar la visita que en ella me anunciaban, y sin advertirlo retrasaba por las tardes el momento de salir. Todo esto es pueril, lo reconozco con empacho; pero mi tarea de narrador honrado me obliga a no limitar mi confesión.

Un día terminaba de almorzar, cuando llamaron a la puerta. Salió Consuelo, la sirvienta, a ver quién era, y volvió diciendo:

—Señorito, es Eloy.

La muchacha dijo la verdad; lo que debía decir: «Señorito, es Eloy.» Pero yo, que sólo pensaba en «el honor de la entrevista», traduje la noticia libérrimamente y a mi completa satisfacción, y entendí: «Señorito, es del «Hoy»... Esto es: «De parte del «Hoy»... Mi vanidad y mi orgullo se es-

ponjaron. «¡Ya era tiempo!...», murmuró dentro de mí una voz.

—¿Le has hecho pasar?—pregunté a la moza.

Me miró de un modo que después comprendí era de asombro.

—No, señor. ¿Para qué? Le he dejado en la escalera.

Me cegó la ira y dí sobre la mesa un terrible puñetazo; un puñetazo cargado de justicia.

—¡En la escalera!... ¡Animal!... Corre y conduce a ese señor al despacho, y ruégale que tenga la bondad de aguardarme. Yo voy en seguida.

Desapareció confusa, sin comprender mi orden, mientras yo sentía en las mejillas la vergüenza de su torpeza.

Lo que acababa de ocurrir me parecía incalificable y sin disculpa. ¡Dejar plantado así, en la escalera, y probablemente con el sombrero en la mano, a un periodista que venía por mandato expreso de su director a celebrar una entrevista conmigo!... ¡Qué abominación!...

—A los amos—razonaba yo iracundo—se les conoce por sus criados, y ahora mismo ese hombre, que sin duda es un mozo inteligentísimo, estará formándose un lamentable concepto de mí. De fijo este incidente ha de influir malignamente en él...

Consuelo reapareció.

—Le he dejado en el despacho, sentado en el diván...

—Y... ¿qué te ha dicho?

—Que acabase usted de almorzar, porque él no tenía prisa.

La muchacha hablaba serenamente; pero yo estaba inquieto, receloso de haber cometido—

aunque indirectamente—con mi visitante una descortesía.

—Mira, Consuelo—la dije—: vas a llevarle inmediatamente a ese señor una taza de café, para que el tiempo no se le haga largo.

Consuelo me miró con estupefacción, como me miró antes. Yo inquirí:

—¿Está bueno el café?

—Sí, señorito.

—¡Gracias a Dios!... Pues, anda, llévale una taza y una copita de coñac.

Ella, que por obra del mucho tiempo que estaba a mi servicio se abrogaba ciertos fueros, exclamó:

—¿Cómo?... ¿También va usted a darle coñac?

—¿Qué es eso de «también»?—grité enfurecido—. ¡Vaya con doña Escoba!... Aquí se hace lo que yo disponga: a ese caballero le da usted café y coñac... ¡y un cigarro puro!... La caja de los puros está en mi alcoba, sobre la mesilla de noche...

Fuése riendo y apuntándose a la sien con un índice, significando con este gesto irreverente que yo había perdido el juicio; pero nada la dije, y a toda prisa acabé de engullirme el postre. Luego, con cara festiva y andar diligente, salí del comedor, en tanto disponía mentalmente «mi entrada», pues en esta clase de entrevistas influye mucho «la primera impresión».

La puerta del despacho estaba entornada; la abrí lentamente, porque la lentitud ennoblece a las personas, y hasta dijérase que las hace más altas... y me encontré con Eloy. El perillán, repantigado desvergonzadamente en el sofá, lanzaba al espacio terribles bocanadas de humo azul y

entornaba los ojos cual si soñase en una existencia de holgazanería y de fausto.

Me quedé muerto, y a la vez tuve ganas de abofetearme y de lanzar al pedigüeño por el balcón. Creo que no he pasado en mi vida por un momento interior más bufo. ¡Si mi criada me hubiese visto por dentro!...

Eloy se levantó y vino a mí con los brazos abiertos.

—¡Caramba, don Eduardo!... Es usted demasiado amable conmigo..., y no sé cómo agradecer...

Yo hubiese jurado que en el tiempo que estuvo solo me robó algún libro, pues los bolsillos de su gabán abultaban bastante. Sin embargo, estaba conmovido, y temí que se echase a llorar.

No faltó más que eso. En medio de mi desconcierto, tuve la fortuna de acertar con una expresión amable, y repuse:

—¡Nada, eso no vale nada!... Tratándose de un compañero...

Dije otras varias tonterías, y añadí:

—¿Deseaba usted algo?

Vaciló unos instantes, y repuso lleno de simpática lealtad:

—Verdaderamente, yo venía a pedirle a usted algún dinero. ¡Ya conoce usted mi situación!... Pero después de este recibimiento tan cortesano..., realmente... no me atrevo...

—¡No hable usted de eso!—exclamé confuso.

Porque en aquella escena, sin precedentes en los anales de lo grotesco, el avergonzado era yo.

Me llevé una mano al chaleco. Eloy resistía gentilmente y trató de detener mi ademán.

—No, no, don Eduardo; de ninguna manera; otro día...

El socarrón pensaba en «el mañana»; era previsor. Forcejeamos, empeñados ambos, a cual más, en aquel caballeresco torneo, y al fin se llevó dos duros.

Pero, después de la acogida que le hice, ¿qué menos podía darle?...

MI TINTERO

Cuenta Víctor Hugo en sus «Memorias» que envió a una tómbola, a beneficio de los niños pobres de Guernesey, una mesita con cuatro tinteros, dignísimos, ciertamente, de llegar a la posteridad.

Uno de ellos fué aquel de donde puede decirse que salieron «Los Miserables»; el segundo sirvió a Jorge Sand, la «colaboradora» de Musset —la llamo así, porque, habiéndole hecho sufrir mucho, le ayudó a ser artista—; el tercero perteneció a Alejandro Dumas, padre; el cuarto, a Lamartine.

«Aquella mesita, tasada en cien libras esterlinas—agrega Hugo—no halló comprador.»

¡Desdenes incomprensibles del público! Pues si admiramos lealmente a un escritor, nada más natural que expresar simpatía hacia cuanto formó parte de su caliente intimidad. Su pluma y su tintero, especialmente, que dieron a su alma medios para exteriorizarse y recrear nuestro corazón, deben parecernos preciosos y sagrados.

«A lo largo de esta pluma—dice la imaginación—corrieron, cual por un hilo telegráfico, las palpitaciones de aquel cerebro maestro; y en las

entrañas de este tintero ha dormido su obra. Cuanto su mano creadora llevó al papel, brotó de aquí. Hundíase la pluma en la tinta y luego, maravillosamente, sobre la albura de las cuartillas el líquido maloliente, opaco, triste, sórdido, convertíase en idea y en luz. Este tintero vulgar, aunque negro, ha refulgido a veces como un sol...»

Hace bastantes años que me acompaña en mis andanzas el mismo tintero. Seis o siete pesetas me costó. Al recibirle de manos del comerciante experimenté una emoción tan recóndita, tan alquitarada, tan compleja, que escapa a la descripción. Sólo diré que tuve miedo; una especie de sacudida supersticiosa. Me parecía que acababa de comprar el porvenir. Llegué a mi casa, y con nerviosa emoción lo coloqué sobre el pañete verde de mi mesa de trabajo. Era de noche y su labrado cristal fulgía a la luz, risueño, transparente, impoluto, como el alma sin ideas de los recién nacidos. Después, gravemente, midiendo la importancia de mi acción, vertí tinta en él, y al instante una terrible noche invadió sus entrañas. Murió la risa ingenua del cristal, que perdió su franqueza, su diafanidad, para ser hermético y oscuro, tal que una conciencia.

A partir de entonces, sospecho que ese tintero vive a través de los años una existencia paralela a la mía. El fué y continúa siendo mi colaborador constante: novelas, comedias, cuentos, crónicas, cartas... todo durmió un instante en su entraña de asfalto; todo, como de una fuente, ha salido de él. En mis horas de agotamiento, alogia y desgana, su boca, semejante a una pupila negra, me excitaba a la lucha. Y yo comprendía su voz animadora, y, al escribir, las

ideas sujetas, entre palabras, sobre la blancura de las cuartillas, fortalecían las iniciativas del espíritu y me sugerían nuevos pensamientos; y así, hora tras hora, aquel hilo de tinta, cortado y torcido en letras innúmeras, componía párrafos y libros que eran más tarde dinero, salud, alegría y victoria...

Este tintero me acompañó en todos mis viajes. Antes de guardarlo en mi equipaje, yo mismo lo fregaba esmeradamente. Sus paredes entonces brillaban de nuevo a la luz, y aquel júbilo sin manchas, aquella nitidez inocente, tenían la transparecia vivaz de una ilusión. Esto parecía esconder un símbolo. En mi hosca existencia de luchador, cada viaje representó un cambio de actitud, una nueva tácita que, colocándome en un plano distinto al que ocupaba, me permitió atacar a la Vida de otro modo. Un viaje es siempre una esperanza; un viaje nos produce un alivio análogo al que disfrutan los enfermos cuando en la cama mudan de posición. Más tarde, al rendir la jornada, ya en el cuarto de la fonda, abría mi baúl y allí, entre dos camisas, aparecía mi tintero, y la limpidez ufana de su cristal parecía aconsejarme:

«Mide bien tus acciones; nada te obliga a ir en este o aquel sentido; tu aislamiento te hace dueño de tu voluntad; el mañana te pertenece porque en tu porvenir no habrá más que lo que tú escribas en él...»

Cuando trabajo, su boca adquiere una expresión rara y vehemente. Yo lo quiero mucho. Cierta tarde, en París, habiendo cambiado de domicilio precipitadamente, no permití separarme de él, y, no obstante la lluvia, lo llevé en la mano,

bajo mi paraguas abierto, como si fuese una flor.

¡Ah! Este episodio, bufo y triste, merece contarse.

Después de remitir a la nueva residencia mi maleta y algunos muebles, muy pocos, que me quedaban, salí de la que hasta aquel instante fué «mi casa», llevándome debajo del brazo, en las manos o repartidos en los bolsillos, varios libros, una estatuilla en escayola, mi paraguas y mi tintero.

En el zaguán Mme. Sérieux estaba aguardándome. ¡Bonito encuentro! Mm. Sérieux era mi lavandera. No tenía otro defecto, pues era la mejor moza del barrio.

MME. SERIEUX.—Buenos días.

YO (*con el gesto del que chupa acíbar*).—Buenos días.

MME. SERIEUX.—Conque... ¿Se marcha usted?...

YO (*distraído*).—Por muchos años.

MME. SERIEUX.—Le he esperado a usted para presentarle mi factura. (*Mostrándome un papel.*)

YO (*que no puedo servirme de mis manos por tenerlas ocupadas*).—¿Cuánto es? ¿A ver?...

MME. SERIEUX (*poniéndome la factura delante de los ojos*).—Cuatro francos.

YO.—Pues... no puedo dárselos a usted. Otro día será, ¿eh?...

MME. SERIEUX.—No, señor. Ese dinero me lo da usted ahora mismo.

YO (*un gesto*).

La portera, que asiste al diálogo apoyada sobre el mango de su escoba, sonríe cruel y feliz.

MME. SERIEUX (*justificando con sus palabras su apellido*).—De mí nadie se ríe.

YO.— De acuerdo; completamente de acuerdo...

de usted puede uno enamorarse, ¡ya lo creo; nada más fácil!... Pero no reirse.

MME. SERIEUX.—Si no me paga usted, tendrá la bondad de acompañarme a la Comisaría.

YO.—¿Sería usted capaz de llevarme a presencia del señor comisario por cuatro francos?

MME. SERIEUX.—¡Ya lo creo! Yo soy una persona muy seria.

YO (*casi divertido*).—Pues... cuando usted guste.

MME. SERIEUX (*a la portera*).—Hasta luego...

LA PORTERA.—Hasta luego...

YO (*a la portera*).—Hasta nunca.

Ya en la calle — ¡siempre «galantuhomo»! — ofrezco mi paraguas a mi enemiga.

MME. SERIEUX.—Gracias.

YO.—Hace usted mal; llueve mucho. ¿Desea usted estropearse el traje para reclamarme después «daños y perjuicios»?...

MME. SERIEUX (*un gruñido*).

YO.—¡Ay!... Si cuando nos conocimos me dicen su apellido, no la doy a planchar mis camisas... ¡ni de balde!...

Ya en la Comisaría, y explicado el motivo que nos lleva allí, el señor comisario me habla entre paternal y burlón:

—Ea, veamos: ¿es posible que no disponga usted de cuatro francos?

YO.—Desgraciadamente, así es, señor comisario.

EL SEÑOR COMISARIO.—¿Y no sabe usted que, con arreglo a la Ley, todo individuo que no posea cinco francos será detenido por vagabundo?

YO (*un suspiro*).

EL SEÑOR COMISARIO.—¿Lo sabía usted?

YO.—Sí, señor.

EL SEÑOR COMISARIO (*repara en mis libros, en la estatuilla y, sobre todo, en el tintero, y lo pinto-*

resco y «lo intelectual»—digámoslo así—de mi equipaje, inclina su ánimo en mi favor).—¿Es usted periodista?

Yo (*signo afirmativo*).

El señor comisario.—¿Usted reconoce deberle cuatro francos a esta señora?

Yo.—Sí, señor.

El señor comisario.—¿Y promete usted pagárselos en cuanto los tenga?

Yo.—Lo juro.

Mme. Serieux (*quiere decir algo*).

El señor comisario (*tomando mi defensa*).—¡Basta!... Conténtese usted con la promesa que el señor acaba de hacer. ¿Qué intenta usted?... ¿No ha oído usted que es periodista? ¿Pretendería usted cobrarle esa cantidad quitándole el tintero, por ejemplo? Sería criminal. ¿Qué va a hacer un periodista sin tintero?

Mme. Sérieux se marchó indignada. Yo creo que lo que más perjudicó a su causa fué la gracia que le hizo al señor comisario verme con un tintero en la mano... en un día de lluvia.

En la vida de los escritores los tinteros simbolizan lo Futuro, que es zozobra y enigma: tienen el color del Porvenir... Por eso son negros...

MI TUMBA

Alguien me ha preguntado:

—Cuando su momento postrimero sea llegado, ¿cómo preferiría usted morir?... ¿Repentinamente?... ¿Despacio?...

Sin vacilar he respondido:

—Quiero finar despacio y con todas las luminarias del alma bien encendidas, pues siendo la hora de la muerte la más alta y reveladora de cuantas formaron nuestra vida, hallo absurdo deslizarme por ella con los ojos del entendimiento cerrados. El desenlace súbito de la congestión o del aneurisma que se rompe, remedo son de la muerte piadosa, por lo breve, pero estúpida, que se da a los animales en los mataderos. Rechazo asimismo esas ansias terribles con que, entre ahogos y dolores recónditos y dislacerantes, los demonios de la tisis, de la uremia o del cáncer, se llevan a sus víctimas empapadas en sudores de agonía. La única muerte digna de la majestad espiritual del hombre es la llamada «natural», producida por el sigiloso agotamiento del organismo, o aquellas otras que, aun derivándose de motivos concretos, no empañan las claridades soberanas de la autoinspección. La muerte es lo único que hace interesante la vida; ese segundo supremo en que dejamos de ser para «ser» nuevamente; ese momento único que sirve de nexo entre lo actual y lo futuro, es la solución del Misterio, la sonrisa de la Esfinge explicada, la respuesta a esa implacable pregunta «¿Qué será de mí?...», que muchas veces nos salió al camino en nuestro vivir cotidiano.

Vivir para acabar en la oscuridad subconsciente de un colapso, equivale a leer todas las páginas de una novela, menos la última, o a marcharnos del teatro antes de que la comedia termine. Por eso anhelo asistir plenamente al desenlace de mi biografía: para que, mientras la voluntad pelea con la gran Sombra, la inteligencia, su hermana, vea cómo la Silenciosa va metiéndose, poco a poco, dentro de mí. Vespasiano, el emperador, ponién-

dose en pie para morir, dió a la humanidad un ejemplo de fortaleza, de belleza y de elegancia, que todos debiéramos copiar. Meditemos en esto: nuestra vida no debe ser más que el «prólogo» de una obra de arte.

—¿Y después?...—continuó averiguando mi interlocutor.

—Después—repuse—suplico que me envuelvan en una sábana, y completamente desnudo y sin ataúd, me bajen a la tierra. Sobre la tierra removida se descansa bien. Nada más triste que esa caja negra, cuya llave conservará algún deudo: meternos en un féretro es disfrazarnos de maleta, convertirnos de viajeros en equipajes «para la otra vida.» Nada tampoco más abominable, más odioso, ni más grotesco, que ese último traje con que a la fuerza, apretando aquí, tirando allá, se desfigura a los pobres difuntos. «Démonos prisa en vestirle, antes de que se enfríe y quede rígido», dice la gente. ¡Repugnante espectáculo!... Son las piernas tumefactas que se niegan a entrar en la cárcel del pantalón; son las botas a medio abrochar; es la corbata ladeada, el chaleco y la levita que no cierran...; los puños de la camisa que albean sobre las manos amarillentas... ¡No!... Mi alma pagana maldice de semejante mascarada; y así pido dormir esa última noche desnudo, como siempre dormí. Lo único digno de la eternidad de la Muerte es la eternidad del desnudo.

También explicaré el monumento funerario que me gustaría tener, y que juzgo artístico, original y de modestísimo coste.

Aborrezco los mausoleos, con su aspecto de capillas o de garitas, y casi tanto enojo como aquéllos me inspirn las piedras tumbales, vulgares, pesadas y orgullosas, impropias de la sencilla ma-

jestad de la tierra. Detesto también las lápidas cubiertas de inscripciones; los bustos, las columnas truncadas..., cuanto papelonea y trata de erguirse en donde todo es igualdad.

Dispongo, pues, que sobre mi campo de reposo se dibuje un rectángulo hecho con arena gris muy oscura; que en un extremo coloquen una cruz, cuyos brazos abiertos expresen la indulgencia, la cordialidad alegre, el olvido amable que, afortunadamente para mi calma interior, llevé siempre, como fuente inexhausta de reposo, en el corazón; y en el extremo opuesto, y metidos en la arena hasta la altura del tobillo, dos pies de mármol blanco: dos pies que aludirán a mi inquietud constante y a lo mucho que anduve y me fatigué curioseando por los caminos del mundo y del espíritu.

Mi nombre no quisiera constase en parte ninguna, porque cubierto de misterio estaré mejor. ¿No es el Misterio más bello que el nombre?...

He aquí la tumba que deseo: humilde y desdeñosa, a la vez, como mi vida.

Madrid, enero, 1924.

ASI TERMINO MIS «MEMORIAS»

ÍNDICE

DECLARACION INDISPENSABLE

Mis doce o quince primeros libros: «La enferma», «Punto-Negro», «El seductor», «Duelo a muerte», «Tik-Nay», «Sobre el abismo», etc., fueron escritos a vuela pluma, bajo la presión de la Necesidad, y vendidos a precios irrisorios a la Casa Editorial Sopena; la cual, después de veinte años, continúa publicándolos con los mismos errores, y envueltos en los mismos deplorables andrajos literarios con que aparecieron.

Pero yo, persuadido de que no merecían tan mal trato, acudí a corregirlos, y tan honrada y perseverante aplicación puse en ello, que casi «HE VUELTO A ESCRIBIRLOS».

De consiguiente, la única edición que me atrevo a recomendar a mis lectores es de RENACIMIENTO. Todas las anteriores—especialmente aquellas de la Casa Editorial Sopena—son execrables y únicamente merecen olvido. Yo, no las reconozco; no las autorizo; yo no escribiré jamás sobre la primera página de esos volúmenes una dedicatoria...

Por rescatar los millares de ejemplares que de esas ediciones se han vendido, daría el autor su mano derecha...

EDUARDO ZAMACOIS.

ÚNICA EDICIÓN DEFINITIVA DE LAS OBRAS COMPLETAS DE EDUARDO ZAMACOIS

I.—**La alegría de andar.** (*Croquis de un viaje por tierras de Puerto Rico y Cuba, Estados Unidos, Centro América y América del Sur.*) .... 5 ptas.

Relación amenísima de paisajes, tipos y costumbres, trazada con singular donaire y delicioso buen humor. Podría decirse de este libro, que «es una sonrisa paseada por un continente». También ofrece retratos maestros, como los de Estrada-Cabrera y Juan Vicente Gómez, el tirano de Venezuela.

II.—**Europa se va...** (*Novela*).......... 5 ptas.

El asunto se desenvuelve en el admirable escenario cosmopolita de un trasatlántico que marcha a Buenos Aires, cargado de emigrantes: españoles, italianos, turcos, griegos, sirios, argelinos, etc. Hay escenas supremas, como la muerte, por amor, del millonario «Jorge Bridsbach»; y figuras sirenas, como la de aquella «Susana Massim», que lleva el cadáver de su marido a bordo.

III.—**El otro.** (*Novela*)................ 5 ptas.

En este libro, que ha sido cenematografiado, hallará el lector páginas calofriantes, insuperables, de

terror supersticioso y de flagelación por sadismo, y una razonada explicación de la supervivencia del alma. Su ilustre autor lo dedica: «A los muertos.»

IV.—Duelo a muerte. (*Novela*)........ **4 ptas.**

Obra de rebeldía; torneo implacable entre un gran artista que hizo de su libre amor su Credo, y la hipocresía social. El desenlace, por lo grandioso, hubiese solicitado la inspiración de un Wagner.

V.—Memorias de una cortesana. (*Novela*) **5 ptas.**

Historia desgarradora de pasión y dolor—de risas también—, en la que su autor sospechamos que deslizó episodios reales acaecidos a hetairas y aventureros que él conoció y acaso vivan todavía.

VI.—La opinión ajena. (*Novela*)........ **5 ptas.**

Obra formidable de ironía: los tipos, el argumento, las escenas, una a una, son magistrales; chorrean gracia. En Eça de Queiroz no hallamos nada superior. Este libro señala en el espíritu del su autor una modalidad nueva, y también una cumbre.

VII.—Punto-Negro. (*Novela*)........... **4 ptas.**

(Traducida al francés por Xavier de Ricard.)

Durante muchos años, Zamacois fué, por antonomasia, «el autor de **Punto-Negro**», y más de una artista adoptó este nombre como pseudónimo. Este libro romántico, ardiente y sensual, como **Werther,** como **Manón,** como **Safo...,** será siempre «la novela que leemos a los veinte años y nos hace llorar»..., porque siempre hallaremos en ella algo «nuestro». Con **Punto-Negro** dió Zamacois «el primer paso» hacia la victoria.

VIII.—El seductor. (*Novela*) .... 4 ptas.
(Traducida al francés por Ch. Docteur.)

La mayoría de las cartas líricas, exaltadas, alucinantes, que integran la mayor parte de este libro, han sido «historia» después, porque muchos amantes, modificándolas convenientemente, las hicieron suyas. En esta novela el espíritu triunfa de la belleza física. El alma encendida de **El seductor** es la misma de **Cyrano de Bergerac.**

IX.—Sobre el abismo. (*Novela*) .... 4 ptas.

Novela de marineros; cuadro rembranesco hecho de de rojo y de hollín; espantosa tragedia en la cual la lujuria y el instinto de conservación—supremos impulsos del alma—luchan a muerte.

X.—Confesiones de «un niño decente». (*Autobiografía*) .... 5 ptas.

Campea a lo largo de este libro, impregnado de fragancias infantiles y de aguda ironía, una sonrisa interminable. Es dulce, es hondo; nos regocija, nos hace pensar, nos humedece los ojos. La crítica lo ha comparado a las páginas maestras de «David Copperfield», de Dickens, y de «Petit-Pierre», de Anatole France.

XI. — Tik - Nay «El payaso inimitable». (*Novela*) .... 4 ptas.

Estudio admirable, al par documentado y novelesco, de un caso de «ataxia locomotriz ascendente». Los últimos momentos del viejo clown tienen un relieve enorme.

XII.—Memorias de un vagón de ferrocarril. (*Novela*) .... 5 ptas.

Es una de las obras maestras de su autor. En ella las escenas más diversas se multiplican en «film» in-

terminable y prodigioso. El asalto de un tren realizado por varios «apaches», los amores de «Raquel» y «Rodrigo» y el crimen de «Emma Sansori» son capítulos de suprema emoción. También merecen citarse las descripciones de las principales regiones españolas: Cataluña, Valencia, Andalucía, Galicia, provincias Vascongadas y Castilla.

XIII.—*El* misterio de un hombre pequeñito. (*Novela*) .... 5 ptas.

Pertenece, como **El otro,** a las novelas dictadas por la obsesión del «más allá». La vida de los «íncubos», la sugestión a distancia, los «desdoblamientos», etcétera, aparecen descritos con aquella fuerza calofriante que dictó a Maupassant sus cuentos de terror. Este libro es una de las mejores ventanas que el Arte ha sabido abrir sobre el MISTERIO.

XIV.—**Para ti...** Libro I. (*Novelas*) .... 4 ptas.

Comprende este volumen las seis novelas cortas siguientes: **Rick, El collar, La cita, El secreto, El paralítico** y **Una mujer espiritual.**

XV.—**Para ti...** Libro II. (*Idem*)........ 4 ptas.

Contiene otras seis novelas cortas, a saber: **La caída, La virtud se paga, El hijo, Historia de artistas, Los ojos fríos** y **Una buena acción.**

Varias de las novelas reunidas en estos dos volúmenes fueron traducidas al inglés por G. Alland England.

XVI.—**Una vida extraordinaria** (*Novela*) 5 ptas.

Asombra el caudal de inventiva derrochado, sin tasa, en la composición de esta novela. Los episodios pícaros, cómicos o sentimentales, se multiplicn, y lo Im-

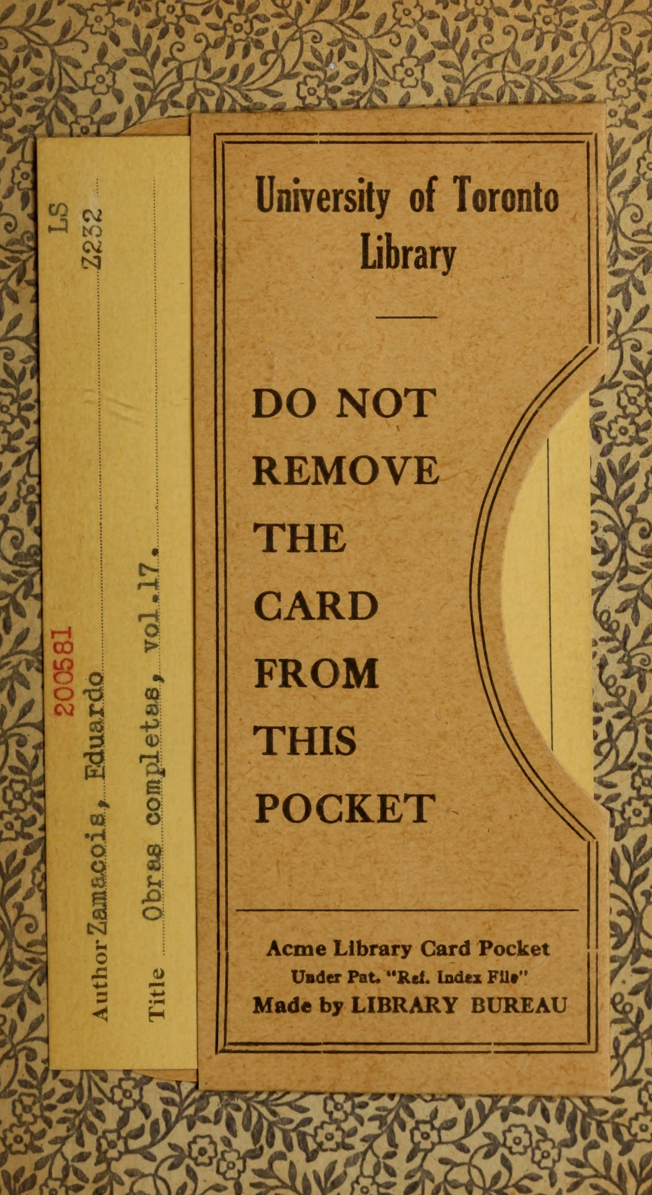
previsto influye interminablemente, como la sangre de una arteria cortada.

«Reflejo amable de mi existencia andariega—escribe su autor—es este libro, rico mosaico de peripecias y matices interiores, del que podrían sacarse veinte novelas ligeras, veinte comedias, veinte sainetes... y acaso también, si buscásemos en la filosofía que de él se deduce, un buen drama...» Estas páginas, que pudieron ser dedicadas al divino Bocaccio, resucitan el espíritu galante del «Decamerón». Es harto verosímil también que fuesen biográficas, aunque Zamacois, por no atreverse a decir que eran «suyas»—pudor bien disculpable—las atribuya a un personaje imaginario.

XVII.—Años de miseria y de risa. (*Autobiografía*) .... **4 ptas.**

Donde el autor habla de muchos grandes artistas de quienes fué amigo, y refiere mil lances pintorescos de su larga vida; pero siempre por estilo ligero, despreocupado y alegre, porque, como él dice expertamente, «tomarnos en broma es la única manera de conseguir que los avisados nos tomen en serio».




LS
Z232
200581
Author Zamacois, Eduardo
Title Obras completas, vol.17.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

